

El despertar de Helen



GEORGETTE HEYER



Lectulandia

Lady Helen no sabe si su marido la ama. A esta inquietud se une la preocupación constante por asegurar la dicha matrimonial de su cuñada Letty y alejar a su hermano de las malas influencias.

¿Conseguirá evitar la ruina de su hermano y llevar a buen término el compromiso de su protegida?

Y lo que resulta más apremiante: ¿conquistará definitivamente el corazón de Giles?

Georgette Heyer

El despertar de Helen

ePub r1.0

Titivillus 09.02.2024

Título original: *April's Lady*
Georgette Heyer, 1957
Traducción: Almudena Ligerio Riaño

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El despertar de Helen

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Sobre la autora

Notas

1

U n profundo silencio reinaba en la biblioteca. No era el silencio de la intimidad, sino un silencio cargado de tensión. Los ojos azules de *milady*, clavados en los ojos grises de su esposo, se posaron en el montón de facturas que había sobre el escritorio. *Milady* agachó la cabeza y se retorció las manos con nerviosismo. Aunque vestía un traje elegante (y muy caro) de seda francesa y llevaba el cabello peinado por el mejor peluquero de Londres, parecía absurdamente joven, como una colegiala a la que hubieran pillado en falta. De hecho, aún no había cumplido diecinueve años y ya llevaba un año casada con el caballero que tenía enfrente.

—¿Y bien? —preguntó su esposo.

Milady tragó saliva. El conde había hablado con amabilidad, pero ella había percibido un matiz implacable en su voz. Levantó la vista, pero no tardó en bajar los ojos, enrojeciendo. Milord no parecía enfadado, pero era evidente que estaba decidido a obtener una respuesta.

Se hizo otro silencio, únicamente interrumpido por el tictac del reloj. *Milady* se retorció los dedos con tanta fuerza que se le pusieron blancos.

—¡Helen! —insistió el conde, cogiendo las facturas y dejándolas caer en la mesa—. Te he preguntado por qué estos comerciantes han juzgado oportuno recurrir a mí para cobrar estas facturas.

—¡Lo siento mucho! —murmuró la condesa.

—Eso no responde a mi pregunta —dijo él con severidad.

—Bueno... Su-supongo que es porque... se me olvidó pagarlas.

—¿Que se te olvidó?

Milady agachó la cabeza y volvió a tragar saliva.

—¿Otra vez endeudada, Helen?

La joven asintió y enrojeció aún más.

El conde adoptó una expresión inescrutable y, por un momento, no dijo nada. Sus ojos parecían estudiarla, pero resultaba imposible adivinar qué pensamientos le pasaban por la cabeza.

—Está claro que la asignación que te doy es insuficiente —observó.

—¡Oh, no! —exclamó *milady*, sabiendo que la asignación que le daba el conde era más que generosa.

—¿Entonces por qué debes dinero?

—He comprado cosas que no debería —dijo ella con desesperación—. Este... este vestido, por ejemplo. Lo siento mucho. ¡No volverá a ocurrir!

—¿Puedo ver las facturas que has pagado?

Lo dijo con amabilidad, pero al oírle, su esposa empalideció. Sin duda había acumulado muchas facturas pero, por más que su suma total pareciera desproporcionada a la hija de un lord arruinado, nadie mejor que ella sabía que no llegaba ni a la mitad de su asignación. En cualquier momento, su esposo le haría la pregunta que más temía, y a la que no se atrevía a responder con sinceridad.

Ese momento llegó.

—Helen —empezó a decir el conde con calma—, hace tres meses te prohibí expresamente pagar las deudas de tu hermano. Me prometiste que no lo harías. ¿Has faltado a tu palabra?

Ella negó con la cabeza. Odiaba mentirle, ¿pero qué otra cosa podía hacer si la miraba con tanta severidad, y se mostraba tan poco comprensivo con el pobre Dysart? Era evidente que las continuas dificultades de Dysart se debían a su mala suerte. Sin embargo, Cardross no parecía entender lo injusto que era culparle de su incapacidad para dejar el juego y las apuestas. Aquella «tendencia fatal» (como decía su madre con resignación) venía de familia: el abuelo murió cubierto de deudas, y papá, en un intento de recuperar la fortuna familiar, había hipotecado aún más sus propiedades. Por eso se puso tan contento cuando Cardross pidió su mano: al fin y al cabo, Cardross era tan noble como rico. Además, unos años antes, papá tuvo que ceder a su otra hija al mejor postor, aunque este fuese un rico comerciante con aspiraciones sociales. Lord Pevensey casó a su hija con entereza, y obtuvo su recompensa: en su primera temporada (de hecho, tan solo un mes después de que *lady* Helen Irvine fuera presentada en sociedad), Cardross no solo se fijó en ella, sino que decidió convertirla en su esposa. Lord Pevensey nunca había tenido tanta suerte. Era de esperar que Cardross, que ya había superado la treintena, y que solo tenía un primo para sucederle, planeara casarse en un futuro no muy lejano. Pero su fortuna era tan elevada que podía elegir entre todas las

damiselas que se presentaban cada año en la corte, y que más tarde se exhibían en los salones de Almack's^[1]. Es más, a juzgar por el estilo de la dama que (según las malas lenguas) era su amante, le gustaban mayores y mucho más sofisticadas que Helen, que parecía una jovencita recién salida de la escuela. Papá nunca pensó que la pequeña Helen pudiera hacer tanto por la familia. De hecho, el éxito de su hija y la generosidad de Cardross fueron demasiado para él: nada más acompañar a Helen al altar, sufrió un ataque de apoplejía. Los médicos aseguraron a su esposa que le quedaban muchos años por delante, pero su visita le dejó tan postrado que tuvo que abandonar sus ocupaciones y recluirse en su residencia familiar de Devonshire, donde (tal era la ferviente aunque inconfesable esperanza de su esposa y su yerno) se vería obligado a quedarse.

Helen ignoraba qué había hecho Cardross para ganarse el agradecimiento de su padre. Se trataba (como decía su esposo con vaguedad) de «acuerdos matrimoniales». Además, su deber no era ocupar su hermosa cabeza con esas cosas, sino intentar conducirse con dignidad y discreción. Mamá, que se sentía profundamente agradecida con el conde, le había dejado muy claro cuáles eran sus obligaciones a partir de ahora: mostrarse siempre amable con él, no avergonzarle haciéndole preguntas estúpidas y no darse por enterada si, por casualidad, su esposo tenía una aventura fuera de los muros de su espléndida residencia en Grosvenor Square. «De una cosa estoy segura —había dicho su madre con orgullo, dándole una palmadita en la mano—: el conde siempre te tratará con la mayor consideración. Además, sus modales son tan impecables que nunca podrás quejarte del abandono o la indiferencia que sufren tantas mujeres en tu situación. Te aseguro, querida, que no hay nada más humillante que estar casada con un hombre cuyos afectos están en otra parte». Hablaba con conocimiento de causa, pues ese había sido su destino. Lo que mamá no sabía, y nadie debía saber, era que aquella hija tan bien aleccionada se había enamorado perdidamente de milord desde su primer encuentro, cuando *lady Jersey*^[2], una de las patrocinadoras de Almack's, había cruzado el salón para presentárselo. No, mamá no tenía la menor sospecha de eso. Mamá era una mujer muy sensible, pero sabía que el matrimonio no tenía nada que ver con el amor. Su mayor temor (según le confesó más tarde) era que su hija se viera obligada a casarse con un hombre que no fuera de su agrado. Pero estaba segura de que un caballero tan apuesto y agradable como Cardross no podía disgustarle. Es más, era evidente que el conde estaba dispuesto a ganarse el afecto de su esposa. De hecho, fue él quien pidió a *lady Jersey* que se la presentara aquella noche inolvidable, y las

palabras que dirigió más tarde a papá para pedir su mano habían bastado para tranquilizar a su madre. Por su parte, Helen solo podía corresponderle con cortesía y consideración.

Al principio no podía creer (enamorada como estaba del conde) que este le hubiera propuesto matrimonio solo porque era bonita, de buena familia y más agradable que las demás jóvenes que había conocido. Pero mamá estaba en lo cierto. Cuando Helen conoció a la hermanastra y protegida del conde, una alegre morena, esta exclamó, abrazándola con cariño: «¡Oh, qué bonita eres! Mucho más bonita que la querida de Giles. ¡Ojalá logres derrotarla!».

Para Helen había sido una amarga sorpresa, pero al menos no se había puesto en evidencia. Y se alegraba de haber sabido la verdad antes de hacer el ridículo mostrando su amor al mundo. O de haber aburrido a milord dándole muestras de un cariño que (como había aprendido en su primera temporada) la buena sociedad consideraba de mal gusto. En cuanto a derrotar a *lady* Orsett (no había tardado en descubrir la identidad de la amante de su esposo), era una ambición que probablemente pertenecía (al igual que sus primeros sueños) al mundo de la fantasía, y que resultaba aún más improbable ahora que milord le estaba preguntando por sus deudas.

—¡Dime la verdad, Helen!

Su voz, amable pero inconfundiblemente imperiosa, interrumpió sus apresurados y confusos pensamientos. No podía decirle la verdad porque, aunque la perdonara por haberle desobedecido, no perdonaría a Dysart, para el que (según el conde) no había excusa posible. Y si se negaba a rescatar a Dysart de sus dificultades económicas y le prohibía hacerlo a ella también, ¿qué sería de Dy? Es más, ¿qué sería del pobre papá? No hacía mucho, su esposo le había dicho que lo mejor que podía hacer por Dysart era alistarlo en el ejército y enviarle a España con el duque de Wellington. Y seguramente lo habría hecho si no se hubiera enterado de aquel último contratiempo. No es que a su hermano le hubiera disgustado la idea, porque siempre había querido ser militar. Había sido su padre el que se había negado a dar su consentimiento. En cuanto a mamá, la sola idea de exponer a su querido hijo mayor a los peligros de una campaña militar le había provocado una serie de terribles espasmos.

No, no podía decirle la verdad, ¿pero cómo justificar un gasto de trescientas libras sin una factura? Sin embargo, no hizo falta que la hija de lord Pevensey se estrujara demasiado el cerebro para resolver el problema: nadie mejor que una Irvine sabía cómo se esfumaba el dinero.

—¡No fue Dysart! —se apresuró a decir—. ¡Me temo que fui yo!

Al ver cómo cambiaba la expresión de su esposo, se llenó de temor.

—¡Por favor, no te enfades! —le suplicó—. ¡Nunca más lo volveré a hacer!

—¿Pretendes decir que lo perdiste en el juego?

Helen volvió a agachar la cabeza.

—Debí imaginar que tú también lo llevabas en la sangre —dijo el conde al cabo de un momento.

—¡No, no es cierto! —exclamó Helen con apasionada sinceridad—. Es solo que me sentía estúpida y mojigata por no jugar, cuando todo el mundo lo hacía, y perdí. Entonces pensé que, tal vez, mi suerte cambiaría. Pero no fue así, y...

—¡No hace falta que digas nada más! —la interrumpió él—. Nunca he conocido a un jugador que no pensara que su suerte iba a cambiar. —La miró con el ceño fruncido, y luego añadió, con voz más calmada—: Me entristece mucho tener que tomar esta decisión, Helen, pero te prohíbo que juegues a otra cosa que no sea al escondite. No pienso permitir que mi esposa se convierta en una asidua a la banca del faraón^[3].

—No sé muy bien qué es eso —replicó ella con ingenuidad—, pero te prometo que no lo volveré a hacer. Así que, por favor, no hagas nada terrible.

—Está bien —repuso el conde, echando un vistazo a las facturas—. Pagaré estas y otras que puedas tener. ¿Tendrías la amabilidad de traérmelas?

—¿Ahora? —preguntó Helen con un hilo de voz, pensando en el cajón repleto de facturas.

—Sí, ahora —añadió él con una sonrisa—. Te sentirás mucho mejor cuando lo hayas confesado todo.

Helen asintió. Pero cuando, al cabo de un momento, le presentó una extensa colección de facturas, no se sintió mucho mejor. No se podía negar que había derrochado el dinero. La asignación que le daba su marido le había parecido tan elevada a una joven que nunca había tenido nada para gastar (aparte de la modesta suma que le daba su padre para sus pequeñas necesidades), que había comprado cosas sin pensar, creyendo que sus recursos eran ilimitados. Ahora, mientras observaba a milord, que estaba hojeando el abultado montón de facturas, pensó que había sido una insensata gastándose el dinero tontamente.

El conde revisó los papeles con aire inexpresivo, pero de pronto frunció el ceño.

—¿Dos tabaqueras de oro con relieves en color? —preguntó.

—¡Eran para Dysart! —explicó ella con aire angustiado.

—¡Ah!

Milord retomó el examen de las facturas. Angustiada, Helen observó a su esposo, que estaba leyendo un papel encabezado por la elegante caligrafía de su modista. Pero Cardross no dijo nada, y Helen pudo volver a respirar. Sin embargo, unos minutos más tarde leyó en voz alta:

—¿Una caja adornada con unos pájaros azul turquesa?

—¡Era una cajita de música! —exclamó—. ¡Para mis hermanas!

—Comprendo —dijo el conde, dejando la factura a un lado.

Helen se tranquilizó, pero su corazón dio un vuelco cuando le oyó gritar:

—¡Cielo santo!

Levantó la mirada para averiguar qué había provocado la exclamación de su esposo, y lo vio examinando otra factura.

—¿Cuarenta guineas por un sombrero? —preguntó él con incredulidad.

—Me temo que era un poco caro —reconoció—. Tiene tres plumas de avestruz, ¿sabes? ¡Di-dijiste que te gustaba! —añadió con desesperación.

—Así es, querida. Tienes un gusto impecable. ¿También me gustaron los otros ocho sombreros que has comprado, o aún no los he visto?

—¿O-ocho, Giles? ¿Estás seguro? —balbuceó ella, asustada.

—¡Ocho! —exclamó el conde con una carcajada—. ¡Vamos, no pongas esa cara! Seguro que los necesitabas. Además, aunque cuarenta guineas parezca un precio desorbitado, su diseño es encantador, y te sientan de maravilla. —Helen sonrió, agradecida. El conde le cogió la barbilla y se la pellizcó—. Eres encantadora, Helen, pero no creas que vas a librarte de una regañina. No tienes ni idea de cómo administrar el dinero. De hecho, dudo que hayas hecho cuentas alguna vez. Ahora voy a pagar estas facturas y a añadir cien libras más a tu asignación. Eso debería (¡no, debe!) servirte para llegar a fin de mes.

—¡Oh, muchas gracias! —exclamó ella—. ¡Eres tan bueno! ¡Tendré mucho cuidado, te lo prometo!

—Espero que no te veas obligada a hacer demasiadas economías —señaló él con aire burlón—. Pero si tienes más facturas sin pagar, ¡dámelas ahora! No te regañaré, pero te advierto una cosa, Helen: el mes que viene no quiero descubrir facturas pendientes. Así que, si me estás ocultando algo, dímelo. Si descubro que me has engañado, me enfadaré, y la próxima vez no me limitaré a regañarte.

—¿Qué... qué harás si... sigo teniendo deudas el mes que viene? —preguntó ella, aterrorizada.

—Te daré dinero para tus gastos diarios, y me encargaré de que me envíen todas tus facturas.

—¡Oh, no! —exclamó Helen, poniéndose colorada.

—Te aseguro que me disgusta tanto como a ti, y que no me siento menos humillado. Pero conozco las consecuencias de ese despilfarro que tanto parece gustarte, y no pienso tolerarlas en mi casa. Así que piénsalo, Helen. ¿Me has dado todas las facturas?

La idea de haberle engañado, unida a su amenaza y a su expresión inflexible, estuvieron a punto de hacerle confesar.

—¡Sí, sí! —se apresuró a decir, tratando de disimular su angustia.

—Muy bien. En ese caso no volveremos a hablar de ello.

Helen se tranquilizó.

—Te lo agradezco mucho —dijo con voz sumisa—. No pretendía ser una mujer tan derrochadora.

—Ni yo un marido tan tirano. Podríamos llevarnos mucho mejor, Helen.

—¡Oh, no! Quiero decir que para mí no eres ningún tirano. Eres tan bueno... Perdóname por causarte tantos disgustos, ¡por favor!

—¡Helen!

El conde le tendió la mano, pero en lugar de estrechársela, Helen se limitó a sonreírle con nerviosismo.

—¡Gracias! —repitió—. ¡Eres muy bueno! ¡Uy, qué tarde se ha hecho! ¿Puedo retirarme ya?

Cardross dejó caer la mano.

—¡No soy un maestro de escuela! —dijo, con un matiz de decepción—. Claro que puedes retirarte, si eso es lo que quieres.

Helen murmuró algo relativo a su cuñada y a Almack's, y salió de la biblioteca a toda prisa. Aquel gesto de cariño de su esposo, al final de una escena en la que, efectivamente, él se había comportado más como un maestro de escuela que como un marido, le pareció más una expresión de amabilidad que cualquier otro sentimiento. Helen tenía los nervios de punta, y no se había sentido capaz de responder como solía a sus muestras de amor. Sabía que su huida podía ofenderle, pero no sospechaba que podía herirle. Desde el principio de su matrimonio, pensaba que las muestras de cariño de su marido solo respondían a un deseo de ocultar que, aunque le había dado su apellido, su corazón pertenecía a otra.

En cuanto a Cardross, se quedó en compañía de amargas reflexiones, así como de la creciente sospecha de que, después de todo, aquellos que le habían hablado mal de Helen llevaban razón: de un matrimonio con una Irvine no

podía salir nada bueno. Uno de sus primos, el señor Felix Hethersett (uno de los caballeros más elegantes de Londres), le había dicho con absoluta franqueza: «No tengo nada en contra de la joven, Giles, pero su familia no me gusta».

Tampoco a él le gustaba su familia. En realidad, nada había estado más lejos de su intención que casarse con una Irvine, y nada le parecía más improbable que un matrimonio por amor. Su deber era casarse, pero desde hacía años mantenía una agradable relación con una dama de moral dudosa y carácter discreto. Y pensar que podía sucumbir a unos ojos azules y unos pícaros hoyuelos no entraba en sus cálculos. Pero así había sido. La primera vez que vio a Helen fue en un salón de baile, y enseguida se sintió atraído no tanto por su innegable belleza, sino por la dulzura de su rostro y la inocencia de su mirada. Antes de darse cuenta se había enamorado. Helen procedía de una familia de derrochadores, pero ella le había prometido, mirándole a los ojos, que se había salvado milagrosamente de aquella mancha familiar.

Aún no tenía dieciocho años cuando se casaron, catorce menos que él. Cuando empezó a convivir con aquella esposa tímida y huidiza, Cardross se comportó con mucha delicadeza, creyendo que la ternura y la paciencia conquistarían el corazón de la criatura vivaz y apasionada que (estaba seguro) se escondía tras aquella jovencita nerviosa.

Había visto atisbos de aquella criatura (o eso creía), pero aún no la había conquistado. Ahora empezaba a temer que se había equivocado. Helen era una joven obediente, incluso sumisa. A veces resultaba una compañía encantadora, y sus modales eran siempre exquisitos. Pero, aunque nunca rechazaba sus muestras de cariño, tampoco las alentaba, ni parecía infeliz sin él. Una vez instalada en Grosvenor Square, se entregó con aparente placer a los divertimentos mundanos: acompañaba a su joven cuñada a las fiestas de sociedad y pronto se rodeó de una corte de admiradores. No era en absoluto una mujer que buscara la constante compañía de su esposo. Era derrochadora, y hoy había descubierto que, como al resto de su familia, le gustaba el juego. ¡Y qué cariño parecía profesar por sus hermanas pequeñas y por el calavera de su hermano! Muchos le habían dicho que Helen se había casado con él solo por su dinero. No los había creído, pero ahora empezaba a dudar. En la precipitada huida de la biblioteca solo había visto el deseo de una niña mimada de huir de un maestro desagradable. No podía imaginar que había huido por temor a verse traicionada por sus sentimientos.

Mientras tanto, Helen se refugió en su habitación. Esperaba no encontrarse con su doncella, pues necesitaba un tiempo para recomponerse.

Pero en lugar de su doncella se encontró con su cuñada, que estaba muy atareada probándose los ocho sombreros nuevos que había comprado.

Los aposentos de la joven condesa consistían en un amplio dormitorio y una sala contigua, conocida por el servicio como el vestidor. Milord había mandado redecorar ambas habitaciones con ocasión de su matrimonio: en el dormitorio había colocado una cama con dosel cubierta por unas cortinas de seda rosa, y para el vestidor (que, por sus dimensiones, era más bien un tocador) había mandado hacer unas cortinas azules y plateadas. *Lady* Letitia Merion desfilaba entre los espejos de este frívolo entorno, muy satisfecha con su aspecto, pero incapaz de decidirse por ningún sombrero. La joven saludó a su cuñada muy alegre, diciendo:

—¡Oh, por fin estás aquí! ¡Llevo un siglo esperándote! Helen, este sombrero es precioso. ¿Cómo crees que debería llevarlo? ¿Así? ¿O así?

—¡Oh, Letty, quítatelo! —rogó Helen sin querer, incapaz de mirar al causante de su última desgracia.

—¡Cielo santo! ¿Qué pasa? —preguntó su cuñada.

—¡Nada, nada! Es solo que me duele un poco la cabeza. —Al ver que Letty la miraba fijamente, hizo un esfuerzo para sonreír—. ¡Por favor, no te preocupes! Es solo que... que...

Las lágrimas le impidieron continuar.

—¡Helen! —exclamó Letty, quitándose el sombrero y corriendo a abrazarla—. ¡Por favor, no llores! ¿Ha ocurrido algo malo?

—¡No, no! Es solo que he sido... ¡tan derrochadora!

—¿Eso es todo? Deduzco que Giles te ha soltado uno de sus sermones. ¿Qué te ha dicho? ¿Está muy enfadado?

—¡Oh, no! Pero está muy disgustado, y lo que he hecho ha sido imperdonable —dijo Helen, secándose los ojos—. ¡Pero eso no es lo peor! Me he visto obligada a... —Helen se interrumpió, muy colorada—. ¡No puedo decírtelo! Por favor, no me hagas caso. He sido muy imprudente, pero estoy dispuesta a cambiar. ¿Deseabas hablar conmigo de algo en concreto?

—¡Oh, no! Solo quería preguntarte si puedo llevar tu chal de céfiro esta noche. Pero si te encuentras indispuesta, no quiero molestarte.

—¡Oh, sí, pónelo! De hecho, puedes quedártelo. No creo que pueda soportar ponérmelo otra vez —dijo Helen con aire trágico.

—¡No seas tonta, Helen! Te prendaste de él cuando te lo enseñaron, y solo costó treinta guineas.

—Lo sé. Giles vio la factura y no me hizo ni un solo reproche. ¡Y eso me hace sentir aún peor!

—Pues yo me sentiría muy satisfecha —dijo Letty con ingenuidad—. ¿Entonces me lo dejas? ¡Muchas gracias! Quedará perfecto con mi vestido de muselina francesa. Intentaré convencer a Giles de que me compre uno igual.

—¡Oh, no, no lo hagas! —exclamó Helen, horrorizada.

—¡Oh, no! Nunca molestaría a Giles cuando está de mal humor —concedió Letty—. No he visto a nadie al que le disgusten tanto las deudas. ¿Tú qué vas a ponerte esta noche? Felix Hethersett iba a acompañarnos a Almack's, ¿recuerdas?

—Ojalá no tuviéramos que ir... —suspiró Helen.

—No hace falta que vengas si no quieres. Basta con que envíes una nota a casa de Felix. En cuanto a mí, mi tía Thorne estará encantada de llevarme.

La ligera conversación consiguió distraer a Helen de sus problemas. Después de casarse, el conde liberó a su joven pupila de la supervisión de su tía materna y se la llevó a casa. La señora Thorne tenía buen corazón, pero al conde no le gustaban sus ideas, y pensaba que no tenía ni el deseo ni la capacidad de controlar a su frívola hermanastra. Se asustó al descubrir cuán superficial era la vigilancia a la que Letty había estado sometida, y cuán perjudiciales eran las ideas que su tía le había transmitido. Y aún se asustó más cuando su hermanastra le confesó que, a pesar de su juventud, ya estaba prometida. El afortunado era Jeremy Allandale, un muchacho perfectamente respetable que, si bien era de buena familia, no podía considerarse un marido adecuado para *lady* Letitia Merion. Trabajaba en el ministerio de asuntos exteriores, y aunque sus perspectivas eran buenas, sus circunstancias actuales eran limitadas. Su madre, viuda, distaba de ser rica, y el joven debía costear la educación de sus hermanos menores. Al conde le agradaba este último detalle, pero, aunque el señor Allandale se conducía con la mayor propiedad, estaba perdidamente enamorado de Letty, con cuya prudencia no se podía contar. En el momento que obtuviera el control de su fortuna, su hermanastra era perfectamente capaz de convencer a su amante para fugarse. Pero como el señor Allandale era incapaz de mantenerla, esa posibilidad parecía (por el momento) poco probable. El joven no solía ser invitado a Grosvenor Square. Pero, ya fuera por prudencia de su parte o por el deseo del conde de no resultar tiránico, este no le había prohibido ver a su hermanastra. No había nada malo en que Letty bailara con el señor Allandale. Pero Helen sabía que, bajo la descuidada supervisión de su tía, su cuñada no se contentaría con eso. Que Letty se hubiera mostrado tan comprensiva ante su deseo de quedarse en casa la llevó a sospechar que el señor Allandale estaría en Almack's y, una vez más, se secó los ojos y le dijo que la acompañaría.

Efectivamente, el señor Allandale estaba en Almack's y, por enésima vez, Helen se preguntó qué había visto su cuñada en él. Allandale era un hombre de aspecto agradable, incluso guapo. Pero sus modales eran demasiado formales, y su conversación, más prolija que divertida. Sin duda era un hombre de fiar, pero Helen lo encontraba un poco aburrido. El señor Felix Hethersett, que no tenía pelos en la lengua, comentó:

—Este joven es un verdadero plomo, querida. Espero que el idilio no dure mucho.

—No —dijo Helen—, pero debo admitir que Letty está mostrando una gran constancia. Me aventuré a sugerir a Cardross que no harían tan mala pareja, pero a él no le gusta. Solo dice que, si Letty no cambia de opinión de aquí a unos años, le acogerá con los brazos abiertos.

—Eso sería un gran error —dijo el señor Hethersett con desaprobación—. Letty es una joven encantadora, además de una futura heredera. Aunque puedo entender —añadió, como si se le hubiera ocurrido de repente— que estés deseando casarla. Debe de ser una gran carga para ti.

—¡Oh, no, en absoluto! —dijo Helen, muy afligida—. ¿Cómo puedes pensar que deseo librarme de ella? ¡Estoy encantada de gozar de su compañía!

El señor Hethersett le pidió disculpas, avergonzado. A pesar de sus comentarios, era uno de sus más fervientes admiradores, y en los círculos elegantes, pasaba por ser su galán oficial. Helen tenía otros admiradores más atractivos, pero Hethersett era su favorito, circunstancia que constituía un enigma para muchas personas. Nadie sospechaba que la joven condesa no deseaba coquetear, y que solo aceptaba al señor Hethersett porque era el primo de su esposo. Lo trataba como a un hermano, situación que satisfacía plenamente a Hethersett, que no era ningún mujeriego, y que solo le hacía la corte porque estaba de moda. El señor Hethersett gozaba de una incomparable elegancia, un gusto exquisito, una familia impecable y una generosa fortuna. No era un hombre guapo ni elocuente, pero vestía siempre con la máxima elegancia, manejaba sus rucios a la perfección y tenía fama de conocer a toda la alta sociedad. Todas estas características habían hecho de él uno de los dandis más apreciados de Bond Street. Los caballeros pensaban que era un tipo estupendo, y las damas le apreciaban por dos razones: tenerle de admirador les aseguraba el respeto de todo el mundo, y poseer su amistad permitía no solo disfrutar de la atención de uno de los hombres más elegantes de la ciudad, sino gozar de los servicios de una persona cuya bondad era proverbial. Para las damas más atrevidas (aquellas que humedecían sus

vestidos de muselina para que se ajustaran al cuerpo, se pintaban las uñas de los pies y vivían siempre al borde del escándalo), había galanes mucho más atractivos que el señor Hethersett. Pero *lady* Cardross no pertenecía a ese club, y aunque no le importaba tener admiradores, tenía mucho cuidado en no alentar las pretensiones de ninguno de los libertinos que la cortejaban. El señor Hethersett la acompañaba sin rechistar a las fiestas más aburridas de la temporada, y no había temor a que el abandono de la formalidad le llevara a traspasar ciertos límites. No era un hombre ingenioso ni un gran conversador, pero el nudo de su pañuelo rozaba la perfección, y bailaba de maravilla. Hasta Letty, que pensaba que era horriblemente anticuado, no desdeñaba su compañía cuando se trataba de ir a Almack's. Almack's era un aburrimiento, por supuesto, y sus patrocinadoras unas engreídas, pero ninguna jovencita rechazaría una invitación a sus recintos sagrados. Entrar en sus salones acompañada del señor Hethersett aseguraba la aprobación incluso de la selecta señora de Drummond-Burrell^[4].

Helen se quedó estupefacta y no menos encantada cuando, al llegar a King Street, vio a su torpe pero querido hermano bailando el *boulanger* con una joven de aspecto modesto. El joven no tardó en explicarle que nunca se había sentido tan engañado.

—¡Sí, por increíble que parezca, aquí estoy! —dijo Dysart, con sus ojos azules brillando de indignación.

Helen no pudo reprimir una carcajada.

—¡Oh, Dy, menudo sinvergüenza estás hecho! Aquí estás en Almack's, cuando nunca has querido venir conmigo. Dijiste que tus caballos se negaban a traerte aquí, ¿recuerdas?

—No me trajeron mis caballos —repuso él con aire sombrío—. ¡Fue la vieja Wenlock! Esta mañana me pidió que subiera a su landó en Bond Street, y me rogó que comiera con ella en Brook Street para conocer a su sobrina. Por supuesto le dije que tenía otro compromiso, pero no sirvió de nada. ¡Esas arpías que rodean a mamá son odiosas, Helen! De haber sabido que pretendía traerme a Almack's, no habría subido. ¡Detesto bailar, y aquí solo sirven horchata y limonada! ¡Y esa sobrina suya, que según ella era encantadora, no es más que un adefesio!

—Era de esperar —dijo el señor Hethersett, con su sabiduría mundana.

—¿Por qué? —preguntó Dysart.

En otras circunstancias, el señor Hethersett habría respondido con absoluta franqueza. Pero ante la mirada inocente de Helen le faltó el valor, y dijo que no lo sabía. Al fin y al cabo, no podía decir a una devota hermana

que ninguna tía en su sano juicio invitaría a Dysart a acompañar a su sobrina a una fiesta. Puede que Dysart fuera el heredero de un condado, pero todo el mundo sabía que su noble padre (hasta que tuvo la suerte de casar a su hija con Cardross) estaba arruinado. Y nadie que hubiera observado su errática trayectoria podía pensar que era capaz de arreglar los asuntos de su familia. Lejos de verlo como un codiciado soltero, las madres lo consideraban extremadamente peligroso, pues combinaba, con una tendencia decididamente libertina, un encanto que podía suponer la perdición de cualquier joven. También era muy guapo, y aunque sus detractores condenaban la dejadez de su atuendo, nadie podía negar que su altura y sus rizos dorados atraían todas las miradas. Además, tenía una adorable sonrisa a la que resultaba muy difícil resistirse. En ese momento estaba sonriendo, pues no era ningún tonto, y sabía muy bien lo que el señor Hethersett había querido decir.

—¡Cobarde! —dijo con aire desafiante.

Pero el señor Hethersett no se dejó provocar, y como Letty había llegado en ese momento acompañada del señor Allandale, Dysart decidió cambiar de tema. El joven saludó a Letty con la desenvoltura de un familiar, y le pidió permiso para escoltarla al baile. Aunque se mantenía fiel al señor Allandale, Letty no era insensible al encanto del vizconde y se dejó guiar por él, dejando que su pretendiente intercambiara las cortesías de rigor con Helen.

El señor Hethersett observaba los acontecimientos con preocupación. Era difícil percibir un mayor contraste que el que existía entre el señor Jeremy Allandale y lord Dysart. El primero era un joven rechoncho, de facciones regulares y ojos graves. El segundo era un alto y apuesto petimetre, de ojos azules y sonrisa encantadora. El señor Allandale era una persona constante y de fiar, mientras que lord Dysart era caprichoso e inestable. Sin embargo, había una cosa que los hacía iguales como dos gotas de agua: como futuros esposos, ambos eran igual de inadecuados. El señor Hethersett, que veía el comienzo de un peligroso flirteo entre Letty y el vizconde, pensó que había faltado a su deber con Cardross. Un hombre más rápido (pensó con culpabilidad) habría intervenido antes de que Letty hubiera podido aceptar la invitación de Dysart.

También Helen estaba viendo bailar a la pareja: no con recelo (pues sabía que Letty solo tenía ojos para Jeremy), sino con cierta tristeza. Al encontrarse con Dysart había sentido el impulso de contarle sus problemas. No esperaba que su hermano le devolviera el dinero que tan despreocupadamente le había prestado, pero al menos habría podido advertirle que, en el futuro, no podía depender de ella.

Sin embargo, no tuvo más oportunidad de hablar con él. Poco después solicitaron su mano y, cuando quiso dejar la pista de baile, su hermano ya había regresado con su pareja.

Diez minutos más tarde, Dysart abandonó Almack's con el más ridículo de los pretextos. Circunstancia que no tardó en comunicarle su anfitriona, que cruzó la sala con el único propósito de quejarse por la falta de modales de su hermano. El señor Hethersett no pudo hacer nada para evitarle aquella reprimenda. Pero cuando *lady* Chudleigh (una de las tías más terribles de Cardross) acusó a Helen de haber permitido que Letty bailara con el señor Allandale, Hethersett salió en su defensa, recomendándole que no se quejara a Helen, sino a Cardross.

—Te aseguro, Felix, que nada está más lejos de mi intención —dijo la señora en voz baja—. Sería incapaz de contárselo a Cardross.

—Me alegro —respondió el intrépido señor Hethersett—. Porque lo más seguro es que te respondiera con un desaire.

Helen se sintió conmovida por aquella muestra de heroísmo en su favor, pero el señor Hethersett no le dio importancia. Después de observar la retirada de la viuda a través de su monóculo (que le deformaba horriblemente el ojo), le aseguró que no había dicho más que la verdad.

—No temas que Cardross escuche sus maledicencias —dijo—. Además, tu marido sabe muy bien que no puedes impedir que Letty baile con quien quiera. Dudo que yo pudiera impedirselo.

También el conde parecía dudarle. Aún no había vuelto de una cena con la Sublime Sociedad del Bistec^[5] cuando, poco después de medianoche, las señoras regresaron a Grosvenor Square. Pero no fue hasta la mañana siguiente cuando fue a visitar a su mujer. La encontró con la bandeja del desayuno sobre las rodillas y las cortinas de la cama abiertas. Entre sorbos de café y pequeños mordiscos a una tostada con mantequilla, Helen revisaba la correspondencia. A juzgar por el montón de papeles que cubría la colcha, esta parecía consistir principalmente en invitaciones. Pero había una carta de su madre llena de tachones que la joven intentaba descifrar cuando Cardross entró en la habitación. Helen dejó la carta y trató de arreglarse los rizos que se habían escapado de su gracioso gorrito de dormir.

—¡Dios mío, no te esperaba tan temprano! ¡Aún no he tenido tiempo de arreglarme!

—¡Deja el cabello como está! —rogó él, agarrando su mano y besándosela—. Estás encantadora, te lo aseguro. ¿Fue divertida la fiesta de Almack's?

—Bueno, como todas las fiestas de Almack's.

—Entonces deduzco que no lo fue —observó él, sentándose al borde de la cama y cogiendo una de las invitaciones—. Tampoco lo será esta, pero supongo que debemos aceptarla. Es de la madrina de Letty. ¿Se comportó Letty con propiedad anoche, o se pasó toda la velada bailando con el señor Allandale?

—No, en absoluto. Solo bailó dos veces con él.

—Me sorprende saber que se ha portado tan bien, y te doy mi enhorabuena. Estoy seguro de que todo el mérito es tuyo.

—Bueno, debo disuadirla de hacer lo que te disgusta —dijo Helen con escasa convicción—, pero esta vez no ha hecho falta. El señor Allandale es tan estricto que nunca le pedirá nada que pueda escandalizar a los demás.

—¡Menudo cretino! —exclamó milord—. Me pregunto qué habrá visto Letty en él.

—¡No se me ocurre nada! —repuso ella con ingenuidad—. Aunque estoy segura de que tiene excelentes cualidades, y una inteligencia superior.

—¿Una inteligencia superior? Pues a mí me parece un pelmazo. Espero que Letty se recupere pronto de su enamoramiento. Ese matrimonio no tiene ningún futuro, ¿sabes? El señor Allandale no tiene dinero ni espera tenerlo, y nunca he visto una pareja peor avenida. Sería un canalla si favoreciera semejante enlace. Aunque, si es tan rígido como dices, imagino que no habrá que temer una fuga a Gretna Green^[6].

—¡Cielo santo, no! —exclamó Helen, asustada.

—Entonces no tendré que preocuparme más por las advertencias de la tía Chudleigh.

—¡La tía Chudleigh! Oh, Giles, anoche estaba en Almack's, y me regañó por permitir que Letty bailara con el señor Allandale.

—¡Qué impertinente!

—¡Oh, no! Aunque eso fue lo que dijo tu primo Felix. Y añadió que debía darte las quejas a ti, lo cual no fue muy amable por su parte. ¡Pero sí muy valiente!

—Me pregunto qué cree que debería hacer para frenar a Letty. Como no la encierre en Merion House... Por cierto, la semana que viene debo ir a Merion. Imagino que será inútil preguntarte si quieres venir conmigo.

Helen le miró con consternación.

—¿La semana que viene? ¡Es la mascarada de los Beading!

—¿Tan importante es? —preguntó él, arqueando las cejas—. Sabes que detesto las mascaradas.

—¡No es importante, pero le prometiste a Letty que la dejarías ir! Es su primera mascarada, y se ha hecho un dominó encantador. Sería muy cruel decirle que no puede ir.

—¡Al diablo Letty! ¿No puede...? No, supongo que no. Está bien. No hace falta que me acompañes.

—¡Ojalá pudiera! —murmuró ella con tristeza.

Cardross sonrió con aire irónico y cogió otra invitación.

—¡Un baile en casa de los Cowper! ¡Qué horror! ¿Es obligatorio que vayamos?

Además de las invitaciones, esa mañana había llegado una educada nota de parte del señor Warren, perfumero, recordando a *milady* que debía un pequeño importe en perfumes, crema y cera blanca para las uñas. Eran unas cuantas guineas, pero Helen, de forma instintiva, la tapó con la mano. El movimiento captó la atención de su esposo, que intentó ver de qué se trataba. Helen apartó la mano de inmediato, colorada y avergonzada consigo misma.

—¿Qué otros placeres nos esperan? —preguntó el conde, cogiendo otra invitación—. Bailes, fiestas... La temporada está en su máximo apogeo. ¡Oh, por favor, no me pidas que te acompañe a esto!

—¡Tranquilo! Es solo una reunión de mujeres. Pero sí asistirás a nuestra fiesta de disfraces, ¿no?

—Por supuesto.

Se produjo un breve silencio. Después de echarle un breve vistazo, el conde no había vuelto a mirar la nota del señor Warren. Pero era evidente que su esposa quería distraer su atención de ella.

—Oh, Cardross, ¡qué bata más elegante llevas! —dijo, algo nerviosa—. Creo que no te la había visto nunca.

—Me alegro de que te guste. Aunque no debería permitir que me vieras en bata.

—¡No digas tonterías! Es preciosa.

—Sí, y terriblemente cara. Tan cara como tu sombrero de plumas, aunque me temo que no tan favorecedora.

Cardross sonrió y le acarició la mejilla.

—Mi pequeña Helen... ¿Qué es eso que escondes ahí? ¿Tan terrible es?

Ella exhaló un suspiro de alivio y sonrió con timidez.

—No, no lo es. Es solo una factura que había olvidado. Temía que te enfadaras conmigo...

—¿Tan terrible soy? —murmuró él con tristeza—. En fin, ¿quieres que la pague junto con las otras?

—¡Oh, no, te lo ruego! Es una insignificancia, ¡mira! —dijo, enseñándosela.

Pero él no la miró. Se limitó a cogerla entre los dedos y a tomarle la mano, diciendo:

—No debes tenerme miedo. Te prometo que nunca he pretendido asustarte. Pagaré esta factura, y cualquier otra, pero... no me las ocultes.

—¿Tener miedo de ti? ¡Eso nunca, Giles!

Cardross le estrechó la mano con fuerza y se inclinó hacia ella con intención de besarla. Pero justo entonces entró la doncella, y aunque enseguida se retiró, el momento pasó. Helen había retirado la mano, enrojeciendo profundamente, y el conde no intentó volver a cogerla. Se levantó, también él algo avergonzado, y se retiró a su dormitorio, sintiendo la turbación de un hombre descubierto, a las diez de la mañana, seduciendo a su esposa.

Esa misma tarde, poco después de las cuatro, el birlocho de *lady* Cardross entró en Hyde Park. Se trataba de un vehículo elegante, lo último en carruajes urbanos. Se lo había regalado su marido, junto a un par de briosos caballos, después de instalarse en Grosvenor Square. «Tu carruaje es el último grito, Helen», había dicho Dysart. Ciertamente, ninguna otra mujer poseía un vehículo tan distinguido. Ser vista en carruaje, a caballo o incluso a pie por Hyde Park durante la temporada londinense era obligatorio para cualquier dama que deseara estar a la moda. Antes de casarse, cuando paseaba con su madre en un anticuado landó, Helen solía envidiar a los dueños de los carruajes más elegantes, y pensaba en lo agradable que sería ir sentada en un pequeño birlocho de ruedas amarillas, tirado por un par de magníficos caballos. Tanto le había gustado el regalo del conde, que exclamó con ingenuidad:

—¡Oh, ahora seré la envidia de todas!

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó él con expresión divertida.

—Sí —respondió ella con sinceridad—, y creo que debo serlo. Porque aunque la señorita Wilby (ya sabes, nuestra institutriz) dice que no hay que aferrarse a las cosas mundanas, tú eres el caballero más elegante de Londres, y yo también debo estar a la altura.

—En ese caso, estoy convencido de que la señorita Wilby pensará que ir a la moda es tu obligación —dijo el conde muy serio.

Helen no estaba tan segura, pero no tardó en recordar que ya no estaba bajo la tutela de su institutriz.

—Ya sabes cómo habla la gente del caballo de lord Dorset y de los potros de la señora Toddington. ¡Pues ahora hablarán de los caballos de *lady*

Cardross! No me extrañaría que mi birlocho atraiga más miradas que los suyos.

—A mí tampoco —concedió milord, muy serio.

Ya fuera por el distinguido vehículo o por su encantadora ocupante, el caso es que Helen no tardó en llamar la atención. De hecho, se convirtió en una figura célebre, y no dudó que debía su triunfo a sus espléndidos caballos hasta que Letty (que estaba mucho mejor informada) comentó esa tarde mientras subía al carruaje:

—¿No te parece una suerte que tú seas rubia y yo morena? No me extraña que nos miren: ¡eclipsamos a todo el mundo! El señor Bottisham se lo ha comentado a Hardwick, y Hardwick dice que es todo un piropo viniendo de él, porque el señor Bottisham tiene fama de ser muy exigente. Ya sé que tú eres más guapa —añadió—, pero yo tengo más prestancia. Además, ser morena está de moda, así que no me preocupa que seas más guapa.

Helen no pudo evitar reírse, pero (recordando las enseñanzas de su institutriz) reprendió a su cuñada, diciéndole que el exceso de sinceridad no era propio de una señorita.

—Hablas igual que la tía Chudleigh —observó Letty con descaro—. Pues yo no veo nada malo en decir la verdad, ¡y no puedes negar que es verdad! —dijo, acomodándose en el asiento y abriendo una sombrilla rosa—. Hacemos una pareja encantadora —añadió con orgullo.

—Me imagino que eso te lo ha dicho lord Hardwick.

—¡Todo el mundo lo dice!

—¡Pues ten cuidado, no vayan a decir que eres una presumida!

—No van a decir nada de eso —aseveró Letty, muy convencida—. Además, a nadie le importa. Bueno, salvo a Felix. ¡No he visto a un hombre más anticuado!

Sin embargo, cuando se encontraron con el señor Hethersett paseando por el parque, en su rostro solo había aprobación. Helen ordenó al cochero que frenara los caballos y, cuando el señor Hethersett se acercó al birlocho, se inclinó para estrecharle la mano.

—¿Cómo estás, Felix? Me alegro de verte. ¿Piensas ir a la mascarada de los Beading? Mi malvado esposo dice que no puede ir. ¿Cenarás con nosotras y nos acompañarás en su lugar?

—No puedo —dijo él sacudiendo la cabeza—. Le dije a la señora Beading que no podía ir porque tenía otro compromiso. No tendría sentido que me presentara ahora. ¡Lo siento!

—No pretenderás que me lo crea —dijo Helen sonriendo—. Lo que pasa es que detestas las mascaradas. ¡Reconócelo!

—No pretendo engañarte. Sabes que te acompaño encantado a donde quieras. Sencillamente no me gustan esa clase de fiestas. De hecho, yo que tú no iría. Es más, dudo que te diviertas. No es tu estilo.

—¡No seas tonto, Felix! —intervino Letty—. ¿Por qué no íbamos a divertirnos? Será un baile estupendo. Todos llevaremos máscaras, y...

—Lo sé. Y también sé que esas fiestas no son un sitio recomendable para una señorita —la interrumpió el señor Hethersett, en tono de profunda desaprobación—. Puede que tú te diviertas: yo no he dicho lo contrario. Lo único que digo es que no es del estilo de *lady* Cardross. Por cierto, ¿quieres que te dé un consejo, prima?

—No —repuso Letty con rabia.

—Has cometido un error —dijo él, sacudiendo la cabeza—. No digo que tu vestido no sea elegante, porque lo es, ni que te siente mal el sombrero, porque te queda de maravilla —hizo una terrible pausa, durante la cual Letty lo miró con angustia.

Puede que le despreciara por su anticuado sentido del decoro, pero ninguna jovencita que aspirase a ser elegante podía ignorar sus opiniones sobre la moda. El señor Hethersett dictó su veredicto final:

—Pero no me gustan esas cintas rosas. Ni la pluma. Las encuentro insípidas.

—¿Insípidas? —exclamó Letty con indignación, mirando la doble fila de lazos rosas que adornaban su delicado vestido de muselina.

Los lazos hacían juego con la pluma de su sombrerito de paja, del que asomaban unos brillantes rizos negros. Unos guantes de cabritilla francesa del mismo tono completaban un atuendo que, hasta ese doloroso momento, la joven consideraba impecable. Pero de pronto le asaltaron las dudas, y dijo, mirando a su primo con angustia:

—¡Mentira! ¡Lo dices solo para molestarme!

—No tengo ninguna intención de molestarte. Solo pensé que querrías ir elegante.

—¡Soy el colmo de la elegancia!

—No con esas cintas rosas —dijo el señor Hethersett con firmeza—. Son bonitas, ¡pero terriblemente vulgares! Deberían ser color cereza. Te darían un toque distinto.

Con estas palabras se despidió y siguió su camino, dejando a su prima debatiéndose entre la ira y la creciente sospecha de que tenía razón, y a Helen

aguantándose la risa.

—Si Felix no fuera primo mío, dejaría de hablarle —dijo Letty, mirándole con aire vengativo—. Es aburrido, maleducado y presuntuoso. Ahora que lo pienso, a mí tampoco me gusta su chaleco —miró a Helen mientras la figura exquisitamente vestida del señor Hethersett se perdía en la distancia—. Pensar que mis cintas son insípidas... Me sorprende que no haya tenido el descaro de decirte que tu vestido es vulgar. Seguro que piensa que te sentaría mejor el púrpura, o el violeta, o el escarlata. ¡Qué ser más odioso!

—¡Oh, nunca me diría eso! Hace unas semanas me recomendó que evitara los colores chillones —dijo Helen, cuyo vestido de seda azul hacía juego con sus ojos—. Fue el día que me puse la pelliza granate. Te aseguro que fue muy desagradable conmigo. Yo que tú, no le haría mucho caso.

—Nunca le presto la menor atención —dijo Letty con arrogancia.

La joven se quedó un rato callada mientras el birlocho seguía su camino, pero al cabo de unos minutos preguntó:

—¿Tú crees que debería teñir la pluma, o comprar una nueva?

—Tiñela —respondió Helen—. Y las cintas también. Ojalá Felix viniera con nosotras a la mascarada. Me quedaría mucho más tranquila. Supongo... —vaciló, mirando a Letty con indecisión—. Supongo que no querrás venir a Merion con Cardross en vez de ir al baile, ¿no?

—¡Helen! —chilló Letty, escandalizada—. ¿Pretendes que vaya a Merion en plena temporada? ¿Es que te has vuelto loca? Si eso es lo que pretende Giles, me parece una crueldad. Sobre todo después de prometerme que iría a la mascarada. ¡Y después de engatusarme para que fuera a ese baile, cuando yo donde quería ir era a la mascarada de Covent Garden! —añadió con indignación—. Decir que no era un baile recomendable, y que debíamos ir a la fiesta privada de los Beading... ¡Es tan odioso! De haberlo sabido...

—¡No es odioso, y no quiero que armes un escándalo por una tontería! —dijo Helen, molesta—. Cuando le recordé la ilusión que te hacía ir, ni siquiera intentó convencerme de que fuera con él a Merion. Y si Felix no nos hubiera fallado...

—Pero Helen, ¡eso no tiene ninguna importancia! —insistió Letty—. Estoy segura de que todos nuestros amigos irán. Y aunque nos encontremos entre desconocidos, tampoco importa, porque la señora Beading es tu prima. Reconozco que lo suyo es ir acompañadas, pero puedes pedirselo a Westbury, o a *sir* George Marlow, o a...

—¡No! —dijo Helen con énfasis—. ¡No a una mascarada!

—¿Temes que se pasen de la raya? —dijo Letty con una risita—. ¡Pues yo creo que sería muy divertido coquetear con ellos! Pero eres una criatura tan extraña, Helen... Nunca tonteas con nadie, y eso que debutaste en sociedad un año antes que yo. Pues yo en mi primer baile... —Letty se interrumpió al sentir un pellizco de su cuñada, que miraba con preocupación a los criados que iban en el pescante—. ¡No te enfades! ¡No pienso decir una palabra, te lo prometo! ¿Qué te parece si invitamos a Jeremy? Aceptará encantado, y te aseguro que se comportará con la mayor propiedad. ¡Hasta Giles reconoce que es un perfecto caballero!

—¡No seas absurda! —le rogó Helen—. Él mismo te dijo que no había recibido invitación, y es demasiado educado para presentarse en la fiesta sin ella. Además, sabes muy bien que no le invitaría, sabiendo que a Giles no le gusta.

Letty aceptó su reprimenda con filosofía, y dijo con resignación:

—Lo sé, lo sé. ¿Pero entonces qué hacemos? Por favor, no me digas que no puedes venir sin Giles, porque...

—¡No he dicho eso! —exclamó Helen, enrojeciendo—. Es solo que no se me ocurre nadie que...

Se detuvo, y su mirada se posó en dos jinetes que se acercaban hacia ellas. Sus ojos se iluminaron, y exclamó:

—¡Dysart!

—¡He aquí el hombre que necesitábamos! —dijo Letty con entusiasmo—. ¡Ya podemos ir al baile!

Sin embargo, durante unos minutos su optimismo pareció infundado. El vizconde, que montaba un nervioso potro castaño que pocos se habrían atrevido a ejercitar en el parque a esa hora, respondió con rapidez a la señal de su hermana. Pero cuando Helen le preguntó si había recibido una invitación a la mascarada de los Beading, respondió:

—Sí, pero no pienso ir.

—Oh, Dy, espero que no declinaras la invitación —dijo Helen con ansiedad.

—No la decliné exactamente —admitió Dysart, que acostumbraba a dejar casi todas sus invitaciones sin responder—. ¡Oye, Corny! No hace falta que te presente a mi hermana, ¿no? Ni a *lady* Letitia.

Su compañero, que hasta entonces se había mantenido algo apartado, se acercó e hizo una reverencia a las damas. El señor Cornelius Fancot era un joven de rostro regordete, algo más joven que el vizconde, del que era un devoto seguidor desde que ambos se conocieron en Harrow. Allí había tenido

el privilegio de acompañar a su amigo en sus locas aventuras. Más tarde, su ayuda había sido inestimable a la hora de tirar la estatua de Mercurio en el patio del Christ Church^[7].

Y aunque nunca (ni cuando estaban en Oxford ni cuando abandonaron aquel templo del saber) había pretendido emular las hazañas de Dysart (que incluían meter un burro en la cama de un perfecto desconocido, o saltar con un caballo encima de una mesa), había adquirido una fama considerable por sí mismo.

A diferencia de su noble amigo, poseía una fortuna considerable, y no tenía más familiares que varias tías (a cuyas advertencias no prestaba la menor atención), así como varios primos, a los que no dudaba en calificar como una panda de zoquetes. Su atuendo revelaba que era un hombre deportista, aunque su abrigo (adornado con numerosos cordeles y borlas), así como el sofisticado lazo (estilo Brummell^[8]) que lucía en su cuello regordete, delataban su atracción por el dandismo.

Aunque en los clubes de Londres era el alma de la fiesta, en presencia de las damas solía volverse tímido y retraído. Conocía lo suficiente a Helen para no sentirse azorado en su presencia, pero bastó una mirada de *lady* Merion para hacerle perder la compostura. Al ver su turbación, el vizconde no se anduvo con ceremonias y recomendó a Letty que no le hiciera caso. «O al menos no como acostumbráis a hacerlo las mujeres».

—¿Piensas ir a la mascarada, Helen? —preguntó a su hermana.

—Sí, aunque nos encontramos en un pequeño aprieto. Cardross se ha visto obligado a declinar la invitación, y es tan desagradable ir a esas fiestas sin un acompañante... Felix tampoco puede venir. Así que te lo ruego, Dy, ¿tendrías la amabilidad de...?

—¡Maldita sea, Helen! —la interrumpió el vizconde—. ¡No me pidas que te acompañe a una mascarada! Pídeselo a Marlow, o a Westbury, o a otro de tus muchos admiradores. ¿Por qué me lo pides a mí?

—Le preocupa que puedan pasarse de la raya —dijo Letty en voz baja.

Antes de que el vizconde pudiera responder, el señor Fancot intervino inesperadamente en la conversación.

—¡No me extraña que le preocupe! —dijo—. Las mascaradas no son un lugar recomendable para una señorita. ¡Deberías acompañarla!

—¿Y tú qué sabes de mascaradas, Corny? —le preguntó Dysart—. ¡No has ido a una en tu vida!

—Sí que he ido —le aseguró el señor Fancot—. ¡Y además fui contigo, Dy! En fin, yo no permitiría que mi hermana fuera sola a una mascarada. Si

tuviera una, me refiero. Quiero decir una hermana —añadió, enrojeciendo.

—¡Pero esa fue en Covent Garden! —exclamó Dysart con desprecio—. ¡Además, yo no recuerdo haber ido! En cualquier caso, esta mascarada no tiene nada que ver. Apuesto a que será bastante aburrida. ¿Por qué tenéis tanto empeño en ir?

—Es la primera mascarada a la que asiste Letty, y tiene muchas ganas de ir —explicó Helen.

—Es más, voy a ir, sea como sea —confirmó Letty—. Me imagino que no tendrás la amabilidad de acompañarnos, lo cual no me sorprende lo más mínimo, porque eres el hermano más desagradable que conozco.

—¡Letty, eso no es justo! —exclamó Helen—. No tienes ningún motivo para hablar así, y te aseguro que yo tampoco —añadió, sonriendo al vizconde con cariño—. ¡No vengas si no quieres! Al fin y al cabo es la fiesta de mi prima. No creo que necesite un acompañante.

Sin embargo, ya fuera por cabezonería o por su sentido del deber, el vizconde dijo (lanzando una mirada sombría a Letty) que si su hermana estaba decidida a ir, no tenía ningún inconveniente en acompañarla. Y añadió, con una severidad que casaba mal con su aspecto libertino, que si el conde estaba dispuesto a permitir que su esposa fuera sola a una mascarada, se vería obligado a intercambiar unas palabras con él. Después, y antes de que ninguna de las damas pudiera reaccionar, azuzó a su caballo y se marchó.

Helen se quedó consternada al oír que Dysart acusaba a su marido de ser un irresponsable. Pero Letty, que se reservaba para ella el derecho de criticar al conde, se puso hecha una furia, y encargó al señor Fancot (que se había inclinado para despedirse) que comunicara a su amigo un furibundo mensaje de su parte.

—Aunque no sé por qué me molesto en defender a Giles —observó, mientras el señor Fancot se alejaba—. ¡Estoy segura de que él no haría lo mismo por mí!

—No debes decir eso —dijo Helen, lanzándole una mirada de advertencia—. Sabes que no es verdad.

Letty dejó escapar un suspiro.

—No quería decir eso exactamente, pero debes reconocer que no hay nadie menos comprensivo que Giles. ¿No te parece injusta la manía que le tiene al pobre Jeremy? Nunca pensé que fuera tan orgulloso, ni que le preocupara tanto su rango y tan poco mi felicidad.

—¡Eso no es cierto, Letty! No le tiene manía al señor Allandale. En cuanto a lo de su rango, sabes muy bien lo que dijo: que si dentro de un año o

dos no cambias de opinión, está dispuesto a dar su consentimiento. Tu felicidad es lo que más le preocupa. No digo que le guste la idea, porque, aunque la situación del señor Allandale es respetable, no es de tu clase, y existe una disparidad económica que desaconseja el matrimonio.

—¡Eso es lo que no puedo soportar! —saltó Letty—. ¡Si yo también fuera pobre, sería otra cuestión! No quiero decir que en ese caso no querría casarme con Jeremy, porque sí querría. Pero entonces podría entender las objeciones de Cardross. Me entristece pensarlo, Helen, pero temo que no sería una buena esposa para un hombre pobre. Por supuesto, intentaría aprender a administrarme, pero no nos engañemos: ¡nunca he sabido hacer economías!

—Yo tampoco —confesó Helen con una melancólica sonrisa.

—El problema es que nadie nos ha enseñado. ¿Pero qué importa eso si, cuando alcance la mayoría de edad, seré dueña de una considerable fortuna?

—El problema es que Cardross piensa que aún eres demasiado joven —insistió Helen.

—¡Seguro que no diría lo mismo si quisiera casarme con un hombre noble y rico! —dijo Letty con los ojos brillantes—. No pensó que tú fueras demasiado joven cuando pidió tu mano, ¡y apuesto a que tu padre tampoco!

—No —admitió Helen.

—No, claro. Pero si no hubiera sido Cardross, tu padre lo habría pensado. Aunque viniera de buena familia, y fuera un hombre valioso en muchos aspectos. ¡Es todo cuestión de orgullo!

—No es eso exactamente —dijo Helen—. Supongo que desea que contraigas un matrimonio ventajoso. Pero él mismo me ha dicho que si dentro de un año o dos no has cambiado de opinión...

—Giles sabe muy bien que dentro de un año o dos (¡y seguramente mucho antes!) habrán enviado a Jeremy al extranjero. De hecho, Jeremy confía en que, si todo sale bien... ¡Oh, se supone que no debería contártelo! Por favor, Helen, no se lo digas a Giles. Jeremy me ha pedido que no hable de ello hasta que no sea seguro —vaciló y, impulsivamente, estrechó la mano de su cuñada—. Pero hay algo que puedo decirte: confío en que pronto se presente en Grosvenor Square para hablar con Cardross. ¡Ya puedes imaginar para qué! No debía decírtelo, pero por favor, Helen, me apoyarás, ¿verdad?

—Lo intentaré —dijo ella, a la que un año de convivencia con su cuñada le había enseñado a comportarse con cautela—. ¡Pero no si cometes una locura!

—¡No pienso cometer ninguna locura! —declaró Letty con indignación—. A menos que Cardross me obligue a ello, claro, y cuento contigo para

impedírselo.

—¡No, por favor! —suplicó Helen, alarmada—. Si no da su consentimiento, será porque lo considera su deber. ¿Y cómo voy a convencerle de lo contrario? Es más, ¿por qué debería hacerlo? Si tuvieras un poco de paciencia... Cuando Cardross se convenza de que le quieres de verdad...

—¡Cuando eso ocurra, si es que ocurre, es posible que Jeremy esté a miles de millas de distancia! —la interrumpió Letty—. Entonces no podré hacer nada más que esperarle hasta que vuelva. ¡Si es que vuelve!

—¡Pues claro que volverá!

—Sí, ¿pero tú crees que volverá solo? —respondió Letty—. ¡Yo no! No quiero decir que no me quiera tanto como yo. Pero si ha estado años sin fijarse en mí, y con una docena de mujeres (¡qué digo una docena, más!) persiguiéndolo, será un milagro que no le cacen estando en el extranjero.

Helen no supo qué decir. No lograba imaginar al señor Allandale siendo cortejado por una docena de mujeres, ni siquiera por media docena. Pero tuvo la delicadeza de guardarse aquella reflexión para sí misma, y solo se atrevió a preguntar, después de una breve pausa:

—¿Qué fue lo que te enamoró de él, Letty? No pretendo decir que no sea un hombre amable y educado, pero...

—Sé muy bien lo que quieres decir. ¡Y no tengo la menor idea! Si hubiera sido... ¡no sé, como tu hermano!, nadie se habría extrañado. ¡Y yo tampoco! Te aseguro que a mí me sorprende tanto como a cualquiera. Porque tampoco es el primer hombre que conozco. Cuando vivía con mi tía conocía a todos los caballeros que venían a casa. Ya sabes que mi tía no era nada estricta con Selina y conmigo. Conocíamos a todos los pretendientes de Maria y Fanny, y algunos eran muy guapos, te lo aseguro. Pero nunca me sentí atraída por ninguno hasta que conocí a Jeremy. No sé cómo fue. ¡Ni siquiera yo lo entiendo!

Letty sonrió a un joven que intentaba atraer su atención.

—Si me hubiera enamorado de ese, Cardross sí que habría tenido motivos para preocuparse —observó—. De hecho, teniendo en cuenta la cantidad de libertinos que intentan seducirme por mi fortuna, me sorprende que no se alegre de que me haya fijado en un hombre con principios. ¡Y si piensa que Jeremy me quiere por mi dinero, está muy equivocado!

Cardross no acusaba al señor Allandale de ser un cazafortunas, pero cuando el joven le hizo una visita unos días más tarde, recibió al pretendiente de su hermana con una frialdad que no auguraba nada bueno.

El señor Allandale no era un hombre nervioso, pero se presentó en Grosvenor Square con cierta reticencia. Estaba muy orgulloso de su sentido común y, aunque gozaba de bastante autoestima, comprendía todas las objeciones que Cardross podía plantear a su propuesta de matrimonio.

Su amor por Letty rayaba la adoración, pero había sido necesario que esta insistiera para animarle a dirigir a Cardross una propuesta formal. El señor Allandale era dolorosamente consciente de la disparidad de rango y riqueza entre ellos. Al principio pensó que su amor era imposible, y que lo más sensato era alejarse de Letty y olvidarla. Por desgracia, la resignación no era una virtud que atrajera en modo alguno a Letty. Cuando le habló de separarse, la joven se echó a llorar, y después le acusó de querer librarse de ella, lo que le llevó a pronunciar unas desacertadas promesas de eterna fidelidad. Desde entonces no se volvió a hablar de renuncia. El señor Allandale hablaba a veces de la necesidad de esperar, pero este plan tampoco agradaba a Letty. Y como, en toda su ordenada existencia, no había deseado nada con tanta pasión como casarse con ella, se dejó contagiar por su optimismo, e incluso empezó a pensar que Cardross no se habría opuesto tanto a su amor si lo hubiese abordado con mayor resolución.

Esta esperanza, que nunca fue demasiado consistente, empezó a flaquear mientras subía los escalones de Cardross House, y lo abandonó por completo mientras esperaba al conde en la biblioteca. El aspecto del señor Allandale se caracterizaba por una pulcritud y una corrección a medio camino entre el hombre elegante y el hombre de negocios, y esa mañana había pasado más tiempo del habitual arreglándose el nudo del pañuelo. Pero, mientras el reloj de la chimenea marcaba los minutos con aire implacable, Allandale se convenció de que las rayas de su chaleco le hacían parecer un petimetre, que el abrigo (de un azul sobrio) le quedaba demasiado ajustado y que, peinándose a la romana el cabello castaño (al estilo Brummell), había cometido un grave error de cálculo.

Sin embargo, cuando por fin entró en la biblioteca, el conde no pareció advertir lo que, para Allandale, era la evidente vulgaridad de su chaleco. No obstante, el rostro atractivo e impasible de Cardross no mostró ningún placer al ver a su invitado, y su saludo fue más educado que cordial. Superando la certeza de que su visita sería vista como una insolencia, el señor Allandale inició la conversación diciendo, con una brusquedad nacida de la determinación de no doblegarse al tutor de su amada:

—Se preguntará, señor, por qué estoy aquí.

—No —dijo el conde.

No había nada especialmente desalentador en aquel sencillo monosílabo, pero dejó al señor Allandale sumido en la más profunda confusión. Debía renunciar al discurso explicativo que había ensayado, y no sabía cómo continuar.

—Le ruego que se siente, señor Allandale —dijo su anfitrión, dirigiéndose a una silla.

El señor Allandale vaciló. Por lo general prefería quedarse de pie, pero no podía hacerlo si el conde estaba sentado con las piernas cruzadas, luciendo unas botas impecables y observándole con su monóculo. El señor Allandale se sentó y se aclaró la garganta.

—Seré breve —anunció—. Imagino que milord sabrá que he tenido la suerte de atraer el interés de *lady* Letitia Merion.

El conde le miró con un brillo divertido en los ojos.

—Tengo entendido que la violencia de sus sentimientos es tal que conmovería al corazón más duro. El mío, según dicen, es de piedra.

El señor Allandale enrojeció.

—Imagino, milord, que el afecto que siento por *lady* Letitia debe parecerle un atrevimiento por mi parte.

—¡Oh, no! —dijo Cardross—. No soy tan orgulloso como usted cree. No niego que preferiría verla contraer lo que la gente llama «un matrimonio ventajoso». Pero créame: si su amor resiste la prueba del tiempo, no me negaré al enlace.

Aquel razonable discurso no contribuyó a tranquilizar al señor Allandale.

—Se lo agradezco, señor —dijo con gravedad—. Podría recordarle que nuestro afecto dura más de un año, y que no ha hecho más que reforzarse con el tiempo, pero no lo haré.

—Ya lo veo —murmuró Cardross.

—Soy consciente de la fuerza de sus objeciones —prosiguió el señor Allandale, iniciando uno de los discursos que había ensayado—. Es lógico pensar que *lady* Letitia es demasiado joven para seguir los dictados de su corazón. Es más, nadie mejor que yo sabe que, al hacerlo, será juzgada como una joven que, hablando sin rodeos, se ha echado a perder.

—¡Eso, dejémonos de rodeos! —le rogó Cardross—. Mi hermana es una jovencita estúpida con tendencia al romanticismo, y usted, señor, no parece mucho más sensato. Dejando a un lado su riqueza (y no hace falta que me diga que preferiría a una mujer pobre, porque sé que no es usted un cazafortunas), no se me ocurre una mujer menos idónea para un hombre de su posición. Tiene usted una prometedora carrera por delante: le deseo lo mejor

y, prueba de ello es el consejo que voy a darle: ¡no se ate a una jovencita estúpida y derrochadora!

Muy sorprendido por aquel sincero discurso, el señor Allandale solo alcanzó a decir:

—¿Debo entender, señor, que se niega a dar su consentimiento?

—¡Por el momento, sí! —respondió el conde—. Parece usted un hombre sensato, así que espero que no me acuse de ser injusto. No he dicho (ni diré) que nunca daré mi consentimiento. Ni siquiera digo que debe esperar a que Letty sea mayor de edad. ¡Pero le ruego que considere mi posición en este asunto! ¿Piensa que habré cumplido mi deber si permito que una jovencita que aún no ha cumplido los dieciocho años se case con un hombre en su situación?

—No —dijo el señor Allandale con tristeza.

El conde sintió la tentación de retirar sus palabras y dar su bendición a los enamorados, pero la venció diciendo:

—¡Claro que no! Pero, si dentro de dos años, los dos son de la misma opinión y acude a mí con la misma propuesta, tendría el corazón de piedra si no le diera mi consentimiento.

—No creo que esté en Inglaterra dentro de dos años —dijo el señor Allandale, cada vez más triste—. Pretendía explicarle que he venido porque me han ofrecido un puesto muy ventajoso. Hasta cierto punto, debo esa suerte al interés de lord Roxwell, que era muy amigo de mi padre. Y tengo motivos para creer que, si cumplo bien con mis obligaciones, ese puesto me permitirá ascender más rápido que hasta ahora.

—Estoy seguro de que cumplirá muy bien con sus obligaciones, y le felicito por su buena suerte. Imagino que se trasladará a una de nuestras embajadas...

—Sí, señor. Me han destinado... quiero decir que me destinarán en los próximos meses a la corte del regente de Portugal.

—¿El regente de Portugal? —repitió Cardross—. ¡Pero si está en Brasil! El señor Allandale asintió.

—Así es, señor.

—¡Cielo santo! —exclamó Cardross—. ¿Me estaba proponiendo en serio llevarse a Letty a Sudamérica? ¡Debe de haberse vuelto loco!

—Me ha dicho que nada le gustaría más —dijo el señor Allandale muy serio.

—¿Y qué demonios sabe mi hermana de Brasil?

—Sé de buena tinta que el clima de Río de Janeiro es salubre —le informó el señor Allandale.

—¡Ahórrese sus explicaciones! —dijo Cardross con impaciencia—. ¿Y esta idea absurda se le ha ocurrido a usted o a ella? ¿Fue ella la que le convenció de venir o...? Oh, por supuesto que fue ella. Usted no podía creer que iba a dar mi consentimiento a este ridículo proyecto.

—No —dijo el señor Allandale—. Reconozco que no confiaba mucho en convencerle. Comprendo que, a sus ojos, este proyecto debe de parecer una locura.

—¿Y qué le parece a usted? —preguntó el conde con curiosidad—. Al fin y al cabo, solo hace un año que conoce a mi hermana.

—De no ser por su negativa, no habría dudado en pedirle que me acompañara, en calidad de esposa, a Brasil.

—¿De veras?

—*Lady* Letitia está a la altura de cualquier situación —dijo el señor Allandale con reverencia—. Cuando me enteré de mi nombramiento, debo confesar que la alegría que sentí se vio rápidamente empañada por las mismas dudas que plantea usted. No podía creer que una dama educada con tanto refinamiento (y además tan joven) podía contemplar sin preocupación las múltiples desventajas del puesto: las incomodidades de una larga travesía por mar, la vida entre gente extranjera, la separación de sus familiares... Le prometo, señor, que le informé de todos los contratiempos que se me ocurrieron. ¡Pero nada pareció asustarla! Los inconvenientes que podían surgir no le importaban. Y aunque confiaba en que no tendríamos que enfrentarnos a ningún peligro, me dijo que los afrontaría con el mismo valor que demuestra al elegir a un hombre cuya prosperidad depende solo de su esfuerzo.

Aquel gesto de bondad le conmovió tanto que se le quebró la voz, y se vio obligado a sonarse la nariz. A Cardross, aquella bondad tuvo el efecto de exasperarle aún más.

—Me imagino que fue ella la que le dijo todo esto —dijo.

—Sí —respondió el señor Allandale.

—¿Y también fue ella la que le convenció de venir aquí con esta descabellada propuesta?

—Pensaba que, al conocer la noticia de mi futuro ascenso, sería usted más indulgente —admitió el señor Allandale.

El conde le miró con cierta compasión.

—Pero usted no era de la misma opinión, ¿verdad?

—Bueno...

—Me parece, señor, que es usted un juguete en manos de mi hermana. Y eso no augura nada bueno. Sé que Letty es tan obstinada como imprudente, e ignoro qué será lo próximo que le obligue a hacer. ¡Aunque tengo una ligera idea!

—Si pretende decir, señor, que pienso fugarme con *lady* Letitia, está usted muy equivocado —respondió el señor Allandale, enrojeciendo—. Aunque no fuera un hombre de honor, mis circunstancias me impiden embarcarme en algo de naturaleza clandestina —tomó aire y prosiguió, con cierta dificultad—: le ruego que tenga la amabilidad de no tomarme por un cazafortunas, como usted mismo ha dicho. Es la verdad y, de hecho, antes de conocer a *lady* Letitia no tenía ninguna intención de casarme. Aunque mi madre, que es viuda, posee una renta respetable, no puede afrontar los gastos de la educación de mis hermanos sin mi ayuda. Y hasta que no logren establecerse, no debo (¡en realidad no puedo!) casarme con una mujer sin dote. No hace falta que sea rica, basta con que tenga una renta parecida a la mía. Nunca pensé en casarme con una heredera. Y, para ser sincero, no es algo que me agrade. Aun así, pienso que podríamos llegar a una especie de acuerdo legal. De esa forma, solo podría beneficiarme de una pequeña parte de su fortuna.

—Eso no corre prisa en este momento —dijo el conde—. Hasta que Letty no cumpla veinticinco años, su patrimonio está en mis manos. Soy yo el que decide el dinero que debo darle. Y si me parece oportuno, puedo dejarla sin un penique.

—Me cuesta creer, señor, que fuera capaz de semejante crueldad —dijo el señor Allandale con desaprobación.

—No sería ninguna crueldad. Sencillamente, Letty tendría que seguir viviendo en mi casa, y yo pagando las facturas de su modista. De hecho ya le pago bastantes. Me temo que le saldrá a usted muy cara: nunca ha sabido administrarse.

—Tengo entendido que nunca le han enseñado a hacerlo —dijo el señor Allandale, muy digno—. Ella misma me lo ha dicho, y lo lamenta. Pero está deseando aprender, y espero enseñarle a administrarse mejor.

—Sí, en mis momentos de mayor optimismo yo también tenía esa esperanza —confesó Cardross—. En fin, váyase a asumir su nuevo puesto, y yo haré lo que pueda para inculcarle un poco de austeridad mientras usted está fuera. Quién sabe, puede que cuando vuelva, se haya convertido en una mujer ahorradora.

El señor Allandale se levantó y se acercó a la ventana.

—No creo que tenga sentido volver —dijo, mirando por el cristal—. No es que pretenda pasar el resto de mi vida en Brasil, pero... —se detuvo y se aclaró la garganta—. No soy tan orgulloso como para pensar que, cuando vuelva, *lady* Letitia seguirá soltera. Es una joven muy deseada, y por hombres mucho más atrevidos que yo. Estando separados tanto tiempo, y a tanta distancia... No, sería pedirle demasiado. Seguro que se casa con otro.

—Lo mismo podría hacer usted —observó el conde.

—No —dijo el señor Allandale con franqueza—. Mis sentimientos no cambiarán. No soy un hombre que ceda a caprichos repentinos, señor. De hecho, me creía inmune a... Pero en el momento en que vi a su hermana, supe que estaba perdido. He intentado resistirme, porque el matrimonio me parece tan desafortunado como a usted. Pero ha sido en vano. Nunca me casaré con otra mujer.

—Vaya —murmuró el conde con expresión divertida—. Recuerdo haber dicho lo mismo hace muchos años. Era una mujer de extraordinaria belleza, o al menos eso me parecía a mí. Ahora, para ser sincero, apenas recuerdo su cara.

—Me alegra servir de entretenimiento a milord —dijo el señor Allandale, molesto.

—No es cierto —replicó el conde, al tiempo que se levantaba—. Apuesto a que le gustaría darme un puñetazo, y no me sorprende. Nada es más exasperante que tener que escuchar consejos basados en una experiencia más amplia que la suya. Y más cuando se tiene la sensación de que son acertados.

—No tengo esa sensación —se apresuró a decir el señor Allandale—. Permítame pensar que mi carácter es más tenaz que el suyo.

—En ese caso, espero verle otra vez a su regreso de Río de Janeiro —dijo Cardross, con inalterable buen humor—. Entretanto, permítame desearle lo mejor durante su estancia en esa localidad salubre.

—¿Me prohíbe seguir comunicándome con *lady* Letitia, señor? —preguntó el señor Allandale, estrechando la mano del conde.

—Le aseguro que no soy ni tan antiguo ni tan ingenuo: imagino que verá a Letty en numerosas fiestas. En cuanto a posibles encuentros clandestinos, estoy convencido de que su sentido del decoro será garantía suficiente.

—Todo lo que sea de naturaleza clandestina me repugna —declaró el señor Allandale—. Lo único que le pido es que reflexione antes de destruir, tal vez para siempre, la felicidad de dos personas, una de las cuales es (o debería ser) apreciada por usted. Rechazo (¡en realidad desprecio!) su hipótesis de que yo pueda ser un hombre inconstante. Pero conozco

demasiado bien las artes que emplea la alta sociedad para apartar de un objeto indigno el amor de una criatura como *lady* Letitia. ¡Todo se sacrifica al orgullo y al prestigio! Si mis circunstancias fueran más ventajosas, estoy seguro de que el respeto de las conveniencias no me impediría... ¿Pero de qué sirve seguir hablando?

—Absolutamente de nada —dijo Cardross, acompañándolo a la puerta—. Es más, podría acabar tomándole manía. Y eso, como usted bien sabe, sería fatal para sus pretensiones.

3

Cualquier intención que pudiera tener Letty de interceptar a su prometido a su salida de la casa se vio frustrada por el conde, que le acompañó a la puerta y esperó a que abandonara el jardín antes de regresar a la biblioteca. Después de quedarse dudando en lo alto de la escalera, desde donde había estado observando la partida del señor Allandale, Letty bajó los escalones y entró en la biblioteca.

Cardross estaba reparando una pluma, pero levantó la cabeza, y cuando vio a su hermanastra apoyada en la puerta, abandonó su tarea.

—¡Qué ingenua eres, Letty! —exclamó, con una carcajada—. ¿De verdad pensabas que iba a sucumbir a la verborrea de ese pobre hombre? Disculpa, ¿pero no lo encuentras un poco aburrido?

—¡Puedes decir lo que quieras! —replicó ella, reprimiendo un sollozo—. Pero a mí no me parece aburrido. Es más, ¡le quiero!

—Sí que debes de quererle. Nunca pensé que un hombre como él pudiera atraer tu interés.

—¡Pues te equivocas, y aunque seas mi tutor, no pienso permitir que elijas a mi marido!

—Desde luego. Es evidente que lo haría muy mal.

Letty se acercó a él con un brillo esperanzado en los ojos.

—Giles, por favor —dijo, posando una mano en su brazo—, ¿podría casarme con él?

—Sí, Letty, cuando seas más mayor —repuso el conde, dándole una palmadita en la mano.

—Pero Giles, ¿es que no lo entiendes? ¡Se va a ir a Brasil!

—Eso me ha dicho.

—¿Crees que no seré capaz de vivir allí? ¡Me han dicho que el clima es muy sano!

—Salubre —la corrigió el conde.

—Sí, y además yo nunca enfermo. Puedes preguntárselo a mi tía si no me crees.

—Te creo. Pero será mejor que no nos embarquemos en otra agotadora discusión. Ya he soportado bastante elocuencia por hoy. En cualquier caso, va a ser necesaria mucha elocuencia para que permita que te cases con un joven pobre, que además pretende llevarte al fin del mundo antes de que cumplas dieciocho años.

—¡Eso no importa! Y aunque reconozco que sería una imprudencia casarme con Jeremy si yo también fuera pobre, el hecho es que no lo soy. Así que eso tampoco importa.

—Te prometo que no me negaré a dar mi consentimiento si sigues teniendo la misma opinión cuando vuelva de Brasil.

—¿Y si una mujer odiosa y calculadora le convence para que se case con ella?

—Me ha asegurado que es un hombre fiel, así que esperemos que logre resistirse —replicó el conde con una sonrisa.

—¡Mentira! ¡No quieres que me case con él! —¡Por supuesto que no! ¿Cómo es posible que quieras echarte a perder siendo tan joven?

—¡Si Jeremy fuera un hombre de rango y fortuna, no dirías que soy demasiado joven!

—Querida, si fuera un hombre de rango y fortuna, no aceptaría un puesto en Río de Janeiro. Pero si te sirve de consuelo, no quiero que te cases con nadie hasta dentro de un año o dos.

—¡Oh, no me hables como si fuera una cría! —gritó Letty con vehemencia.

—¡Hasta ahora no has demostrado ser muy lista!

—¡Puede que no sea muy lista, pero no soy una niña, y sé muy bien lo que quiero! Tú tampoco eres muy listo si crees que voy a olvidar a Jeremy. Le recordaré, y seré desgraciada durante dos años, puede que incluso más. Supongo que a ti eso no te importa. Ya he visto que no tienes compasión.

—Así es —dijo el conde con expresión divertida—. Pero no te preocupes, estoy seguro de que no te aburrirás en estos dos años. ¡Habrá muchos bailes a los que asistir, y muchos vestidos caros que comprar!

—¡No los quiero!

—Me gustaría creerte. ¿Piensas renunciar al mundo de la moda?

—Puedes reírte de mí todo lo que quieras —dijo Letty, mirándole con odio—. Pero te advierto una cosa, Cardross: ¡pienso casarme con Jeremy, y no podrás impedírmelo!

El conde se limitó a responder con una irónica sonrisa. Después de mirarle unos segundos con aire desafiante, Letty salió de la biblioteca con expresión de triunfo. Triunfo que se vio empañado por una desafortunada circunstancia: la joven se enganchó el vestido con la puerta, y tuvo que abrirla de nuevo para soltarlo.

Veinte minutos después, Helen se dirigió a la biblioteca. El conde levantó la cabeza con impaciencia, pero cuando vio a su esposa en el umbral su expresión cambió, y dijo con una sonrisa:

—¿Cómo consigues, Helen, estar siempre más guapa de lo que recuerdo?

Ella enrojeció.

—Esperaba que me encontraras guapa con este vestido —confesó con ingenuidad.

—Así es. ¿Te lo has puesto para convencerme de pagarlo?

Lo dijo con tanto cariño que Helen se tranquilizó. Había necesitado mucho ánimo para presentarse en la biblioteca esa mañana, sobre todo después de la desagradable misiva que había recibido. Cada tres meses, el conde pagaba cinco chelines a la oficina de correos por el privilegio de recibir su correspondencia a primera hora. Por eso, nada más levantarse, Helen había encontrado una carta en su bandeja del desayuno. Madame Lavalley, su modista, le recordaba que había olvidado pagar un vestido de encaje de Chantilly.

No era una buena forma de empezar el día: Helen había perdido el apetito, y se había asustado tanto que, durante una hora de angustia, había pensado que la única solución a sus problemas sería huir a Devonshire y refugiarse en su madre. No obstante, después de una larga reflexión comprendió lo absurda que era esa idea. Y, como era bastante improbable que ocurriese un milagro, no podía hacer otra cosa que confesárselo a Cardross, confiando en que creyera que había olvidado entregarle la factura de madame Lavalley junto con las otras.

Pero cuanto más lo pensaba, más improbable le parecía que su marido lo entendiera. Cada vez que recordaba sus palabras de advertencia, se llenaba de angustia. Cardross le había preguntado si estaba segura de haberle entregado todas las facturas, y le había advertido de las terribles consecuencias si descubría que le había mentado. Y, aunque más tarde le había dicho que no debía temerle, no podía esperar que entendiera que su esposa había pasado

por alto una factura de trescientas treinta y cinco libras. De hecho, lo lógico sería que no la creyera. A ella misma le sorprendía aquel descuido. Estaba tan segura de que le había entregado el papel junto con el resto de las facturas, que su primera reacción al ver la misiva de madame Lavallo fue pensar que aquella exclusiva modista se había equivocado. Sin embargo, una angustiada búsqueda había sacado a la luz la factura anterior, que estaba escondida en lo más profundo del cajón. Era, con diferencia, el objeto más caro que había adquirido, mucho más caro que el sombrero que tanto había escandalizado a Cardross. Helen no se atrevía a imaginar lo que su marido podría decir, y mucho menos lo que podría hacer. En el mejor de los casos, pensaría que era una derrochadora incorregible (lo cual era cierto) y la perdonaría. En el peor... Oh, era tan terrible especular sobre lo que su marido podía hacer, que prefería no pensarlo.

Con la esperanza infantil de complacerle, se había puesto un vestido que (gracias a aquel árbitro de la elegancia que era el señor Hethersett) sabía que le gustaba mucho, y que le había valido aquel agradable cumplido. Gracias a eso se sintió capaz de responder, no sin cierto orgullo:

—¡No, este vestido está pagado! —Y después de un momento de reflexión, añadió—: ¡Lo pagaste tú!

—Me alegra saber que no gasto mi dinero en vano —respondió el conde muy serio, pero con los ojos risueños.

La conversación prometía ser mucho más favorable de lo que pensaba. Helen sonrió con timidez, y estaba a punto de explicarle su nueva dificultad económica cuando su marido le preguntó:

—¿Vienes de parte de Letty? Confieso que a ti te escucharé con más paciencia, pero en este asunto pienso permanecer inflexible.

—Por supuesto —respondió Helen, a la que no disgustó aquel cambio de tema—. Comprendo que para Letty sería echarse a perder, pero me temo que al final tendrás que dar tu consentimiento. Yo misma pensé que era un capricho que se le pasaría con el tiempo, pero no ha sido así, Cardross. Se ha mantenido fiel a Allandale, a pesar de haber sido cortejada por no sé cuántos caballeros... Todos ellos mucho más atractivos que el pobre señor Allandale.

—¿Y sabrías decirme qué es lo que le atrae de ese pelmazo? —preguntó el conde.

—No —replicó Helen, sacudiendo la cabeza—. Ni siquiera ella lo sabe. Por eso creo que es amor de verdad y no un capricho pasajero.

—¡Pero si son incompatibles! —exclamó el conde con impaciencia—. Es más, estoy seguro de que Letty le arruinará en menos de un año. Es tan

derrochadora como tú, amor mío. —Viendo la desolación en el rostro de su esposa, se apresuró a añadir—: ¡Qué desagradable soy! Te ruego que me perdones: eso ya está olvidado. Habíamos pasado página y no íbamos a hablar más de ello. Mi querida Helen, tendrías que haber oído a ese joven ridículo abrumándome con su palabrería... ¿Sabes que pretendía llevarse a Letty a Brasil?

Los pensamientos de Helen estaban muy lejos de los problemas de su cuñada, pero respondió sin pensar:

—Sí, Letty me habló de su nombramiento.

El conde la miró frunciendo el ceño.

—Pareces preocupada. ¿Qué ocurre? No me digas que te estás tomando a pecho este ridículo asunto.

Era el momento de decirle que aún no habían pasado página, pero Helen no encontraba las palabras.

—No puedo evitar sentir lástima por ellos —se limitó a decir—. Sé que el señor Allandale no es un buen partido, y créeme, Cardross, comprendo cuáles son tus sentimientos al respecto.

—Menos mal. Aceptar una boda tan poco ventajosa para Letty sería faltar a mi deber como tutor. Aunque, si te soy sincero, ojalá no fuera su tutor. Y ojalá no hubiera permitido que su tía se hiciera cargo de ella. Esa mujer carece tanto de modales como de sentido común. Por lo que tengo entendido, ha educado a sus hijas y a mi hermana con total libertad, consintiéndoles todos sus caprichos.

—Sí —reconoció Helen—. No quisiera criticarla, porque es una mujer muy amable y educada. Pero me temo que ha sido demasiado permisiva. Aun así, no creo que animara al señor Allandale, porque no desea en absoluto que Letty se case con él, ¿sabes? Me habló de ello la otra noche en la fiesta de los Westbury, y parecía pensar como debería —hizo una pausa, pensando en lo que había dicho—. O al menos como tú crees que debería hacerlo, Cardross.

—¡Menos mal! —dijo él con expresión divertida—. Pero tú no eres de la misma opinión, ¿verdad, Helen?

—Bueno, no exactamente. Reconozco que no entiendo cómo es posible que una joven tan alegre como Letty se haya enamorado del señor Allandale, porque no es un hombre deportista, y no parece tener más que sentido común. Pero... no hay nada en su carácter que resulte atractivo. Si quisiera casarse con alguien como *sir* Jasper Lydney o el joven Brixworth no me extrañaría, porque ambos llevan persiguiéndola desde que fue presentada en sociedad. Y no se puede negar que son muy simpáticos, a pesar de ser terriblemente

mujeriegos. De hecho, sospecho que tampoco te gustaría que se casara con ellos, ¿a que no?

—No, pero entre Brixworth, y el señor Allandale tiene que haber un término medio. Aunque no hay nada malo en el carácter del señor Allandale, su situación lo coloca en desventaja. No es un hombre de buena posición, ni de fortuna...

—A Letty no le importa la posición, y pronto será dueña de una inmensa fortuna —señaló Helen.

—Los matrimonios desiguales no suelen prosperar. Puede que Letty piense que no le importa la posición, pero no sabe lo que supone casarse con un hombre que no es de su clase.

Helen frunció el ceño.

—Pero Giles, yo creo que sí lo sabe —objetó—. No lleva toda su vida alternando con la alta sociedad. La señora Thorne es perfectamente respetable, pero no es en absoluto exclusiva, y tú mismo me dijiste que la madre de Letty era de una familia modesta.

—¡Eres muy persuasiva, Helen! Pero pienso mantenerme firme en mi opinión, y en lo que considero que es mi deber. Ya les he dicho que si los dos siguen pensando lo mismo cuando Allandale regrese de Brasil, les daré mi consentimiento. Y con eso debería bastarles. Ahora bien, no te negaré que espero que, con el tiempo, Letty se enamore de un hombre más apropiado para ella.

—Quieres que contraiga un matrimonio ventajoso, ¿verdad?

—¿Tan sorprendente es?

—Oh, no. Es posible que, si no ve al señor Allandale en unos años, termine casándose con otro. Es solo que... ¡me parece tan triste!

—¿Y por qué, amor mío?

Helen intentó expresar los pensamientos que tenía en mente.

—¡Lo quiere tanto! Y no creo que sea feliz si se casa solo para complacer a su familia.

El conde la miró frunciendo el ceño.

—¿Como te ocurrió a ti? —preguntó.

Helen le miró sin comprender.

—¿A mí? —repitió.

—Si no hubiera sido rico, no te habrías casado conmigo, ¿verdad, Helen? —preguntó el conde con una desagradable sonrisa.

Ella sintió que se le encogía el corazón, pero le escuchó sin resentimiento. Pensó en sus deudas, en aquel misterioso «acuerdo matrimonial», y se alegró

de no haber hablado de la factura de madame Lavallo. Aquella factura pesaba tanto sobre su conciencia que no se sintió capaz de mencionarla. Enrojeció y, al cabo de un momento, apartó los ojos de su esposo.

—¡Oh, perdóname! —dijo él. En su voz había un matiz de ironía que la hizo estremecerse—. Mi falta de delicadeza es imperdonable, ¿verdad? Creo que al señor Allandale también le ha disgustado.

—Yo no pensaba... No sabía que eras rico —alcanzó a decir.

—¿De veras? —preguntó el conde—. ¡Qué amable eres, querida! Tus modales hacen que los míos parezcan terriblemente vulgares. ¡Oh, no pongas esa cara! Estoy seguro de que ningún hombre ha tenido una mujer tan bella, tan educada y tan amable como la mía —echó un vistazo a su reloj—. En fin, tengo que irme. No sé qué locura se le habrá ocurrido a Letty, pero cuento contigo para disuadirla. Afortunadamente, parece que Allandale no podrá desposarla sin una buena dote. Ella aún no es mayor de edad, por supuesto, pero preferiría no tener que enfrentarme a ningún escándalo.

Después de una sonrisa y una breve inclinación, el conde se retiró. Helen se quedó sola, sumida en sus pensamientos. En ese momento, en su cabeza apenas había sitio para su cuñada. Por primera vez, Cardross había dado a entender que no se había casado con ella solo por su belleza. Y sus palabras, llenas de amargura, habían conmovido el corazón de Helen. Era casi un sacrilegio dudar de las palabras de su madre, pero... ¿y si se había equivocado?

Estaba subiendo las escaleras cuando tropezó con Letty, que estaba hecha una furia con su hermano y, a la vez, deseando desahogarse. Helen la escuchó distraídamente, respondiendo «sí» y «no» en el momento oportuno, pero entendiendo bien poco de su discurso, salvo que Letty tendría que tomar medidas desesperadas si Cardross persistía en su actitud. Antes de que su cuñada se diera cuenta de que no la escuchaba, la doncella entró a decirles que las señoritas Thorne habían venido a llevarse a su prima a una exposición.

Helen se encontró sola y libre para pensar en sus propios problemas, que pronto pasaron a ser uno solo: cómo pagar un vestido de encaje sin recurrir a Cardross. Si Cardross se había casado con ella no para contraer un matrimonio de conveniencia, sino por amor, conseguirlo era de vital importancia. Nada confirmaría más las sospechas de su esposo que la visión de aquella factura: cualquier tentativa de decirle que se había enamorado de él desde el primer día sería vista como un despreciable engaño.

Aún no había encontrado ninguna solución al problema cuando el mayordomo vino a informarle de que su birlocho estaba preparado. Estuvo a

punto de decirle que no lo necesitaba, y no lo hizo porque recordó que había prometido visitar a una amiga enferma.

En el trayecto de vuelta le pidió al cochero que pasara por Bond Street, donde pensaba hacer unas compras. Y allí, paseando con el sombrero ladeado y las piernas embutidas en unos pantalones amarillos, vio a su hermano.

Nunca se supo que el vizconde hubiera sabido salir de ninguno de sus problemas, pero su ferviente hermana vio en él a un poderoso aliado. Le pidió al cochero que frenara y, cuando Dysart cruzó la calle en respuesta a su llamada, se inclinó para estrecharle la mano.

—¡Oh, Dy, me alegro tanto de verte! —exclamó—. ¿Tendrías la amabilidad de venir conmigo a casa? Quería pedirte una cosa.

—¡Si pretendes que te acompañe a una de tus fiestas, será mejor que...! —empezó a decir el vizconde con recelo.

—¡No, te prometo que no es nada de eso! —le interrumpió Helen—. Necesito tu consejo.

—Bueno, eso no me importa dártelo —dijo milord con generosidad—. ¿Pero de qué se trata? ¿Estás metida en un lío?

—¡Cielo santo, no! —exclamó Helen pensando en el lacayo, que había saltado del pescante y estaba abriendo la puerta—. Sube, Dy. Te lo contaré enseguida.

—Está bien —dijo él, subiendo al carruaje y acomodándose en el asiento—. Al fin y al cabo no tengo otra cosa que hacer.

El vizconde examinó a su hermana con ojo crítico, y al cabo de un momento dijo:

—¡Qué sombrero más ridículo!

—Es una capota de Angulema, y me han dicho que es la última moda en París. Y ya que hablamos de prendas ridículas... ¿se puede saber qué haces con esos pantalones amarillos?

—¿A que son bonitos? —preguntó el vizconde—. Corny me aconsejó que los comprara. Dice que son muy elegantes.

—Yo que tú no haría mucho caso al señor Fancot.

—No sé... Corny va siempre muy bien vestido. Pero si no estás metida en un lío, ¿por qué quieres mi consejo?

Helen le regañó con un pellizco y empezó a hablar de temas sin importancia, haciendo que su hermano (como él mismo confesó al llegar a Grosvenor Square) se arrepintiera de haber elegido Bond Street para pasear esa mañana.

—Pretendes engatusarme para que crea que no estás metida en un lío, pero a mí no me engañas, Helen —dijo—. Nada más verte con esa cara supe que te pasaba algo. Al principio pensé que era el sombrero, pero...

Helen, que le había conducido a su frívolo dormitorio, se quitó el sombrero y dijo con desesperación:

—Me encuentro en un terrible aprieto, Dy, y si no me ayudas, no sé qué voy a hacer.

—¡Santo cielo! —exclamó el vizconde, asustado—. ¡No te preocupes, Helen! Por supuesto que te ayudaré. O al menos haré lo que pueda, aunque no veo cómo... En fin, estoy seguro de que no será para tanto.

—No —respondió ella, en un tono tan trágico que Dysart empezó a sentirse de veras angustiado. Helen entrelazó los dedos y le preguntó, no sin cierta dificultad—: Dysart, ¿sigues teniendo las trescientas libras que te di?

—¿Quieres que te las devuelva?

Ella asintió, mirándolo con ansiedad.

—¡Pues ahora sí que estamos metidos en un lío! —dijo el vizconde.

Helen se sintió morir.

—Siento tanto tener que pedírtelas...

—Helen, sabes que te las daría ahora mismo si las tuviera —le aseguró su hermano—. ¿De qué se trata, de una deuda de juego? ¿Has apostado mucho dinero?

—¡No, no! Es un vestido de encaje, y no puedo... de verdad que no puedo decírselo a Cardross.

—No querrás decir que se ha vuelto un tacaño, ¿no?

—No, ha sido increíblemente generoso conmigo. Pero yo he sido tan estúpida, y creía tener tanto dinero que... En fin, he sido muy imprudente, y al final he contraído infinidad de deudas.

—¡Por el amor de Dios, Helen, no hace falta desesperarse por eso! —exclamó el vizconde, aliviado—. Solo tienes que contarle lo que ha ocurrido. No se sorprenderá, porque debe saber que no estás acostumbrada a manejar dinero. Te echará un buen rapapolvo, pero ten por seguro que pagará tus deudas.

Helen se sentó en una silla y escondió el rostro entre las manos.

—¡Ya las ha pagado!

—¿Cómo? —preguntó Dysart, confundido.

—Será mejor que te lo explique.

No se puede decir que la explicación, que era bastante confusa y evasiva, ayudase mucho a Dysart a entender la situación. Pero comprendió que el

asunto era más grave de lo que pensaba. Era lo bastante listo para adivinar que su hermana no le estaba contando todo pero, como no tenía ningún deseo de ahondar en su matrimonio, no quiso presionarla. Era evidente que la pareja no era tan feliz como había imaginado; y, en ese caso, entendía que Helen no quisiera confesar una nueva deuda a su esposo.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó ella—. ¿Se te ocurre algo, Dysart?

—Nada más fácil. El problema es que no estás acostumbrada a estas cosas. Lo que tienes que hacer es encargar otro vestido a madame Como-se-llame.

—¿Otro? —preguntó Helen, extrañada.

—Sí, otro.

—¡Pero entonces tendré más deudas!

—Sí, pero así la tendrás entretenida por un tiempo.

—¡Y cuando me pida que se lo pague, tendré que encargarle otro! ¡Dysart, eso es una locura!

—¡Es lo que hacemos todos, querida!

—¡Yo no! ¡No tendré un momento de paz! ¡Piensa en lo que ocurrirá si Cardross lo descubre!

—En eso tienes razón —admitió su hermano mientras recorría la habitación—. El problema es que no estoy en buenos términos con los prestamistas. Te conseguiría el dinero en un santiamén si esos buitres no estuvieran enterados de mis asuntos.

—¿Prestamistas? —preguntó Helen—. Lo he pensado, pero no sé qué hay que hacer para pedir un préstamo. ¿Tú lo sabes, Dy? ¿Podrías decírmelo?

El vizconde no era una persona con demasiados escrúpulos de conciencia, pero no dudó en oponerse a esa idea.

—¡No, no te lo diré!

—Sé que no se debe recurrir a prestamistas, pero en un caso como este, y si tú vinieras conmigo, Dysart...

—¡Menudo hermano sería si hiciera eso! —la interrumpió él con indignación—. ¡Maldita sea, Helen! No soy un santo, pero no soy tan canalla como para dejar a mi hermana en manos de esas sanguijuelas.

—¿Tan malos son? No lo sabía. Desde luego no acudiré a un prestamista si crees que no debo hacerlo.

—No debes. Es más, si lo hicieras y Cardross lo descubre, entonces ya puedes prepararte. Será mejor que te armes de valor y se lo cuentes todo.

Ella sacudió la cabeza, enrojeciendo.

—Me gustaría saber qué has hecho —dijo Dysart con severidad—. Me da la impresión de que has tenido una pelea con él y le has disgustado. No es asunto mío, pero me parece que has cometido una estupidez.

—¡No he hecho nada parecido! No es eso... —balbuceó ella.

—¡Has tenido que hacer algo! —insistió su hermano—. Siempre he pensado que Cardross estaba loco por ti.

Helen le miró, muy sorprendida.

—¿De verdad, Dy? ¿De verdad piensas eso?

—¡Pues claro! ¿Qué otra cosa iba a pensar, si nada más verte decidió casarse contigo? ¡Fue la comidilla de toda la ciudad! El viejo Cooling dijo que nunca le había visto tan enamorado. Yo mismo pensé que se había vuelto loco —dijo el vizconde con sinceridad—. Ya sé que eres guapa, Helen. Pero no logro entender qué vio en ti un hombre como Cardross para querer emparentar con nuestra familia.

—¡Oh, Dysart! —exclamó Helen, temblando—. ¿Lo dices en serio?

Su hermano la miró con extrañeza.

—¿Es que tú también te has vuelto loco? —le preguntó—. ¿Por qué habría pedido tu mano, si no hubiera estado loco por ti? ¿No irás a decirme que no lo sabías? ¡Le dejaste noqueado!

—¡Oh, Dysart, no digas esas cosas! Al principio pensé que... Pero mamá me explicó de qué se trataba en realidad.

—¿Y de qué se trataba? —preguntó el vizconde, impaciente.

—De un... un matrimonio de conveniencia —balbuceó ella—. Él estaba obligado a casarse con alguien, y... Y yo le gusté más que las otras jóvenes que conocía, y pensó que sería una buena esposa.

—¡Qué sabrá mamá! —exclamó Dysart—. Es verdad que fue un matrimonio de conveniencia, ¡pero para nosotros! Ahora bien, si a él le pareció conveniente pagar un dineral por ti (porque fue eso lo que le obligó a hacer papá), además de emparentar con unos muertos de hambre, entonces debía de estar loco de remate.

—¡Dysart! —exclamó Helen, horrorizada.

—¡Unos muertos de hambre! —repitió él con firmeza—. ¡Papá no ha tenido un penique en su vida, y yo tampoco! De hecho, si Cardross no se hubiera enamorado de ti, estaríamos arruinados. ¡Es el único golpe de suerte que hemos tenido!

—Sabía que hizo un generoso acuerdo matrimonial con papá, pero...

Dysart soltó una carcajada.

—¡Sí, y le liberó de todas sus deudas!

Helen se levantó, llevándose las manos a las mejillas.

—¡Y yo he sido terriblemente derrochadora!

—No deberías preocuparte por eso —dijo Dysart, risueño—. Dicen que Cardross es más rico que Golden Ball^[9], y no me sorprendería que fuera cierto.

—¡Como si eso fuera una excusa para contraer deudas! Oh, Dy, todo esto me supera. No me sorprende que Cardross dijera lo que dijo.

—¿Y qué dijo? —preguntó el vizconde, mirándola con inquietud—. Helen, si va a darte uno de tus ataques, me marchó. Así que te lo advierto...

—¡Oh, no! ¡No te preocupes! Pero es algo que me inquieta. No te lo he contado, Dy, pero Cardross dijo algo que me hizo sospechar que cree que me casé con él por dinero.

—¿Y no es así?

—¡No, no es así! —respondió ella, indignada.

—¿No irás a decirme que te casaste por amor? —preguntó el vizconde con incredulidad.

—¡Pues claro! ¿Cómo habría podido no hacerlo?

—¡Por todos los santos! —exclamó el vizconde, disgustado—. ¿Y entonces por qué estás tan preocupada? ¿Qué has hecho para que Cardross piense que no lo amas?

Ella bajó la cabeza.

—Quería... quería ser una buena esposa, Dy. Verás, mamá me dijo que no debía molestarle, ni buscar siempre su compañía, ni darme por enterada si... por casualidad tenía una aventura.

—Así que la culpa es de mamá, ¿eh? Debí imaginarlo. ¡En mi vida he visto una mujer más tonta!

—¡Oh, no digas eso, Dy! Lo hizo con buena intención. No le digas nada, pero temía que sufriera una desilusión, como le pasó a ella.

—¿De veras? —preguntó el vizconde, interesado—. No sabía que papá hubiera tenido una aventura. En cualquier caso, hasta mamá debió de advertir que Cardross no era de esa clase de hombres. Por lo que tengo entendido, nunca ha sido un mujeriego. ¿Cómo has podido creerla, Helen? Debiste saber que estaba enamorado de ti.

—Pensé... pensé que solo era amable conmigo. ¡Es tan encantador! —confesó.

—¿Encantador? —repitió Dysart con desprecio—. Lo siento, Helen, pero me temo que eres tan tonta como mamá. Creerte uno de sus cuentos, cuando tenías a Cardross rendido a tus pies...

Helen agachó la cabeza.

—Sí, ha sido una estupidez por mi parte —dijo con un hilo de voz—. Pero había algo más, Dy. Letty me contó lo suyo con *lady Orsett*.

—¡Letty es una descarada! —dijo el vizconde con severidad—. Pero, para ser sincero, pensé que no era necesario contártelo. Todo el mundo sabía que era su amante desde hacía años. Y no te hagas la ingenua conmigo, Helen. En primer lugar, no puedes fingir que no sabías nada de las deudas de papá; y en segundo lugar, la vida de Cardross antes de casarse no es asunto tuyo. Hace tiempo que *lady Orsett* está con Lydney, así que no debes preocuparte por ella.

—¿De veras, Dysart? —preguntó Helen, entusiasmada.

—¡Eso dicen! ¡Yo no lo sé!

—Oh, si no fuera por esa dichosa deuda, sería tan feliz... —suspiró.

—¡Tonterías! Dile la verdad a Cardross y acaba con esto de una vez.

—¡Antes morir! ¿Es que no lo entiendes, Dy? ¿Cómo va a creermelo si le digo ahora, que estoy otra vez endeudada, que no me importa su riqueza?

El vizconde reprimió la desdeñosa respuesta que le vino a la mente. En realidad entendía muy bien a su hermana.

—Pensaría que tu amor es interesado, ¿verdad? —dijo, al cabo de un momento de reflexión—. ¡Normal! Sobre todo si te has comportado con él con esa estúpida indiferencia, como estoy seguro que has hecho —añadió, con un matiz de censura—. ¡En fin, no nos queda más remedio! ¡Tendremos que encontrar el dinero!

Demasiado agradecida con su voluntad de ayudarla para prestar atención a sus críticas, Helen aguardó esperanzada, segura de que su hermano sabría sacarla de aquella dificultad. Y no se equivocaba. Después de dar varias vueltas por la habitación, Dysart exclamó:

—¡Ya lo tengo! No sé por qué no se me ha ocurrido antes. ¡Debes vender una de tus joyas!

Helen se llevó la mano a la garganta.

—¿Te refieres a las perlas que me regaló mamá? ¿A sus perlas? ¡No sería capaz de venderlas, Dysart!

—No hace falta que sean las perlas. ¡Otra cosa!

—¡Pero no tengo nada más! —objetó ella—. Nada de valor, quiero decir.

—¿Que no tienes nada más? ¡Pero si siempre vas enjoyada! ¿Qué me dices de ese collar de zafiros?

—¡Dysart! ¡Ese collar me lo regaló Giles cuando nos casamos!

—¡Está bien! Pero Cardross no hace más que regalarte joyas nuevas. Estoy seguro de que podrías renunciar a alguna. Él no se dará cuenta. Y si temes que se entere, manda hacer una copia. Yo me encargaré.

—Te lo agradezco, Dy, pero no —dijo ella con desesperada firmeza—. No pienso hacer una cosa tan mezquina. Vender las joyas que me regaló Cardross, mandarlas copiar para que no se entere... ¡Sería detestable engañarlo así!

—¡Qué escrupulosa eres, Helen! —dijo Dysart—. Copiarlas no es peor que ir a un prestamista. ¡De hecho es mejor!

—¡A mí me parece peor! —le aseguró ella.

—Te advierto una cosa, Helen —dijo su hermano, molesto—: como te dejes guiar por ese exceso de sensibilidad, no podré ayudarte de ningún modo. Si no quieres mandar copiar las joyas, dile a Cardross que las has perdido. Imagino que no querrás renunciar a los zafiros, pero no me digas que te parte el corazón deshacerte de todas las joyas que te ha regalado.

—No, no siento perderlas. ¡Pero mi conciencia se revuelve ante la idea de venderlas por ese motivo!

Lo dijo con tanta resolución que a Dysart le pareció inútil seguir insistiendo. El vizconde, que nunca perdía el tiempo en causas perdidas, abandonó esa prometedora idea, limitándose a señalar que, hasta entonces, su hermana no había hecho más que rechazar todos los planes que había sugerido. Helen se disculpó por haberle molestado, añadiendo, con una débil sonrisa, que no debía preocuparse más por el asunto.

—Es muy fácil decirlo, cuando sabes muy bien que no puedo evitarlo —dijo él con amargura—. Si hay algo que tengo claro, es que si no me hubieras prestado esas trescientas libras, ahora no estarías metida en este lío. No me queda más remedio que ayudarte. Imagino que se me ocurrirá algo cuando tenga tiempo para pensar. Pero no podré hacerlo si estás ahí sentada, mirándome como si todo dependiese de mí. Me pone de los nervios. No es seguro, por supuesto, pero es posible que tenga un golpe de suerte, y en ese caso puedes estar tranquila. Tengo el presentimiento de que, si dejo los dados y pruebo suerte en la banca del faraón, ganaré mucho dinero.

Y con estas palabras se marchó, dando a su hermana una palmadita en la espalda y recomendándole que pensara en otra cosa. Muchos pensarían, dada su actitud cínica, que el vizconde no tardaría en desentenderse del problema. Pero Helen no era uno de ellos. En ningún momento se le pasó por la cabeza que su querido Dy, ya fuera por olvido o indolencia, fuera a abandonarla a su suerte. Y no se equivocaba. Había una extraña obstinación en el carácter de su

hermano que le llevaba, en los momentos más inesperados, a perseguir con tenacidad el fin que tenía en mente. Y aunque sus conocidos pensaban que esa obstinación estaba motivada por las ideas más absurdas, todos coincidían en que, una vez que la idea se le metía en la cabeza, se aferraba a ella como si su vida dependiera de ello.

Después de hablar con el portero de su cuñado sobre las posibilidades de varios caballos en la próxima carrera, Dysart se detuvo a los pies de los escalones. No sabía si llamar a un carruaje para dirigirse a Tattersall's o caminar hacia Conduit Street, donde, en Limmer's, encontraría sin duda a algunos amigos. Mientras dudaba, un tálburi, tirado por un espléndido potro castaño, dio la vuelta a la plaza. El vizconde vio que el elegante caballero con sombrero de copa que manejaba las riendas con admirable habilidad era Cardross. No tenía demasiadas ganas de encontrarse con el conde, al que sabía que no agradaba, pero esperó educadamente a que el tálburi se detuviera.

—¡Buenos días, Dysart! —dijo el conde, cediendo las riendas al lacayo y bajando del vehículo—. ¿Entras o sales?

—Salgo —respondió él, mirando el tálburi—. ¡Bonito caballo! ¿Es galés?

—Sí, y estoy muy satisfecho con él —comentó Cardross—. Es muy rápido y tiene unas patas excelentes. Y sí, es de pura raza galesa. Se lo compré a Chesterford la semana pasada. ¿Te apetece volver a entrar?

—No, me voy a Limmer's —dijo el vizconde, mirando a su cuñado con aire pensativo.

Cardross parecía de excelente humor. Todo el mundo sabía que tenía dinero suficiente para comprar un palacio; y si había una remota posibilidad de sacarle trescientas libras, el vizconde no iba a desaprovecharla.

—¿Te importaría prestarme trescientas libras? —preguntó, lleno de esperanza.

—¿Trescientas libras?

—Mejor quinientas —sugirió el vizconde, recordando algunas deudas pendientes.

Cardross soltó una carcajada.

—Haría cualquier cosa por ti, pero me desagradaría mucho tener que prestarte dinero. Y te agradecería que no se lo pidieras a Helen.

—¡Desde luego! —repuso el vizconde, venciendo la tentación de decirle que era justo al contrario.

—¿Otra vez endeudado? —preguntó Cardross—. ¡Deberías casarte, Dysart!

—¡Tonterías! —dijo él—. No me haría ningún bien. La única forma de salir de esta es tener un golpe de suerte. Y lo tendré, porque es evidente que mi suerte tiene que cambiar. Estoy pensando seriamente en apostar todo a la banca del faraón, y creo que voy a hacerlo. Llevo un año jugando a los dados y no he ganado ni un penique.

Su intención de reformarse fue recibida con una decepcionante falta de interés por parte del conde.

—¿Qué otros entretenimientos tienes en mente? —preguntó Cardross—. No tuve el placer de verte conduciendo una carretilla con los ojos vendados, pero tengo entendido que conseguiste parar el tráfico un buen rato. Te felicito. ¡Ah! Y también te felicito por tu última hazaña: grabar tus iniciales en todos los árboles de Saint Jame's Park.

—¡Solo me llevó una hora y quince minutos! —dijo Dysart con orgullo.

—Me parece admirable.

—¡Vamos, Cardross! ¿Qué otra cosa puedo hacer, aparte de divertirme?

—Podrías poner un poco de orden en tus propiedades.

—No son mis propiedades, y no creo que mi padre me dejara inmiscuirme. Es más, si hay algo que hacer, el viejo Moulton lo hará mucho mejor que yo. Hace años que es nuestro administrador, y él tampoco me dejará inmiscuirme. Si tuviera intención de hacerlo, que no es el caso.

—Te propongo una cosa —dijo Cardross, mirándole con cierta simpatía—. No voy a prestarte trescientas libras para que te las gastes en la banca del faraón. Pero estoy dispuesto a pagarte las deudas y a comprarte un cargo en cualquier regimiento que elijas.

—¡Ojalá! —exclamó Dysart.

—¡Lo haré!

Los ojos azules del vizconde se iluminaron, pero aquel brillo entusiasta no tardó en desaparecer. El joven se echó a reír, sacudiendo la cabeza con melancolía.

—¡Imposible! El viejo no dará su consentimiento. No sé por qué está tan empeñado en retenerme en Inglaterra. Aparte de ser su único hijo varón, no parece muy contento de tenerme en casa. ¡Todo lo que hago le molesta! Cuando le dio el ataque fui a verle a Devonshire, ¿sabes? Me obligó mi madre, pero al final tuvo que reconocer que no sirvió de nada. En cualquier caso, nunca dejará que me aliste en el ejército.

—Si realmente quieres hacerlo, yo podría convencerle.

—Comprando su consentimiento, ¿no? Acepta mi consejo, e invierte tu dinero en otra parte. O espera a que haya hecho algo tan terrible que se vea

obligado a enviarme a España sin importarle las condiciones —dijo Dysart, poniéndose los guantes.

—¡No seas tonto y entra en casa! No podemos hablar de esto en la calle.

—Si tantas ganas tienes de perder tu dinero, préstame las trescientas libras —le propuso el vizconde—. En cuanto al resto... ¡oh, no sé muy bien lo que quiero, y no serviría de nada que lo supiera!

Se quedó esperando un momento y, al ver que Cardross no respondía, soltó una carcajada y se marchó.

U nos días después, Helen se sintió casi aliviada de despedirse de su marido. Cuando Cardross le pidió que le acompañara a Merion quiso hacerlo, pero desde que la factura de madame Lavallo vino a perturbar su existencia, había temido que su esposo insistiera. Ahora, nada deseaba menos que estar con él: el sentimiento de culpa pesaba tanto en su conciencia que parecía ahogarla cuando él estaba presente. Si le sonreía, se sentía una ingrata por tener que engañarle; si percibía cierta frialdad en su conducta, imaginaba que lo había descubierto todo y se sentía morir. No comprendía, en el estado de turbación en que se encontraba, que los escrúpulos que le impedían abrirle su corazón la llevaban a comportarse de un modo que parecía expresamente calculado para confirmarle en la sospecha de que solo pensaba en la moda, la riqueza y la frivolidad. La temporada estaba en su pleno apogeo, y no faltaban las fiestas para llenar sus días. Tampoco faltaban caballeros dispuestos a acompañar a la bella y joven condesa si el conde tenía otros compromisos. A Cardross le parecía no verla si no era de camino a una fiesta o un baile, y no dudaba que prefería la compañía del menos apuesto de sus admiradores a la suya. —¿Sabes una cosa, amor mío? —dijo una vez en tono de burla—. Parece que Dios te ha puesto en mi camino para bajarme los humos. Antes me creía muy seductor, pero ahora veo que no lo soy. ¡Es más, tengo la impresión de ser un auténtico pelmazo!

Helen no le respondió, pero enrojeció y, mientras le dirigía una breve mirada, a él le pareció ver a la criatura alegre y cariñosa de la que se había enamorado. Pero al cabo de un momento ella se marchó, diciendo, con una risita nerviosa, que lo que decía era absurdo, que Letty la estaba esperando y que no podía quedarse porque había prometido ir a la fiesta de *lady Brixworth*.

Sometido a un tratamiento semejante, no era de extrañar que Cardross, demasiado orgulloso para revelar su sufrimiento, se escondiera tras una máscara de fría indiferencia, frenando cualquier impulso de Helen de mandar la prudencia a paseo y confesarle todas sus dificultades.

Para empeorar las cosas, no tenía noticias de Dysart, y Letty, dispuesta a conseguir sus fines, exasperaba a su hermano renovando sus ataques cada vez que le veía. Como llevaba varias semanas criticándole por toda la ciudad, el conde se vio obligado a soltarle cuatro verdades, de las que su infeliz esposa (presente a su pesar en aquella discusión) dedujo que, para él, las deudas y la falta de honestidad eran sinónimos. Sin duda, ningún momento podía ser menos propicio para confesarle sus dificultades económicas.

Fue por tanto con alivio que Helen se despidió de su esposo. Cardross estaría ausente por un tiempo, durante el cual esperaba que Dysart encontrara la forma de liberarla de su deuda. Para recordárselo (en caso de que, debido a sus compromisos deportivos, lo hubiera olvidado), le mandó una nota a su apartamento en Duke Street, invitándole a cenar en Grosvenor Square la noche de la mascarada. Consciente de lo mal que reaccionaba su hermano a la insistencia, se abstuvo de preguntarle cómo iba el asunto, y su conducta no tardó en verse recompensada. El vizconde respondió aceptando la invitación y, en la posdata, añadió que no debía preocuparse más de la «otra cuestión».

Aquel misterioso mensaje la calmó de inmediato. Habría sido mejor que Dysart le hubiera dicho qué solución había encontrado. Pero sabía que su hermano no era muy aficionado a escribir cartas, y confiaba en que aquella tentativa de resolver sus dificultades sería más aceptable que las otras. A excepción de un encuentro en el parque, donde le resultó imposible hablar con él en privado, no volvió a verlo: circunstancia que la llevó a pensar que, fuera cual fuese el plan que tenía en mente, debía de exigir mucha preparación. Eso la inquietó un poco, pero Dysart se despidió con tanta seguridad al término de su encuentro casual, que todas sus angustias se disiparon. «Nos vemos el jueves», dijo. Helen interpretó que el jueves, cuando la acompañara a la mascarada, procedería a explicarle qué debía hacer para liberarse de su deuda.

Y a pesar de eso, el jueves por la noche Dysart no apareció.

Ni Helen ni Letty se sorprendieron de su retraso, pues todo el mundo sabía que no era un joven puntual. Y durante media hora, solo el cocinero (que tenía dos capones asándose en un espeto, un *foie* a punto de quemarse en el horno y unos *puits d'amour* endureciéndose en la mesa) vio algún motivo de preocupación. Letty, que llevaba varios días de mal humor, llevaba un nuevo y elegantísimo vestido de baile de crespón blanco, adornado con tal

profusión de lentejuelas plateadas que, cuando se acercaba a la luz del candelabro, el efecto era deslumbrante. Helen (vestida de manera más discreta en satén y encaje de blonda) sabía que si *lady* Chudleigh hubiera ido al baile, no habría dudado en condenar el atuendo de su cuñada, pues tenía mucho escote, y dejaba asomar una pechera casi transparente. Sin duda, Cardross le habría pedido a Letty que lo cambiara por un vestido más recatado. Y no era improbable que juzgase que, en su ausencia, aquella tarea correspondía a su esposa. Pero Helen no se sentía capaz de emprender una batalla agotadora y, con toda seguridad, perdida. Así que acalló su conciencia, diciéndose que el vestido quedaría parcialmente oculto tras el dominó de seda rosa que Letty había dejado en la butaca. Además, Letty había quedado tan satisfecha con su aspecto que estaba de buen humor, y Helen, después de soportar sus quejas y sus lamentos, no quería contrariarla.

—Lo peor de los hermanos es que no les importa hacerte esperar —dijo Letty, abriendo un abanico de lentejuelas a juego con el vestido—. ¡Solo espero que no venga achispado! Mira, ¿te gusta el abanico?

—¿Por qué iba a venir achispado? —preguntó Helen con indignación.

—¡Oh, ya sabes lo que hacen los hombres en las peleas de gallos! —dijo Letty, que presumía de tener mucho mundo—. Creo que hoy había una en Epsom.

—¡Cielo santo! ¿Te dijo Dysart que pensaba ir?

—No, pero oí a Hardwick diciendo que Dysart pensaba llevarle en su carrocín.

—¡Dios mío! —exclamó Helen, preocupada por aquella desagradable noticia—. ¡Espero que no haya olvidado que esta noche debía acompañarnos a Chiswick!

—¿No lo dirás en serio? —exclamó Letty, dejando caer el abanico en el regazo—. ¡Eso sería una canallada!

Helen se vio asaltada por oscuros recuerdos.

—No lo creo, pero a veces olvida sus compromisos... Sobre todo cuando no son de su agrado.

Letty hizo un esfuerzo para controlarse. Pero cuando, al cabo de diez minutos, el vizconde seguía sin dar señales de vida, no pudo contenerse más, y dijo con rabia:

—¡Por mucho que sea tu hermano, Helen, sospecho que nunca tuvo intención de acompañarnos, y que solo lo dijo para librarse de ti!

—¡No es cierto! Cuando me lo encontré el otro día en el parque me dijo que vendría. Además, aunque reconozco que es terriblemente desconsiderado,

nunca me haría esa faena. Estaba pensando en enviarle una nota a su apartamento para recordárselo. El problema es que el lacayo tardará veinte minutos en llegar a Duke Street, y...

—¡Sí, y lo más probable es que no le encuentre! —la interrumpió Letty—. Además, me importa un comino que no venga. Estoy segura de que nos las arreglaremos muy bien sin él. ¿No irás a decirme que no podemos ir a la mascarada a menos que nos acompañe? —dijo, mirando a Helen con recelo—. ¡Porque no me puedo creer que seas tan anticuada!

—No. Sé que no es obligatorio que vayamos acompañadas a la fiesta de mi prima. Pero aun así no me gusta. Además, no sé por qué tienes tanto empeño en que vayamos solas. A no ser que hayas engatusado al señor Allandale para que te acompañe, y pienses pasarte toda la noche colgada de su brazo. Me da igual que llevéis máscara, Letty, sabes que no pienso consentirlo.

—Reconozco que intenté convencerle —admitió su cuñada con franqueza—, pero dijo que no sería apropiado. Así que no debes preocuparte. La cuestión es que nunca he ido a una mascarada, y si no voy a esta, es posible que no pueda ir a ninguna en muchos años. Porque no creo que haya mascaradas en Brasil.

Helen la miró con preocupación.

—Yo tampoco. ¡Pero no debes preocuparte por eso, Letty! Cardross no dará su consentimiento. Es inútil que le des vueltas.

—¡Yo le obligaré! —dijo ella con obstinación.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé, pero ten por seguro que lo haré. También dijo que no debía hacer mi presentación hasta los dieciocho, ni actuar en las representaciones teatrales de Navidad, ni conducir sus caballos. ¡Y siempre me he salido con la mía!

Helen no pudo evitar sonreír ante la ingenuidad de Letty, que comparaba aquellas trivialidades con el matrimonio. Pero cuando iba a decirle que la misma indulgencia que llevaba a Cardross a consentir sus pequeños caprichos no haría más que reafirmarle en su decisión de no permitir un matrimonio que (a su juicio) estaba condenado al fracaso, llamaron a la puerta. Unos segundos después entró Farley, el mayordomo, portando una nota sellada y con la expresión de alguien que no solo trae malas noticias, sino que siempre ha sabido que las cosas saldrían mal.

—El lacayo de lord Dysart me ha pedido que le entregue esta nota, *milady* —anunció.

—¡Ya verás cuando le ponga las manos encima! —murmuró Letty.

Sintiéndose llena de remordimientos, como si fuera ella, y no Dysart, la culpable, Helen rompió el sello y abrió el papel. Enseguida se le escapó un suspiro de alivio, pues las noticias, si bien eran malas, no lo eran tanto como esperaba. Puede que Dysart se hubiera entretenido en Epsom, pero no había olvidado su compromiso de acompañar a su hermana a la mascarada. Se disculpaba por no poder cenar con ella, pero prometía recogerlas en Grosvenor Square no más tarde de las diez. A menos que (como aclaraba en la posdata) se viera obligado a entretenerse, en cuyo caso Letty y ella debían partir a Chiswick, donde le encontrarían con la máscara en la mano.

—¡A las diez! Pero si el baile empieza a las nueve y media... —dijo Letty con rabia cuando le leyó la nota.

Una luz maliciosa iluminó los ojos azules de Helen.

—Pero querida, ¿no serás tan anticuada para presentarte a las nueve y media?

—¡Seguro que no viene a buscarnos! —respondió Letty de mal humor.

Conociendo al vizconde, aquello era más que probable. Pero la lealtad, así como la aversión a presentarse en Chiswick sin un acompañante, llevaron a Helen a pedir que no prepararan el landó hasta las diez. Para entonces, la hora era tan avanzada que, después de haber cenado, no tuvieron que esperar mucho a que Farley anunciara que tenían el carruaje en la puerta. Dysart seguía sin aparecer, y aunque su cariñosa hermana le habría concedido unos minutos más, al ver la expresión de su cuñada no se atrevió a sugerirlo. Las dos damas se pusieron el dominó (uno rosa y otro azul zafiro), se ajustaron los largos guantes de cabritilla francesa, metieron el antifaz en el bolso y se abrocharon la capa. Después de un último retoque frente al espejo, bajaron las escaleras y se dirigieron al carruaje. Las esperaban sus respectivas doncellas, que se apresuraron a arreglarles la falda y a cubrirles las rodillas con un chal. Martha recomendó a Letty que no se pusiera más colorete, y Sutton advirtió a Helen de que, al bajar, procurara no engancharse el vestido con el escalón.

Por fin, los criados cerraron las puertas del carruaje. El lacayo se subió ágilmente al pescante, el cochero azuzó los caballos y el landó avanzó por la calzada.

Ni a Helen ni a ninguno de sus criados se les ocurrió que un viaje a Chiswick pudiera entrañar ningún peligro. Ninguno consideró necesario recurrir a unos postillones que protegieran el carruaje de posibles asaltantes. Sin embargo, ninguno habría podido pensar que el landó de Cardross, en lugar de unirse a una procesión de vehículos en dirección a Brent House,

emprendería el viaje solo y media hora más tarde. Más allá de la primera barrera de peaje, no encontraron ningún tráfico. La aldea de Kensington parecía dormir a la luz de la luna; solo se cruzaron con una silla de posta y una diligencia en Hammersmith, procedentes del oeste. No vieron otro vehículo a excepción del coche del correo, que adelantó el carruaje de Cardross con sus cuatro caballos al galope y haciendo sonar la corneta. Poco después, el carruaje dejó la carretera principal para dirigirse a Chiswick Mall. Y entonces, justo cuando Letty estaba diciendo que al menos no había tráfico, ambas señoras se sobresaltaron al escuchar un repentino disparo, seguido del relincho de un caballo y un pisar de cascos.

Letty profirió un gemido de terror y, aferrándose a Helen, gritó con voz asustada:

—¿Qué podemos hacer? ¿Qué será de nosotras? ¡Oh, Helen, nos están asaltando! ¿Por qué los lacayos no hacen nada? ¡Serán cobardes! ¡Y todo por culpa de Dysart! ¿Nos matarán? ¡Oh, ojalá no hubiera venido!

Helen no estaba menos asustada, pero era algo más valiente que Letty, y respondió con considerable dominio de sí misma:

—¡No digas tonterías! Por supuesto que no nos matarán. Eso sí, me temo que nos quitarán las joyas. Menos mal que no llevo el collar de los Cardross ni los zafiros.

—¡Dáselo todo! —le rogó Letty, temblando de miedo—. ¡Oh, estoy tan asustada que creo que voy a desmayarme! ¿Para qué sirven los lacayos, si no hacen nada para defendernos? ¡Ya verás cuando se lo cuente a Giles! ¡Los va a poner de patitas en la calle! Debería estar aquí: ¡no tenía ningún derecho a irse a Merion, cuando sabía que...!

—Cállate, Letty —la interrumpió Helen, irritada—. Aunque solo sea por orgullo, no deberías permitir que esos canallas noten que estás asustada. En cuanto a los lacayos, ¿qué podían hacer los pobres contra esos rufianes? ¡Si ni siquiera van armados! ¡Además, no creo que piensen que iban a asaltarnos precisamente en la carretera a Chiswick! ¡Oh, querida, me temo que son varios! ¡Espero que se den por satisfechos con las joyas, y no intenten registrar el carruaje en busca de una caja fuerte!

Ese temible pensamiento aterrorizó a Letty, que se echó a temblar. Poco después, una espantosa figura envuelta en un manto oscuro, con el rostro oculto tras una máscara y una enorme pistola en la mano, se acercó a ellas con aire amenazador y gritó:

—¡Las joyas! ¡Rápido!

La luz de la luna iluminó la pistola y la mano que la sostenía. Letty gritó: «¡No, no!», y trató de arrancarse las perlas que llevaba al cuello.

—¡Tú no! —gritó el bandido, con voz aún más aterradora—. ¡Tú!

La pistola apuntaba ahora a Helen. Pero ella, lejos de asustarse o quitarse las pulseras, los anillos y el largo colgante que llevaba al cuello (como le rogaba que hiciera la temblorosa Letty), se enderezó en su asiento y miró con incredulidad la mano que empuñaba la pistola y el rostro enmascarado.

—¡Date prisa, si no quieres que te meta una bala en el cuerpo! —ordenó el bandido con firmeza.

—¿Dysart?

—¡Que el demonio te confunda! —exclamó el vizconde, que se apresuró a añadir para disimular—: ¡Déjate de tonterías y dame las joyas!

—¡Deja de apuntarme con esa pistola! —ordenó Helen—. ¿Cómo te atreves a asustarme de esa manera? ¡Me parece lamentable, Dysart! ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

—¡Si tú no lo sabes, es que eres más tonta de lo que pensaba! —dijo el vizconde con fastidio—. ¡Me ha reconocido, Corny!

—¿Qué te había dicho? —preguntó el señor Fancot, bajando la pistola con la que apuntaba al cochero, y acercándose a saludar a las señoras—. Tendrías que haber dejado el asunto en mis manos. ¡Te dije que tu hermana te reconocería!

—¡Pues no sé cómo! —dijo el vizconde, bastante desconcertado.

—¡Oh, Dy, no seas absurdo! —exclamó Helen, conteniéndose la risa—. La luna se reflejaba en el anillo que te regaló mamá cuando alcanzaste la mayoría de edad, y le has dicho «¡Tú no!» a Letty. ¡Pues claro que te he reconocido!

—¡Habrías podido fingir que no me habías reconocido! —dijo el vizconde con rabia—. ¡Eres una tontaina, Helen, eso es lo que eres! ¡Basta, Joe! No hace falta que sigas apuntando a los lacayos. He perdido la apuesta.

—¡Me parece abominable lo que has hecho, Dysart! —dijo Helen con indignación—. Meter a tu mozo de cuadra en este lío...

—¡Tonterías! —replicó el vizconde—. Seguro que piensas que también es abominable haber metido a Corny, cuando le conozco de toda la vida. Además, le he dicho que era una apuesta.

—¡Sigo pensando que es abominable! ¡Y estoy segura de que el señor Fancot piensa lo mismo! —añadió Helen con severidad.

—¡Le prometo que no, señora! —dijo el señor Fancot—. Estoy encantado de resultarle útil. ¡Ha sido un placer!

—¡Imbécil! —murmuró Letty con rabia.

—¡Tú cállate! —dijo el vizconde, que la había oído—. Si nos ponemos a hablar de imbéciles...

—¡Eres un ser despreciable! —saltó Letty—. Faltaste a tu compromiso con Helen de la forma más descortés posible, y todo para hacerle esta broma odiosa y darnos un susto de muerte. ¡Y todo para divertirme!

—¡Qué tonta eres, Letty! —comentó el vizconde con desprecio—. ¡Un susto de muerte! ¡Habla por ti! Helen es más valiente que tú. Además, no lo he hecho para divertirme. Tenía una buena razón. Pero lo tengo bien empleado por ayudar a una mujer a salir de un aprieto.

Letty se quedó tan intrigada por aquella misteriosa afirmación que su cólera dio paso a una profunda curiosidad.

—¿Qué quieres decir? ¿Quién está en un aprieto? ¿Helen? ¿Pero por qué? ¡Oh, dímelo! Siento haberte ofendido. ¿Pero cómo podía imaginar que lo tenías todo planeado si nadie me lo ha dicho?

—¡Pregúntaselo a Helen! —le recomendó Dysart—. Y ahora será mejor que os marchéis si no queréis llegar tarde. Yo os seguiré enseguida.

—¡Dysart! —exclamó Helen con desesperación—. ¡Ya deben de ser las once! ¿Cómo vas a seguirnos? No puedes ir a una mascarada en traje de montar, y cuando quieras volver de tu apartamento...

—¡Tranquilízate! No voy a volver a Londres. ¿No pensarás que soy tan tonto?

—¡La verdad es que sí! —confesó su hermana con una risita.

—¡Pues te equivocas! —dijo él con severidad—. Tengo toda mi ropa esperándome en el Golden Lion, y he alquilado una silla de posta para que me lleve a Brent House. Lo tenía todo planeado, pero has tenido que venir tú a echarlo todo a perder. ¡Y todo para demostrar lo lista que eres! ¡Me dan ganas de desentenderme de todo este asunto!

—¡No debes hablar así a tu hermana, chico! —intervino el señor Fancot, escandalizado—. Sé que no lo dices en serio, pero si alguien te oyera...

—¡No me oye nadie! —dijo el vizconde con rabia, dirigiéndose a su caballo.

Sintiendo que le correspondía a él pedir disculpas en nombre de su amigo, el señor Fancot se acercó al carruaje y se inclinó ante sus ocupantes, diciendo en voz baja:

—¡No le haga caso! ¡Cuando se enfada no sabe lo que dice! Usted lo conoce mejor que yo... ¡Nunca da su brazo a torcer!

—Señor Fancot —dijo Helen, profundamente avergonzada—, estoy segura de que no será necesario pedirle que no cuente nada de lo ocurrido. Nadie debe saber por qué ha intentado asaltarme.

—¡No pensaba hacerlo, señora! —le aseguró el señor Fancot—. Ni aunque me amenazaran de muerte. Además no podría hacerlo, porque, ahora que lo pienso, no lo sé.

—¿No lo sabe? —repitió Helen con incredulidad.

—Se me olvidó preguntárselo. Quiero decir que no es asunto mío. Dy me dijo: «Ayúdame a asaltar el carruaje de mi hermana», y yo le dije: «¡Trato hecho!». No era necesario decir más. Habría sido una indiscreción por mi parte preguntarle por qué.

En ese momento Dysart lo llamó con impaciencia, así que se inclinó para despedirse y se marchó. Helen se hundió en el fondo del asiento, exclamando:

—¡Gracias a Dios! Pensé que lo sabía.

Viendo que el lacayo esperaba sus órdenes, añadió:

—¡Dígale a James que continúe! Mi hermano me estaba... gastando una broma.

—Pensará que tu hermano se ha vuelto loco —observó Letty, mientras el carruaje se ponía en marcha—. ¿Por qué lo ha hecho, Helen?

—¡Oh, por algún motivo absurdo!

—No lo dudo, ¿pero por qué?

—Podrías seguir el consejo de ese ridículo señor Fancot y no hacer preguntas indiscretas.

—No pienso seguir su consejo. ¡Venga, dímelos!

—No, por favor, no insistas —le suplicó Helen.

—¡Oh, está bien! Me pregunto qué dirá Giles —dijo Letty con fingida inocencia.

—¡Oh, Letty, no serás capaz de...!

—No si me lo cuentas, claro.

—¡No tienes escrúpulos! —se lamentó Helen.

Letty soltó una risita.

—No es cierto, porque nunca traiciono un secreto. Y te advierto que no descansaré hasta que me lo digas, porque no logro imaginar qué pretendía hacer Dysart. A menos que estuviera gastándote una broma, y sé que no es así.

—Está bien, pero te ruego que no pienses mal de él.

Pero Letty, mientras escuchaba fascinada las palabras de Helen, no pensó en absoluto mal de Dysart. Al contrario, dijo que era mucho más listo de lo

que pensaba y, al igual que él, recriminó a Helen por no haberle seguido el juego.

—Si lo hubieras hecho, ahora estaría todo solucionado. Y reconoce que, si no le hubieras reconocido, te habría importado un comino la pérdida de tus joyas. Supongo que habrías adivinado la verdad cuando te hubiera dado el dinero, ¡pero eso no habría importado!

—¿Cómo puedes decir eso? ¡No habría tenido un momento de paz! Habría tenido que contárselo a Cardross. ¿Y cómo habría podido hacerlo, si piensa tan mal de Dy? ¡Habría sido horrible!

—¡Eres una criatura de lo más extraña, Helen! —exclamó Letty—. Si estuviera en tu lugar, habría vendido mis joyas. No me extraña que Dysart pierda la paciencia contigo. Pero en fin... son tuyas, y puedes hacer con ellas lo que quieras.

Letty siguió hablando en el mismo tono hasta que llegaron a Brent House y, cuando Dysart se reunió con su hermana, muy enfadado, hizo todo lo posible para devolverle su buen humor, alabando su ingenio, compadeciéndole por haber visto fracasar su plan y reprendiendo a Helen por ser tan escrupulosa. Por una vez estuvieron de acuerdo. Pero cuando el vizconde dijo que, si Helen armaba semejante escándalo por un pequeño engaño, habría sido mejor confesarle la verdad a Cardross, aquel breve acuerdo entre ellos llegó a su fin. Letty se opuso rotundamente a esa idea. Según ella, Cardross, en general tan indulgente, se volvía terriblemente cruel cuando consideraba que alguien había derrochado el dinero: si le hablaban de deudas (sin duda inevitables) se convertía en un ser despiadado. Hablaba con conocimiento de causa: su último encuentro con su temible hermano aún seguía vivo en su memoria.

—Solo porque compré un neceser (un complemento imprescindible para cualquier dama) y le pedí con toda la educación del mundo que lo pagara... ¿Cómo voy a pagarlo yo, con la ridícula asignación que me da? Pues bien, ¡me obligó a devolverlo! ¡En mi vida he pasado tanta vergüenza! Y encima me dijo que si volvía a endeudarme, me mandaría de vuelta a Merion a cargo de una institutriz. ¿Te lo puedes creer, Dysart? ¡De una institutriz!

El vizconde no pareció muy impresionado, y lo habría parecido menos de haber visto el complemento en cuestión. Se trataba de un precioso artículo de equipaje, repleto de tarritos de cristal con tapas doradas y embellecidas con diamantes. El segundo lacayo, un joven robusto, había sudado lo indecible para subirlo por los escalones. Y, cuando por fin lo abrió, su contenido

deslumbró a todos los presentes. A Cardross le deslumbró tanto que tuvo que cerrarlo, presa de la angustia.

—Eso no tiene nada que ver. Seguro que pensó que no te convenía —dijo el vizconde con perspicacia—. Pero todo el mundo sabe que los vestidos de encaje cuestan un ojo de la cara, y no me extrañaría que...

—Cuando Giles descubrió que Helen estaba tan endeudada, le dijo cosas terribles.

—¿Estabas tú presente? —preguntó el vizconde con suspicacia.

—No, pero vi a Helen inmediatamente después, y estaba muy afligida. Lloraba de una forma conmovedora, y desde entonces está muy triste. Si la abandonas, no sé qué será de ella.

—¿Quién te ha dicho que voy a abandonarla? —preguntó el vizconde—. Es una pena que el plan de esta noche no haya funcionado, pero ya se me ocurrirá algo. Y te agradecería que no te entrometieras —añadió.

—¡No tengo ninguna intención de hacerlo! —dijo Letty con rabia.

—¡Más te vale! —le recomendó Dysart—. ¡Y más te vale tener la boca cerrada!

Estas bruscas palabras pusieron fin al excelente entendimiento que parecía haber florecido entre ambos. Letty, muy digna, pidió a milord que la llevara con su acompañante, y él obedeció con desagradable celeridad. Viendo que su hermana estaba rodeada de numerosos amigos, el vizconde no consideró necesario permanecer a su lado, y se fue a divertir a su manera. Como, por desgracia, era incapaz de comportarse con decencia en una mascarada, se dedicó a coquetear con todas las mujeres que tuvieron la amabilidad de seguirle el juego. Cuando se cansó de eso tuvo la suerte de encontrarse con uno de sus compinches, en cuya compañía pasó el resto de la noche, hasta que, bastante achispado, fue a reunirse con su hermana. No estaba del todo piripi (como él mismo habría dicho), y solo una solterona habría encontrado algo que objetar en la alegre (por no decir juguetona) actitud engendrada por el champán. Pero estaba claro que había olvidado temporalmente sus preocupaciones, y que no se podía contar con él para resolver los problemas de su hermana. En vez de eso, se dedicó a amenizar el trayecto de vuelta con fragmentos de canciones, que entonó con su potente voz de barítono.

A pesar de la ausencia del señor Allandale, Letty lo pasó muy bien en la mascarada. Al igual que el vizconde, aprovechó para coquetear, llegando a límites que solo eran posibles bajo el disfraz de una máscara y un dominó. Recibió piropos muy atrevidos, y su vestido de lentejuelas despertó la admiración de todos los presentes. Su actitud no hacía más que angustiar a Helen, que se sentía incapaz de controlarla. Letty respondía a sus advertencias con una simple sonrisa, y cuando se aventuró de decir: «Letty, si no mantienes las distancias por tu bien, hazlo por el mío», su terca cuñada respondió: «¡Oh, no seas anticuada! No hay nada malo en coquetear un poco. ¡Todo el mundo lo hace!».

—No es propio de una señorita —dijo Helen—. Además, si el señor Allandale estuviera aquí, no te comportarías con tanto descaro.

—Si mi querido Jeremy estuviera aquí, solo coquetearía con él. Pero no está, y no pienso deprimirme en una fiesta tan divertida. Lo estamos pasando de maravilla, ¿no crees?

Era inútil insistir; y también era inútil confiar en que no la reconocieran. A medianoche se despojarían de las máscaras, y todo el mundo vería que la joven con el dominó y el vestido de lentejuelas no era otra que la hermanastra de Cardross. Letty, alegre por naturaleza, se había dejado llevar por el entusiasmo, y había incurrido en un comportamiento que estaba lejos de resultar decente. Nunca como esa noche quedaron más patentes las deficiencias en su educación: Letty carecía de principios que pudieran servirle de guía. Su tía, una mujer insensata e indolente, había sido incapaz de servirle de ejemplo, y sus primas eran unas jóvenes descaradas que solo pensaban en la moda y en los hombres.

Al ver que *lady* Chudleigh se encontraba entre los presentes, Helen se preparó para aguantar una reprimenda de la tía más temible de Cardross. Pero *lady* Chudleigh fue sorprendentemente amable. Como era de esperar, condenó el vestido de lentejuelas de Letty, y se alegró de no tener que avergonzarse de su propia hija. Pero dijo que Helen no era la culpable de la conducta de su cuñada.

—Es una pena que Letitia no aprenda un poco más de ti, mi querida Helen —dijo con aire majestuoso—. No negaré que pensaba que Cardross había cometido un gran error al casarse contigo. Siempre he sido muy sincera, y en su momento le dije que haría mejor en casarse con una mujer de su edad. Pero reconozco, y no tengo ningún reparo en decirlo, que me has sorprendido para bien. Es una lástima que Letitia no tenga tu discreción ni tu buen gusto.

Con estas mesuradas palabras se despidió. Lo cual fue una suerte, porque Helen no habría sabido cómo responderle. Su hija, una joven de facciones angulosas a la que su primo Felix, muy cruelmente, describía como un adefesio, se acercó a decirle:

—¡No me puedo creer que te haya dicho eso! Mamá no suele alabar a nadie, ¿sabes?

El tono de aprobación con que lo dijo fue demasiado para Helen, que repuso con aspereza:

—¡Supongo que debería sentirme halagada!

—Desde luego. ¿Sabes que ayer me dijo que eras una joven muy educada?

—¿De veras? Pues no me cuentes más, no vaya a ser que se me suba a la cabeza.

—¡Eso es justamente lo que dijo mamá! —replicó la señorita Chudleigh con una sonrisa—. Dijo que era increíble que no te hubieras vuelto una engreída con todo lo que te alaban. Aunque me sorprende que no te haya regañado por permitir que Letty lleve un vestido tan indecente. No sé cómo puede lucir ese escote sin sonrojarse. ¡Yo no podría!

—No, y sería muy imprudente que lo hicieras —respondió Helen al instante—. Pero Letty tiene una figura tan perfecta que puede ponerse lo que quiera. Confieso que nunca la había visto tan hermosa.

* * *

—¡Y espero que se lo dijera a su detestable madre! —dijo Helen más tarde, cuando le contó la conversación a su cuñada.

—¡Menudo desaire! —dijo Letty, riendo—. Pues recuerdo que dijiste que nunca habías visto un vestido tan indecente.

—Sí, pero en ningún momento dije que te sentara mal. Y en cualquier caso, Miriam no es quién para criticarte. Ni *lady* Chudleigh tampoco, porque ahora que lo pienso, no es tu tía, sino la de Giles.

—¡Cuánto te quiero, Helen! —exclamó Letty.

Helen se dejó abrazar, pero advirtió a su cuñada en voz baja:

—En cualquier caso estoy de acuerdo con ellas, Letty. Es un vestido escandaloso, y no me digas que no te has humedecido la pechera, porque estoy segura de que lo has hecho. ¡De lo contrario no se te pegaría tanto! No quiero ni pensar en lo que habría dicho Giles.

—¡Hablas como una institutriz!

—¿De veras? —preguntó Helen, sorprendida—. Pues la culpa la tienes tú, Letty. Me haces sentir como una institutriz.

—¿Ah, sí? ¡Pues yo no he comprado un vestido de más de trescientas libras! —repuso Letty, cruzándose de brazos—. ¡Ni estoy agonizando por temor a que mi marido lo descubra!

Helen se quedó un momento en silencio, confundida. Pero al cabo de unos segundos se recuperó, y dijo:

—¡No, tú compraste un neceser de quinientas libras! ¡Y no estás endeudada porque Cardross te obligó a devolverlo!

—¡No hace falta que me lo recuerdes! ¡Oh, Helen, se me acaba de ocurrir una idea excelente! ¿Por qué no devuelves el vestido a madame Lavalley? Puedes decirle que no te sienta bien.

—¿Y eso te parece una idea excelente? En mi vida he oído algo tan inmoral —repuso Helen—. Además, se me desgarró un poco en Garlton House. Madame Lavalley notaría al instante que lo he cosido.

—¡Qué lástima! No queda más remedio que encargarse otro vestido a esa horrible mujer —dijo Letty—. Es lo que hace mi tía cuando no puede pagar a su modista. Si insistes en devolverlo, diciendo que no te queda bien, no lo tendrá terminado hasta dentro de tres meses, y para entonces podrás pagar ambos vestidos. Es más, dentro de dos meses recibirás tu asignación. Así que no debes preocuparte.

Aquella sugerencia no convenció a Helen. Y como, al poco tiempo, madame Lavalley acompañó su factura de una educada carta en la que le recordaba su deuda, Helen juzgó que su caso era desesperado, y tomó una

determinación que, por muy desagradable que fuera, prometía dar mejor resultado que cualquier plan que pudiera idear su hermano. Haría una visita a madame Lavalle: no para encargarle otro vestido, sino para explicarle, con toda la dignidad posible, que aunque no le venía bien pagar la factura en un futuro inmediato, se comprometía a hacerlo a finales del mes siguiente. Aquello supondría un considerable revés a sus finanzas, pero Helen decidió (con el optimismo propio de la juventud) que haciendo economías lograría sobrevivir los meses de verano.

Se había asustado al recibir la carta, y era lo bastante lista para percibir, bajo su educada amabilidad, una amenaza. Pero aún era demasiado inexperta para adivinar que detrás de ella debía de ocultarse alguna circunstancia inusual, pues ninguna modista se atrevería a enemistarse (por una suma irrisoria de trescientas treinta libras) con una clienta tan importante como la condesa de Cardross. Sin embargo, al cabo de unos minutos en compañía de madame Lavalle, descubrió que las circunstancias que gobernaban los actos de madame eran sin duda bastante inusuales. Madame, después de una larga y lucrativa carrera en Burton Street, dejaba el negocio; de hecho, su intención era regresar a su tierra natal. Naturalmente, esto último no se lo contó, sino que se limitó a decir (con una vaguedad que casaba mal con sus ojos calculadores) que en adelante se vería obligada a reclamar el dinero que se le debía. *Lady Cardross* era una joven inocente, pero no dejó de preguntarse cómo era posible que madame regresara a Francia en tiempos de guerra. Era posible, sí, pero a condición de tener tiempo y dinero para el viaje, contactos influyentes que te ayudaran en el camino y, ante todo, amistades bien situadas en París. Desde Inglaterra podía viajar a Dinamarca, y desde allí... *voilà*, el asunto se resolvía por sí solo.

A madame le había ido muy bien en la última temporada, pero sus clientas más valiosas habían comprado todos los vestidos que necesitaban y era el momento de cerrar cuentas. Tenía deudas bastante graves: estas las daba por perdidas. Sin embargo, sabía que, si bien *lady Cardross* estaba pasando un mal momento, su marido era un hombre rico, y no tendría ningún problema en pagar las deudas de su esposa. Todo esto lo dijo de la forma más educada posible, evitando cualquier palabra desagradable y sin perder la sonrisa.

—¡Oh, no sabía que pensaba dejar el negocio! —dijo Helen—. En ese caso es lógico que quiera recibir su dinero. No se preocupe, intentaré resolverlo cuanto antes.

Dicho esto salió de la tienda con la cabeza alta, pero con el corazón encogido de preocupación. Madame, que la había acompañado a la puerta con

profunda cortesía, se frotó las manos, murmurando: «¡Esta pagará!».

Efectivamente, Helen estaba decidida a pagar su deuda sin recurrir a Cardross. Desde que había recibido la factura de madame, cada día tenía más miedo a que Cardross la descubriera. El miedo, además, le había hecho perder el sentido común: la deuda, y la reacción de Cardross si le reclamaban el pago, adquirirían proporciones gigantescas. No tenía a nadie que frenara su imaginación y guiara sus pensamientos en una dirección más sensata. Letty, exagerando sus propias experiencias, le recomendaba que saldara la deuda a toda costa antes de que Cardross se enterara. Y Dysart, sabiendo hasta qué punto era responsable de la situación de su hermana, parecía dispuesto a cualquier cosa con tal de resolver el problema. Pero Helen ya no confiaba en Dysart. Letty podía aprobar su plan; Helen, no. El intento de robar sus joyas le parecía vergonzoso, y cuando pensaba en los actos a los que podía empujarle su carácter atrevido se llenaba de angustia. No podía confiar en Dysart, y no tenía nadie más a quien recurrir.

Esta reflexión no había contribuido a aplacar unos nervios ya de por sí inquietos. Cuanto más se convencía de estar sola y endeudada, más cedía a la autocompasión: veía en su deuda una suma capaz de arruinar a un príncipe, y a su esposo como un avaro con el corazón de piedra.

Con este estado de ánimo bajó del birlocho, y fue el cochero el que interrumpió sus reflexiones preguntándole si volvería a necesitar el vehículo más tarde. La simple mención del birlocho sirvió para disipar la injusta visión de Cardross. Solo porque un día había admirado el birlocho de una amiga, Cardross le había regalado uno, y con unos caballos capaces de eclipsar a todos los caballos de Londres. Como no le había gustado el famoso collar de los Cardross (una imponente joya de esmeraldas y diamantes engastados en una pesada cadena de oro), Cardross no solo no se había ofendido, sino que le había recomendado que lo dejara para las grandes ocasiones y le había regalado un encantador colgante, diciéndole con una sonrisa: «Este es para todos los días».

De la autocompasión pasó al sentimiento de culpa, y Cardross, de aquel avaro miserable que le había parecido en un principio, pasó a ser el hombre más generoso del mundo; y ella, la encarnación misma del egoísmo, el derroche y la ingratitud. Y, si debía creer a Dysart, a esas faltas debían añadirse la ceguera y la estupidez. Ahora le parecía increíble que Cardross hubiera tenido tanta paciencia con ella. Tal vez se arrepentía del impulso que le había empujado a pedir su mano; tal vez, el disgusto por su frialdad y su inmoralidad le habían conducido de nuevo a *lady Orsett*.

Un año antes Helen, instruida por su madre, se había obligado a aceptar la presencia de *lady* Orsett como uno de los inevitables males a los que una mujer debía resignarse. Pero había una gran diferencia entre la jovencita que creía contraer un matrimonio de conveniencia y la esposa que sabía que el suyo era un matrimonio por amor. Su madre no habría reconocido a su dócil y bien educada Helen en la joven que murmuraba entre dientes: «¡Esa mujer no lo tendrá!».

Esta determinación, si bien excelente, no hizo más que reforzar su decisión de saldar su deuda sin recurrir a Cardross. Bajo su punto de vista, nada podía dañar más su matrimonio que desplegar sus encantos ante su marido a la vez que le confesaba otra deuda. Pensaría que le estaba engatusando, sirviéndose de un detestable engaño que solo podía disgustar a un hombre de su sensibilidad.

Helen pasó a considerar la segunda solución que había sugerido su hermano: vender algunas joyas. Las joyas de Cardross no, por supuesto, pero tal vez podía vender las perlas que le había regalado su madre. Sin embargo, todo su ser se revolvía ante esa posibilidad. Eran las perlas de mamá, que con tanto celo había conservado para su hija y con tanto cariño le había regalado. Una serie de circunstancias habían obligado a mamá a vender todas sus joyas, pero ninguna situación, por desesperada que fuera, le había hecho renunciar a sus perlas. Si las vendía solo para pagar un costoso vestido, su madre nunca la perdonaría.

Una breve reflexión la convenció de que solo había una forma de obtener las trescientas libras: pedir las prestadas. Dysart había condenado esa posibilidad, pero Helen sabía que incluso su madre había recurrido alguna vez a un prestamista. Pedir un préstamo con interés, aunque fuera una práctica costosa, no podía ser un crimen. Papá, desde luego, la había llevado a límites extremos: Helen sabía muy bien lo ruinoso que podía ser recurrir continuamente a un prestamista. Pero, sin duda, era absurdo suponer que podía ocurrir algo terrible si pedía un préstamo solo por unas pocas semanas. Pagaría la deuda a finales de junio y nadie sabría nada.

Cuanto más pensaba en ello, más le convencía, y más se inclinaba a atribuir la severa actitud de Dysart a un sentido demasiado anticuado del deber. Los hermanos más despreocupados solían ser los más rígidos con la conducta de las mujeres de su familia: esa era una de las características más incomprensibles de los hombres. Aquel que escuchase a papá, habría imaginado que la modestia y la discreción eran las dos virtudes que consideraba indispensables en una mujer. Pero nada en la trayectoria de su

padre habría podido sugerir esa convicción. Dysart podía alabar con entusiasmo los encantos generosamente ofrecidos por una actriz y, poco después, criticar con severidad el vestido de su hermana si era más escotado de lo normal, o demasiado ajustado para su gusto. El propio Cardross presentaba esa misma peculiaridad: nunca había criticado los vestidos de su mujer, pero exigía de ella y de su hermana el mismo grado de decoro que él no practicaba. «No pienso tolerar los escándalos en mi familia», decía con aire inflexible. Como si él no hubiera creado un escándalo durante años en la familia de *lady* Orsett. Helen estaba segura de que habría desaprobado que su mujer recurriera a un prestamista, pero no se dejaba turbar demasiado por esa certeza. Sin duda podía ser un acto imprudente, pero si mamá lo había hecho, no podía ser un crimen.

Le dio a Dysart un día más, y al ver que no venía, ni le escribía para decirle qué pretendía hacer, salió, no sin cierta inquietud, a visitar al señor King en Clarges Street. Se trataba del mismo señor King al que había recurrido mamá.

Había ciertas dificultades para alejarse de Grosvenor Square sola y a pie. Pero las superó pidiendo al cochero que la llevase a Green Park, donde (afirmó) iba a pasear con unas amigas. En el último momento, Letty estuvo a punto de estropearle el plan queriendo ir con ella. Pero tuvo la feliz idea de decirle que había quedado en el parque con dos damas a las que su cuñada detestaba. De modo que Letty decidió que, en vez de acompañarla, iría con su doncella a hacer unas compras. Helen pensaba que no había nada malo en su plan, pero creía que no era conveniente llevar a Letty. Pues, por extraño que parezca, aunque era aceptable que ella recurriera al señor King, era escandaloso que lo hiciese su cuñada. Y estaba segura de que eso es lo que haría si le daba la idea, porque Letty estaba siempre endeudada, y porque, últimamente, Cardross le había advertido que no pensaba seguir sufragando sus gastos.

Se vistió con sumo cuidado para aquella expedición, escogiendo de su formidable colección de trajes uno de lino, de cuello alto y manga larga. No sabía por qué, pero le parecía que para visitar a un prestamista había que vestirse con la mayor modestia posible, de modo que añadió al conjunto una capa de tafetán azul oscuro. Su aspecto era de una sobriedad innegable, pero cuando se trató de elegir sombrero, el único que podía considerarse sobrio era uno de seda verde. Por nada del mundo se habría puesto ese sombrero con la capa azul, de modo que se vio obligada a escoger un frívolo sombrero que combinaba con la capa, pero que estaba adornado con flores y encajes. Un

espeso velo servía para ocultar su rostro y, a la vez, para darle un aire de respetabilidad. También asustó a su doncella y la hizo sospechar, pero Helen se limitó a decir que el polvo de la calle le había irritado las mejillas, y aquella explicación pareció satisfacer a la señora Sutton.

Después de apearse en la puerta de Bath, Helen entró en Green Park y paseó un rato junto al depósito, tratando de armarse de valor. Dos pensamientos desagradables le habían venido a la mente: cuando, desesperada, su madre había recurrido al señor King, había empleado un intermediario, ¿debía hacerlo ella? ¿Y no querría el señor King conocer su identidad? No se le había ocurrido esa posibilidad, pero mientras ensayaba, durante el trayecto en carruaje, qué podía decir en su próxima entrevista, comprendió que ningún prestamista adelantaría una gran suma de dinero a una mujer desconocida y cubierta por un velo. No solo querría conocer las circunstancias de su cliente, sino que le haría firmar un pagaré. Podía firmar con un nombre falso, por supuesto, pero aquello no serviría para satisfacer al señor King. Helen era lo bastante lista para saber que una misteriosa señora Smith sin dirección tendría más dificultades para obtener un préstamo que la esposa de un conde.

Bastante asustada, y con paso incierto, salió del parque y cruzó los adoquines de Piccadilly. Su misión ya no le parecía tan inofensiva, pues, si bien pedir un préstamo oculta en el anonimato era algo sencillo, aunque embarazoso, no lo era tanto tener que anunciar: «Soy *lady Cardross*».

Después de cruzar Piccadilly se dirigió a Clarges Street. Pronto se encontró frente a la casa de aspecto discreto donde el señor King regentaba su negocio. Al ver que un hombre la miraba desde el otro lado de la calle vaciló y pasó de largo, enrojeciendo bajo el velo. Cuando se aventuró a mirar por encima del hombro, el desconocido había desaparecido, de modo que se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos. Para entonces deseaba encontrarse muy lejos de allí: temía lo que la esperaba, y ya no se sentía reconfortada pensando que, después de todo, lo que hacía no era tan malo. Una voz débil pero insistente le decía que, en esta ocasión, su madre no habría querido verla seguir su ejemplo y, una vez más, pasó de largo delante de la casa del señor King.

Desde la ventana de una casa situada al otro lado de la calle, el señor Hethersett llevaba un buen rato observando sus pasos a través del monóculo. El amigo al que había ido a visitar, después de haberle dirigido varias observaciones y no haber recibido respuesta, le preguntó al fin si le pasaba algo. El señor Hethersett, dejando caer el monóculo del extremo del cordón, exclamó: «¡Cielo santo!», y se apresuró a recoger el sombrero y los guantes.

—¡No puedo quedarme! —dijo—. ¡Tengo que hacer una cosa muy importante!

Su estupefacto amigo protestó, pero el señor Hethersett, en general muy educado, no se quedó a escucharle.

Al cabo de unos segundos había salido de la casa y estaba cruzando la calle.

Helen había subido el primero de los escalones que conducían a la puerta del señor King cuando oyó que la llamaban.

—¡Prima! —dijo el señor Hethersett.

Ella se sobresaltó y se dio la vuelta. El señor Hethersett se levantó el sombrero e hizo la reverencia que le había hecho famoso.

—Me alegro mucho de verte —dijo—. Permíteme que te acompañe a casa.

—¡Señor! —exclamó Helen, en la que esperaba que fuese la voz disgustada de una desconocida.

Pero de nada sirvió aquella estratagema.

—Es inútil que intentes engañarme con ese sombrero —explicó el señor Hethersett—. Lo llevabas el día que te acompañé al Jardín Botánico.

Sintiendo una mirada curiosa desde una ventana, añadió:

—¡Agárrate de mi brazo! George Burnley nos está mirando, y no conviene que te reconozca. Seguramente no te reconocerá, pero no tiene sentido correr el riesgo.

—Te lo agradezco mucho, Felix, pero por favor, no te molestes por mí —dijo Helen, tratando de hablar con desenvoltura—. Te... tengo que resolver un asunto muy importante.

—Lo sé, por eso he cruzado la calle.

—¿Lo sabes? —repitió ella, muy asustada—. Pero no puedes saberlo, Felix. Además...

—Lo que quiero decir es que... sé a quién pertenece esta casa. No es asunto mío, pero no debes hacer negocios con el judío King. Es más, si Cardross llega a enterarse...

—¿No pensarás decírselo a Cardross? —exclamó ella sin querer.

Hethersett se disponía a rechazar con considerable enfado la acusación de ser un delator cuando la prudencia lo detuvo.

—No se lo diré si me permites acompañarte a casa. Si no me lo permites, no veo qué otra cosa puedo hacer.

—Felix, nunca pensé que pudieras ser tan descortés.

—Para ser sincero, yo tampoco. Pero sería más descortés irme y dejar que te metas en un lío. ¿Sabes que King posee una casa de campo junto al río? Es una casa extremadamente lujosa. ¡En mi vida he visto una igual!

—No lo sabía, y no veo qué importancia puede tener eso —repuso Helen, molesta.

—¿Y de dónde crees que ha sacado el dinero para pagarla? ¡De la gente como tú, créeme!

—Te creo, pero solo quiero pedir un préstamo por una razón muy concreta. ¡Un préstamo temporal!

El señor Hethersett la agarró del brazo y la obligó a acompañarle.

—No es una buena idea, créeme —dijo muy serio.

Ella suspiró, pero renunció a seguir discutiendo. Después de una pausa, el señor Hethersett tosió y dijo con delicadeza:

—Siento haberte ofendido, prima. Si necesitas dinero, yo puedo ayudarte. No soy rico, pero tengo una renta respetable.

Su gesto la conmovió, pero se apresuró a decir:

—¡No! Te lo agradezco mucho, Felix, pero eso sería el colmo. Y no debes pensar que acostumbro a pedir préstamos. Hay razones... por las que no deseo recurrir a Cardross para esta suma en particular. ¡Pero será mejor que no hablemos de eso! No es el momento.

—Desde luego. No quisiera meterme en tu vida, prima. Pero quiero que me prometas que no volverás a esta casa.

Ella suspiró, pero dijo con aire sumiso:

—No lo haré si crees que es tan mala idea.

—¡Es lo peor que puedes hacer! —le aseguró él.

—No veo por qué.

—¿Entonces por qué estabas merodeando alrededor de la puerta sin decidirme a entrar? —preguntó el señor Hethersett con severidad.

—¡Oh, eres odioso, Felix! —protestó ella—. ¡No estaba merodeando!

—Pues eso me ha parecido —dijo él con firmeza—. Mira, voy a ser sincero contigo. Te tengo mucho cariño. Y a Giles, también. No querría verte ni a ti ni a él metidos en un lío. Sabes que Giles sería incapaz de negarte nada. No quisiera entrometerme, pero si tienes un problema, díselo a él, no a King.

—Hay circunstancias que... —dijo Helen con tristeza—. ¡Oh, no puedo explicártelo, pero Giles no debe saberlo!

Para alivio de Helen, el señor Hethersett no quiso seguir indagando. Sin embargo, la joven se habría quedado consternada de haber sabido qué pensamientos se ocultaban tras su silencio.

El señor Hethersett, que se había opuesto al matrimonio de su primo con cualquier miembro de la familia de lord Pevensey, tenía ahora la dudosa satisfacción de ver confirmadas sus sospechas. Si Helen tenía deudas que no se atrevía a confesar a Cardross, estaba más claro que el agua que se había visto envuelta en los turbios asuntos de su hermano. Para el señor Hethersett, ese era el único gasto que Cardross no toleraría en su esposa. Seguramente tampoco habría aceptado las deudas de juego, pero el señor Hethersett no pensaba que Helen fuera una jugadora. Una vez tuvo que jugar con ella al *whist*, y la experiencia le hizo dudar de su capacidad para distinguir las picas de los tréboles.

Se había ofrecido a ayudarla de buena fe, pero recibió su negativa con profundo alivio. Gozaba de una considerable independencia, pero su última apuesta en las carreras no había sido muy afortunada, y tener que prestarle lo que sospechaba que sería una enorme suma de dinero le habría hecho pasar considerables apuros. Además, si la verdad salía a la luz, habría tenido que enemistarse con Cardross, que juzgaría que su comportamiento era inaceptable. Cardross, un hombre sensato, no sospecharía que el afecto que su primo profesaba por su esposa era más fuerte de lo deseable. Pero al mismo tiempo, era imposible saber cómo reaccionaría un hombre profundamente enamorado; y el señor Hethersett era consciente de que, asumiendo el papel de admirador de Helen, se había colocado en una posición comprometida. Tampoco tenía el menor deseo de ayudar a Dysart. Hethersett, un caballero respetable, y muy anticuado en todo lo que tenía que ver con el buen gusto y la conducta, condenaba de manera inequívoca a los jóvenes libertinos como Dysart. Tirar una estatua en Oxford no le causaba ninguna admiración, pues cualquier salida de tono le parecía de mal gusto y, para él, el mal gusto era imperdonable. En el mundo de la moda había cabida para toda clase de hombres: discretos, atrevidos, extravagantes, dandis, libertinos... Pero la máxima elegancia solo podían alcanzarla aquellos cuyo atuendo y conducta se caracterizaban por una exquisita moderación. Dysart no era una persona moderada. A caballo era temerario; en carruaje, su ambición era adelantar al resto de los vehículos; y, en la sala de juego, en vez de contentarse, como el señor Hethersett, con apostar un poco, se jugaba hasta el último penique. Le gustaba gastar bromas pesadas, y si te lo encontrabas después de las doce, era muy posible que estuviese borracho. El señor Hethersett no venía mal que un hombre se emborrachara de vez en cuando. Pero, o Dysart tenía muy poco aguante, o estaba llevando su inclinación a la bebida más allá de lo aceptable. En cuanto a sus deudas, estaba sin blanca cuando su hermana se casó, pero

desde que Cardross le había liberado de sus deudas más urgentes, había tenido tiempo de sobra para recuperarse. Era muy típico de él (pensó el señor Hethersett) recurrir a su hermana para que le ayudara; y era ridículo pensar que ella se atrevería a negarse. No la culpaba en absoluto, pero si no controlaba su exceso de generosidad, tanto ella como Dysart podían acabar metidos en un buen lío. Hethersett se acordó de la cantidad de deudas que había dejado la madre de Devonshire al morir. Se habló de cifras astronómicas, probablemente falsas, pero debió de ser una suma enorme. Se decía que la duquesa había perdido una inmensa fortuna en el juego. Su esposo debía de ser muy ingenuo para no sospechar en qué andaba metida su mujer, pensó el señor Hethersett. Las cosas no llegarían a tanto en casa de Cardross, por supuesto, pero podían ponerse muy feas antes de que se percatara de lo que estaba ocurriendo. Era lo bastante rico para hacer frente a los gastos, pero el señor Hethersett sabía muy bien cuál sería su reacción si descubría que Helen había participado en semejante engaño.

Alguien (decidió) debía hablar con Cardross ahora, cuando aún no había ocurrido nada grave, cuando amaba tanto a Helen para perdonarle cualquier locura. Por un instante se arrepintió de haberle prometido que no la delataría. Sin embargo, cuando pensó en contarle la verdad a su primo, su conciencia se rebeló. Por nada del mundo habría podido hacerlo. La única persona que podía intervenir era *lady* Pevensey: si hubiera estado en Londres, habría podido hacerle comprender la situación. Pero *lady* Pevensey estaba a cientos de millas de distancia, y no era tan seguro que viera las cosas en su justa medida: nunca le había parecido muy lista; además, Dysart era su preferido. Habría podido juzgar que las necesidades de su hijo eran más importantes que las de Helen.

La voz de Helen, que pretendía ser alegre pero solo era nerviosa, irrumpió en sus pensamientos.

—¡Estás muy callado! —dijo.

—Disculpa. Estaba pensando.

—¿En qué? ¿En esto? —preguntó ella con angustia.

—No —mintió él—. Estaba pensando que deberíamos entrar en Gunter's. Seguro que te apetece tomar un helado.

Helen le dio las gracias, pero rechazó su oferta. Habría rechazado también una silla de manos para llevarla a casa, pero en esto, el señor Hethersett se mostró inflexible: vagar por las calles de Londres teniéndole a él solo de acompañante no era digno de una condesa. De modo que llamó a unos cocheros, la ayudó a subirse al asiento y tuvo la amabilidad de caminar a su

lado hasta Grosvenor Square, manteniendo con ella una conversación tan agradable que le hizo creer que había olvidado el episodio de Clarges Street.

6

Salvada de los peligros de Clarges Street y conducida al refugio de su casa, Helen no sabía si sentirse agradecida con el señor Hethersett por haber arruinado su plan, o resentida. Cuando llegó el momento de llamar a la puerta del señor King, había experimentado una extrema reticencia, como si fueran a arrancarle un diente. Sin embargo, ahora solo podía contar con Dysart, al que no había visto desde la noche de la mascarada y que, por lo que sabía, podía estar ofendido por haber visto fracasar su ingenioso plan, o (lo que era más probable) haber olvidado por completo sus problemas. Esa tarde, Letty y ella iban a la ópera, donde sería difícil encontrarlo; así que le escribió una carta recordándole lo urgente que era pagar la deuda y rogándole que fuera a verla.

Apenas había entregado la carta al lacayo cuando apareció Letty. Por lo general, cuando Letty iba de compras volvía cargada de paquetes y deseando mostrarle la colección de costosas frivolidades que habían llamado su atención. Pero esta vez no le mostró más que un rostro desconsolado. Dijo que había sido una mañana muy improductiva, pero cuando Helen le preguntó si había podido encontrar la muselina que quería, contestó:

—¡Oh, sí! La tiene Martha. Me encontré con mis primas y fui con ellas a Grafton House. No pararon de chismorrear todo el camino. Selina se empeñó en que las acompañara. Dijo que se podían encontrar prendas a precios muy baratos. Debo reconocer que tenían muchas muselinas. Elegí una a cuadros, aunque sospecho que no me gustará nada cuando la hayan terminado. Además, me costó siete chelines el metro. No me parece que sea tan barata, ¿no crees?

—No, pero la muselina a cuadros siempre es más cara que la de un solo color. Espero que las señoritas Thorne estuvieran bien —dijo Helen con

amabilidad.

—Sí, aunque no se lo pregunté. Selina parecía muy robusta. Fanny había ido con mi tía a la tienda de la señora Mee para tomarse las medidas. Están convencidas de que Humby va a pedir su mano, y Selina y mi tía están entusiasmadas. Aunque no sé por qué. Humby tiene un aspecto muy corriente, además de ser bastante extraño.

—No lo sé, pero creo que es un hombre muy respetable —respondió Helen, preguntándose si el inminente compromiso de su prima sería la causa del aire abatido de Letty—. Me imagino que era la señora Thistleton la que acompañaba a Selina.

—Sí, y confieso que no la soporto. Está encinta, y oyéndola parece que nadie ha estado encinta antes, porque no habla de otra cosa. Y para colmo, al salir de la tienda nos encontramos con *lady* Eastwell. Espera dar a luz el mes que viene, y no hacía más que suspirar y sonreír con afectación. *Sir* Godfrey está *aux anges* pensando en el «pequeño regalo» que va a hacerle su mujer. ¡Pequeño regalo! Yo diría que va a ser un regalo enorme, porque nunca he visto a una mujer más gorda. Me molestó mucho tener que perder el tiempo en su compañía. Cuando pienso en lo divertida que era antes... ¡Espero que tú no te vuelvas así cuando empieces a tener hijos, Helen!

Helen se puso colorada.

—Espero que no —respondió. Pero lo dijo con un hilo de voz, porque las palabras de Letty la habían herido en lo más profundo.

Lady Pevensey, dejando temporalmente a su marido enfermo, había visitado a su hija unos meses antes, y había intentado calmar sus preocupaciones.

—¡Tranquila, querida! —había dicho, añadiendo con orgullo—: ¡Tú eres como yo! Ya sabes que estuve tres años casada antes de tener a Dysart.

Helen se había sentido reconfortada por sus palabras. Y, aunque la perspectiva de tener que esperar tres años para tener un hijo le parecía deprimente, era posible que se encontrara en estado interesante mucho antes que su madre. Y puesto que Cardross no había dado la menor muestra de decepción, y su mente estaba agradablemente ocupada con diversos entretenimientos sociales, no había tenido tiempo de pensar en ello. Sin embargo, el comentario de Letty había vuelto a recordárselo. Ahora, su estado en absoluto interesante parecía unirse al resto de sus preocupaciones. Se sentía una esposa deplorable en todos los aspectos: estúpida, mentirosa, derrochadora ¡y encima estéril!

Por fortuna, Letty había cogido el último número del *Ladies' Magazine*, y estaba demasiado ocupada hojeando sus páginas para prestarle atención.

—¡Cielo santo, nunca había visto nada tan espantoso! —exclamó, señalando uno de los dibujos—. Una capa de tafetán verde forrada de amarillo... ¡No me la pondría por nada del mundo! Oye, ¿qué te parecen estas mangas abullonadas? A mí no me gustan nada. ¿Y qué me dices de este vestido con corsé de ballenas?

—Me gusta el modelo con la capa redonda —dijo Helen, fingiendo interés.

—A mí no me convence. A menos que seas gigante, esas capas te hacen parecer más baja. ¡Y encima es de lana marrón! ¡Qué color más horrible!

Letty dejó la revista a un lado y, después de dudar un momento, dijo con fingida naturalidad:

—Por cierto, mañana no podré ir contigo a la exposición. Selina me ha dicho que la tía está enfadada porque últimamente no he ido a verla. Dice que no me creía tan ingrata, ni que hubiera cambiado tanto como para no ocuparme de ella. ¡Ya sabes cómo es! Puede pasar de la alegría a la tristeza en cuestión de segundos. De modo que si mañana no te apetece ver cuadros (sospecho que serán aburridísimos), podrías acompañarme a casa de la tía para tranquilizarla.

Helen accedió, aunque, si hubiera estado menos preocupada, se habría sorprendido de aquel repentino interés de Letty por la felicidad de la señora Thorne. Que la señora Thorne estuviera molesta por la falta de atención de su sobrina no podía sorprender a nadie que conociera a Letty. Porque, sin ser una mala persona, nunca le habían enseñado a tener en cuenta los sentimientos de los demás, ni a preocuparse por el bienestar de nadie que no fuera ella misma. Habiendo obtenido con tanta facilidad el consentimiento de su cuñada, Letty se retiró a su habitación, donde releyó por tercera vez la inquietante misiva que le había enviado el señor Allandale.

Esa tarde, Helen esperó en vano a que Dysart apareciera. El lacayo no le entregó ninguna respuesta a su carta: al parecer, milord había salido, y su criado no había sabido decirle cuándo volvería.

De hecho, milord no regresó a su apartamento hasta muy tarde. Y, como se había comprometido a cenar en Watier's con unos amigos, y después pensaba probar suerte en uno de los más exclusivos clubes de juego, era pedirle demasiado que se perdiera la mejor cena que podía encontrarse en la ciudad para ir a Grosvenor Square. Una apuesta afortunada le había hecho pensar que su mala racha había terminado. Con un poco de suerte, al final de

la velada estaría en condiciones de pagar unas cuantas facturas de su sastre. Habitado a las estratagemas de los acreedores, pensaba que eso de que madame Lavallo fuera a cerrar su negocio era mentira. Según su experiencia, ningún acreedor cerraría su negocio sin haber cobrado las deudas de sus clientes. Acostumbrado durante años a llevar una existencia bastante precaria, las facturas no le asustaban, y creía que Helen estaba siendo demasiado aprensiva. Sin embargo, quería mucho a su hermana, y si estaba tan asustada como parecía indicar su carta, a la mañana siguiente no tendría ningún reparo en dedicarle una hora para tranquilizarla. Además, a la mañana siguiente le encontraría con los bolsillos llenos, pues si tenía una buena racha, era muy posible que ganara trescientas o cuatrocientas libras en una sola noche.

Podría pensarse que un club donde la apuesta mínima era el doble de la habitual no era lugar para un joven que vivía de una modesta asignación. A sus más allegados no les gustaba aquel club, pero no podían culpar al vizconde de jugar allí, porque había sido admitido en él bajo los auspicios de su propio padre. Lord Pevensey, por lo general un padre ausente, recuperaba de vez en cuando el sentido de la responsabilidad. Al enterarse de que su heredero, después de un intrépido periodo en Oxford, se había establecido en Londres por su cuenta, e iba a hacer su debut en los círculos elegantes, pensó que debía hacer todo lo posible para introducirlo en la buena sociedad. Le ayudó a franquear las puertas de White's y Watier's, le introdujo en la sala de socios de Tattersall's, le previno contra ciertos individuos que vivían de timar a la gente, le recomendó unos cuantos sastres y le advirtió de los peligros de juntarse con mujeres de mala vida. Tuvo la amabilidad de enseñar a su hijo a reconocer, entre la compañía femenina, a aquellas señoritas que podían dejarle sin blanca, y le recomendó que solo acudiera a establecimientos de primera clase. Después, y pensando que había hecho todo lo posible para garantizar al vizconde una próspera carrera, olvidó sus responsabilidades paternas (que para entonces ya empezaban a pesarle), y dejó que su hijo se las arreglara por su cuenta.

Se decía que Watier's, situado en la esquina de Bolton Street con Piccadilly (en un edificio sin pretensiones que solía albergar una casa de juego de una clase muy distinta), debía su existencia al príncipe regente. Watier había sido uno de sus cocineros, y el príncipe, después de enterarse de que no se podía cenar bien en ninguno de los clubes de Londres, tuvo la caritativa idea de proporcionar a los caballeros de la alta sociedad un club a su medida, sugiriendo a Watier que regentara el local. La idea prosperó y, asociándose con otros dos empleados de la casa real, el señor Watier se

embarcó en la aventura. Le fue tan bien, que en unos cuantos años pudo retirarse del negocio. Por entonces, lo que había empezado como un club gastronómico con una cocina excelente, unos vinos cuidadosamente escogidos y unas amenas reuniones, se había convertido en una de las más exclusivas casas de juego de la ciudad. Las cenas, bajo la supervisión del señor Augustus Labourie, seguían siendo las mejores de Londres. Tenían una banca de diez mil libras y al señor Brummell como presidente perpetuo, y ser admitido entre sus miembros era la aspiración de todos los dandis. El juego empezaba a las nueve y proseguía toda la noche, siendo sus principales atracciones los dados y el macao, un juego introducido en Inglaterra por los emigrados franceses.

Después de consagrar toda la tarde a la banca del faraón, el vizconde pensó que haber pasado de los dados a las cartas no le había dado los resultados que esperaba. Cuando se levantó de una cena de lo más cordial, se resistió a los intentos de conducirlo a la sala del macao. Quería darle otra posibilidad a los dados, dijo, pues tenía el presentimiento de que la fortuna iba a sonreírle. Y eso pareció. En la primera jugada apostó siete libras y ganó veinte, lo que le hizo pensar que la noche prometía. Incluso el señor Fancot, que llevaba meses intentando perder contra él y había perdido toda esperanza de conseguirlo, volvió a recuperarla.

Como esa noche el príncipe regente daba una fiesta en Carlton House, el club no estaba muy concurrido. El señor Hethersett, que entró a medianoche, encontró la sala del macao casi vacía, a excepción de unos individuos a los que juzgó como un grupo de advenedizos o jugadores empedernidos. Se dirigió entonces a la sala de los dados, pero tampoco allí le atrajo la compañía. Estaba a punto de marcharse del local cuando, de pronto, se le ocurrió una idea. No era una idea agradable, ni le apetecía ponerla en práctica, pero era la mejor idea que se le había ocurrido ese día, dedicado a pensar cómo resolver las dificultades de *lady* Cardross.

Cuanto más reflexionaba sobre ello, más aumentaba su inquietud. Aunque quería mucho a Helen, no por eso confiaba en su promesa de mantenerse alejada de los usureros. Y, como era un hombre justo, debía reconocer que si Helen no se atrevía a confesar sus deudas a Cardross, no le quedaría más remedio que pedir un préstamo. En su opinión, sin embargo, Helen estaba exagerando la ira de Cardross. Sin duda, su esposo no escucharía aquella confesión con agrado, pero no solo era un hombre profundamente enamorado, sino generoso y dotado de un gran sentido común. Nadie mejor que él sabría perdonar la juventud y la inexperiencia; y aunque sin duda habría prohibido a

Helen dar dinero a su hermano, seguramente comprendería el sentimiento que la había empujado a desobedecerle. Además, sabría cómo poner fin a semejantes prácticas: y eso era algo que había que hacer de inmediato, antes de que Helen se hundiera en un abismo de deudas y engaños. Ahora, Cardross la perdonaría sin dejar de quererla. Pero si más tarde descubría que le había engañado (tal vez durante años), ya no volvería a confiar en ella.

El señor Hethersett, después de reflexionar, había llegado a la conclusión de que sería una ventaja que su primo conociera los hechos gracias a quien fuera, pero que sería mejor que fuese Helen la que se lo contara. Sin embargo, cuando le sugirió hacerlo, se quedó horrorizada ante esa idea, y le rogó, muy nerviosa, que no la traicionara. Puede que su matrimonio no fuera tan bien como parecía. Ahora que lo pensaba, hacía tiempo que no los veía juntos. Por supuesto, no era de buen tono que un hombre anduviera siempre pegado a su esposa: pero el cinismo con que la generación anterior veía el matrimonio, como una forma de ascenso social o conveniencia, estaba pasado de moda. Entre los contemporáneos de su padre, Hethersett conocía a más de uno que no sabía cuántos de sus hijos eran suyos, y eran muy pocos los matrimonios dispuestos a pasar más de media hora juntos. Pero ese tipo de actitud ya no se llevaba. La clase alta veía con buenos ojos los matrimonios por amor, y las muestras públicas de afecto ya no se consideraban insoportablemente burguesas, sino que, por el contrario, se alentaban. El señor Hethersett, cuya sensibilidad se había visto ofendida últimamente por la visión de una pareja de recién casados besándose en una fiesta, pensaba que se estaba yendo demasiado lejos, y no esperaba que Cardross se comportara con semejante falta de decoro. Al mismo tiempo, en ocasiones le extrañaba que Helen, casada con un hombre que no solo la había elegido por amor, sino que poseía un encanto que le hacía irresistible para muchas mujeres, se mostrara en público sola, o acompañada por uno de sus admiradores. No había nada que objetar a eso, por supuesto, y en su actitud hacia sus admiradores no había nada que pudiera dar pie a habladurías. El señor Hethersett estaba convencido de que Helen solo tenía ojos para Cardross, y había visto cómo se iluminaba el rostro de su primo cuando entraba en una habitación donde se encontraba su esposa. No, si algo iba mal en el matrimonio, no era por falta de afecto. Recordaba haber oído que en los matrimonios por amor, más que en los matrimonios de conveniencia, el primer año solía estar plagado de riñas y malentendidos. Si efectivamente había habido malentendidos, el señor Hethersett, que sabía lo temible que podía ser su primo cuando se enfadaba, podía entender la reticencia de su joven esposa a confiarle sus faltas. Era por

tanto inútil insistirle en que lo hiciera. Sin embargo, después de llegar a esa conclusión no supo qué hacer, pues solo ella podía revelarle la verdad a Cardross sin que él se enfadara.

Cuando estaba a punto de abandonar la sala de los dados, Dysart, que hasta entonces estaba demasiado absorto en el juego para notar su presencia, levantó la cabeza y le vio. El joven le saludó con aire distraído y, en ese mismo instante, al señor Hethersett se le ocurrió una idea.

Si podía convencerle de hacerlo, Dysart era la única persona que podía hablar a Cardross sin arriesgarse a parecer un entrometido; es más, podía ser ventajoso para él. El señor Hethersett estaba convencido de que las deudas de Helen se debían a Dysart. Y pensaba que, con una sincera confesión, Dysart podría obtener el perdón para su hermana y, probablemente, una asistencia económica para él. A Dysart no le costaría convencer a Cardross de que Helen se había limitado a ceder a sus insistentes ruegos. Y Cardross no tardaría en reconocer y apreciar el valor que había permitido a su cuñado cumplir con un deber tan desagradable. Ahora bien, ¿poseía Dysart ese valor? El señor Hethersett, uniéndose a los espectadores reunidos en torno a la mesa, observó al joven mientras consideraba la cuestión. Valor físico no le faltaba, desde luego. Pero aparte de ser un bravucón, aún no había dado muestras de poseer ninguna fuerza de voluntad. El señor Hethersett (que era mayor que él y de distinto carácter) no se consideraba amigo suyo, y mucho menos su admirador. Pero debía reconocer que, a pesar de ser un calavera, un pendenciero y un derrochador incorregible, nunca, ni siquiera en sus peores momentos, había cruzado la línea que separa los pecadillos veniales de un joven imprudente de los abusos que podían llevar a una persona a la deshonra. Era bueno y generoso, y tenía mucho afecto por su hermana. El señor Hethersett sabía que Cardross, que le conocía mejor y había sufrido lo indecible con sus jugarretas, aún no había perdido la esperanza en él. Sin llegar a pronosticarle un futuro brillante, Cardross opinaba que, si le dejaban alistarse en el ejército, encontraría una válvula de escape para su inagotable energía.

«Puede que sea un calavera, pero no tiene maldad —decía Cardross—. Y tengo que reconocer que es muy valiente».

El señor Hethersett respetaba mucho la opinión de su primo y, recordando estas palabras, decidió hablar con Dysart. Como dicha tarea no era de su agrado, se dijo que cuanto antes la cumpliera, mejor. Siempre que Dysart no dejara la mesa de juego habiendo perdido, le hablaría esa misma noche. A juzgar por sus mejillas encendidas, Hethersett dedujo que el vizconde estaba

algo achispado. Pero pronto se dio cuenta de que, por una vez, se había equivocado. El vizconde, cuyo carácter alegre podía llevarle a beber a cualquier hora del día, era un jugador demasiado experto para empezar una partida borracho. Por supuesto, a su lado había un vaso: pero el *brandy* que contenía apenas descendió durante el tiempo que Hethersett estuvo observando la partida.

Los jugadores se levantaron a una hora prudencial. El propio vizconde reconoció, después de varias tiradas, que el juego se había vuelto lento y aburrido. No había perdido, pero sus ganancias no eran muy altas. Sin embargo, cuando uno de los jugadores bromeó sobre su mala suerte, diciendo que haría mejor volviendo a la banca del faraón, Dysart respondió alegremente que solo un insensato podía permanecer ciego a las señales de la fortuna.

—¡En la mesa no hay ni un solo pagaré firmado por mí!

—¡Y tienes más de cuarenta guineas en el bolsillo! —dijo el señor Fancot—. En mi opinión, eso lo resuelve todo: ¡mantente fiel a los dados!

—Sí —admitió Dysart—. Pienso probar suerte en la casa de juego de la que me habló Jack. Recuerdo que mi padre me dijo que conviene cambiar de escenario de vez en cuando.

A pesar del notorio fracaso de lord Pevensey en el juego, todos, salvo Hethersett, pensaron que el vizconde hacía bien en seguir sus consejos. Solo un caballero dijo que nunca jugaría en un establecimiento que no fuera de primera clase. Para ilustrar su afirmación, contó la triste historia de un individuo que pasó de perder unas cuantas guineas en un club a perderlo todo en un antro de perdición. Pero como su discurso se volvió algo incoherente, nadie le hizo caso.

La luz del amanecer iluminaba débilmente la escena cuando el grupo de jugadores se dispersó por los escalones. El señor Hethersett, sabiendo que podían pasar semanas antes de poder hablar con Dysart, le sorprendió profundamente sugiriéndole que regresaran juntos a casa.

—Vives en Duke Street, ¿verdad? —le preguntó—. Ven a ver mi apartamento y descansa un poco. Tenemos todo el tiempo del mundo. ¡La noche es joven!

Dysart le miró, extrañado. Sabía que el señor Hethersett condenaba su comportamiento, y no se le ocurría ningún motivo que explicara aquella repentina simpatía. Pero antes de que pudiera responder, el señor Fancot, que vivía en Saint Jame's Square, y había enviado al portero a buscar un coche de punto, se ofreció a llevarlos a los dos.

—Te lo agradezco —dijo el señor Hethersett con fastidio—, pero creo que iré andando. Necesito un poco de aire fresco. —Miró el rostro interrogante del vizconde, y dijo en voz baja—: Tengo una cosa que decirte.

—¿De veras? —preguntó Dysart, intrigado—. En ese caso voy con usted.

Dejaron juntos el club, pero fueron abordados casi de inmediato por un hombre muy simpático que dijo que, puesto que su destino era King Street, iría con ellos. Su compañía fue aceptada con entusiasmo por parte de Dysart, y con resignación por parte de Hethersett, que preveía dificultades para quitárselo de encima. Le iba a resultar difícil no invitarle a su casa, pero estaba decidido a no hacerlo.

Para ello, no le quedó más remedio que quedarse veinte minutos de pie en la esquina de Ryder Street y Saint Jame's, mientras el vizconde y el señor Wittering mantenían una discusión que se había iniciado en Piccadilly. La discusión, muy animada, permitió al señor Hethersett (que solo intervino en ella cuando tuvo oportunidad) hacerse una nueva idea del vizconde. La victoria de Bonaparte contra el general Wittgenstein en Lützen acababa de conocerse y era objeto de un amplio debate. El señor Wittering se limitó a lamentar el desastre, diciendo que no se podía hacer nada contra Napoleón. Como esa visión pesimista era compartida por muchas personas, y había oído los mismos comentarios en muchas reuniones, el señor Hethersett pensó que no merecía la pena contestarle. Pero el vizconde no era de la misma opinión. Estaba dispuesto a admitir que ningún general extranjero tenía la menor esperanza de derrotar a Napoleón, pero recomendó al señor Wittering que esperara a ver lo que hacía Wellington. El señor Wittering dijo, con aire despectivo, que un par de victorias en España no significaban nada; el vizconde, por su parte, se apostó lo que había ganado a que el ejército inglés conseguía atravesar los Pirineos antes de que acabara el año. La discusión no tardó en volverse acalorada. El señor Wittering, que no era partidario de Wellington, tuvo la imprudencia de decir que las victorias de este último eran una exageración. En respuesta, el vizconde no solo recordó las campañas del año anterior, sino que le dio una pequeña lección de estrategia militar. Para sorpresa del señor Hethersett, el vizconde (al que siempre había creído un perfecto zoquete) no solo parecía vivamente interesado en el tema, sino que era evidente que lo había estudiado a fondo. El señor Wittering tuvo que reconocer que Wellington poseía una buena estrategia defensiva, pero añadió que era demasiado cauto, y muy torpe en el ataque.

—¿Muy torpe en el ataque? —repitió el vizconde—. ¿Cómo puedes decir eso después de la victoria de Salamanca^[10]?

—No sé nada de la victoria de Salamanca —dijo el señor Wittering, desprevenido—. Lo único que digo es que...

Pero el vizconde no tardó en interrumpirle. El señor Hethersett, que aguardaba mientras el vizconde dibujaba líneas invisibles en el suelo con el bastón, pensó que, a partir de entonces, el señor Wittering ya no podría decir que no sabía nada de la victoria de Salamanca. Cuando Dysart, pasando de lo general a lo particular, habló del ataque de Le Marchant, lo hizo con tanto entusiasmo que el señor Hethersett le dijo que parecía haber estado allí.

—¡Ojalá! —dijo Dysart.

—En ese caso, lo que tienes que hacer es alistarte —dijo el señor Wittering—. ¡No me extrañaría que llegues a general! ¡Alístate, y dile a Wellington lo que tiene que hacer! ¡Si es que le encuentras, porque nadie sabe dónde está!

Con estas palabras de despedida se marchó, dejando al vizconde en compañía del señor Hethersett. El vizconde se apresuró a explicarle que la ausencia de noticias de Wellington solo presagiaba un movimiento magistral, probablemente en una dirección inesperada.

—Todos creen que va a Madrid, pero estoy seguro de que se dirige hacia el norte. Está manteniendo sus planes en secreto, pero he hablado con mi primo Lionel, ¿le conoces? —El señor Hethersett dijo que no tenía el placer—. Está sirviendo en una de nuestras fragatas —aclaró—. Le mandaron a casa hace un mes, y se le escapó que el ejército inglés está enviando refuerzos a la costa atlántica. Dicen que es para ayudar a un guerrillero, Longa^[11], pero yo no me lo creo. Si solo fuera por eso, no lo mantendrían en secreto.

El señor Hethersett le preguntó por qué no se alistaba en el ejército.

—¡Oh, no sé! —dijo el vizconde, recuperando su acostumbrada indiferencia—. Durante un tiempo pensé que me gustaría hacerlo, pero ahora no estoy tan seguro. En cualquier caso, mi padre no daría su consentimiento.

El señor Hethersett no quiso seguir indagando. Es más, se alegró de que aquella pregunta sirviera para que el vizconde dejase de recrear batallas del pasado. Para entonces ya habían llegado a su apartamento. Hethersett acompañó a su invitado al cómodo salón que había alquilado en la planta baja, le ofreció una silla y sacó del aparador una botella de coñac de contrabando.

—¿Quieres? —le preguntó—. También tengo ginebra, y vino de Madeira.

El vizconde dijo que tomaría un poco de coñac. Observó al señor Hethersett, que estaba vertiendo un poco de coñac en dos copas de cristal, y dijo con franqueza que no lograba imaginar qué quería.

—Tengo una cosa que decirte —dijo el señor Hethersett mientras le ofrecía una copa.

—¿No será un consejo para las carreras de Chester? —preguntó Dysart, esperanzado.

—No —repuso el señor Hethersett, tomando un sorbo de coñac—. Es un asunto algo embarazoso: llevo todo el día dándole vueltas.

—¿Es grave? —preguntó Dysart, preocupado.

—No exactamente. Aunque confieso que preferiría no tener que decírtelo —dijo el señor Hethersett, al que aquella tarea autoimpuesta estaba resultando más difícil de lo que pensaba.

—¿No le habrán enviado para comunicarme que mi padre ha muerto? —preguntó Dysart, asustado.

—¡No, claro que no! —repuso el señor Hethersett, irritado—. Y sería muy improbable que me tocara a mí darte semejante noticia.

—Sí, ¡y también es muy improbable que me invite a su casa a las cuatro y media de la mañana! Y no intente decirme que ha sentido una repentina necesidad de mi compañía, porque sé muy bien que no es así.

—No he dicho nada parecido. Tampoco tengo nada en contra de tu compañía, pero no te he invitado por eso. Digamos que... es un asunto bastante delicado.

—No logro imaginar qué puede ser, pero no sirve de nada andarse por las ramas. Al contrario, preferiría que fuera al grano: sé soportar una mala noticia.

El señor Hethersett apuró el resto del coñac.

—Tiene que ver con tu hermana —dijo.

El vizconde lo miró, alarmado.

—¿Mi hermana? —repitió—. ¿Qué le pasa a mi hermana?

—Sabía que no te iba a gustar —dijo el señor Hethersett, satisfecho de haber acertado en sus vaticinios—. A mí tampoco me gusta. ¿Conoces a George Burnley?

—¿Cómo? —gritó el vizconde, bajando la copa con tal violencia que estuvo a punto de romperla.

El señor Hethersett se estremeció.

—No entiendo por qué tienes que gritar de esa manera.

—¿Ah, no? ¿Y qué tiene que ver ese sinvergüenza con mi hermana? —preguntó el vizconde, con un brillo peligroso en la mirada.

—No tiene nada que ver —replicó Hethersett, sorprendido—. Además, no es ningún sinvergüenza. Es mi amigo. No entiendo por qué tienes que

enfadarte, solo porque te pregunte si lo conoces.

—¡Ha dicho que tiene algo que ver con mi hermana!

—No he dicho eso. Y si no fueses tan tontaina, sabrías que no diría ni una palabra si George tuviera algo que ver con ella —añadió con severidad.

—Está bien. ¿Entonces qué tiene que ver Burnley en todo esto? —preguntó el vizconde, más tranquilo pero impaciente.

—He ido a verlo esta mañana. Vive en Clarges Street.

—Sé dónde vive. Y si eso es todo lo que quería decirme...

—Su casa está enfrente de la de King, el judío —dijo el señor Hethersett, contemplando su cajita de rapé con suma atención.

Se produjo un breve silencio.

—¡Continúe! —dijo Dysart de mal humor.

El señor Hethersett alzó la mirada hacia él.

—Está bien —dijo—. He visto a *lady* Cardross. La he reconocido por el sombrero. Llevaba un velo en la cara, así que no hay que temer que George la haya reconocido.

—¿Pretende decirme que ha entrado en casa del judío King?

—No. Quería hacerlo, pero yo se lo impedí.

—En ese caso se lo agradezco. ¡Será idiota! —dijo Dysart con rabia.

—No debes agradecermelo. Lo he hecho porque le tengo mucho cariño. Además, está emparentada con Cardross. ¡Tenía que impedirselo! Parecía muy apurada. Le preocupaba mucho que se lo pudiera contar a Cardross. Pero es evidente que no voy a hacerlo.

—¡No, por favor! ¿Qué le dijo?

—Solo que quería un préstamo temporal. Lo que más le preocupaba era que Cardross lo descubriera. Le he dicho que no le diría una palabra a Giles si me prometía renunciar a la idea de recurrir a un usurero. Me lo prometió, pero sigo sin estar tranquilo. He decidido que lo mejor era decírtelo, Dysart.

El vizconde asintió y se levantó de la silla.

—Se lo agradezco —repitió—. Me va a oír. Le dije que no debía recurrir a usureros bajo ningún concepto. Es más, recuerdo que se lo prohibí. Le prometí que yo me encargaría. Y lo habría hecho, si no fuera tan maniática. No logro entender por qué debe preocuparse tanto por unas cuantas deudas. ¡Se cree que Cardross va a descubrirla! Si no me equivoco, no hay ninguna razón por la que deba saberlo. Pero no puede esperar que encuentre el dinero de un día para otro.

Se volvió para coger su abrigo. Hethersett le observó mientras se lo ponía. Le habría gustado dejarle marchar pero, aunque tenía pocas esperanzas de

incitarle a hablar con Cardross, sentía que su deber era intentarlo.

—Llevo todo el día pensando en ello —dijo—. Y creo que Cardross debería saberlo.

—Pues no lo sabrá —dijo Dysart con parquedad.

—No estaría bien que se enterase por casualidad —insistió el señor Hethersett—. No le gustaría saber que su esposa ha estado engañándole.

—No hay que ponerse trágico —le rogó Dysart—. Le dije a mi hermana que lo resolvería, y lo haré.

—No es asunto mío, ¿pero cómo? —le preguntó el señor Hethersett.

—De una manera u otra.

—Supongo que estás pensando conseguirlo en el juego. Pero las cosas no funcionan así, Dysart. Uno no tiene un golpe de suerte cuando necesita dinero. Al revés, lo más probable es que te desplumen. ¿No te has fijado que siempre ganan los más ricos? A mí me parece que solo puedes ayudar a tu hermana de una forma.

Dysart le miró con curiosidad.

—¿Cuál?

El señor Hethersett tomó una pizca de rapé.

—La mejor forma de salir de este lío es que se lo diga ella misma. He intentado convencerla de hacerlo, pero no quiere escucharme. Está aterrorizada. No tiene sentido decirle que no hay motivo para estar asustada. Para ella es una obsesión. Yo no puedo decírselo a Cardross. Así que solo quedas tú.

—¿Debo decirle a Cardross que mi hermana está endeudada y que está intentando pedir dinero a King? —preguntó el vizconde, perplejo—. Cuando me invitó a su casa pensé que estaba algo achispado. Pero ahora veo que, o bien está borracho perdido, o ha perdido la cabeza.

—Ninguna de las dos cosas —dijo el señor Hethersett sin inmutarse—. Sé que es difícil de hacer. Se necesita mucho valor, pero me han dicho que tú lo tienes.

—¡Valor! ¡Basta con ser un chivato, y yo no soy nada de eso! —saltó Dysart—. ¿Pretende que delate a mi propia hermana? ¡Si no se hubiera bebido el coñac, le daría un buen puñetazo, Hethersett!

El señor Hethersett se quedó algo desconcertado. No es que temiera los puños del vizconde. La verdad era que, viendo la ira de aquel joven, le asaltó la terrible sospecha de que estaba siendo injusto con él.

—¡Te ruego que no pienses en el coñac! —dijo—. No es que desee tener un ojo morado, pero no quiero que te sientas en desventaja. De hecho, podría

ser al revés. Lo que quiero decir es que, aunque no me agrada, estoy en condiciones de pelearme contigo.

—Solo quería saber por qué me cree capaz de delatar a mi hermana.

—¡Ha sido un error! —dijo el señor Hethersett—. Se me había ocurrido una idea, pero es una estupidez.

—¿Qué idea? —preguntó el vizconde.

El señor Hethersett tosió con profundo embarazo. Cuando el vizconde repitió la pregunta, en un tono algo amenazante, respondió:

—No logro entender por qué teme decirle a mi primo que está endeudada. Conozco muy bien a Cardross, ¿sabes? Éramos inseparables desde niños. Estoy seguro de que le daría todo lo que quisiera. Es verdad que no le gustaría saber que lo ha perdido en el juego, pero no puede ser por eso. ¡Tu hermana no sabe distinguir una carta de otra! Debe de tratarse de algo que Cardross no piensa permitir —estudió una vez más el diseño de su cajita de rapé—. Algo que le ha prohibido hacer. En cualquier caso, es muy comprensible que ella lo haya hecho. Y estoy convencido de que mi primo pensaría lo mismo.

—¿Ha pensado que mi hermana está endeudada porque me ha prestado el dinero? —preguntó el vizconde.

—Es lo único que se me ocurre —dijo el señor Hethersett a modo de disculpa—. Pero ya veo que estoy equivocado.

El vizconde iba a decirle que no solo no era responsable de las deudas de Helen, sino que no tenía nada que ver con ellas, cuando de pronto recordó lo que le debía. Era cierto que, en aquel entonces, Helen no se había visto obligada a contraer deudas. Pero no era menos cierto que, poco después, le resultó imposible pagar el vestido de encaje. Por un instante se sintió víctima de una terrible injusticia: su hermana le había dicho que tenía dinero de sobra. Y estaba muy feo por su parte endeudarse poco después, en vez de hacer economías.

Miró con odio al señor Hethersett. Aquel individuo nunca le había gustado, y verse incapaz de refutar sus sucias sospechas le daba mucha rabia. Más que cualquier otra cosa, le habría gustado darle de puñetazos. Pero como, dadas las circunstancias, también eso era imposible, se contentó con decir, muy digno:

—Le agradezco que me haya avisado. Y tenga por seguro que no tendrá que preocuparse más por este asunto. ¡Buenas noches!

Con estas palabras tomó el sombrero, se inclinó ante su anfitrión y se marchó. Después de cerrar la puerta, el señor Hethersett se quedó solo, rascándose la frente y preguntándose cómo acabaría todo aquello. Aunque

estaba convencido de la inocencia de Dysart, dudaba mucho de su capacidad para salvar a su hermana de sus deudas.

No muchas horas después, Helen se sorprendió de recibir la visita de su hermano. Tenía la esperanza de verle ese mismo día, pero como el vizconde no era muy madrugador, no esperaba recibirle hasta después de las doce. Letty y ella habían regresado a casa a las once, después de pasar una hora paseando por Hyde Park. El vizconde se presentó en Grosvenor Square justo cuando terminaban el desayuno. Rechazó la oferta de acompañarlas, diciendo que solo quería hablar con su hermana. Por su tono de voz, Helen sospechó que aún no había encontrado una solución a su problema. Es más, su expresión le dijo que había ocurrido algo que le había puesto de mal humor. Letty comentó que parecía de un humor de perros, y le preguntó cuál era el motivo. Él le aclaró que no estaba enfadado, pero que quería hablar a solas con su hermana. Como esta respuesta solo podía interpretarse como un desaire, Letty se ofendió. Siguió una acalorada discusión, en la que ambas personalidades se enfrentaron. El vizconde, que era el mayor, salió victorioso de la contienda. Con el tono de un sexagenario, informó a Letty de que la insolencia no era propia de una señorita. Como no se le ocurría qué decir, Letty salió de la habitación dando un portazo.

—¿Cómo has podido, Dy? —dijo Helen en tono de reproche—. En mi vida he oído un comentario tan descortés. Además, sabes que no eres quién para regañar a Letty. ¡No eres su hermano!

—¡Menos mal! Como siga así, va a convertirse en una mujer insoportable.

—¿Se puede saber por qué estás tan enfadado?

—¡Te lo diré! Y no te hagas la inocente, porque no puedes engañarme ni engatusarme con tus ojos de cordera. Te has comportado de forma desleal, y lo sabes muy bien. ¿Qué pretendías hacer yendo a casa de King, cuando te prohibí expresamente que tuvieras trato con usureros?

—¿Te lo ha dicho Felix? No me puedo creer que haya podido ser tan mezquino conmigo —dijo ella con indignación.

El vizconde estaba enfadado con el señor Hethersett, pero le explicó a su hermana en breves palabras que ella, por el contrario, debía estarle agradecida. Acto seguido le describió el horrible destino que esperaba a los que eran tan insensatos como para caer en manos de los usureros. Habló de manera edificante de los peligros del derroche y le hizo prometer que nunca volvería a recurrir a King ni a ningún otro prestamista.

—Y si crees que arruinarse es gracioso, déjame decirte que te equivocas, y mucho.

—¡Oh, no! —dijo Helen, tratando de aguantarse la risa—. Es solo que no puedo evitar reírme oyéndote hablar así del derroche, la imprudencia y todos los defectos que tienes tú, Dy.

Viendo que aquella observación no contribuía a aplacarlo, dijo con aire compungido:

—¡Te prometo que no volveré a hacerlo! Sin duda sería peligroso que pidiera préstamos continuamente, pero no tengo intención de hacerlo. Habría devuelto el dinero nada más recibir mi asignación.

—No lo dudo. Y te habrías vuelto a endeudar en un abrir y cerrar de ojos. ¡Lo sabré yo! —dijo el vizconde—. No logro entender por qué tuviste que entrometerte, cuando sabías que lo tenía todo controlado.

—Pensé que sería mejor resolverlo yo misma —dijo Helen con franqueza—. Quería evitar que hicieras algo terrible.

—¿Eso pensabas? ¡Eres el colmo, Helen! ¿Y qué crees que iba a hacer?

—Para ser sincera, temía que asaltases a alguien —repuso ella con franqueza.

—¿Temías que asaltase a alguien? —repitió Dysart, perplejo—. ¡Esta sí que es buena! Ya veo que tienes una espléndida opinión de mí.

—¡Asaltaste mi carruaje! —le recordó Helen—. Y si no te hubiera reconocido, me habrías robado. Sabes muy bien que lo habrías hecho.

—¡Esto es demasiado! —explotó Dysart—. ¡Lo único que quería era vender tus joyas! Y si piensas que iba a quedarme con parte del dinero, te equivocas.

—No, pero reconoce que no era una buena idea. Cardross podría haberse dado cuenta. ¡No habría tenido un momento de paz!

—¡Tonterías! —la interrumpió Dysart—. Ni siquiera pensaba llevarme las joyas de Letty. Y a ti te habría importado un comino perder las tuyas, ¡reconócelo!

—Sí, pero...

—Y si al día siguiente te hubiera dado el dinero, te habrías alegrado de no haberme reconocido —prosiguió el vizconde, implacable—. Es más, habrías tenido mucho cuidado en no preguntarme de dónde lo había sacado.

—Oh, Dy, temo que tienes razón —dijo su hermana, afligida.

—No hace falta que te pongas así, Helen. No voy a dejarte en la estacada. Tengo en mente algunas ideas, pero no puedo encontrar el dinero de un día para otro. No debes perder los nervios, ni preguntarme qué estoy haciendo cada vez que me veas. Dame una semana, y verás cómo resuelvo el problema.

Helen le miró con aprensión.

—¿Qué ideas tienes en mente, Dy?

—¡No importa! —dijo Dysart con resolución—. Cuanto menos sepas, mejor.

Helen se asustó.

—No quisiera insistir —dijo—, pero preferiría saberlo.

—Me imagino. Pero no puedes esperar que te ayude si pierdes los nervios cada vez que se me ocurre una idea —dijo el vizconde—. Y eso es lo que vas a hacer, porque me da la impresión de que te has vuelto loca.

—Lo siento —dijo ella con humildad—. Trato de tomármelo con calma, pero me resulta muy difícil, Dy. ¡Cada vez que oigo el timbre pienso que es madame Laval, que viene a reclamar su dinero a Cardross!

—No seas tonta, Helen —dijo el vizconde—. No va a venir. O al menos no de momento. Sabe muy bien que tardarás unos días en conseguir el dinero. Y a menos que sea una tontaina como tú, sabe que le pagará. Lo único que quiere es asustarte para que le pagues lo antes posible. Te dará una semana de plazo, seguramente más. ¿Cuándo vuelve Cardross?

—El lunes, creo. No estoy segura, pero me dijo que estaría fuera una semana. Es muy triste que una mujer tema la llegada de su esposo, ¿no crees?

No hizo falta que Dysart respondiera, porque en ese momento entró Letty. La joven lucía un elegante sombrero y un ligero chal sobre los hombros. Había venido a despedirse de Helen, y a decirle que mandaría el birlocho desde casa de su tía, por si Helen lo necesitaba. Ignoró de forma deliberada al vizconde, pero besó a Helen con mucho afecto, diciéndole que no enviara el carruaje a recogerla a Bryanston Square, porque su tía se encargaría de traerla a casa.

—¿Tanta elegancia solo por una tía? —dijo Dysart, examinándola—. Debo reconocer que llevas un sombrero precioso, Letty.

Percatándose de su existencia, Letty alzó las cejas de la forma más despectiva que pudo, y dijo con frialdad:

—¡Qué amable es usted, señor!

—¡Tonta! —dijo Dysart con indulgencia.

Los ojos de Letty brillaron de rabia, pero Helen se apresuró a intervenir antes de que volvieran a pelearse.

—Estás encantadora, querida —dijo, conduciéndola a la puerta—. Te acompañaré al carruaje. ¿No pasarás frío con ese chal?

—Supongo que sí —repuso Letty con sinceridad—. ¡Pero es tan incómodo tener que llevar un abrigo! —hizo una pausa en el vestíbulo para ponerse los guantes, y dijo en voz baja—: No quisiera disgustarte, Helen, pero creo que Dysart es la persona más odiosa y maleducada que he conocido.

Helen se echó a reír.

—Tienes razón. El problema es que, como eres familiar mío, te trata como si fueras su hermana.

—Mi hermano tiene muchos defectos, pero no me trata de esa manera.

—No, porque es mucho mayor que tú. Si tuvieras un hermano de tu misma edad, no te dejarías provocar tan fácilmente —dijo Helen, sonriendo.

—Me alegro mucho de no tenerlo. Y lo siento por ti, Helen.

—¡Gracias! Reconozco que mi caso es difícil —dijo ella con un brillo divertido en los ojos—. ¡Adiós! Por favor, dile de mi parte a la señora Thorne todo lo que hay que decir en estos casos. Temo que pueda culparme de que no hayas ido a verla.

Lo dijo con ligereza, pero era muy consciente del derecho de la señora Thorne a la compañía de Letty. Cardross, pensando que los defectos de Letty eran culpa de aquella pobre señora, deseaba alejar a su hermana de su casa, pero Helen no lograba decidirse a apoyar su decisión. Al contrario, más de una vez había sugerido a Letty que fuera a visitar a su tía. No le sorprendía saber que la señora Thorne estaba ofendida, pues también ella pensaba que Letty mostraba muy poca consideración por la persona que la había criado. Pero se habría sorprendido mucho más de haber sabido que la señora Thorne no solo no había pedido a su sobrina que fuera a verla, sino que ignoraba que iba a hacerlo. De hecho, esa mañana había salido con su hija Fanny a visitar unos almacenes.

Era la señorita Selina la que esperaba a Letty. En cuanto vio que el carruaje se detenía delante de la casa, salió corriendo a recibirla, y lo hizo con alegría y sorpresa, susurrando con voz dramática:

—¡No temas! ¡No hay nadie!

A continuación susurró, para que no la oyera el criado que había abierto la puerta:

—Me alegro de no haber salido con mamá y Fanny. Ven al salón, querida. Tengo muchas cosas que contarte.

Era una joven agradable, algo más joven que Letty y mucho más gruesa. Al lado de su encantadora prima parecía un poco pechugona y algo torpe, pero no parecía lamentarlo. Tenía buen carácter, le gustaba pensar que tenía una profunda sensibilidad y su naturaleza era tan romántica que pensaba que su vida era tristemente aburrida, y que se encontraría más a gusto en una de las célebres novelas de la señora Radcliffe^[12]. Después de conducir a su prima al salón, cerró la puerta y dijo con complicidad:

—Mi querida prima, ¿no sabes la mañana que he tenido! Pensé que estábamos perdidas, porque mamá quería obligarme a acompañarla. No me quedó más remedio que mentir: le dije que me dolía la cabeza y que no tenía ganas de ir. ¡Pero se ha entretenido tanto que pensé que llegarías antes de que se fuera! ¡Qué guapa estás! ¡El señor Allandale va a quedarse extasiado cuando te vea!

—Si es que viene —dijo Letty—. Le he rogado que se encontrara conmigo hoy, pero es posible que no pueda. Si tiene mucho trabajo, puede que se entretenga todo el día en el ministerio. Pero en ese caso, ¿no crees que debería advertírmelo?

La señorita Thorne estaba convencida de que la violencia de los sentimientos del señor Allandale vencería cualquier otra consideración. Condujo a Letty a la ventana para observar su llegada, pues pensaba abrirle antes de que pudiera llamar a la puerta.

—¡Porque sería fatal que mamá descubriera que ha estado aquí! Si sospecha algo, ten por seguro que irá a contárselo a tu hermano, porque el señor Allandale le gusta tan poco como a él. Justo ayer estuvo hablando del tema. Dijo que sería un matrimonio desastroso, y se preguntó por qué el señor Allandale se mostraba tan insistente. Yo no dije nada, pero imagina cómo me sentí al oír hablar de esa manera a una persona a la que creía tan sensible. ¡Mi querida prima, me he prometido a mí misma que haré todo lo que pueda para no verte sacrificada por el orgullo y la conveniencia!

Letty le dio las gracias, pero dijo, con un espíritu más práctico, que era bastante improbable que Cardross escuchara sus consejos. No había nada que pudiera hacer. La señorita Thorne, que había abrazado con entusiasmo el papel de intermediaria, se quedó muy abatida. Después de reflexionar, tuvo que reconocer que no eran muchos los modos en que una joven de diecisiete

años podía ayudar a dos enamorados. Refugiada en su habitación, era posible imaginar agradables aventuras, en las que solía tener un papel protagonista y a menudo heroico. «¡Oh, noble doncella! ¡Te lo debemos todo a ti!», decía el señor Allandale, después de haber sido unido en matrimonio a Letty (en la víspera de la boda de esta con un noble de costumbres disolutas) por un clérigo introducido clandestinamente en la casa gracias a la intervención de Selina. En estas fantasías, Selina superaba todas las dificultades ignorándolas. Pero a la luz del día, no era tan ingenua como para ignorar que, en un mundo tristemente aburrido, había insuperables obstáculos que le impedían realizar su ambición: entre ellos, el propio señor Allandale. Letty habría comprendido al instante la belleza de una boda clandestina, pero haría falta mucha persuasión para convencer al señor Allandale de aceptar un acto tan indecente. En cuanto al indispensable clérigo, ni el más optimista podía imaginar que el reverendo William Tuxted, el único que conocía Selina, podría prestarse a participar en aquella aventura.

Por muy tristes que fueran, estas consideraciones no lograron deprimir a Selina por mucho tiempo. Puede que la historia de amor de Letty no estuviera a la altura de los dramas de la señora Radcliffe, pero no por eso dejaba de ser romántica. Y siempre estaba el consuelo de saber que, sin la ayuda de su prima, a Letty le habría costado mucho mantener un encuentro clandestino con su pretendiente. La ayuda de Selina no fue necesaria para casar a su hermana mayor. Y, en su opinión, nada pudo ser más insípido que el matrimonio de Maria con el señor Thistleton (a excepción del compromiso de Fanny con el señor Humby, que había tenido lugar la tarde anterior). Ninguna de sus hermanas se había enfrentado a la menor oposición: ambos caballeros poseían una generosa fortuna, y su situación en la vida era más que respetable. El compromiso de Fanny era algo más tolerable que el de Maria, porque, antes de empezar a cortejarla, el señor Humby era un desconocido para la familia. Había que reconocer que esto era menos vergonzoso que el matrimonio de Maria con el señor Thistleton, al que conocía de toda la vida. En cualquier caso, la señorita Selina Thorne iba a sentirse muy decepcionada si el destino no le proporcionaba un apuesto caballero cuya desesperada situación le asegurara la más firme oposición materna (acompañada de persecución), que ella soportaría con profundo heroísmo, y que culminaría en una fuga. A la espera de este caballero, Selina estaba dispuesta a entregarse en cuerpo y alma a la causa de Letty. No le costó mucho asignar a Cardross todos los atributos de un tirano. Y si, en un principio, el sentido del decoro del señor Allandale parecía indicar que era poco probable que participase en un

acto desesperado, pronto decidió que esto no se debía a una honestidad innata, sino a una interesante reserva.

Selina estaba contando a Letty las bochornosas felicitaciones con que habían acogido la noticia del compromiso de Fanny cuando vio que el señor Allandale se acercaba a la casa. Rápidamente puso en marcha su plan: bajó las escaleras tan deprisa que llegó a la puerta principal mucho antes que el señor Allandale, y se encontró invitando al aire a entrar en la casa. No obstante, el señor Allandale no tardó en llegar, y como Selina había ensayado (si bien involuntariamente) su discurso de bienvenida, pudo mejorarlo.

—¡Sabía que no faltaría a su cita! —susurró—. Le conduciré a ella inmediatamente. No tema que le descubran. Nadie está al tanto de su llegada. ¡Rápido!

El señor Allandale se quedó muy sorprendido al ver que le abría la puerta una de las hijas de la familia.

—¿Perdone? —dijo, mirándola con extrañeza.

—¡No hable tan alto! —le reprendió la joven—. El servicio no debe sospechar que está aquí.

—¿Pero por qué? ¿La señora Thorne no está en casa?

—No, así que no tiene nada que temer —le aseguró ella—. Ella y mi hermana se han ido al centro. Si vuelven, yo le avisaré de su llegada.

—¡Entonces no debería estar aquí! —dijo él, escandalizado—. No está bien que venga de visita en ausencia de la señora Thorne.

Selina se quedó algo desconcertada ante aquella actitud tan prosaica, pero no tardó en recuperarse.

—¡No es el momento de pensar en las conveniencias! —dijo en tono solemne—. Su caso es desesperado y, aunque lucha por conservar la calma tras este duro golpe, mi prima está sumida en una terrible aflicción. ¡Debe entrar a verla!

Al pensar en el sufrimiento de Letty, el señor Allandale empalideció, pero no se atrevió a entrar.

—No imaginaba que este encuentro sería de naturaleza clandestina —dijo—. ¡No me parece bien! Le aseguré a lord Cardross que semejante conducta me repugnaba, y visitar a su prima a sus espaldas, y de este modo, no es propio de un hombre de honor.

Ninguna de las fantasías románticas de Selina incluía a un enamorado al que había que convencer para que se presentase ante su prometida. Si hubiera encontrado a un sustituto que asumiera su papel en el drama, Selina habría echado al señor Allandale en ese mismo instante. Pero como no conocía a

ningún sustituto y dudaba que Letty estuviese dispuesta a aceptar uno, tuvo que contentarse con sacar el máximo partido a la situación.

—Estoy segura de que no permitirá que semejantes escrúpulos le alejen de Letty —dijo—. ¡Piense en su estado! Está hundida en la desesperación, y no me extrañaría que el sufrimiento le haga perder la cabeza.

El señor Allandale era humano. Las trágicas imágenes evocadas por aquellas palabras vencieron todas sus reticencias y, sin hacer más objeciones, siguió a Selina por las escaleras.

—¡Le he traído hasta ti, querida! —anunció Selina, abriendo la puerta del salón.

La triste enamorada del señor Allandale, que estaba estudiando el efecto de su encantador sombrero en el espejo, se dio la vuelta y le mostró un rostro rebosante de salud y belleza.

—¡Por fin estás aquí! —dijo—. Pensaba que no vendrías. Pero debí suponer que conseguirías venir de una manera u otra, querido Jeremy.

Selina habría podido mejorar aquel discurso, pero no encontró ninguna objeción que poner a la manera en que Letty se lanzó al amplio pecho del señor Allandale. Aunque aquel espectáculo podría haber inducido a Cardross a encerrar a su protegida en un estricto internado para señoritas, a Selina le proporcionó una intensa (aunque indirecta) satisfacción. Quedándose el tiempo suficiente para ver cómo el señor Allandale, olvidándose de las conveniencias, devolvía aquel abrazo con tal entusiasmo que Letty, gimiendo, dijo que le estaba aplastando las costillas, Selina se retiró a hacer guardia en el descansillo.

El señor Allandale, mirando con incomodidad a su espalda, se alegró de que Selina hubiera abandonado el salón.

—Esto no está bien, querida —le dijo a Letty muy serio—. Esa prima tuya...

—Oh, no te preocupes por ella —dijo Letty—. Nunca nos delatará.

—No, pero que una joven de su edad se preste a... ¡es escandaloso!

—¡Tonterías! —dijo Letty, acompañándolo al sofá y sentándose a su lado—. Tenemos mucho que hablar, Jeremy. Esa terrible noticia que me has enviado... ¡seis semanas! ¡Por favor, querido, diles que no irás!

Para entonces, el señor Allandale conocía bastante bien a su enamorada, pero aquella petición lo dejó estupefacto.

—¿Que no iré? Pero amor mío...

—¡Es demasiado pronto! —insistió ella—. Si debes partir dentro de seis semanas, piensa en las dificultades que nos esperan. Sospecho que en tan

poco tiempo no podré convencer a Cardross.

El señor Allandale le cogió la mano y se la estrechó.

—Letty, nunca conseguirás convencerle —dijo con gravedad.

Ella le miró con profundo asombro.

—¿Nunca? ¡No seas absurdo! Por supuesto que lo conseguiré. Lo que pasa es que aún no se ha hecho a la idea.

El señor Allandale sacudió la cabeza.

—Hará todo lo que esté en su mano para impedir nuestro matrimonio. Lo sé desde el día que fui a verle a Grosvenor Square. Tampoco le culpo. Desde el punto de vista social...

—¡Pues yo sí le culpo! —le interrumpió Letty con rabia—. Si yo no doy ninguna importancia a las consideraciones sociales, él tampoco debería hacerlo. Y si le importa tan poco mi felicidad, me sentiré justificada para casarme contigo a pesar de lo que diga.

El señor Allandale se levantó y empezó a recorrer la sala, golpeándose la mano con el puño.

—Si fuera posible... No sé, pero con este nuevo nombramiento, y las perspectivas que me abre (que son excelentes), yo también me siento justificado a... ¿Pero de qué sirve pensar en ello? Las circunstancias nos han puesto enteramente en sus manos.

—¿Cómo? —preguntó Letty—. ¡De eso nada! Yo no estoy en las manos de nadie, y espero que tú tampoco.

—Tú eres menor de edad —dijo él con tristeza.

—Eso sí —admitió Letty—. Pero si nos casáramos, Cardross se vería obligado a aceptar el matrimonio para evitar el escándalo.

El señor Allandale se quedó un momento en silencio. Y cuando por fin habló, lo hizo con una profunda mortificación, como si alguien le estuviera arrancando las palabras.

—Estoy en sus manos, porque no soy capaz de mantener a mi esposa. ¡Eso es lo que hace que mi posición sea tan desesperada!

—Intentaré no ser tan derrochadora —le propuso Letty.

Él le dirigió una mirada de afecto, pero dijo:

—Estás acostumbrada a gozar de los lujos de la vida. Por ahora, yo ni siquiera puedo ofrecerte sus comodidades. Privarte de la protección de tu hermano para colocarte en una situación en la que te verás obligada a hacer las más estrictas economías sería una canallada. No debo hacerlo. Es más, no lo haré.

—No, porque no creo que consiguiera hacer las más estrictas economías —reconoció Letty, considerando el asunto con imparcialidad—. ¿Y no podríamos vivir de mi futura renta?

—¿Quieres decir pedir dinero a cuenta de tu herencia? ¡No y mil veces no! —exclamó el señor Allandale con repugnancia.

—Pues eso es lo que hace el hermano de Helen. No sé cómo lo consigue, pero si él puede hacerlo, yo también, porque mi fortuna es mucho mayor que la suya.

—¡Olvidalo! —le rogó el señor Allandale—. Me niego a tomar a lord Dysart como modelo de conducta.

—Tienes razón —respondió ella, recordando el desagradable comportamiento del vizconde—. ¿Pero entonces qué hacemos, si piensas que mi renta es insuficiente? Tengo quinientas libras al año, ¿sabes?, y gasto muy poco en vestidos porque ya tengo muchos —se interrumpió, y le miró con ojos brillantes—. ¡Se me acaba de ocurrir una idea excelente! Puedo comprar cientos de metros de tela, los suficientes para que me duren años, y decir a los vendedores que manden la factura a Giles.

—¡Dios mío! —exclamó el señor Allandale, interrumpiendo sus elucubraciones para mirarla con asombro.

Letty dedujo que su sugerencia no había conseguido su aprobación.

—¿Crees que no debo hacerlo? Piénsalo, Jeremy. Si se niega a pagar (y no creo que lo haga), no podrán pedirme el dinero a mí, porque estaré en Sudamérica. Así que todo saldrá bien.

El amor del señor Allandale debía de ser muy profundo si, después de un primer momento de estupefacción, venció su repugnancia y comprendió que aquella solución a sus dificultades no procedía de la depravación, sino de una inmensa y conmovedora inocencia.

—Eso sería muy deshonesto, querida —dijo con ternura.

—¡Oh! —exclamó Letty.

Pero era evidente que no estaba convencida. El señor Allandale sabía que le correspondía a él guiar la mente de Letty por el buen camino, pero en ese momento no se sintió capaz de hacerlo y se limitó a decir:

—Además, si me casara contigo en secreto, Cardross te privaría de tu renta.

Ella le miró con incredulidad.

—¡No sería capaz!

—Me dijo que puede disponer de tu fortuna hasta que cumplas veinticinco años. De él depende decidir qué parte de tu renta puedes usar.

—¿Veinticinco años? —exclamó Letty, asustada—. ¿Cómo puede ser tan mezquino? Para entonces seré vieja. Me alegro de no recordar a mi padre, porque si me hizo semejante jugarreta, debió de ser un hombre detestable. Da la impresión de que quiso privarme de mi herencia.

—Eso es imposible, querida —dijo el señor Allandale—. Es solo que...

—¡Pues no me dejaré vencer por ninguno de los dos! —dijo Letty con energía—. Encontraré el modo de convencer a Giles. Pero reconozco que se me hace muy duro que te vayas tan pronto, amor mío. ¡Por favor, no lo hagas!

—Tú no lo entiendes, Letty. No puedo negarme a aceptar un nombramiento ventajoso.

—¡Oh, no! Negarte no. Pero podrías decir que no te resulta conveniente irte tan pronto. Diles que te irás dentro de tres meses. Para entonces estará todo solucionado.

El señor Allandale esbozó una melancólica sonrisa, pero sacudió la cabeza.

—No puedo hacer eso, Letty. Piensa, querida, en lo imprudente que sería ofender a mi amable padrino. Debo este nombramiento a lord Roxwell, y ofrecer la menor muestra de ingratitud sería...

—He estado pensando en eso, amor mío —le interrumpió ella—. Lord Roxwell ha sido muy amable ayudándote, pero creo que se ha equivocado.

—¿Cómo? —preguntó el señor Allandale, desconcertado—. Se tomó mucho interés en proporcionarme el puesto. Ya te dije que apreciaba mucho a mi padre.

—Me lo dijiste, y se me ha ocurrido una idea excelente: ve a verle ahora mismo y dile que prefieres que te nombren embajador.

—¿Embajador? —repitió el señor Allandale, perplejo.

—Tienes que pedírselo con mucha educación, por supuesto —matizó Letty, viendo que su idea no tenía el éxito que esperaba—. Dile que, ahora que has tenido tiempo para considerar la cuestión, preferirías que te nombrara embajador. ¡Estoy segura de que sabrás cómo decírselo!

—No lo sabré —dijo él con mucha convicción—. Amor mío, tú no tienes ni idea de cómo funcionan las cosas... Pasarán años antes de que pueda aspirar a un puesto semejante. En cuanto a pedírselo a lord Roxwell... ¡sería una locura!

—¿Prefieres que se lo pida yo? —preguntó Letty—. No le conozco mucho, pero Giles, sí. Se lo ha encontrado en varias fiestas.

El señor Allandale volvió a sentarse y le tomó ambas manos.

—Letty, prométeme que no hablarás con él —le rogó—. Créeme, sería desastroso.

—¿De veras? Entonces no lo haré. Supongo que será mejor que se lo digas tú —dijo Letty alegremente—. Pero no se te olvide decirle que serás un embajador excelente.

El señor Allandale le besó las manos, conmovido, y dijo con voz ronca:

—Eres tan dulce... Tan inocente... Pero no puedo hacer eso, amor mío. Debo contentarme con lo que me han ofrecido. De hecho, es más de lo que esperaba.

—Estoy segura de que te mereces mucho más —dijo Letty—. No obstante, si crees que no debemos recurrir a lord Roxwell, no pienso insistir. Ya se nos ocurrirá otra cosa.

Lo dijo con optimismo, pero el señor Allandale suspiró.

—¡Ojalá! Pero me temo que debemos esperar. Si tuvieras asegurada tu renta actual, me sentiría tentado, pero confío en encontrar las fuerzas para resistir los impulsos de mi corazón. En la situación en que nos encontramos (tú a merced de los caprichos de tu hermano, yo comprometido con mi deber), no hay esperanza. Una de mis hermanas está a punto de contraer un matrimonio ventajoso. Mi tío ha prometido encontrar una colocación para Philip en cuanto se convenza de tomar las órdenes, cosa que (espero) hará este año. Pero Edward sigue estudiando, y Tom debe reunirse con él en septiembre. Mi conciencia no me permitiría dejar que mi madre asumiera estas cargas sin ayuda.

Letty asintió, pero sin entusiasmo.

—¿Y no crees que Tom preferiría no ir a la universidad?

El señor Allandale rechazó sin dudar aquella sugerencia, que habría asegurado a Letty la estima y la aprobación de su futuro cuñado.

—Puede que tu tío esté dispuesto a pagar los estudios de Tom...

Allandale negó con la cabeza.

—Mi tío tiene muchos hijos. Además, ya ha pagado parte de la educación de Philip. Philip es su ahijado, pero no sería justo esperar que se encargue también de Edward y de Tom.

Un triste silencio se instaló entre los dos. Fue el señor Allandale el que lo interrumpió, diciendo:

—Debemos tener paciencia. Será difícil, pero tenemos todo el futuro por delante. Cardross dijo que si no hemos cambiado de idea cuando vuelva de Brasil, dará su consentimiento. Creo que es un hombre de palabra, y ese pensamiento, esa esperanza, nos ayudará a soportar la separación con

valentía. No me parece un hombre cruel, y confío en que no nos prohíba escribirnos.

—Puede prohibirlo si quiere, pero yo no le escucharé —dijo Letty con voz temblorosa—. Pero no se me dan bien las cartas, y además no quiero escribirte. ¡Quiero estar contigo! ¡Oh, no hables de separación, Jeremy! No puedo soportarlo. ¡Cardross debe seguir dándome mi asignación!

El señor Allandale no tenía tal esperanza, ni era favorable a la idea de someter a Cardross dejando que Letty hiciera una huelga de hambre. Letty sucumbió entonces a un llanto desesperado, y cuando su prometido consiguió calmarla se vio obligado a marcharse. Su aspecto desconsolado cuando salió del salón contribuyó a mejorar la opinión que Selina tenía de él; y cuando encontró a su prima sacudida por el llanto, comprendió que la aventura seguía su curso. Ahora solo faltaba que Letty sufriera una abominable persecución por parte de su tutor.

—Te lo agradezco, pero preferiría que no me persiguiera —dijo Letty, enfadada—. Además, ya lo está haciendo.

—¡No lo suficiente! —declaró Selina—. Si amenazaras con fugarte, ¿crees que te encerraría en un ático?

—¡Por supuesto que no, estúpida!

—Normalmente es así —le informó Selina—. En ese caso podrías tirarme una nota desde la ventana, y yo se la entregaría al instante al señor Allandale. Él se sentiría obligado a rescatarte, y entonces podríais huir a la frontera.

—Eso solo sucede en las novelas —dijo Letty con desprecio—. Además, me gustaría saber cómo iba a rescatarme, si ni siquiera es capaz de entrar en una casa sin llamar a la puerta. ¿Qué iba a decirle al portero?

—¿No hay un pasadizo secreto para entrar en la casa? —preguntó Selina.

—¡Pues claro que no! Solo hay pasadizos secretos en los castillos.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Selina con aire triunfal—. Una vez vi un pasadizo secreto en una casa cualquiera. No recuerdo bien dónde estaba, pero creo que era en Somerset. La vi cuando fuimos a visitar a nuestro tío.

—Da igual dónde estuviera, porque en Grosvenor Square no hay pasadizos secretos.

—No —admitió Selina.

Se le ocurrió otra idea, pero aunque sus ojos se iluminaron un instante, enseguida se entristecieron al pensar en el señor Allandale entrando en la casa disfrazado de deshollinador.

—Y ahora que lo pienso —dijo Letty—, el servicio duerme en el ático. Así que deja de decir tonterías, Selina.

—No son tonterías, y no te lo parecieron cuando leímos aquella magnífica novela, ¿te acuerdas? La de la joven a la que encerraron para obligarla a casarse con su primo, un joven de aspecto malvado que tenía dos mastines salvajes...

—¡Eso son novelas, Selina! —dijo Letty con impaciencia—. ¡Esto es la vida real!

Letty se quedó en Bryanston Square todo el día, y la señora Thorne se alegró mucho cuando la encontró en casa después de volver de compras. Su objetivo era adquirir sedas y muselinas para el vestido de novia de Fanny, y aunque solo había ido a los almacenes a mirar, compró tantas telas y se trajo a casa tantos patrones, que no se habló de otra cosa el resto de la visita. La señora Thorne notó a su sobrina algo decaída, pero atribuyó esa circunstancia a la envidia y no le prestó mucha atención, aparte de observar (con bastante crueldad) que a pesar de ser tres años mayor, nunca imaginó que Fanny se casaría antes que su prima.

Mientras tanto, Helen pasó un día bastante aburrido. Como unas ocupaciones tan tediosas como hacer encaje, coser un dobladillo o intentar concluir un *solitario* (una nueva forma de diversión que el príncipe regente había tenido la amabilidad de enseñarle) no consiguieron distraerla, pronto se arrepintió de haber rechazado una invitación a un baile. Por lo general, nunca tenía tiempo de asistir a todos sus compromisos. Cuando la temporada estaba en su pleno apogeo, podían surgir todo tipo de distracciones: bailes, asambleas, desayunos venecianos, ascensiones en globo... Cuando descansaba de estas diversiones, solía someterse a los cuidados del señor Blake (que combinaba una divertida conversación con un gran talento para cortar el pelo), o posar para el retrato que le estaba haciendo el señor Lawrence. Cardross le había encargado un retrato de cuerpo entero de su amada esposa y, puesto que Lawrence se había convertido, desde la muerte de Hopper, en el retratista más famoso de Inglaterra, la obra iba a costarle nada menos que cuatrocientas guineas. Sin embargo, hacía tan solo una semana que el señor Lawrence le había cortado el pelo, y el retrato había quedado interrumpido hasta que el señor Lawrence se recuperase de una indisposición.

No quería ir sola a la exposición de la Royal Academy en Somerset House, no solo porque era aburrida, sino porque temía convertirse en presa fácil de otras señoras no acompañadas. Por ejemplo, la señorita Berry^[13], a la que una podía admirar, pero no querer. Londres estaba repleto de señoras mayores, y era muy probable encontrárselas en Somerset House. Así que, después de coser un dobladillo, leer tres páginas de *Corinne* y tratar de decidirse a escribir una carta atrasada a su antigua institutriz, Helen concluyó que el tiempo era demasiado bueno para dedicarse a ocupaciones sedentarias, y decidió (a falta de un entretenimiento mejor) dirigirse al invernadero del señor Tubbs, a elegir las plantas que transformarían en salón de la casa en un paraíso floral.

Este ambicioso proyecto tenía su origen en el deseo de Letty de decorar el salón de baile con tela rosa. Esta nueva forma de decoración, que había admirado en uno de los primeros bailes de la temporada, no tardó en despertar su fantasía. La anfitriona había mandado superponer varios metros de cretona para formar una especie de tienda de campaña: todos habían admirado esta decoración y habían felicitado a la dueña de la casa por aquella encantadora idea. Letty, pensando que pronto sería la nueva moda, había intentado convencer a Cardross de transformar su salón en una tienda rosa para el baile que tendría lugar a final de mes.

Por desgracia, a Cardross no le gustaba la cretona. Y cuando Letty admitió que la cretona era una tela de poco valor, y que sería mucho más elegante (sin mencionar que eclipsaría a *lady Weldon*) usar seda, Cardross se expresó de forma tan tajante que Letty se reafirmó en la convicción de que su hermano era un anticuado y un tacaño. No tuvo ningún escrúpulo en decírselo, y el modo en que él recibió aquella terrible acusación no le hizo un gran honor.

—Lo sé —dijo—. A mí también me sorprende ser tan tacaño para negarme a gastar un dineral en decorar el salón a tu gusto. —A continuación dirigió una mirada sonriente a Helen y añadió, en tono provocativo—: Ahora bien, si me hubieras pedido una tela azul...

Letty estaba más que dispuesta a aceptar el azul, pero no recibió el apoyo de Helen. Deseosa de estar a la moda como Letty, Helen no tenía intención de imitar a *lady Weldon* ni a ninguna otra anfitriona. Si Cardross daba su aprobación, conseguiría que la buena sociedad la admirase mucho más creando un jardín en el salón. Siempre le había extrañado que las anfitrionas hicieran tan poco uso de las flores: ahora se morirían de envidia ante el resultado obtenido gracias a su buen gusto, su inteligencia y los servicios de

un excelente florista. Cardross no tardó en darle carta blanca; y Letty, después de escuchar su plan a regañadientes, se vio obligada a reconocer que sería una decoración bonita y original.

De modo que Helen se dirigió a Chelsea. En cuanto el señor Tubbs supo el motivo de su visita, se convirtió en un firme defensor de su proyecto, apresurándose a llamar a sus ayudantes e imaginando planes alternativos para la decoración de la sala. Sus planes diferían en muchos aspectos, pero en una cosa eran iguales: todos eran extremadamente caros. Sin embargo, como Cardross había dicho que Helen podía hacer lo que quisiera (siempre que no envolviera el salón en cretona rosa), aquella consideración no tenía ninguna importancia. Eligiendo las flores y los helechos, y discutiendo con el señor Tubbs los méritos rivales de las guirnaldas, las cestas colgantes y una celosía cubierta de hojas y flores, Helen pasó una hora agradable y olvidó temporalmente sus problemas. Se despidió del señor Tubbs con gran cordialidad, y aquel excelente florista le pidió que le hiciera el honor de aceptar un ramo compuesto por todas las flores que había admirado durante su visita al invernadero. Era un ramo tan grande que fue necesario apoyarlo en el suelo del birlocho. El señor Tubbs no había escatimado en flores: no todos los días recibía un encargo tan generoso como el de *lady* Cardross. Le aseguró que el resultado dejaría boquiabiertas a sus invitadas, y apenas el birlocho había desaparecido de su vista, llamó a su ayudante y le exhortó a esforzarse al máximo. «Porque estoy seguro de que va a causar sensación, Andy —dijo—. No me extrañaría que pronto recibamos varios pedidos como este».

También Helen esperaba implantar una nueva moda. Habían dado numerosas fiestas en Cardross House desde el día de su boda, pero este sería el primer baile que organizaba, y quería que los invitados se llevaran una buena impresión.

Letty seguía en Bryanston Square cuando volvió a casa, así que, después de quitarse el sombrero y los guantes, se dedicó a dividir el ramo de flores en diversos jarrones. Estaba estudiando el efecto de un jarrón en una mesa cuando oyó una voz que decía: «¡Precioso!».

Afortunadamente no tenía el florero en la mano en ese momento, porque sin duda se le habría caído al suelo del susto. Dejó escapar un grito, y al volverse vio a Cardross, que había entrado en la sala y estaba junto a la puerta, mirándola con ironía. Se había quitado el abrigo, pero daba la impresión de que acababa de llegar a la ciudad, porque seguía llevando el traje de campo, los pantalones de gamuza y las botas.

Oír su voz cuando lo creía a cientos de millas de distancia la asustó, y su primera reacción fue de incomodidad. Se recuperó enseguida, pero no antes de que él se percatara de su disgusto. La expresión irónica de su esposo se desvaneció, y fue sustituida por una mirada interrogante.

—¡Cardross, qué sorpresa! —dijo Helen con un hilo de voz.

—No parece que te alegres mucho de verme —repuso él sin acercarse y mirándola con el ceño fruncido.

—Oh, ¿cómo puedes decir eso? —protestó ella con una risa nerviosa—. Me alegro mucho de verte. No te esperaba hasta el lunes, y oír tu voz de repente me ha asustado.

—Te ruego que me disculpes —dijo él sin sonreír—. Lógicamente debí advertirte de mi llegada. Debes perdonar mi falta de tacto.

—¡Oh, Giles, no seas absurdo! —exclamó Helen, ofreciéndole la mano.

Su marido se acercó a ella, e inclinándose con aire ceremonioso, le rozó la mano con los labios. Inmediatamente la soltó y dijo:

—Sí, absurdo como esa farsa que vimos en Covent Garden y que nos pareció tan estúpida. Yo aún estaría buscando al amante escondido bajo las cortinas.

La frialdad con que le había besado la mano la había asustado y entristecido, pero aquellas palabras eran tan absurdas que soltó una carcajada.

—¿Esperando encontrar a tu primo Felix? Es una idea de lo más indecente, ¡pero qué divertido sería descubrirlo en una situación semejante!

Cardross sonrió débilmente, y su mirada de sospecha se desvaneció.

—¿Qué te ocurre, Helen? —preguntó, al cabo de un momento.

—Nada, de verdad. No sé a qué te refieres. ¿Te has ofendido porque me he asustado al verte? Pues ha sido culpa tuya, ¿sabes?

Su marido tardó en responder, y cuando por fin lo hizo, habló con dureza.

—Desde luego. Por cierto, ¿cuál de tus muchos admiradores te ha regalado ese ramo? Lo has colocado de una forma encantadora.

—Ninguno de ellos. ¡O al menos no puedo presumir de que me admire! —respondió Helen, alegrándose de cambiar de tema—. Me lo ha regalado (aunque esta es solo una pequeña parte del ramo) Tubbs, el florista. He ido a su invernadero a encargar unas flores para el baile, y al marcharme me ha rogado que aceptara el ramo más grande que se pueda imaginar.

—¿De veras? Deduzco que has hecho un pedido generoso.

—Sí —admitió, nerviosa—. Pero será el baile más bonito de la temporada, y dijiste que podía gastar lo que quisiera.

—Así es. No te estoy criticando, amor mío.

Helen se sintió obligada a justificarse porque, a pesar de sus palabras tranquilizadoras, en la voz de su esposo se percibía una alarmante frialdad.

—Es el primer baile que damos aquí... el primer baile importante —le recordó—. No querrás que hablen de él como de tantos otros...

—Mi querida Helen, no hace falta que te disculpes. Por supuesto que será un baile elegante. ¿Quieres que sirvamos champán rosado?

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella, extrañada—. Suena muy elegante, aunque es la primera vez que lo oigo.

—¡Pues claro que hablo en serio! Dará una nota de distinción a la fiesta.

—¿Más que la cretona rosa? —preguntó Helen con una mirada divertida. Aquellas palabras consiguieron hacerle reír.

—Sí. ¡Incluso más que la seda rosa! Por cierto, ¿dónde está Letty?

—Ha ido a visitar a la señora Thorne. Volverá enseguida, imagino. —Le pareció que su esposo fruncía el ceño, y añadió—: Ya sé que no te gusta, pero créeme, Giles: no sería justo animarla a descuidar a su tía.

—Tienes razón. Por cierto, mi tía Chudleigh me ha escrito para decirme que la conducta de Letty en la mascarada fue escandalosa. ¿Tú sabes a qué se refiere?

—¡Si tu tía se ocupara menos de los asuntos de los demás, seríamos todos muy felices! —exclamó Helen, enrojeciendo de rabia—. Solo disfruta metiendo cizaña. ¿Tiene alguna queja de mí?

—No, dice que tú no tienes la culpa.

—¡Qué amable! Espero de todo corazón que le pares los pies, Cardross.

—Probablemente lo haré. ¿Pero qué ha hecho Letty para que mi tía me suelte semejante reprimenda?

—Nada. Quiero decir nada importante. Ya sabes cómo es cuando está contenta. Su vivacidad la lleva a pasarse de la raya, pero es tan joven que solo una persona como *lady* Chudleigh no entiende que lo hace con la más absoluta inocencia.

—Y con la más absoluta falta de decoro —dijo él con un suspiro—. De eso tengo la culpa yo. No habrás permitido que se pusiera un vestido provocativo, ¿no?

—¡Oh, no! —respondió ella, asustada—. ¡No era tan provocativo! Reconozco que no era un vestido apropiado para una joven de su edad, pero... En cualquier caso no volverá a ponérselo, así que no le digas nada, Cardross. Te lo ruego.

—Si con el vestido parecía una de esas mujeres que mi tía ha preferido no mencionar, ten por seguro que no volverá a ponérselo.

—¡En absoluto! *Lady Chudleigh* sabe muy bien que esa clase de vestidos lo llevan hasta las mujeres más distinguidas. No le digas nada, te lo ruego. Regañarla solo servirá para que se enfade, y al fin y al cabo es culpa mía.

—No pienso regañarla, ni a ella ni a ti. Pero reconoce, Helen, que debiste impedirselo —dijo su marido, disgustado.

—Tal vez debería haberlo hecho —replicó ella, avergonzada—. ¡Te ruego que me perdones, Giles!

—Tranquila, no tiene importancia. Imagino que debe resultarte muy difícil controlarla. Y hablando de la mascarada, ¿qué es esa extraña historia que me han contado sobre Dysart? Me han dicho que intentó asaltarte de camino a Chiswick.

—Dios mío, ¿no me digas que *lady Chudleigh* también te ha hablado de eso? —preguntó Helen, horrorizada.

—No, me lo ha contado tu cochero. Dice que tu carruaje fue asaltado por Dysart y dos amigos suyos, disfrazados de bandoleros. Me parece increíble, incluso tratándose de Dysart, pero no creo que Jeffrey se lo haya inventado. ¿Te importaría explicármelo?

Helen había olvidado que el servicio podía contar a Cardross la singular hazaña de Dysart, y por un innoble momento se arrepintió de no haber comprado su silencio. Pero enseguida se avergonzó de sí misma y dijo, enrojeciendo:

—¡Oh, fue una de las estúpidas bromas de Dy, y reconozco que fue lamentable! Pensaba que no llegarías a enterarte.

—¡Pues es evidente que me he enterado!

—Ya sabía yo que no te gustaría. No pasó nada malo. Fue todo por culpa de una estúpida apuesta. Pero por supuesto estuvo muy feo por su parte, y se lo dije.

—¿Una estúpida apuesta? —repitió él con incredulidad—. ¿Con cuáles de sus amigos le pareció oportuno hacerte víctima de una apuesta?

—¡Con-con ninguno! —balbuceó Helen, asustada por la expresión de su esposo.

—¿Entonces qué demonios pretendía? —preguntó Cardross.

—¡La apuesta era conmigo! —repuso Helen, improvisando desesperadamente—. Estábamos... hablando de mascaradas, y le dije que era imposible no reconocer a alguien al que se conoce bien solo porque lleve una máscara. Dy... Dy dijo que estaba dispuesto a demostrarme que estaba equivocada, y... fue así como empezó todo. Pero le reconocí, así que gané la apuesta.

—¡Cuánto me alegro! ¿También reconociste a sus compañeros?

—No... es decir... ¡solo al señor Fancot! —dijo ella con aire implorante—. Ah, y a Joe, por supuesto, el mozo de cuadra de Dysart. Pero él no cuenta, porque lleva con nosotros desde que éramos niños. ¡Te lo ruego, Cardross, no te enfades con Dysart!

—¿Enfadarme con él? ¡Estoy mucho más que enfadado! Asustarte de ese modo por una estúpida broma supera todo aquello de lo que le creía capaz —dijo con rabia.

—¡No me asustó! —le aseguró Helen—. Solo un poco, en todo caso.

—¿De veras? ¿Entonces por qué gritaste?

Los ojos de Helen brillaron de indignación.

—¡Yo no grité! Nunca haría algo tan estúpido. Fue Letty la que gritó.

—¡Será cobarde! —observó Cardross con sarcasmo.

—Eso mismo pensé yo.

—Es increíble hasta qué punto te ciega el cariño que sientes por Dysart —se lamentó su esposo—. Es muy afortunado teniendo una hermana que encuentra excusas para todas sus locuras, como esta última broma que te ha gastado. Sé desde hace tiempo que el amor que le tienes no se puede comparar con ningún otro, pero ten cuidado: anímale a pensar que puede recurrir a ti en cualquier circunstancia. Ríele todas las gracias. No te reirás tanto cuando ese descaro que ahora miras con tanta indulgencia le lleve a hacer cosas que ni siquiera sus amigos le perdonarían.

Helen se estremeció, pero no tardó en reconocer el matiz de celos que había en su voz. El corazón le dio un vuelco, y las palabras de Cardross perdieron la capacidad de hierirla. En vez de salir en defensa de Dysart, se limitó a decir:

—Esta broma no me hizo ninguna gracia, créeme. Estuvo muy feo por su parte. Pero es injusto que digas que su carácter va a empujarle a hacer algo malvado. Sé que no te gusta, pero eso es ir demasiado lejos.

—No es verdad que no me guste —dijo él, más calmado—. Al contrario, le tengo tanto cariño que deseo ayudarle. Dices que soy injusto, pero debes saber que sé lo que digo cuando afirmo que su vida actual es un desastre.

—¡Te lo ruego, Cardross, no le obligues a alistarse en el ejército! —exclamó Helen, súbitamente alarmada.

—No está en mi poder hacer eso. Reconozco que le he ofrecido comprarle un cargo. Y estoy seguro de que nada de lo que pueda hacer por él le gustaría más o le sería más provechoso. Si el único obstáculo para que acepte es la oposición de tu padre, te aseguro que yo me encargaré de convencerle.

—No es cierto. No debería decirlo, pero me temo que a Dysart le importan bastante poco los deseos de papá. Fue mamá la que le hizo prometer que no lo haría. Y por muy sinvergüenza que te parezca, Dy nunca falta a sus promesas.

—En ese caso, te recomiendo que hagas todo lo posible para convencer a tu madre de liberarlo de su promesa.

—¡Imposible! Le aterroriza la idea de verlo expuesto a los peligros de la guerra. —Dudó un momento, y luego dijo, con cierta dificultad—: Mamá ha soportado tantas cosas... Ya sabes la vida que ha llevado mi padre.

—Lo sé. Por eso mismo estoy convencido de que, si supiera la verdad, pensaría que los peligros de la guerra son menos graves que los de la metrópoli. Viviendo tan lejos de Londres, imagino que no puede saber hasta qué punto Dysart está siguiendo el ejemplo de su padre.

—Sé que es muy imprudente y derrochador, ¿pero a qué te refieres exactamente? —preguntó ella, asustada.

—¿Te parece poco? —dijo Cardross.

Vio que a Helen le habría gustado hacerle más preguntas, pero no quería que su enfado le llevara a hablar más de la cuenta. Antes de que su esposa pudiera seguir indagando ya había cambiado de tema, y poco después se retiró, diciendo que debía cambiarse de ropa. Por amargos que fueran sus sentimientos, no quería asustarla revelándole las locuras de Dysart. Seguramente, Helen ignoraba la existencia de aquella salita rosa detrás del escenario de la Opera House, donde las bailarinas ensayaban los pasos delante del espejo y donde todos los libertinos en busca de aventuras podían elegir entre las bellezas del West End. Dysart era muy conocido en aquella sala, y no menos conocida era su última amante. Helen le había visto en su carruaje con aquel ejemplo de virtud, pero era difícil saber qué conclusión había sacado de aquello. No le había hecho ninguna pregunta, así que es posible que lo hubiera adivinado. Sin embargo, Helen no podía imaginar que su hermano se juntaba con los peores calaveras de Londres, empezaba la tarde emborrachándose en el Long's y gravitaba en un universo poco recomendable que a ella le resultaba completamente desconocido. Para los jóvenes desenfrenados, era un entretenimiento mezclarse con los seres más groseros de la ciudad, entrar en los tugurios de Tothill Fields y frecuentar a gente de todo tipo (desde carboneros hasta ladrones). Dysart y sus amigos solían juntarse para ver peleas de perros en la taberna de Charles (donde había que estar muy atento para que no te robaran) y codearse con rateros y mujeres de mala reputación. Bebían vasitos de ginebra en antros y, una vez borrachos,

vagaban por la zona este de la ciudad. A menudo empujaban a los guardias que se quedaban dormidos en el pescante para tirarlos a las cloacas. Muchos caseros respetables se veían obligados a levantarse en mitad de la noche para atender falsas alarmas de fuego o robo. A veces, estas bromas terminaban en el calabozo, donde los detenidos daban un nombre falso y salían en libertad bajo fianza. No, Helen no sabía nada de esto, y ningún ataque de celos llevaría a su marido a contárselo. Para ella sería un duro golpe, y su inocencia, así como su afecto por Dysart, la llevarían a ver los excesos de su hermano con mayor severidad que su esposo. A Cardross le molestaban sus excesos, y temía lo que podía suceder si se prolongaban. Pero pensaba que estos respondían más al aburrimiento que a una depravación innata. Lo que más le inquietaba era sospechar que Dysart, en su inagotable búsqueda de novedades y diversiones, se había unido al Beggars' Club.

Esta desagradable institución tenía su sede en una bodega de Broad Street, y solía estar presidida por el conde de Barrymore, con el coronel George Hanger como vicepresidente. Era frecuentada por la peor chusma de la ciudad, y por todos aquellos que encontraban divertido consumir su cena en unos agujeros tallados en una mesa. No había nada malo en eso, pero los males que podían acechar a un joven que frecuentaba al círculo de Barrymore eran tan graves, que podían alarmar a un padre tan negligente como lord Pevensey. El viejo Georgie Hanger, a pesar de todas sus excentricidades, ejercía poca influencia sobre los más jóvenes. Tenía más de sesenta años, y después de una carrera bastante variada (que había empezado en Eton e incluía un cargo en el ejército, una estancia en la cárcel por deudas y una aventura como comerciante de carbón), había recuperado su rango, y llevaba una vida más moderada. Su edad y sus extravagancias le hacían tolerable en sociedad, pero sus modales eran demasiado groseros para convertirlo en un personaje atractivo; y, para hacerle justicia, no tenía ningún deseo de figurar como líder del grupo, ni de corromper la moral de sus miembros.

El conde de Barrymore era otra cosa. Ni su rango ni su habilidad como jinete le habían valido la aprobación de la alta sociedad. Había sido uno de los fundadores del Whip Club, y había puesto de moda conducir el carruaje con un palafrenero en el pescante. Era un asiduo a las carreras de caballos, pero la buena sociedad (a excepción del príncipe regente, que parecía tener una fuerte debilidad por las malas compañías) se empeñaba en evitarle. Barrymore, con su fama de mujeriego, su audacia en el caballo y su mala reputación, era un auténtico peligro para los jóvenes como Dysart. Y, si todo lo que le habían contado a Cardross sobre él era cierto, ni los temores maternos de *lady*

Pevensey, ni el miedo de Helen a verse separada de su hermano le impedirían poner fin a la desastrosa carrera de su cuñado. Dejando aparte los celos, apreciaba a Dysart lo suficiente para querer salvarle de las consecuencias de su insensatez. Por amor a Helen estaba dispuesto a asumir la desagradable tarea de revelar a lord Pevensey la naturaleza exacta de la vida que llevaba su heredero. Solo esperaba que la noticia no fuera fatal para su delicada salud. No obstante, sospechaba que era muy probable que sufriera un nuevo ataque, y confiaba en que no fuera necesario contárselo. Lord Pevensey podía encogerse de hombros oyendo hablar del carácter desenfrenado de su hijo. Pero en su época, ni siquiera el más disoluto de los libertinos buscaba la diversión en los bajos fondos. A menos que la enfermedad le hubiera debilitado más de la cuenta, sin duda vencería la oposición de su esposa cuando supiera que Dysart no solo se codeaba con delincuentes, sino que se estaba convirtiendo en el favorito de una persona a la que su padre no dudaría en evitar.

Cardross temía que sus imprudentes palabras pudieran llevar a Helen a indagar más en la vida de su hermano. Pero, en realidad, a su esposa le preocupaba menos eso que las posibles consecuencias de la mentira que había inventado para explicar el asalto a su carruaje. Sin duda, lo que había dicho la había asustado, pero después de una breve reflexión se dijo que los celos, que tan claramente había percibido en su esposo, le habían llevado a exagerar las cosas. Que hubiera cambiado de tema de forma tan brusca daba verosimilitud a su idea. Y como ya estaba bastante preocupada por sus propios problemas, no volvió a pensar en ello.

El encuentro con su marido la había entristecido, y le iba a resultar difícil animarse: nunca la había tratado con tanta frialdad, ni la había mirado con tanta desconfianza. Aun así, la culpa era suya. Cardross no tenía esa expresión tan terrible cuando entró en la sala. Helen había temido tener que darle una explicación por el disgusto que había mostrado. Pero al ver que Cardross no le preguntaba nada, su frialdad le había parecido más peligrosa que un ataque de cólera. Sentía como si su esposo la mantuviera a distancia, y aunque su voz fue más dulce cuando le preguntó qué le pasaba, Helen no sintió el impulso de contárselo. Bajo su punto de vista, no podía haber un momento menos oportuno para una confesión. Receloso por la forma en que le había recibido, molesto porque no había vigilado bien a su hermana y furioso por la conducta de Dysart, descubrir que su mujer estaba otra vez endeudada y que había hecho todo lo posible por engañarlo habría tenido el mismo efecto que una cerilla en un barril de pólvora. Tampoco parecía probable que, al conocer el motivo por el que Dysart había asaltado el carruaje, lo mirase con más indulgencia. Más bien al contrario. Porque si a ella le había escandalizado el plan, era más que probable que su marido lo condenase por completo.

Además, cuando la verdad saliera a la luz, era posible que Dysart le contara que su hermana le había prestado trescientas libras. Y entonces, Cardross descubriría que había desafiado su prohibición.

Ante semejante convicción, Helen sintió la inmediata necesidad de advertir a Dysart. Era evidente que Cardross quería hablar con él, y sería terrible que su hermano contara una versión distinta a la suya. Se sentó para escribirle una nota allí mismo, pero tuvo que pararse varias veces a secarse las lágrimas. Por más que intentara secárselas, estas no dejaban de brotar, porque era terrible tener que conspirar con Dysart contra su esposo.

Acababa de entregar la nota al lacayo cuando entró Letty. Helen comprendió al instante que debía advertir también a su cuñada que dijera (en caso de que Cardross le preguntara) que Dysart había asaltado su carruaje por una apuesta. Sintió cómo enrojecía mientras se lo contaba, pero Letty no pareció escandalizarse.

—¡Oh, desde luego! —dijo sin darle importancia.

Helen no supo si alegrarse o entristecerse.

—Así que Giles ha vuelto a casa —dijo Letty, quitándose los guantes—. ¡Pues me alegro!

—¡Oh, sí! —murmuró Helen—. Por supuesto. Quiero decir...

—Porque mi situación ahora mismo es desesperada —dijo Letty, con un brillo desafiante en los ojos.

—¡Cielo santo! —exclamó Helen, alarmada—. ¿Qué ha ocurrido?

—Dentro de seis semanas (¡menos de seis semanas!) Jeremy parte a Sudamérica —anunció con voz trágica.

—¡Oh, querida! ¿Tan pronto? Lo siento mucho.

—No hace falta que lo sientas. Reconozco que habría preferido no tener que casarme de forma tan precipitada. Pero aun así no lo lamento, porque después de todo no tiene importancia.

—Pero querida —dijo Helen, mirándola con angustia—, no pensarás que Cardross va a dar su consentimiento...

—¡Ni él ni tú pensaréis que voy a permitir que mi adorado Jeremy se vaya de Inglaterra sin mí! —proclamó Letty—. A menos que tenga un corazón de piedra, Giles no puede oponerse a la boda.

Helen no alcanzaba a comprender por qué la inminente partida del señor Allandale debía ablandar el corazón de Cardross, y se aventuró a decirlo. Pero Letty no se tomó bien sus palabras e inició una apasionada diatriba. Su discurso no era muy coherente, pero al menos dejó clara una cosa: iba a conceder a Cardross una última oportunidad para corregir su comportamiento.

Para Helen, era justo lo que faltaba para completar un día singularmente desastroso. Le suplicó a Letty que no intentara defender su causa esa noche. Y cuando Letty, con un gesto desdeñoso, declaró que ella no tenía miedo a Cardross, le reveló que su hermano estaba furioso por la carta de *lady* Chudleigh.

Letty se sumergió en un profundo silencio. Al cabo de un momento dijo, con una despreocupación que no engañaba a nadie:

—Da igual. No me importa que me eche uno de sus sermones. ¿Está muy enfadado?

—No, pero me temo que está bastante disgustado. No creo que te diga nada, a menos que le ofendas.

—Está bien, esta noche no le hablaré —decidió Letty—. Es una suerte que tengamos que ir al teatro. Pensaba preguntarte si era necesario que fuéramos, porque no tengo ninguna gana. Aun así no tiene sentido deprimirse, por más que Cardross se haya propuesto romperme el corazón. Le estaría bien empleado que cayera enferma, porque aunque le importe un rábano lo que me ocurra, pienso dejar una carta para que la lean el día de mi funeral, diciendo que todo ha sido culpa suya. ¡No creo que le guste quedar en evidencia!

Animada por esta reflexión, fue a cambiarse de ropa. Eligió un recatado vestido de muselina francesa, y subrayó su modestia envolviéndose los hombros con un pañuelo de encaje. Su devota doncella la miró con preocupación, pero después de explicarle el asunto, Martha entró en el juego, y substituyó los mitones de seda por unos delicados guantes de cabritilla. Letty los miró con disgusto, pero se los puso. De esta forma se presentó ante su hermanastro como la encarnación misma de la virtud. El efecto de este modesto conjunto, aunque no era lo que esperaba, fue muy positivo. Cuando entró en el salón, la expresión de Cardross era severa, pero después de mirar a su modesta hermana, su rostro se relajó. Levantó el monóculo para estudiar mejor su aspecto, y dijo irónicamente:

—¿No vas demasiado recatada, Letty?

La piadosa expresión de la joven dio paso a una traviesa sonrisa.

—¡Querido Giles! —dijo, poniéndose de puntillas para besarle—. ¡Qué agradable sorpresa!

—¿Intentas engatusarme?

Letty soltó una risita.

—No. Es una suerte que hayas vuelto a casa, porque pensábamos ir al teatro esta noche y no teníamos acompañante.

—¡Serás abominable!

—Sí, pero no te enfades —le rogó ella.

—Sería una pérdida de tiempo. Aun así, estoy pensando seriamente en enviarte a casa de la tía Honoria. Podrás acompañarla de vez en cuando a sus reuniones y asambleas, pero solo si te portas bien.

—¡La tía Honoria! ¡Qué horror! —exclamó Letty, estremeciéndose—. ¡Y encima tendría que trasladarme a Bath! Me acabaría fugando para... unirme al teatro.

—¡Tonterías! En una semana te habría sometido. ¡Menudos sustos me daba cuando era niño!

—Me lo creo. Pero yo no me dejo asustar tan fácilmente, te lo aseguro.

Cardross soltó una carcajada, y como justo en ese momento anunciaron la cena, condujo a ambas señoras al comedor. Letty, que se había propuesto agradecerle, le tuvo entretenido con una animada conversación en la que Helen apenas participó, limitándose a sonreír mecánicamente ante sus absurdas ocurrencias. Se sentía oprimida, y temía que Letty, animada por el buen humor de su hermano, pensara que era buen momento para sacar el tema de su boda. La cena le pareció interminable, aunque en realidad fue más corta de lo normal, pues nadie esperaba a milord. El cocinero apenas tuvo tiempo para improvisar un segundo plato, y tuvo que completar la sopa, los pichones y la pularda *à la Duchesse* del primero con una pechuga de cordero asada, unos langostinos y unos pastelillos de queso. Este vulgar banquete no se libró de las críticas del mayordomo: Farley, que estaba en guerra con el cocinero francés, profetizó que milord no tardaría en quejarse. Pero milord no dijo nada. En cuanto a *milady*, aunque rechazó la mayoría de los platos, y apenas comió de los otros, su abstinencia se debió más a una pérdida de apetito que a una especial aversión al menú.

Cuando se levantaron de la mesa el conde, que durante la cena había observado varias veces a su esposa, le preguntó en voz baja si se encontraba bien.

—¡Oh, sí! —se apresuró a decir Helen—. Solo estoy un poco cansada, pero no es nada.

Letty la interrumpió para decir que estaban las dos agotadas de tanto baile; y cuando Cardross sugirió que debían quedarse en casa en vez de ir al teatro, la joven estuvo de acuerdo, recordando a su cuñada que hacía meses que no ponían nada que mereciera la pena. Dijo que prefería quedarse en casa, disfrutando de una agradable conversación. Pero como Helen sabía que aquella agradable conversación no tardaría en convertirse en un desagradable enfrentamiento con su hermano, dijo que le apetecía mucho ir al teatro.

Cardross estuvo de acuerdo, pero aquella calidez en su voz había desaparecido cuando dijo con indiferencia: «Como deseas, amor mío».

La obra no era ni mejor ni peor que otras representaciones a las que habían asistido ese año. Incluso Letty, que pensaba que era una grosería irse antes de que bajaran el telón, estuvo de acuerdo cuando Cardross sugirió que no debían quedarse hasta el final. Londres atravesaba un periodo terrible para el teatro, y a excepción de la aparición ocasional de la señora Siddons en representaciones benéficas, y la promesa de un nuevo melodrama de Charles Kemble (que iba a representarse a finales de mes con el prometedor título de *La desvergonzada*), no había nada que pudiera atraer ni al más apasionado de los espectadores. Con el Haymarket cerrado por problemas legales, el Surrey dedicado a *burlettas* indecentes, el Regency en declive y el Lyceum y el Olympic consagrados a espectáculos circenses, los amantes del drama se veían obligados o bien a quedarse en casa, o a asistir a las insípidas obras que ofrecían en el Drury Lane o el Sans Pareil.

—¡No entiendo cómo tenías tantas ganas de ver esa obra! —dijo Letty con franqueza cuando Cardross, después de acompañarlas a casa, se fue a pasar un rato al White's Club.

—¡No quería verla! —dijo Helen con cansancio—. Lo dije porque temía que empezaras a molestar a Giles con el tema de la boda, y pensé que cualquier cosa sería mejor que eso.

—¿Qué más te da que le hable de mi boda? —preguntó Letty, sorprendida—. Giles no va a culparte a ti de eso.

—No, seguramente no me culpará... ¡hasta que me metas en la discusión! Además, no tengo por qué escuchar cómo le faltas al respeto. Porque debes reconocer, Letty, que cuando estás enfadada, le hablas con muy poca educación.

—¡Tonterías! ¿Por qué no iba a decirle lo que pienso? —dijo Letty con desprecio—. Al fin y al cabo no es mi padre. No quisiera preocuparte, Helen, pero te advierto que pienso hablar con él mañana por la mañana, antes de que se vaya. Es más, pienso sacar el tema cada vez que le vea, hasta que ceda. Estoy segura de que cederá, porque he observado que los hombres no soportan que les recriminen, y hacen lo que sea con tal de que los dejen en paz.

Después de escuchar este agradable proyecto, Helen expresó el ferviente deseo de que la Providencia castigara a Letty con fiebre, para que se viera obligada a guardar cama durante unos días. Dicho esto se fue a la cama,

víctima de lo que Letty, con bastante crueldad, llamó «un ataque de melancolía».

La Providencia no castigó a Letty, pero Helen fue lo bastante cautelosa para no aparecer a la hora del desayuno. Como era domingo, el desayuno se servía antes que el resto de la semana: lo suficiente para que Letty pudiera iniciar las hostilidades contra su hermano.

Helen no tardó en comprender que Letty había aprovechado la ocasión. Estaba sentada frente al tocador mientras Sutton le peinaba los rizos «a la Safo», cuando Letty irrumpió en la habitación, jadeante tras subir corriendo las escaleras y con los ojos echando chispas.

—¡Helen! —gritó con furia.

Consciente de que la presencia de Sutton no le impediría contar sus desgracias, Helen despachó a su doncella. Apenas se había cerrado la puerta a la espalda de la señora Sutton cuando estalló la tormenta. Recorriendo con rabia la habitación, Letty proporcionó a su cuñada un amargo resumen de lo que había ocurrido en el comedor a la hora del desayuno. La escaramuza inicial se había convertido rápidamente en un ataque a gran escala. Por desgracia, la pobre Letty había sido golpeada por todos los flancos. Su relato se veía frecuentemente interrumpido con críticas al carácter de Cardross, siendo «cruel», «desalmado», «tiránico» y «odioso» los epítetos más suaves que utilizó para describirlo. Después de intentar calmarla en vano, Helen se resignó, escuchando con aire distraído las distintas medidas (afortunadamente, imposibles) que Letty pensaba tomar si Cardross persistía en su actitud, y preguntándose si llegarían a tiempo al servicio dominical. Como era de esperar (teniendo en cuenta el estado de sus nervios), la diatriba de Letty terminó en un mar de lágrimas, tan violento que Helen temió seriamente que sufriera un ataque de histeria. El peligro fue evitado gracias a una mezcla de sales y de sentido común, y la víctima de la persecución fraterna cayó en un llanto tranquilo. Helen acababa de calmarla y le estaba frotando las sienes con agua de Hungría cuando Cardross, después de llamar bruscamente a la puerta, entró en la habitación. Al ver a Letty lánguidamente recostada en el sofá, se detuvo en el umbral y dijo en tono mordaz:

—¡Qué espectáculo más conmovedor!

—¡Cállate, Giles, te lo ruego! —le suplicó Helen.

La afligida damisela se incorporó del sofá, y con la voz ronca por el disgusto amenazó con caer presa de fuertes convulsiones si Cardross no salía inmediatamente de la habitación.

—Hazlo si quieres que te dé una bofetada —respondió Cardross, mirándola como si estuviera deseando cumplir su amenaza—. Si no lo quieres, déjate de tanto melodrama y vete a tu habitación.

—¿Crees que puedes ordenarme que me vaya a mi habitación, como si fuera una niña? —chilló Letty.

—¡Sí, y te llevaré a la fuerza si no me obedeces ahora mismo! —dijo Cardross, abriendo de nuevo la puerta—. ¡Fuera!

—¡Por el amor de Dios, Cardross! —intervino Helen, temiendo que Letty volviera a sufrir un ataque—. Vete, te lo ruego, y déjamela a mí. Esta es mi habitación y no tienes derecho a ordenar a Letty que se vaya.

—Tienes una idea muy curiosa de cuáles son mis derechos —dijo su esposo con gravedad—. No dudo que Letty sea mejor recibida en tu habitación que yo. Pero reconoce que al menos tengo derecho a estar a solas contigo cuando quiera.

Helen empalideció, pero dijo con voz más calmada:

—Desde luego. Si deseas hablarme, podemos ir al vestidor.

—¡No hace falta! —declaró Letty, temblando de rabia—. Por nada del mundo querría exponerte al maltrato que estoy sufriendo, Helen. Y para ahorrártelo, me iré.

Aquel noble discurso borró la expresión tempestuosa de Cardross, que se echó a reír: un evento inesperado que exasperó a Letty, pero que alivió profundamente a Helen. Letty solo se detuvo para informar a su hermano de que sus modales eran repugnantes y su carácter malévolo, y dicho esto salió de la habitación. Cardross cerró la puerta, diciendo:

—¡Menuda bruja! Lo siento mucho por Allandale, si algún día llega a casarse con ella.

—Está muy afectada desde que sabe que Allandale debe dejar Inglaterra tan pronto —explicó Helen—. Es imposible no compadecerse de ella, y yo... Pero no quiero disgustarte más.

—¡Menos mal! Ya he tenido suficiente por hoy, te lo aseguro. ¡Y a la hora del desayuno!

—Debo reconocer que ha elegido un mal momento —admitió Helen.

—¡Muy malo! Aunque tampoco me habría convencido a otra hora —añadió, mientras su esposa suspiraba—. Sí, sé muy bien lo que piensas, pero no he venido aquí a discutir contigo sobre este lamentable asunto. He venido para consultarte qué debemos hacer ahora. De una cosa podemos estar seguros: hasta que ese desafortunado joven no haya dejado el país, no habrá paz ni para ti ni para mí. Yo me veré sometido a una interminable repetición

de la escena de hoy. Y tú, imagino, te verás obligada a representar el agotador papel de confidente. En fin, no veo por qué tienes que soportar los berrinches de Letty, así que dime la verdad: ¿quieres que la mande a Bath?

—¡Por nada del mundo! —se apresuró a decir Helen—. ¿No hablarías en serio cuando la amenazaste con eso?

—No, pero entonces no sabía que Allandale dejaría Inglaterra tan pronto.

—¡No debes hacerlo! Sería muy cruel enviarla fuera de la ciudad cuando queda tan poco para que el señor Allandale se vaya. Estoy segura de que se fugaría (tal vez a casa de la señora Thorne), y eso te disgustaría mucho. ¡No quiero ni pensar en lo que diría la gente!

—Conozco a mi tía Honoria, y te aseguro que Letty no tendría ninguna posibilidad de fugarse —dijo Cardross con una ligera sonrisa—. Pero tranquila, de momento no voy a enviarla con su tía. Es una mocosa agotadora, y cuando empieza a gritar me dan ganas de torcerle el cuello. Pero su educación es hasta tal punto responsable de su comportamiento que no creo que merezca caer en las garras de mi tía. Aun así, no quiero que te moleste con sus rabietas.

—No me molesta, y te ruego que no pienses más en mandarla con tu tía Honoria. De una cosa puedes estar seguro: no debes temer una fuga por su parte.

—¡Cierto! La incapacidad de Allandale para mantenerla hace imposible esa catástrofe.

—Eso no es justo, Cardross —dijo Helen a modo de reproche—. Puede que no sea un buen partido, pero debes reconocer que sus principios y su sentido del decoro son demasiado elevados para pensar en fugarse.

—Sus principios pueden ser todo lo elevados que quieras, pero su resolución deja mucho que desear. Si tuviera un poco de amor propio, jamás se habría dejado convencer para pedir la mano de Letty. Mi hermana puede ser muy mandona cuando quiere, y me sorprende que no lleve a su prometido con un anillo en la nariz, como un oso amaestrado. Solo confío en que sus limitadas circunstancias no le lleven a hacer ninguna locura. Letty se quedará entonces en Londres, y no me culpes si te molesta.

Con estas palabras salió de la habitación. Después de un discreto intervalo de tiempo, la señora Sutton regresó para peinar a su señora antes de presentarse en la Capilla Real.

Sin embargo, Helen decidió que era demasiado tarde para ir a la Capilla Real, y rechazó su carruaje para dirigirse a pie a la Capilla de Grosvenor, un lugar de culto que, aunque frecuentado por personas elegantes, no merecía los

mejores esfuerzos de la señora Sutton. La acompañaba Letty, a la que había convencido de venir con la esperanza de que el oficio religioso la calmara un poco. Por desgracia, el reverendo anunció que el texto del sermón sería un versículo de la Carta a los filipenses. Y cuando, con voz sonora, dijo «no actuéis por rivalidad ni por vanagloria, sino con humildad», Helen sintió que su cuñada se revolvía en su asiento.

El sermón que siguió era tan apropiado para los sucesos de la mañana que Helen, lejos de verse edificada, tuvo que aguantarse la risa. Letty, rabiosa, dijo que era evidente que Cardross había sobornado al clérigo para que eligiera un texto que parecía dirigido expresamente a ella.

A su regreso a Grosvenor Square, Helen se encontró con una nota de Dysart. No, dijo el portero, milord no había venido en persona, sino que había enviado la nota por medio de su lacayo. Helen se la llevó al vestidor para leerla en privado, pero su contenido era decepcionante. El vizconde solo le había escrito unas líneas para decirle que había recibido su carta, y que tendría mucho cuidado en no encontrarse con Cardross. Helen tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no mandarle otra carta, recordándole que necesitaba dinero. *Lady Sefton*^[14] fue a visitarla esa misma tarde, y se quedó una hora haciendo misteriosos comentarios y mirando a Letty con picardía. *Lady Sefton* conocía a la señora Allandale desde hacía años y estaba al corriente de todo lo que pasaba en Grosvenor Square. Pero ni siquiera Helen, que la apreciaba, pudo perdonarle que viniera a averiguar cualquier circunstancia interesante que no hubiera llegado a oídos de la señora Allandale. Acababa de marcharse cuando recibió otra visita aún más inoportuna, la de *lady Cowper*^[15], que venía a pedirle su apoyo para una organización benéfica que ella misma presidía. Sin embargo, no tardó en intentar sonsacarle, de la forma más dulce posible, todos los detalles del romance de Letty. Helen se avergonzó al darse cuenta de que su cuñada estaba en boca de todo Londres. Al igual que todos los Lamb, *lady Cowper* poseía un encanto que solía inducir a las incautas a hacerle confidencias, que más tarde servían de material para su lengua mordaz. Pero sus insinuaciones no encontraron respuesta en las señoras Merion, a excepción de una mirada glacial por parte de Letty y una amable cortesía por parte de Helen, que evitó todas sus preguntas. *Lady Cowper*, decepcionada, dijo más tarde a sus conocidos que era una pena que una joven tan hermosa fuera tan insípida. En cuanto a sus anfitrionas, pasaron el resto de la tarde criticándola y tratando de decidir cuál era su peor defecto: si hablar mal de los demás, o vestirse de verde para hacer visitas.

La tarde se animó con el intento de Letty de convencer a su hermano de que, privándola de su fortuna, se haría culpable de malversación. Cardross no se dejó provocar, e incluso la escuchó con gran paciencia cuando, renunciando a aquella estrategia de ataque tan poco prometedora, Letty se explayó en las múltiples (aunque difusas) ventajas de vivir en Brasil, y en la tristeza que soportaría separada por eones de tiempo del señor Allandale. Cardross intentó animarla a ver las cosas con mayor moderación, explicándole (en tono divertido pero con gran amabilidad) que dos, o incluso tres años no podían considerarse eones de tiempo; y que la posibilidad de que el señor Allandale fuera seducido por una mujer de origen portugués era demasiado remota para tomarla en consideración.

—¡No te preocupes tanto, hermanita! —dijo, estrechándole la mano—. Podría ser peor. Si yo fuese ese malvado tirano que dices que soy, le habría dicho a Allandale que no piense más en ti. Pero no lo he hecho y no lo haré. Ahora bien, no puedes esperar que, a los diecisiete años, permita que te cases con un joven que no tiene ni rango ni fortuna, y que se encuentra en los inicios de su carrera. No lo permitiré, así que deja de pelearte conmigo, sé buena e intenta ser un poco más sensata.

—¡No hablarías así si amaras a alguien como yo amo a Jeremy! —dijo Letty, mirándole con tristeza—. ¡Tú no sabes lo que es el amor!

Cardross dejó caer la mano de su hermana.

—Te equivocas —dijo.

Letty enrojeció.

—¡No me equivoco! Crees que tienes corazón, pero no lo tienes. ¡No te gusta que te lo digan, pero es verdad!

—Letty, no solo te estás volviendo aburrida, sino que te faltan modales y sentido común. Déjame que te diga que como no aprendas a comportarte como es debido, serás una pésima mujer para un diplomático.

—¡Jeremy piensa que soy perfecta! —saltó Letty, enrojeciendo de rabia.

—Y eso —observó Cardross mientras Letty salía dando un portazo— me hace dudar de su inteligencia.

Helen sonrió, y dijo mientras se levantaba de la butaca:

—Creo que debería seguirla. Ha estado muy triste y angustiada todo el día, y ya sabes cómo es: cuando está contenta no he conocido a nadie con más energía. Pero su humor puede cambiar de un momento a otro, y puede pasarse días enteros llorando.

—No tengo paciencia para sus rabietas. La verdad es que está malcriada, y no soporta que le lleven la contraria.

—¡Desde luego! —reconoció Helen—. Pero no querrás que llore hasta caer enferma.

—¡Tonterías! —dijo Cardross, irritado—. Lo que no quiero es que te afecte a ti. Imagino que tendremos que soportar sus berrinches durante varias semanas. No podemos hacer nada hasta que Allandale se haya ido, ¿pero qué te parece si alquilo una casa en Brighton, en vez de ir a Merion al final de la temporada? ¿Recuerdas cómo se enfadó cuando me negué a llevarla allí? ¡Se pasó una semana echándomelo en cara! Las fiestas del príncipe no es lo que elegiría para ella, pero seguro que le divierte ir allí.

—Tal vez se distraiga un poco —dijo Helen. Después de un momento de vacilación, añadió—: Pero no mucho. No quisiera disgustarte, Cardross, pero creo que tú no lo entiendes. Esperas que Letty olvide al señor Allandale, pero no lo hará. ¡Está enamorada de él!

—¿Qué sabrá del amor una joven de su edad?

Helen enrojeció y dijo, avergonzada:

—Yo no era mucho mayor... cuando pediste mi mano.

Su esposo la miró, atónito. No respondió enseguida, y cuando por fin habló, lo hizo con cierta deliberación.

—No. No eras mucho mayor, ¿verdad?

El día siguiente fue un día triste, que se animó solo al atardecer, cuando empezaron a llegar los invitados a una partida de cartas. La mañana empezó de manera desfavorable, con un nuevo recordatorio de madame Lavalley. Helen se puso tan nerviosa que ni siquiera intentó presionar a Dysart, sino que le mandó inmediatamente una carta a su apartamento, rogándole que le dijera qué debía hacer, o que negociara un préstamo para ella «con un usurero respetable». Apenas había enviado la carta cuando entró Martha con un mensaje de su señora: al parecer, Letty se había despertado con dolor de muelas después de una mala noche, y le rogaba que la dispensara de acompañarla a North Audley Street, a visitar a las señoritas Berry.

Helen encontró a la enferma aún en la cama, con los ojos hinchados pero con buen aspecto, y sin rastro de inflamación en la mandíbula. Al menos no había absceso. Pero cuando Letty anunció con voz moribunda que pensaba que el dolor cedería si se quedaba tranquila en la cama, Helen insistió con firmeza en que debía ir al dentista. La negativa de Letty no le sorprendió, pues tampoco a ella le agradaba que le arrancasen una muela. Pero cuando Letty dijo que iría, y que Martha debía acompañarla para que Helen no tuviera que posponer su visita a North Audley Street, empezó a sospechar que el dolor de muelas tenía alguna relación con aquella visita. La difunta *lady* Cardross era muy amiga de las dos hermanas Berry, pero su hija, sin agradecer el interés que aquellas señoras se tomaban en ella, siempre encontraba ingeniosas excusas para no visitarlas. Decía que la señorita Berry era una chismosa, la señorita Agnes una gruñona, y que nada le aburría más que ir a Little Strawberry a pasar el día con ellas. Es más, la joven se alegró de forma tan ostensible cuando la señorita Berry, en su última visita a

Grosvenor Square, les confesó que se había visto obligada a buscar un inquilino para Little Strawberry, que Helen se avergonzó de ella, y más tarde la regañó por cruel y maleducada. Así que dirigió una mirada escrutadora a aquella niña malcriada, y le dijo que ella misma la llevaría a ver al señor Tilton. Si no hubiera estado tan preocupada, se habría reído de la mirada de resentimiento que le dirigió su cuñada.

Por suerte para Letty (que, cuando se sentó en la siniestra silla del señor Tilton, estaba aterrorizada), aquel experimentado dentista no encontró nada malo en sus muelas. En su opinión, el sufrimiento que estaba soportando tan heroicamente se debía a un tic nervioso. Le recomendó guardar cama y unas gotas de láudano como calmante, prescripción que Helen le obligó a seguir a rajatabla. A las cuatro, Letty anunció que se encontraba perfectamente, y se levantó para arreglarse para la partida de la tarde. Estaba de mal humor, pero para sorpresa de Helen (y para su alivio), no volvió a hacer referencia a la crueldad de Cardross. Parecía haber asumido que no había manera de convencerle, y a excepción de un mohín y alguna que otra mirada taciturna, no volvió a experimentar ninguna crisis nerviosa. Helen pensó que prefería aquello a las agotadoras e inútiles discusiones que había tenido que presenciar últimamente.

Dysart no vino. Pero como al parecer había ido a ver un combate de boxeo, aquello no era de extrañar. Helen solo podía esperar que encontrara tiempo para enviarle una respuesta a su carta, porque si venía a Grosvenor Square al día siguiente, no la encontraría en casa. Se había comprometido a acompañar a Letty a una fiesta al aire libre en Osterley.

A la mañana siguiente no recibió ninguna carta. Y si su anfitriona no hubiera sido *lady* Jersey, a la que era muy peligroso ofender, se habría sentido poderosamente tentada a no asistir. Sin embargo, era imposible hacerlo sin ofender gravemente a *lady* Jersey que, después de haber acudido a la partida de cartas de la tarde anterior, no podía creer en una repentina indisposición.

—¡Oh, no! —dijo Letty—. Sería un escándalo que no fueras. Pero yo no debo hacerlo, porque no tengo ninguna gana, sin mencionar que estoy sufriendo muchísimo por culpa de este maldito tic nervioso. Mi intención es quedarme en casa con un chal en la cabeza.

—¡Sí, y con un libro de oraciones en la mano! —exclamó Helen—. ¡Por el amor de Dios, Letty! ¡Tienes los mismos tics nerviosos que yo!

—¡Aunque no los tenga, no me puedes obligar a ir a fiestas con lo que estoy sufriendo! —chilló Letty—. Seguro que a Cardross le gustaría decir que, si continúo yendo a fiestas, es porque no ha conseguido romperme el

corazón. ¡Pero no le daré esa satisfacción, así que puedes decírselo si quieres! ¡No iré a la fiesta!

—¡Debes ir, Letty! —dijo Helen, muy seria—. No querrás que tus asuntos se conviertan en objeto de habladurías. Recuerda cuánto te molestó cuando *lady* Sefton y *lady* Cowper vinieron el domingo a intentar descubrir qué había de verdad en los rumores que corren por ahí. No debes mostrar tus sentimientos, querida. No es propio de una señorita.

—¡No iré! —repitió Letty con obstinación.

—¿No irás dónde? —preguntó Cardross, que entró en la habitación en ese momento.

—¡No iré a Osterley con Helen, y no me importa lo que la gente diga de mí!

—¡Por supuesto que irás a Osterley! —respondió él con calma—. ¿Qué excusa vas a inventar para no ir?

—Ya le he dicho a Helen que tengo un tic nervioso. Si no me cree, es su problema. Pero ninguno de los dos podéis obligarme a ir.

—¿Helen no te cree? Qué cruel por su parte. Yo sí te creo, y voy a llamar ahora mismo al doctor Baillie para que venga a verte —dijo su hermano con una sonrisa—. Mis compromisos no son urgentes, y te prometo que me quedaré en casa contigo.

—¡Prefiero ir a Osterley que soportar tu compañía! —dijo Letty, temblando de rabia.

—Lo imaginaba —observó Cardross, abriéndole la puerta para dejarla salir. Dirigió una mirada interrogativa a Helen, y dijo mientras cerraba la puerta—: ¿Qué estará tramando? ¿Un encuentro clandestino con Allandale?

—No lo sé —repuso Helen, preocupada—. Espero que no, pero reconozco que no me siento tranquila. Me da mucha pena, pero no estaría bien que se encontrara con él a escondidas. No le digas nada, pero temo que Letty ha manifestado su amor por él de forma demasiado evidente. Ya se habla de ello en ciertos círculos.

—¡Lo que faltaba! Pues ten cuidado y no dejes que te embauque. ¡No pienso tolerar encuentros clandestinos!

—¡Lo sé! Aun así me preguntaba, Cardross, si me dejarías invitar al señor Allandale a cenar con nosotros antes de que se vaya. ¡Pobre Letty! Es muy duro para ella no poder despedirse de él.

—¿Quieres que favorezca una relación que desapruuebo? —preguntó él, extrañado.

—No más de lo que ya lo has hecho, diciendo que podrían casarse a su regreso de Brasil. Estoy segura de que Letty agradecerá mucho que le permitas verlo. Y así no tendrá que encontrarse con él a escondidas.

Cardross parecía escéptico, pero se encogió de hombros y dijo:

—Está bien. Haz lo que te parezca.

—¡Gracias! Se lo diré. Espero que eso le sirva de consuelo.

Sin embargo, cuando Letty se enteró de la oportunidad que le ofrecían, no mostró mucho entusiasmo. Tampoco dio una respuesta satisfactoria cuando Helen le explicó que no debía encontrarse en secreto con el señor Allandale. Sentada junto a Helen en el carruaje, parecía la viva imagen de la desgracia. Pero cuando llegó a Osterley, se animó un poco. Era muy sensible a la admiración, y recibió tantos cumplidos por su nuevo y elegante vestido que Helen se sintió aliviada al verla sonreír.

Poco después del mediodía, el portero de Cardross House abrió la puerta al vizconde Dysart. Milord, que iba vestido de viaje, entró bruscamente en el vestíbulo y preguntó por su hermana. Al enterarse de que había ido a una fiesta con *lady* Letitia pareció sorprendido, y después furioso.

—¿A Osterley? ¡Esto es el colmo! ¿Ha dejado algún mensaje para mí?

No, dijo el portero, no creía que *milady* hubiera dejado ningún mensaje, a menos que se lo hubiera confiado a Farley.

El vizconde, impaciente, dirigió una mirada interrogativa a Farley, que acababa de subir de las habitaciones del servicio.

—¿Ha dicho *milady* cuándo volverá? —preguntó.

—No, señor, solo que no esperaba llegar tarde. Creo que se trataba de una fiesta al aire libre. Un pícnic o algo parecido.

—¡Lo que faltaba! —dijo el vizconde con disgusto.

—Creo que lord Cardross aún no ha salido. ¿Desea hablar con él? Está con el señor Kent, pero...

—No. No quiero molestarle, y menos si está reunido con su administrador —le interrumpió Dysart con aplomo—. Es más, no hace falta que le diga que he venido. Estoy aquí para hablar con *milady* de un asunto privado.

—Como desee, milord —dijo Farley, aceptando con total naturalidad la generosa propina que le ofrecía el vizconde.

—Subiré a la habitación de *milady* y le escribiré una nota —declaró Dysart—. Y será mejor que me devuelva el sombrero. No quiero que lord Cardross lo vea.

No obstante, fue el portero el que se encargó de ocultar el sombrero a milord. Dysart le dijo que tuviera cuidado y, rechazando su compañía, subió

por la escalera.

—A saber qué andará tramando —dijo el portero, escondiendo el sombrero debajo de su silla—. En fin, puede que sea un calavera, pero nunca olvida dar una propina. Otros no me dan ni las gracias. Seguro que saco una buena suma por esconderle el sombrero. ¿Cuánto le ha dado a usted, señor Farley?

Pero Farley, disgustado por aquella vulgar muestra de curiosidad, se limitó a mirarle con desprecio antes de retirarse.

Veinte minutos después, el vizconde bajó las escaleras y se detuvo en el último escalón para comprobar que no había moros en la costa. Animado por la señal que le hizo el portero, bajó el escalón y le entregó una nota sellada.

—¿Tendría la amabilidad de dársela a *milady*, George?

—Sí, milord. ¡Gracias, milord! —dijo el portero, al ver la moneda de plata que acompañaba a la nota.

—Y si quiere ganar dinero en la Copa del Rey —añadió el vizconde, poniéndose el sombrero y los guantes—, apueste por un caballo llamado Cucaracha.

El portero volvió a darle las gracias, pero con menos fervor. Aficionado a las carreras, sospechó que milord estaba haciendo apuestas arriesgadas, y solo pudo lamentar su imprudencia: sabía que, si empezaba a perder, habría una triste disminución en el flujo de propinas.

Al cabo de unas horas, Helen intentó descifrar la nota de su hermano en la soledad de su habitación. Apenas la había leído cuando la leyó otra vez, sin saber si debía alegrarse o asustarse de su contenido.

¿Para qué insistes tanto en que venga a verte (decía Dysart sin preámbulos), si después te vas a un pícnic? No puedo esperar a que vuelvas porque me voy de la ciudad y estaré ausente unos días. Pero no debes preocuparte, porque he encontrado una forma de resolverlo todo. No voy a decirte de qué se trata, porque seguro que no te gusta. Nunca he conocido a nadie con tan tos escrúpulos. Seguro que habrías puesto mil reparos si hubieras estado en casa, así que me alegro de que no estés. Si esa avariciosa modista tuya vuelve a pedirte el dinero antes de que vuelva, dile que le pagarás antes del fin de semana. No te angusties, hermanita, porque esta vez no fallaré. Y no creas que he vendido tus preciados zafiros, ni ninguna otra cosa de valor, porque no lo he hecho.

Con afecto,
Dysart

P. D: He sobornado a Farley para que no le diga a Cardross que he estado aquí, y a tu portero también (o al menos lo he intentado). Así que no vayas a contárselo todo como una estúpida.

Después de leer la nota dos veces, Helen se sintió aliviada. Era evidente que Dysart había encontrado la manera de pagar su deuda, aunque no lograba adivinar cómo. Le preocupaba saber que no le gustaría. Pero como Dysart se había enfadado tanto cuando temió que pudiera asaltar un carruaje, y le aseguraba que no había cogido sus joyas, se dijo que no podía ser una solución tan grave. Le había escrito con tanta seguridad que sus primeros temores se desvanecieron. No habría dicho que esta vez no fallaría si todo dependiera de las cartas o de los dados. Lo peor que podía pasar era que estuviera pensando en cometer una locura. El hecho de que se fuera de la ciudad no era buena señal. Helen sabía que su hermano había saltado una mesa a caballo porque alguien había apostado que no lo haría. Sabía también que jamás rechazaría una apuesta peligrosa, porque el miedo le era tan desconocido que sus familiares habían sospechado más de una vez que era incapaz de reconocer el peligro. Empezaron a asaltarle vagas aunque terribles sospechas, pero antes de dejarse vencer por la aprensión, recobró el sentido común, y se dijo que ni siquiera el más estúpido de sus amigos le propondría una apuesta cuya aceptación pusiera su vida en peligro.

Durante veinticuatro horas pasó de la esperanza al temor, hasta que un suceso más dramático de lo que podría imaginar vino a perturbarla. Al volver a casa, había encontrado un mensaje que requería una respuesta inmediata y, llevándoselo a su habitación, se sentó en el escritorio a responderlo. Acababa de firmar y aplicar el papel secante cuando se abrió la puerta, y Sutton exclamó:

—¡Milady!

Su doncella parecía preocupada. Pensando que debía suponer que la había llamado (pues nada lograba perturbar a Sutton más que la degradante sospecha de que había faltado a su deber), Helen dijo:

—Sí, he vuelto a casa, pero no he hecho sonar la campanilla. ¡Así que no pienses que llegas tarde! El vestido de muselina india bastará para la cena.

—No es eso, señora —respondió Sutton—. ¡Se trata de su collar!

—¿Mi collar? —repitió Helen sin comprender.

—El collar de diamantes y esmeraldas que no se pone y que guardamos en este armario —explicó Sutton con aire trágico—. Lo puse entre los pliegues del vestido de terciopelo azul, donde a nadie se le ocurriría buscarlo. Hace más de una hora que lo he descubierto, señora, y no sé cómo he podido mantenerme en pie. En todos mis años de servicio no le ha pasado nada igual a ninguna de mis señoras. ¡El collar ha desaparecido!

Helen se quedó petrificada. Cuando las terribles implicaciones de aquellas palabras penetraron en su mente, se sintió incapaz de moverse o de hablar. Empalideció mortalmente, pero estaba de espaldas a su doncella, y esta no vio lo cerca que estaba de desmayarse.

—He cogido las prendas de invierno de la señora para cepillarlas y asegurarme de que no tuvieran polillas, que es lo que suelo hacer, *milady*, sobre todo cuando están forradas de piel. El estuche del collar seguía estando en su sitio, pero cuando lo levanté me pareció que pesaba muy poco, y me asaltó una terrible sospecha. ¡Al abrirlo vi que estaba vacío!

Una voz que Helen sabía suya, pero que parecía no pertenecerle, dijo:

—¡Cielo santo! ¡Qué susto me has dado, Sutton!

—¿Señora?

Sutton parecía extrañada. Temblando, Helen dejó el papel secante en la mesa y se mordió el labio inferior. Había superado su debilidad: no debía flaquear en un momento como aquel.

—¿Entonces no te lo dije, Sutton?

—¿Decirme el qué, señora?

Helen empezaba a ver el final del camino que había emprendido. Solo faltaban unos pasos.

—¿No te lo dije? ¡Qué tonta soy! Pensaba que te lo había dicho. No te preocupes, no lo han robado.

—¿Lo tiene usted, señora? —preguntó su doncella, angustiada.

—Sí. Es decir, no. Se lo he llevado a Jeffreys.

—¿A Jeffreys? —repitió Sutton, perpleja—. ¡No me había dicho nada! ¿Y por qué lo sacó del estuche? No me diga que se lo metió en el bolso. No soy quién para decírselo, ¡pero no debió hacerlo! Se le pudo caer, o pudieron robárselo. ¡Me dan palpitaciones solo de pensarlo!

—¡Tonterías! Estaba mucho más seguro en mi bolso. Espero que no hayas dicho a nadie del servicio que lo han robado. Si lo has hecho, se sentirán muy incómodos, pensando que son sospechosos.

—No se lo he dicho a nadie —declaró Sutton, muy digna—. Me parece una grosería hacer semejantes revelaciones a alguien que no sea usted, señora.

—Te lo agradezco. Verás, pensaba ponérmelo el día del baile, con el vestido verde. Así que... me lo puse para ver cómo me quedaba. Sí... fue el jueves pasado, cuando fuiste a ver a tu hermana. Me pareció que el cierre estaba un poco suelto. Por eso se lo llevé a Jeffreys.

—Muy bien, señora —dijo Sutton, recuperando su aire imperturbable—. Me alivia mucho saber que no hay motivos para alarmarse. Créame, me he asustado tanto que pensaba que iba a darme un espasmo.

La doncella frunció los labios, hizo una breve reverencia y se retiró a preparar el vestido para la cena.

Helen intentó levantarse de la butaca, vio que le temblaban las rodillas y volvió a sentarse. Había evitado que la descubrieran, pero ahora no sabía qué hacer. Y durante varios minutos, ni siquiera pudo pensar. En su mente solo se presentaban imágenes tan inútiles como desagradables: ella hacía meses, sacando el collar de su escondite para enseñárselo a Dysart; Dysart sentado en el mismo escritorio donde estaba ahora, escribiéndole que no había cogido sus zafiros ni ninguna otra cosa de valor; el rostro de Cardross cuando habló con tanta dureza de Dysart y después, de repente, se interrumpió... Helen suspiró y se cubrió los ojos con la mano. Dysart sabía que no le gustaba el collar de los Cardross, ¿pero cómo podía pensar que tenía derecho a disponer de él a su antojo? ¿O acaso no le importaba?

Era inútil seguir haciéndose preguntas. No encontraría respuesta hasta que no hablara con Dysart. Y ese pensamiento hizo surgir otra pregunta, mucho más urgente: ¿dónde estaba Dysart? Al principio le había parecido extraño que tuviera que dejar la ciudad. Pero ahora pensó que debía de ser muy peligroso vender el collar a un joyero o una casa de empeños de Londres. No sabía nada de joyas, pero tenía entendido que era un collar famoso, y sin duda era imposible no reconocerlo. Lo habían hecho hacía mucho tiempo, en los años de la reina Isabel, como regalo de boda del Cardross de la época a su esposa, y había aparecido en numerosos retratos familiares. Además era una obra bastante insólita, porque las piedras estaban dispuestas formando un diseño de flores y hojas, y cada flor parecía estremecerse al término de una pequeña espiral de oro. Helen lo había llevado una sola vez, en el Salón de la Reina. Pero, aunque el collar había despertado gran admiración y no poca curiosidad (pues nadie lograba imaginar qué sostenía las flores de diamantes por encima del pecho de Helen, o qué hacía que temblaran y oscilaran a cada movimiento), Helen sabía que no le sentaba bien. Tenía demasiadas flores,

demasiadas volutas doradas en los engastes, demasiadas hojas de brillantes esmeraldas. En una ocasión le dijo a Cardross que debía donarlo a un museo. Pero, aunque él reconoció que donde mejor estaba era en una vitrina, le gustaba que se lo pusiera en ocasiones solemnes. Así que nunca lo había cedido a un museo. Sin embargo, aunque nunca había estado expuesto al público, Helen imaginaba que sería tan conocido que Dysart tendría que buscar un comprador en las provincias. Se preguntó con desesperación cómo pensaba su hermano que podía ocultar la pérdida del collar. ¿Habría encontrado un joyero con la suficiente habilidad para copiarlo? ¿O no lo habría vendido, sino empeñado?

De pronto pensó en Sutton, que estaba tosiendo discretamente en la habitación de al lado. Se estaba haciendo tarde, y aunque se encontrara al borde del precipicio, debía vestirse para cenar. Se levantó con más firmeza, pero tan pálida y con una expresión tan angustiada que Sutton, cuando la vio entrar en el dormitorio, le preguntó si estaba enferma. Se observó en el espejo, y se asustó al ver lo demacrada que estaba. Forzó una sonrisa, y dijo:

—No estoy enferma, pero llevo todo el día con un terrible dolor de cabeza. Tendrás que ponerme un poco de colorete.

—Yo que usted me tumbaría en la cama, señora. Nadie mejor que yo sabe lo que es tener migraña.

Helen negó con la cabeza, pero accedió a tomar unas gotas de láudano diluidas en agua, pensando que aunque no sufría migraña, nunca había necesitado tanto un calmante.

Acababa de vestirse cuando Cardross llamó a la puerta. El repentino temor a que Sutton mencionara la desaparición del collar asaltó su mente. La lengua se le pegó al paladar, pero Sutton no dijo nada. El rostro de su doncella, siempre imperturbable, se convertía en una especie de máscara en presencia de Cardross. Helen recordó que no soportaba a los hombres, y pudo volver a respirar.

Cardross llevaba el traje de la mañana, y viéndolo con la chaqueta azul y las botas altas, Helen recordó, con alivio, que esa noche no cenaba en casa.

—Imagino que te marchas al Daffy Club —dijo, aparentando naturalidad. Su esposo sonrió.

—No, al Cribb's Parlour. ¿No tienes ningún compromiso esta noche?

—No, y me alegro. Llevo todo el día con dolor de cabeza y aún no se me ha quitado.

—Llevas muchos días con dolor de cabeza, querida.

Helen le miró con sorpresa.

—No, pero reconozco que estoy agotada de tantos compromisos.

—Desde luego. —Hablabla con calma, pero su expresión la asustó—. Cualquiera podría pensar que tienes mal de amores, como Letty.

Helen lo miró sin ver. Una triste sonrisa se dibujó en sus labios, pero volvió la cabeza y no respondió.

—Solo puedo desearte una pronta recuperación —dijo él—. Por cierto, ¿quién es el afortunado que ha conseguido atraer tu atención? Sin duda será un joven guapo y elegante...

—Ya veo que intentas burlarte de mí —repuso Helen sin volver la cara—. No es agradable, y menos con este dolor de cabeza.

—Disculpa. —Después de una breve pausa, añadió—: Venía a decirte (espero que eso alivie tu dolor de cabeza) que me han dicho que Allandale se ha ido unos días al campo a ver a su tío. Así que puedes relajar tu vigilancia. ¡Espero que se quede en el campo hasta que se vaya!

—No puedo culparte por pensar eso. Sé que has sufrido muchos contratiempos últimamente.

—¿Lo sabes? —preguntó su esposo con sorna—. ¡Qué bien! ¡Por fin hay algo que reconoces!

La noche, que pasó en su mayor parte sumida en angustiosas reflexiones, no le aportó consuelo, ni tampoco consejo. Mientras Dysart permaneciera lejos de ella, no podía hacer nada. Tampoco podía hablar con él, porque, aunque en su apartamento hubieran sabido dónde estaba, ella no podía seguirle. Y sin embargo, nada era más importante que encontrar a Dysart antes de que vendiera el collar. Puesto que aquello parecía imposible, se preguntó si su hermano podría recuperarlo en su nombre. De pronto, la factura de madame Lavalle le pareció un asunto sin importancia. Tanto que le sorprendió haber creído imposible confesárselo a Cardross. Le parecía algo trivial comparado con la pérdida del collar, demasiado trivial para haberla conducido al desastre de ahora. Las máximas que había aprendido en su infancia la condenaban: casi podía ver la expresión de la señorita Wilby mientras le hablaba de las terribles consecuencias de intentar esconder una falta. La señorita Wilby había citado numerosos ejemplos. Pero ni siquiera el aterrador relato del delincuente cuyo terrible final en el patíbulo se remontaba (tras una serie de crímenes) al día fatal en que robó la mermelada de su madre y lo negó era tan terrible como las consecuencias del intento de Helen de engañar a su marido. Había temido que una confesión le hiciera imposible creer que se había casado con él por amor y no por su riqueza; ahora era posible que ya ni siquiera le importase si le amaba o no. Le había dado motivos de sospecha. Había una dureza en su mirada y, desde que volvió de Merion, se había contentado con besarle la mano. Si su amor no estaba muerto, el descubrimiento de la negra perfidia de su mujer le daría el golpe de gracia.

Se durmió al amanecer, pero se vio asaltada por sueños desagradables, y se despertó casi al mediodía, con los ojos hinchados y el corazón encogido.

No recibió ninguna visita matutina de Cardross, y cuando Helen salió de la habitación, él ya había salido de casa.

—Parecía un lechuguino, con ese chaleco de rayas y esa corbata de lunares —le informó su cuñada.

Helen dedujo que era uno de esos días en que los miembros del Four-Club se reunían en George Street antes de ir a cenar a Salt Hill.

—¡Seguramente! —dijo Letty—. Aunque no logro entender por qué tienen que ir haciendo el ridículo.

A continuación le informó de que su prima Selina le había mandado una nota pidiéndole que la acompañara a elegir un regalo de boda para Fanny. Luego añadió, con un brillo desafiante en los ojos, que imaginaba que no pondría objeciones a ese plan.

Helen se alegró de poder dar su consentimiento. No sentía mucha simpatía por la señorita Selina, pero si el señor Allandale se había ido al campo, no habría nada malo en dejar que Letty se ausentase una hora o dos. No obstante le sugirió, al ver que la señora Thorne no había mandado a ninguna doncella con su hija, que las acompañara Martha, pero Letty la acusó de anticuada. En cuanto a Selina, exclamó con mucha impertinencia que una doncella que escuchaba conversaciones privadas era lo peor que podía haber. Helen se imaginó por un momento a las dos compartiendo secretos, y pensó (no por primera vez) que a Selina le habrían venido bien las enseñanzas de la señorita Wilby. Aun así no dijo nada más, y después de hablar unos minutos sobre posibles regalos, las dos jóvenes se fueron. Helen imaginó que su primera visita sería al Pantheon Bazaar, donde, aunque no encontraran un regalo de boda para Fanny, podían gastar una considerable cantidad de dinero en baratijas. Se alegró de ver a Letty más animada y, deseando quedarse sola para pensar, no puso ninguna objeción al plan.

Sin embargo, la soledad no la ayudó a sentirse menos angustiada. Cuando Letty regresó, después de varias horas, estaba mucho más feliz de lo que había estado en mucho tiempo. Como era de esperar, venía cargada de paquetes: muchos contenían extrañas adquisiciones, como un par de guantes de percal, una limosnera, varios ramos de flores artificiales (uno de los cuales regaló generosamente a Helen), un delantal de gasa, dos pañuelos de muselina, un paquete de jabón de madreselva y una pluma para decorar sombreros que le había gustado, pero que ahora le parecía bastante fea. A Fanny le había comprado un brazalete y unos pendientes de oro, un espléndido regalo que hizo comentar a Helen:

—¡Cielo santo! No sabía que podías permitirme un regalo tan caro.

—No, pero se lo he comentado a Giles, y me ha dicho que podía comprar lo que quisiera.

Daba la impresión de que Cardross y ella se habían concedido una tregua. Esa impresión se vio reforzada por las palabras de Letty, que dijo, después de un momento de reflexión:

—Según él, hablaba en serio cuando dijo que podía invitar a Jeremy.

—¡Pues claro que hablaba en serio!

—Pensaba que era mentira, pero si no es así, imagino que la idea ha sido tuya y que has conseguido convencerle. Te lo agradezco mucho. ¿Cuándo vas a escribir a Jeremy?

—Cuando quieras —dijo Helen—. Ahora mismo, si quieres.

—¡Oh, no! No hace falta que lo hagas ahora. Ha ido a ver a su tío, ¿sabes?, y no volverá hasta mañana por la tarde. He pensado que si vamos a Almack's el viernes, imagino que le veremos allí, y podremos preguntarle cuándo puede venir.

A juzgar por sus palabras, era evidente que los dos enamorados se habían citado ya en Almack's. Helen no tenía ganas de ir, pero dijo que la acompañaría si se encontraba bien. Y con esto, y un poco de persuasión, Letty tuvo que contentarse. En el estado en que se encontraba, Helen no podía pensar en participar en frívolos entretenimientos sin sentir un escalofrío, pero se consoló pensando que la ira de Letty había desaparecido, y que su cuñada no pensaba cometer ninguna imprudencia.

Aquel buen humor duró mucho tiempo. Letty consiguió hablar con Cardross sin discutir con él y, aunque carecía de su vivacidad habitual, era evidente que estaba intentando controlar su mal genio.

La esperanza de que Dysart viniera a verla retuvo a Helen en casa al día siguiente. Cardross pretendía acompañar a las dos señoras a ver una revista en Hyde Park, pero solo fue Letty. Al principio, su cuñada dijo que no quería ir, pero cuando Helen le pidió que hiciera compañía a Cardross para que ella pudiera reposar un poco, la joven accedió. Letty estaba demasiado absorta en sus pensamientos para percibir que su cuñada no se encontraba bien. Pero cuando Sutton le dijo que estaba preocupada por su señora, se mostró dispuesta a todo con tal de ayudarla: puso unos cojines bajo la cabeza de Helen, un taburete bajo sus pies y un chal sobre sus rodillas, le frotó la frente con vinagre, le ofreció toda clase de remedios (desde sales a alcanfor) y le preguntó a cada instante cómo se encontraba. Helen soportó su ayuda con paciencia, pero Cardross, entrando a ver cómo estaba, exclamó:

—¡Por amor de Dios, Letty, no la molestes más! ¡Le va a subir la fiebre por tu culpa!

Letty se disgustó, pero Cardross la echó de la habitación sin contemplaciones, ordenándole que fuera a ponerse el sombrero, porque el birlocho estaría listo en cinco minutos.

—Y si quieres que te deje llevar las riendas, no pongas esa cara —añadió.

Dicho esto se acercó a la butaca de Helen y le tomó el pulso. Le pareció tan acelerado que dijo:

—Si no estás mejor cuando volvamos, llamaré al doctor Baillie.

—¡No, por favor! —rogó Helen—. No estoy enferma, créeme. Pero me sigue doliendo la cabeza y me parece una imprudencia salir con este calor. Estaré perfectamente dentro de poco.

—Eso espero —dijo su esposo, soltándole la mano—. ¡Cuide de *milady*! —añadió, mirando a Sutton.

Una reverencia llena de dignidad fue la única respuesta que obtuvo de la doncella. Cardross volvió la vista a su mujer. Su expresión pareció suavizarse, y después de un momento de vacilación se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla.

—¡Pobre Helen! —murmuró.

Antes de que pudiera responder ya se había ido, dejando a Helen con ganas de llorar. Logró dominarse y le dijo a Sutton, con bastante compostura, que estaba mucho mejor, y que, para recuperarse, solo necesitaba descansar una hora. Tal vez pudiera dormir si nadie venía a molestarla.

Habría sido un gran beneficio para ella, pero no logró dormir. Trató de interesarse en una nueva novela, y descubrió que había leído tres páginas sin entender una palabra. Cada vez que oía un vehículo en la plaza corría a la ventana. Y cuando tomó su labor, dispuesta a hacer algo más útil que pasearse por la habitación presa de la angustia, le temblaban tanto las manos que no consiguió dar ni una sola puntada.

Dysart no vino, y tan grave fue su desilusión que tuvo que armarse de valor para recibir a Cardross con tranquilidad. Su educación le fue de gran ayuda: nadie habría podido adivinar, al ver su conducta, la angustia que sufría. Cuando Cardross le dijo que seguramente preferiría no ir a la ópera, Helen se rio de su solicitud, diciendo a su marido y a su cuñada que no debían preocuparse por ella.

Dysart llegó sin avisar a la mañana siguiente, poco antes de las doce. Helen estaba sentada con Letty en el salón, intentando calmar los nervios de su cuñada, bastante alterados después de una visita de la señorita Berry. La

buena mujer había venido a interesarse por su estado de salud, pero en cuanto Letty entró en la habitación, no tardó en exasperar a la joven preguntándole por sus asuntos. Lo que dijo contenía mucho sentido común, y hacía honor tanto a su corazón como a su juicio, pero sus maneras fueron desafortunadas: su costumbre de repetir la misma frase una y otra vez era exasperante; hablaba con un estilo enfático y cansino; y las exageradas palabras de afecto que empleó para ganarse la confianza de la joven solo sirvieron para irritarla. Acababa de dejar la casa cuando llegó Dysart. Al entrar en el salón, la rabia aún no había desaparecido del rostro de Letty.

—¡Dysart! —exclamó Helen, saltando de su silla.

—Hola, Helen —repuso él con alegre despreocupación—. Esperaba encontrarte en casa. —Miró a Letty con ojo crítico, y dijo con preocupación fraternal—. ¿Por qué estás tan enfadada?

—¿Y a ti qué te importa? —dijo Letty con energía pero con una alarmante falta de tacto—. Imagino que querrás hablar a solas con tu detestable hermano, Helen. Preferiría hablar con el hombre del saco, así que iré a sentarme a la biblioteca hasta que se haya ido.

—¡Nunca te había visto tan enfadada! —comentó el vizconde, sorprendido—. ¿Qué te he hecho yo para que te pongas así?

Letty no se dignó a dar más respuesta que una mirada de desprecio, y salió de la habitación con la cabeza alta. Dysart cerró la puerta a su espalda, diciendo:

—¡Menudo carácter!

—¡Oh, Dy, gracias a Dios que has venido! —exclamó Helen con disimulada inquietud—. No te imaginas la angustia que he pasado.

—¡Dios mío, estás peor que Letty! —dijo Dysart, metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un fajo de billetes—. Aquí tienes, tonta. Ya te dije que esta vez no fallaría.

Helen no cogió los billetes, sino que retrocedió y exclamó con profunda reprobación:

—¿Cómo has podido, Dy? ¿Qué has hecho? ¿No pensarás que voy a aceptar un dinero obtenido así?

—¡Debí suponerlo! —exclamó Dysart con disgusto—. En realidad lo suponía, por eso tuve tanto cuidado en no decirte lo que iba a hacer. ¡No sé quién tiene más escrúpulos, si tú o mamá!

—¿Escrúpulos? —repitió ella, mirándole con consternación—. ¿Lo llamas así? ¡Oh, Dysart!

—¡Sí, lo llamo así! —dijo Dysart con ojos brillantes—. Y déjame decirte, querida, que esos aires de santurrona no te van. Puedo soportar que mamá me sermonee, pero a ti no te lo consiento. Es más, permite que te recuerde, hermanita, que si Felix Hethersett no te lo hubiera impedido, le habrías pedido el dinero a esa sanguijuela de Clarges Street.

—Pe-pero Dy —balbuceó Helen—. No es lo mismo. Sin duda hice mal (en realidad sé que hice mal), pero no era un delito.

—¡En mi vida he oído tantas tonterías! —dijo Dysart, irritado—. ¿Se puede saber qué te pasa, Helen? Antes no organizabas un escándalo por una tontería.

—No creo que sea una tontería, y espero que tú tampoco —dijo Helen con voz implorante—. Preferiría haber hecho cualquier cosa antes que llegar a esto. Nunca habría imaginado que... Oh, si le hubiera dicho la verdad a Cardross...

—Si piensas organizar semejante escándalo, lamento de veras que no se lo hayas dicho —dijo Dysart—. Siempre supe que tenías más pelo que sentido común, pero veo que has empeorado. ¡Estás como una cabra, Helen! Primero me persigues para que encuentre el dinero (¡y sabe Dios de dónde iba a sacar trescientas libras!). Luego, cuando se me ocurre una forma de conseguirlo, no se te ocurre otra cosa que rechazarla. Y ahora que te traigo un fajo de billetes ni siquiera me lo agradeces, sino que empiezas a sermonearme. Cuando pienso que he vuelto a la ciudad a toda prisa, sabiendo lo preocupada que estarías, me dan ganas de dejarte a tu suerte.

—¡Ha sido todo culpa mía! —exclamó Helen, retorciéndose las manos—. Estaba tan desesperada, y te pedí con tanta insistencia que me ayudaras...

—Ahora no te preocupes por eso —la interrumpió su hermano—. No digo que me gustara (y reconozco que hubo un momento que no sabía qué hacer), pero no pienso lamentarme. Si no hubieras insistido tanto, ahora no estaría como estoy, con dinero de sobra para comprarme un palacio.

—¡Dysart, no!

—Bueno, no hace falta que sea un palacio. A decir verdad, pensaba que sacaría más. Aun así es suficiente para vivir como un rey durante un tiempo, y eso será muy agradable, te lo aseguro. Estaba tan endeudado que no tenía ni para jugar. He sacado seis mil seiscientas libras, sin contar las trescientas para ti y las quinientas que le debo a Corny.

Helen se aferró a una silla para sostenerse, porque le temblaban las piernas. Sus ojos se clavaron con horror en su adorado hermano y, sintiendo que se ahogaba, alcanzó a decir:

—¡No, Dy, no puedes! ¡No con un dinero ganado de ese modo!

El pensamiento de su repentina riqueza había borrado la mirada sombría de su hermano, pero al escuchar sus palabras volvió a ensombrecerse.

—Ah, ¿sí? —preguntó con aire amenazante—. ¿Y por qué no?

—¡Sabes muy bien por qué, Dysart!

—¡Te equivocas, querida hermana! ¡No lo sé! Y hay otra cosa que no sé. ¿Tendrías la bondad de decirme, señorita, qué hiciste con el dinero que ganaste el año pasado en Doncaster? Bonito discurso el tuyo, viniendo de una jovencita que apostó tres veces seguidas por un caballo ganador. Entonces no estabas tan preocupada, ¿a que no? ¡Oh, no, estabas pasándotelo en grande! —exclamó, apuntándola con un dedo acusador—. Y no me digas que no fuiste a Doncaster, porque te vi con mis propios ojos. Cardross y tú os alojasteis en el castillo de Howard con los Morphet. No lo niegues, porque recuerdo que me dijiste que lo único que no te gustó del castillo fue el conde, porque llevaba tanto almidón en la ropa que parecía una momia. ¿Qué tienes que decir a eso?

—Pe-pero Dysart, no te entiendo —balbuceó Helen, muy sorprendida—. ¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando? Lo recuerdo muy bien, pero... —de pronto se interrumpió, conteniendo la respiración—. Oh, ¿es posible que...? Oh, Dy, mi queridísimo Dy, ¿me estás diciendo que ganaste el dinero?

—¡Pues claro que lo gané! —respondió su hermano, perplejo—. ¿Cómo pensabas que lo había conseguido?

Helen se dejó caer en el sofá, dudando si reír o llorar.

—¡Oh, qué tonta he sido! Pensaba que... Oh, no importa. ¿Por fin ha cambiado tu suerte, Dy? Dime cómo lo ganaste. ¿Adónde fuiste? ¡Oh, cuéntamelo todo!

—Fui a Chester, a la Copa del Rey —dijo él, mirándola con incomodidad.

Le pareció que su hermana no estaba del todo en sus cabales, y estaba a punto de preguntarle si se encontraba bien cuando se le ocurrió una posible explicación.

—¿Estás esperando un hijo? —le preguntó con una sonrisa.

Helen negó con la cabeza, enrojeciendo.

—No —dijo con tristeza.

—Vaya, pensaba que era eso. —Vio a su hermana alicaída, y dijo para animarla—: No debes preocuparte. Tienes tiempo de sobra para tener hijos. No me extrañaría que fueras como mamá.

—Sí, eso piensa ella. Pero no hablemos más de eso. ¡Cuéntame cómo lo ganaste!

El vizconde se sentó a su lado.

—¡Dios mío, fue algo extrañísimo! Ni siquiera sabía que existía ese caballo. Todo el mundo pensaba que el único que podía vencer a Tizón era Presumido. ¿Pero sabes qué pasó?

Helen negó con la cabeza, expectante.

—Algo que solo ocurre una vez en la vida. Todo empezó el sábado por la tarde. Pensé en darme una vuelta por el... En fin, es inútil que te diga el nombre del local, porque no lo conoces. Es un club al que voy de vez en cuando. Pedí una jarra de cerveza, me la bebí y vi que en el fondo había una cucaracha gigantesca.

—¡Qué asco! —exclamó Helen, estremeciéndose.

—Sí, a mí tampoco me gustó —reconoció el vizconde—. Pero lo más curioso era que no estaba muerta. Parecía un poco borracha cuando la puse en la mesa, pero eso era de esperar. Al cabo de un rato estaba como nueva, así que la pusimos a competir contra una araña que un amigo cogió de su red.

—¿Arañas y cucarachas? —preguntó Helen, espantada.

—¡Oh, sí! ¡El local está lleno de bichos!

—¡Pero Dysart, qué horror! Debe de estar sucísimo.

—Sí, eso creo —admitió él—. Bueno, de hecho lo sé, pero eso no importa. El caso es que la mayoría de la gente apostaba por la araña. Reconozco que yo también, porque era una araña robusta, con las patas larguísimas. Pero yo no me achanté, porque la cucaracha la había encontrado yo. Aunque nunca pensé que ganaría.

—¿Y ganó? —preguntó Helen con ansiedad.

—¡Por más de un palmo de distancia! —exclamó el vizconde—. Las alineamos en la mesa, y aunque mi participante estaba un poco achispada, en cuanto le di la salida salió disparada hacia la línea de meta. La araña no se quedó atrás, te lo aseguro. El problema es que era una rebelde y avanzaba en círculos. Hubo un momento en que mi cucaracha se quedó un poco rezagada, pero en cuanto la amenacé con un tenedor, salió corriendo. Al final ganó la carrera. Nunca imaginé que sería tan rápida.

—¡Oh, Dy, qué absurdo eres! —exclamó Helen, riendo—. ¿Y ganaste todo el dinero gracias a la cucaracha?

—¡Por supuesto que no! ¡Eso solo lo hicimos para divertirnos! No gané más que veinticinco libras.

—¿Y qué fue de la cucaracha?

—¡Y yo qué sé! Supongo que regresó a su casa. No le presté mucha atención, la verdad. Ni a la cucaracha ni a ninguna otra cosa. Lo que quiero decir es que, una vez que gané la carrera, no volví a pensar en ello. ¿Por qué iba a hacerlo? Pero cuando me fui a dormir el domingo por la noche y levanté la colcha, ¿qué crees que encontré en medio de la cama? ¡Una cucaracha! No sé cómo fui tan tonto para no entender aquella señal. Pero el caso es que no la entendí. No me di cuenta de nada hasta el lunes. Fui por la mañana a ver cómo iban las apuestas en Tattersall's y me encontré con el viejo Jerry Stowe. No, tú no lo conoces. No es la clase de hombre que podrías conocer. Es un tipo estupendo, te lo aseguro. Una vez le hice un pequeño favor. Una cosa sin importancia, aunque si le oyes a él, parece que le salvé la vida. En fin, el caso es que me dijo al oído que lo apostara todo a un caballo llamado Cucaracha, que iba a participar en la Copa del Rey. ¡Cuando le oí casi me desmayo! Nunca había oído hablar de ese caballo, te lo aseguro. De hecho no pensaba apostar en esa carrera, porque no me gustan las apuestas fáciles, y para mí, no había ningún caballo, a excepción de Presumido, que pudiera vencer a Tizón. Pero claro, en cuanto hablé con Jerry lo supe: juntándolo todo, entendí que Cucaracha era el ganador. Quedaba un problema: ¿de dónde sacar el dinero para que la apuesta mereciera la pena? —El vizconde se detuvo, frunciendo el ceño. Helen le miró con angustia—. Entonces hice algo que no había hecho nunca, algo que nunca pensé que sería capaz de hacer —dijo, sacudiendo la cabeza—. De hecho, si hubiera pensado que el caballo podía perder, nunca lo habría hecho.

—¿Qué hiciste, Dy? —preguntó Helen, sonriendo débilmente—. ¡Dímelo, por favor!

—Le pedí quinientas libras a Corny.

Helen exhaló un suspiro de alivio.

—¿Eso es todo? Pensaba que habías hecho algo terrible.

—Si no sabes que es terrible pedir dinero a tus amigos, ya es hora de que alguien te lo diga —dijo el vizconde con severidad—. ¿Y si el caballo hubiera perdido? ¿Qué habría pensado Corny?

—Estoy segura de que al señor Fancot no le habría importado.

—¡Por supuesto que no, pero eso no cambia las cosas! ¡No me importa deber dinero a un sastre, pero no voy por ahí sangrando a mis amigos!

Helen le pidió perdón, avergonzada. Dysart la miró con aire pensativo, y añadió:

—Pero si no pensabas que había ganado el dinero en las carreras, ¿cómo creías que lo había ganado?

Helen bajó la cabeza, enrojeciendo.

—¡Oh, Dysart, he sido tan estúpida!

—No lo dudo, pero eso no explica las cosas. ¿Por qué te has puesto tan nerviosa? ¿No pensarías que había asaltado un carruaje y había robado a un desconocido?

—No, ¡algo peor! —susurró ella.

—¡No seas tonta! Me gustaría saber qué es para ti algo peor —dijo el vizconde con impaciencia.

—¡Oh, Dysart, perdóname! Pensaba que habías robado el collar.

—Imposible. Te dije muy clarito que no había cogido ninguna de tus preciadas joyas. Así que no intentes engañarme.

—Mis joyas, no. ¡El collar de los Cardross!

—¿El qué?

Helen se estremeció sin querer.

—¿Pensaste que había robado el collar de los Cardross? —preguntó el vizconde, con deliberada lentitud—. ¿Es que te has vuelto loca?

—Sí, cre-creo que me he vuelto loca —confesó Helen—. ¡Fue porque asaltaste mi carruaje! No habría pensado eso de ti si no hubieras intentado quitarme las joyas y venderlas por mí. Pensé que...

—¡No quiero saber lo que pensaste! —la interrumpió Dysart con voz terrible—. Dios mío, ¿intentas decirme que me has creído capaz de robar una cosa que no pertenece a ninguno de los dos?

—¡No! Creí que pensabas que el collar era mío. Y sabías muy bien que no me gustaba, así que...

—Así que lo robé cuando tú no estabas. Un collar que vale miles de libras... —la interrumpió él con rabia—. ¡Todo para pagar tu estúpida deuda! ¡Oh, no, lo olvidaba! No solo para pagar tu deuda, ¿verdad? Te he dado trescientas libras. ¡Muy generoso por mi parte! Y yo me he embolsado más de siete mil. ¿Por casualidad sabes qué he hecho con el collar? ¿Se lo he vendido a un traficante de joyas, o a un prestamista? No me extraña que estuvieras tan nerviosa, ¡lo único que me extraña es cómo no he terminado en la cárcel!

Dysart se había levantado del sofá y estaba recorriendo la habitación con furia. Helen no se atrevía a acercarse, pero dijo con aire implorante:

—Ha estado muy feo por mi parte, y te ruego que me perdones. Pero ya sabes lo nerviosa que estaba. ¡Oh, Dysart, no te enfades conmigo! Ha sido horrible, y temo que mi mente no es tan fuerte como pensaba. Cuando leí tu carta temí que te hubieras embarcado en una apuesta peligrosa. Entonces no tenía la menor sospecha. Solo sospeché cuando supe que el collar había

desaparecido (tú escribiste la carta en la misma habitación donde estaba escondido, y recuerdo habértelo enseñado una vez). Oh, ha sido algo imperdonable por mi parte, pero...

Dysart había dejado de pasearse por la habitación, y la miraba con expresión perpleja.

—¡Un momento! —la interrumpió—. ¿Me estás diciendo que el collar ha desaparecido?

—Sí, eso es lo que intento decirte. Por eso estaba tan nerviosa, Dy.

—¡Dios mío! —exclamó él, empalideciendo—. ¿Cuándo lo has descubierto?

—Al día siguiente, el martes. No lo descubrí yo, sino mi doncella. Me lo dijo inmediatamente. Entonces se me pasó por la cabeza que... Si hubiera tenido tiempo para pensar, no habría... Pero no lo tuve, créeme.

—¡Eso no importa! ¿Qué le dijiste a tu doncella?

—Que había llevado el collar a Jeffreys para que ajustara el cierre. Ella me aseguró que no se lo había contado a nadie, y yo le dije que no lo hiciera. Estoy segura de que no lo ha hecho.

—¿Lo sabe Cardross?

—¡No! ¿Cómo se lo iba a decir cuando pensaba que eras tú el que lo había robado?

El vizconde exhaló un profundo suspiro.

—¡Estupendo! —dijo con sarcasmo—. El collar ha desaparecido hace tres días, tu doncella lo sabe, y tú no has creído oportuno contárselo a Cardross ni hacer nada para recuperarlo. ¡Magnífico! ¿Y ahora qué piensas hacer, hermanita?

Helen miró al vizconde, estupefacta. Aliviada por lo que había dicho su hermano, solo había experimentado una sensación de agradecimiento porque no había cogido el collar, y de remordimiento por haberle juzgado injustamente. Pero ahora, sus palabras la devolvieron de nuevo a la realidad.

—¡Cielo santo! —dijo con un hilo de voz—. No lo había pensado... Dysart, ¿qué debo hacer?

—¡No lo sé!

—Alguien tuvo que robarlo, ¿pero quién? ¡Es horrible! Debió de ser alguien del servicio, alguien que sabía dónde estaba. ¿Pero cómo averiguarlo? ¿Sería la criada que la señora Clopton despidió el mes pasado? ¡Oh, no puedo creerlo!

—Ah, ¿no? —preguntó el vizconde con sorna—. ¡Te lo agradezco mucho, hermanita!

—¡No pienses mal, Dy! —le rogó Helen—. Si lo hubieses cogido tú, sabría que lo habías hecho por mí. Pero ahora... pudo hacerlo cualquier miembro del servicio, en cualquier momento. No hacía falta saber dónde estaba. Todos sabían que el collar lo tenía yo y que nunca lo llevaba. Piensa cuántas oportunidades de encontrarlo puede tener una persona que vive en esta casa. Y una vez que lo encontrara, pensaría que no me daría cuenta de su pérdida hasta varios meses después. Si no fuera por Sutton, que sacó mi ropa de invierno para cepillarla, no sabría nada.

—De nada sirve hablar de lo que habría podido suceder —dijo Dysart—. El problema es lo que ha sucedido. Si no consigues que tu doncella mantenga la boca cerrada, todo el mundo sabrá que conocías la desaparición del collar

tres días antes de decírselo a Cardross. En fin, tú la conoces mejor que yo. ¿Es posible sobornarla para que cuente la misma versión que vas a contar tú?

—No lo sé. Y no me importa, porque no pienso hacerlo.

—Tienes razón —concedió Dysart—. Es demasiado arriesgado. Sospechará que hay gato encerrado, y cuando sepa que tienes miedo de que Cardross se entere, intentará chantajearte.

—No creo que lo haga, y no es por eso. Dysart, todo esto ha ocurrido porque he engañado a Cardross, y las cosas han ido empeorando hasta que... —se interrumpió con un escalofrío—. Debo decirle la verdad. ¡Debo decírsela cuanto antes!

Helen se levantó mientras hablaba, pero el vizconde la obligó a detenerse.

—No puedes decírselo, porque no está en casa. Le dijo a Farley que no volvería antes de las cinco.

—¡Las cinco! Espero que no me abandone el valor.

—¿Quieres que esté presente mientras hablas con él? —le preguntó su hermano.

—¿Tú? No, tengo que verlo a solas.

—Tienes razón —dijo él con franqueza—. No es que no quiera verlo, porque ya no tiene motivos para estar enfadado conmigo. Pero estoy citado con Corny, y además, no creo que a Cardross le gustara que me presentase contigo, como si fuera tu guardaespaldas. No digo que no se enfade, porque es lógico que lo haga, pero al final se le pasará. Y se le pasará más rápido si yo no estoy aquí. Yo no le gusto, pero a ti te quiere, Helen, te quiere de verdad.

Su hermana no dijo nada y, al cabo de un momento, Dysart volvió a ofrecerle los billetes.

—¡Cógelos! No hace falta que le hables de la factura si no quieres. Puedes echarme la culpa a mí. Te he pedido trescientas libras y ahora te las devuelvo. Eso le sorprenderá más que si le dices que he robado el collar.

Al oír sus palabras, Helen se lanzó a su cuello, asegurándole con vehemencia que nadie podía creer que era un ladrón, y rogándole de nuevo que la perdonara.

—Está bien, pero no creas que estoy satisfecho contigo, porque no lo estoy —repuso Dysart, liberándose de su abrazo—. No sirve de nada que me agarres del cuello e intentes halagarme. ¡Yo no soy Cardross! ¡Y recuerda una cosa! La próxima vez que estés metida en un lío no me pidas que te saque de él.

—No —dijo Helen con resignación.

—Ahora me voy —anunció el vizconde—. No te pongas nerviosa, Helen. Ella negó con la cabeza.

—Y no te eches atrás.

—No, te prometo que hablaré con Cardross en cuanto vuelva.

—Eso espero —dijo Dysart, despidiéndose de ella con un breve abrazo—. Supongo que debería quedarme para darte ánimos, pero aún no he visto a Corny y tengo que verlo. Además es su cumpleaños y queremos celebrarlo juntos.

Y con estas palabras se fue, dejándola con su soledad y sus melancólicos pensamientos. Al cabo de un rato, Helen se levantó y mandó a Sutton a pagar la factura de madame Lavallo. Mientras le daba el dinero pensó cuánto le habría gustado, tan solo unos días antes, haber hecho lo mismo. Podía alegrarse de no tener que confesarle la deuda a Cardross, pero aquello parecía un consuelo muy pequeño en comparación con todos los problemas que la esperaban. Ver a su doncella le recordó uno: tendría que decirle que el collar no estaba en manos del joyero de Cardross, sino que realmente había desaparecido. Y no lograba imaginar cómo iba a explicarle que le había mentido. Letty podía contarle todos sus problemas a su doncella, pero para Helen era impensable confiarse en Sutton.

Al acordarse de Letty, le preguntó repentinamente a su doncella dónde estaba. Sutton respondió que creía que había ido con Martha a Owen's, en Bond Street, a comprar cintas nuevas para el vestido que pensaba llevar esa noche a Almack's. Sutton aprovechó la ocasión para preguntarle qué vestido quería ponerse. Pero Helen, que había olvidado por completo la cita, exclamó:

—¡Oh, no! ¡Esta noche no puedo ir a Almack's!

Su doncella se limitó a decir: «Muy bien, señora», y se marchó. Letty (si realmente se había citado con el señor Allandale en Almack's) no se mostraría tan conforme.

A medida que se acercaban las cinco, Helen empezó a encontrarse mal. Su ánimo estaba empezando a decaer, y la visión de la ventana no lo mejoraba. El día era sombrío, y el cielo estaba tan cubierto de nubes que el salón, que debería estar iluminado por el sol, estaba inmerso en una luz crepuscular. Incluso le parecía que hacía un poco de frío.

Cardross volvió poco después de las cinco. Pero cuando Helen, armándose de valor, bajó las escaleras, el portero le dijo que milord se había reunido con alguien que había venido a verle por un asunto de negocios. Sabiendo que Cardross cenaba fuera aquella noche, y sintiendo que el valor la abandonaría por completo si debía esperar muchas horas, le dijo:

—Qué lástima, porque tengo que hablar con milord antes de que vuelva a ausentarse. ¿Quién ha venido a hablarle de negocios a estas horas? ¿No será el señor Kent?

—No, señora. Se trata de un tal señor Catworth. Vino esta mañana, y como decía que era un asunto privado, le dije que era inútil esperar porque milord no volvería antes de las cinco. El hombre volvió, señora, pero le habría hecho esperar en el despacho de haber sabido que usted quería hablar con milord. Porque, nada más entrar, milord ha dicho que cuando llegue *sir John Somerby*, debemos conducirle inmediatamente a la biblioteca.

—Imagino que *sir John* llegará de un momento a otro —dijo Helen—. George, si viene antes de que el hombre que está reunido con mi esposo se haya ido, díglele que espere en el salón. Y díglele a milord que deseo verle antes de que se reúna con *sir John*.

—Sí, señora, no tema —dijo George en tono tranquilizador. Helen comprendió que el portero había intuido que algo iba mal—. Se lo explicaré a Farley, *milady*.

Helen le dio las gracias y regresó al salón, donde pasó otra angustiosa media hora, preguntándose cuánto tardaría en irse el dichoso señor Catworth, y por qué la Providencia no había tenido a bien llevársela a los cinco años, cuando contrajo la escarlatina. Cuando, mirando por la ventana, vio que un individuo de aspecto aseado bajaba los escalones, y supo que Cardross estaba libre por fin, deseó haber tenido cinco minutos más para darse fuerzas.

Pero si aquel temible encuentro no se posponía hasta el día siguiente, Helen disponía de muy poco tiempo. De modo que bajó las escaleras antes de que el miedo se apoderase totalmente de ella.

George, con el pie en el último escalón, se detuvo para decirle que milord estaba solo y listo para recibirla. Dicho esto se adelantó para abrirla la puerta de la biblioteca. Le habría gustado decirle algo para animarla, porque parecía tan joven y asustada que le recordaba a su hija. Pero aquello, lógicamente, era imposible. Era evidente que la pobre se encontraba en un aprieto. Solo esperaba que milord no fuera duro con ella, aunque esa tarde no tenía un aspecto muy amistoso.

De hecho, el aspecto de Cardross estaba lejos de ser amistoso. Nada más cruzar el umbral de la puerta, Helen comprendió que había elegido un mal momento. Su esposo estaba de pie al lado del escritorio, con cara de disgusto. No sonrió ni se adelantó para saludarla. Nunca le había visto con una expresión tan sombría. Helen abrió los ojos con una repentina sensación de alarma, y dijo sin querer:

—Oh, Cardross, ¿qué ha pasado?

Su esposo tardó un momento en responder, y cuando lo hizo, dijo con voz calmada:

—Me han dicho que quieres hablar conmigo. Estoy esperando una visita de Somerby, así que si el asunto no es urgente, será mejor que hablemos mañana.

La fría formalidad de aquellas palabras le heló el corazón, pero alcanzó a decir:

—¡Es muy urgente! Tengo que hablar contigo ahora mismo.

—Está bien. ¿De qué se trata?

Su pregunta no era muy alentadora, pero ahora no podía echarse atrás.

—Se trata del collar de los Cardross. ¡Ha desaparecido!

Le pareció que su marido se ponía rígido, pero no dijo nada. Asustada y sorprendida, añadió:

—Me-me parece que no me has entendido.

—Oh, sí. Te he entendido —dijo él con voz sombría.

—Dime qué te pasa. Cardross, te lo ruego. ¿Estás enfadado? ¿Sorprendido?

—Las dos cosas. Demasiado para hablar contigo ahora. Hablaremos mañana por la mañana. Entonces podré hablarte con más tranquilidad de lo que puedo hacerlo ahora.

—¡Dime todo lo que quieras decirme, pero no me mires así! —le rogó ella—. No lo he perdido por un descuido. ¡Lo han robado, Cardross!

—No pensaba que lo habrías perdido. ¿Estás diciendo que un ladrón ha conseguido entrar en casa sin que nadie se dé cuenta, o pretendes acusar a alguien del servicio?

—No lo sé, pero temo que haya sido alguien del servicio —dijo Helen con preocupación—. Pudo ser un ladrón, pero un ladrón no habría sabido dónde buscarlo, ni habría creído necesario aparentar que nadie había entrado en mi habitación. ¡No tengo ningún sospechoso! Pudieron pasar meses antes de que descubriera el robo, porque el collar estaba escondido entre la ropa que Sutton puso en alcanfor.

—¿Y cómo lo descubriste? Eso es algo que no termino de entender.

—¡No lo descubrí yo! Sutton encontró el estuche vacío cuando fue a cepillar mi ropa.

—Comprendo. Debió de ser muy desconcertante.

Había una nota de ironía en su voz. Helen lo miró con extrañeza.

—¿Desconcertante? ¡Fue mucho peor que eso, Cardross!

—Estoy seguro de que te llevaste un buen susto. Imagino que Sutton no hizo ese desagradable descubrimiento hasta hoy.

Helen no respondió de manera inmediata. Sabía que le costaría hacer una confesión completa, pero no que su marido se lo pondría tan difícil. Tuvo que vencer el impulso a asentir, porque ahora le parecía imposible decir la verdad a aquel extraño que la miraba con una expresión tan despiadada. No obstante, su debate interior duró solo un minuto. Dejó escapar un suspiro y dijo:

—No. Lo sé desde el martes. Debo explicarte... debo intentar explicarte por qué no te lo he dicho hasta hoy.

—¡Por el amor de Dios, ahórrate tus explicaciones!

Helen se asustó, porque su esposo pronunció aquellas palabras con increíble violencia. Alzó los ojos hacia él, y retrocedió instintivamente al ver su expresión de rabia.

—¡Cardross...!

—¡Silencio!

Su esposo se precipitó al escritorio y abrió uno de los cajones.

—¡Como verás, no hace falta que me expliques nada!

Ella le miró sin comprender, incapaz de creer lo que veían sus ojos. Porque aquello que su marido había cogido del cajón y había tirado con desprecio en la mesa era el collar de los Cardross.

Helen se quedó tan perpleja que solo alcanzó a decir:

—¡Lo tienes tú!

—¡Sí, señora, lo tengo yo!

—¡Menos mal! —exclamó, profundamente aliviada—. ¿Pero cómo...? No lo entiendo.

—¿No lo entiendes? Entonces te lo explicaré yo —dijo él con dureza—. Me lo ha traído hace menos de una hora un astuto joyero cuyo hijo (no tan astuto ni, imagino, tan honesto como él) lo compró ayer por dos mil libras. Imagino que debió de alegrarse de su buena suerte, porque no todos los días se encuentra una ganga como esta. Por supuesto tendría que desmontarlo, pero aun así vale mucho más que dos mil libras, ¿sabes? No, no lo sabes, ¿verdad?

Helen apenas advirtió el tono amargo y despectivo de su voz, ni comprendió el significado de sus palabras. Se quedó mirándole con extrañeza, pálida y jadeante.

—¿Ayer? —repitió—. ¿Ayer? ¿Quién...? ¿Te dijo quién...?

Su marido apretó los labios con desdén.

—No, no me lo dijo. Su bella cliente llevaba (como es lógico) un velo sobre la cara. —Helen dejó escapar un breve suspiro de alivio—. No he sido tan imbécil como para pedirle más información al respecto —añadió con rabia—. Era una mujer, sin duda, una mujer joven, vestida con mucha elegancia, que no quiso revelar su nombre (¿cómo iba a revelarlo?), ni aceptar un cheque. ¿Tú crees que, después de decirme esto, quise seguir interrogando a Catworth?

—¿Catworth? ¿El hombre que ha venido dos veces a buscarte y que estaba contigo hace un momento?

—¡Exacto! ¡Si lo hubieras sabido! ¿Es eso lo que estás pensando, amor mío? ¿Pero cómo ibas a saberlo? No fue él quien compró el collar por una miseria. Tú hablaste con su hijo. Un joven inteligente, supongo, pero no tanto como su padre. Según el señor Catworth, nunca había oído hablar del collar de los Cardross. En fin, es posible que sea así. Le debo mucho al padre, y no quiero dudar de su palabra. Al fin y al cabo, nunca he tratado con un joyero de Cranbourn Alley. Puede que el joven Catworth no sea astuto, sino ingenuo. Pero el padre no tiene nada de ingenuo. Él reconoció el collar nada más verlo, y enseguida comprendió cuál era su deber. Siempre lamentaré no haber estado de humor para disfrutar de la escena como merecía. ¡El señor Catworth es un hombre tan discreto, tan virtuoso! No dijo ni una sola palabra que no fuera digna de un caballero. Ni siquiera se permitió esperar que me convirtiera en su futuro cliente, y aceptó sin pestañear todas las mentiras que le dije. ¡Un hombre admirable! Debería comprarle algo. ¡Sería un miserable si no lo hiciera!

Cardross se detuvo, pero su esposa no habló ni se movió. En sus ojos había una mirada extraña, vacía. Estaba menos preocupada por la injusticia de sus palabras que por lo que pensaba que podía ser la verdad.

Su esposo cogió el collar y volvió a meterlo en el cajón. Después de cerrarlo con llave, dijo con ironía:

—Espero que me perdones, pero a partir de ahora lo guardaré yo. Supongo que no te importará, porque nunca te ha gustado ni has querido llevarlo. Aun así debiste descubrir su valor antes de decidirte a venderlo. No pienso tolerar que engañen a mi mujer tan fácilmente, *lady* Cardross.

Al oír esto, Helen parpadeó y levantó la mano en un gesto implorante.

—¡No, Giles, Giles!

Pero él no se dejó conmovir.

—No trates de engatusarme, querida, porque no te servirá de nada. He sido mucho más estúpido que tú, pero el juego ha terminado, créeme. Me has

engañado muy bien. Me hiciste perder la cabeza con tu carita dulce e inocente. Creía que conocía todos los trucos de las mujeres, pero cuando te vi... Cuando pusiste tu mano en la mía y me miraste a los ojos... —se interrumpió, e hizo un esfuerzo para contener la rabia que le dominaba—. ¡Discúlpame! No quería hablar de esto hasta tener un tiempo para recuperarme del dolor de ver confirmadas mis sospechas. En fin... Lo tengo bien merecido. No debí ser tan ingenuo para dejarme engañar por tu cara bonita, ni para creer que, bajo tus modales encantadores, tenías un corazón que podía conquistar. En realidad nunca me diste motivos para creerlo. Es injusto que te culpe de eso. Intentaré no hacerlo más y cumplir mejor mi parte del contrato. Me has hecho comprender que no he estado a la altura, pero todo tiene remedio. Dime, amor mío, en qué precio valoras tu belleza, tu sumisión, tu admirable discreción y tu inalterable cortesía.

Helen se quedó inmóvil, sin reaccionar a las duras acusaciones vertidas contra ella. Estaba muy pálida, pero aunque oyó lo que le acababan de decir, apenas prestó atención. Su marido había dicho cosas terribles, pero no sabía la verdad. Estaba dirigiéndose a una criatura que no existía, no a ella. Le dolió que pudiera juzgarla tan injustamente, pero él no tenía la culpa. También ella había juzgado mal a Dysart, y con menos razón.

—¿Y bien? ¿Por qué dudas? ¿O es que no sabes que soy rico?

Ella le miró y vio a un extraño. No podía decirle la verdad estando tan enfadado, y mucho menos revelarle sus sospechas. Al final tendría que saberlo, pero aún no era seguro. Sin embargo, si se avecinaba un desastre peor del que su esposo podía imaginar, aún podía evitarlo. Ahora bien, no podía perder su precioso tiempo tratando de justificarse, ni podía exponer a Dysart y a Letty a la cólera de su marido. Se lo contaría más tarde, pero no ahora, cuando su implicación en el asunto se había convertido en algo de poca importancia comparado con el papel que podía tener Letty.

Intentó hablar, pero vio que no podía controlar su propia voz. Él la seguía mirando con aquella expresión dura y rabiosa. Helen se sintió herida, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Rápidamente se las secó y alcanzó a decir:

—Ahora no puedo responderte. ¡Lo haré más tarde, no ahora!

Se dirigió ciegamente a la puerta, pero la voz de su esposo la detuvo.

—¡No, vuelve! No pienso lo que he dicho, te lo prometo. ¡Helen!

Cardross se acercó a ella, pero fue interrumpido por la entrada del mayordomo.

—¡Disculpe, milord! —dijo Farley.

—¿Qué pasa? —preguntó Cardross con furia.

—Pensé que le gustaría saberlo, milord. *Sir John Somerby* ha venido a verle hace diez minutos. Le está esperando en el salón.

—Dígale que me reuniré con él en breve.

—¡No, por favor, ve ahora! —dijo Helen, y salió de la habitación.

Subió corriendo las escaleras, pasó por sus aposentos y subió un piso más hasta la habitación de Letty. Martha, que subió dos minutos después en respuesta al sonido de la campana, la encontró de pie en medio de la habitación, y se echó a temblar ante su mirada acusadora.

—¡Oh, *milady*, no sabía que era usted!

—¿Dónde está tu señora, Martha?

Con el instinto propio de la servidumbre de no admitir nada, Martha respondió:

—No puedo decírselo, *milady*.

—Ah, ¿no? Entonces ven conmigo a ver a milord —dijo Helen, agarrándose la cola del vestido y dirigiéndose a la puerta.

Aquellas palabras bastaron para que Martha, presa del pánico, le contara todo lo que sabía. Lo cual no era mucho. Efectivamente, esa tarde había acompañado a Letty a Bond Street, donde se había encontrado con Selina Thorne. Letty la había enviado de vuelta a casa, diciéndole que iría con su prima a Bryanston Square, y que su tía la traería más tarde a casa.

—¿La señora Thorne estaba con la señorita Selina? —le preguntó Helen.

—¡Oh, sí! —dijo Martha sin pensar.

—¿La viste?

Martha vaciló, pero la mirada firme de *milady* la desconcertó, y murmuró que la señorita Selina había dicho que su madre se encontraba en Hookham's.

—Comprendo. ¿Y qué hora era?

—No... ¡no lo sé, *milady*! ¡No sé la hora exacta! Salimos cuando lord Dysart estaba reunido con usted.

—Lord Dysart dejó esta casa antes de las dos. Ahora son las seis y media y *lady* Letitia aún no ha vuelto. ¿No estás un poco nerviosa?

—Pensé... pensé que era *lady* Letitia la que me llamaba.

Helen recorrió la habitación con la mirada.

—Pero no has preparado su vestido de baile.

—*Milady* me aseguró que no iría al baile. Me dijo que no me preocupara si llegaba tarde, y que no le dijera nada a nadie, salvo que se había ido con la señorita Thorne. ¡Pero no me dijo nada más! ¡Se lo juro por mi honor, señora!

—Debiste saber, sin embargo, que *milady* no pensaba volver. ¡No, no me mientas, te lo ruego! *Lady* Letitia no se lleva el cepillo, el peine y los polvos

dentífricos cuando se va de compras.

Martha se echó a llorar, diciendo que no lo sabía, que *milady* le había pedido que llevara un paquete que contenía algunas cosas para la señorita Selina. Sí, era un paquete muy grande, pero ella no sabía lo que había dentro. *Milady* lo había preparado por su cuenta y no le había dicho nada. Ella habría dado su vida por *milady*, sobre todo sabiendo que aquel pobre angelito estaba siendo maltratado de aquella manera, y no tenía a nadie a quien recurrir más que a su doncella.

—Con eso me basta, Martha. Creo que has desempeñado este papel pensando hacer un bien a tu señora, sin saber que la estabas ayudando a hacer algo que puede acarrearle terribles consecuencias. Si realmente se ha fugado, le habrás hecho el peor servicio que podrías hacerle. Espero que no se haya fugado (en realidad, creo que al señor Allandale le preocupa mucho más su reputación que a ti). No sé qué me verá obligada a contarle a milord: eso dependerá de si logro encontrar a *lady* Letitia y de tu conducta a partir de ahora.

La aterrorizada Martha, con la mandíbula temblando y los ojos desenchajados, empezó a prometerle la más abyecta obediencia. Pero Helen interrumpió sus protestas, diciendo:

—¡Deja de llorar y escúchame! Me voy ahora mismo a casa de la señora Thorne. Si encuentro allí a *lady* Letitia o descubro a través de la señorita Selina dónde está, puede que no cuente a nadie lo que ha pasado. Así que no debes hablar con nadie, ¿comprendes? Si te preguntan dónde estoy, debes decir que no lo sabes. Ahora baja otra vez y dile a Sutton que venga a mi habitación.

Cuando Sutton entró en su habitación cinco minutos después, encontró a su señora con el abrigo y el sombrero puestos, lista para salir. Antes de que pudiera expresar su sorpresa, Helen dijo:

—Lo lamento, Sutton, pero tengo que salir. No sé cuánto tiempo estaré fuera. —Alzó los ojos de los guantes que se estaba poniendo y añadió—: Supongo que imaginarás el motivo de mi ausencia. Si es así, confío en tu discreción.

—*Milady* puede contar siempre con mi discreción. Pero si, como imagino, va a buscar a *lady* Letitia, le ruego que me permita acompañarla.

—Te lo agradezco, pero no hace falta. Hay una poderosa razón por la que deseo que te quedes aquí. Si *lady* Letitia ha cometido alguna locura que tal vez pueda remediar, no quiero que nadie lo sepa.

—La comprendo perfectamente, *milady*. Pase lo que pase, mis labios están sellados —declaró Sutton, con la resolución de quien se prepara para la cámara de tortura.

—No creo que ocurra nada malo —dijo Helen, con una débil sonrisa—. Milord no cena en casa esta noche, así que no preguntará por mí. Pero si lo hace, dile que he salido a cenar. Así no preguntará dónde está *lady* Letitia, porque pensará que está conmigo.

—Desde luego, *milady*. De mí no sabrá nada.

—Te lo agradezco mucho, Sutton. Una cosa más: ¿crees que conseguirás sacar a George del vestíbulo para que no me vea abandonar la casa? Le parecerá extraño verme, y es posible que lo comente.

—¡Por supuesto, *milady*! Bajaré ahora mismo y le pediré que saque el neceser de *milady* del trastero.

—¿Y para qué querría mi neceser a estas horas?

—Eso no es asunto de George, *milady*.

Independientemente de lo que pensara George, el truco funcionó: no había nadie en el vestíbulo cuando abandonó la casa. Una vez en la calle, Helen exhaló un suspiro de alivio y se dirigió al puesto de carruajes más cercano.

El mayordomo de la señora Thorne se sorprendió al verla llegar en un coche de alquiler. Pero Helen se lo esperaba, y le dijo que su carruaje había sufrido un pequeño accidente. El mayordomo quedó satisfecho con aquella explicación, pero cuando Helen le preguntó por la dueña de la casa, se vio obligado a responder que la señora se había retirado a su habitación a cambiarse de vestido para la cena.

—En ese caso, tenga la bondad de preguntarle si puedo subir a verla —dijo Helen, como si fuera lo más natural del mundo que una condesa llegara media hora antes de la cena en un coche de alquiler, vestida con un traje de mañana y pidiendo que la condujeran al dormitorio de la señora.

La señora Thorne estaba sentada frente al tocador, envuelta en una voluminosa bata y con el moño a medio hacer. Era una mujer gruesa, de aspecto bondadoso, que se levantó con dificultad para recibir a Helen.

—¡Mi querida *lady* Cardross! Entre, se lo ruego, y discúlpeme por recibirla así. Pero no quería hacerla esperar mientras terminaba de vestirme, y le he dicho a Thomas que la acompañe inmediatamente a mi habitación.

—Ha sido muy amable de su parte. Disculpe por molestarla a estas horas —dijo Helen, estrechándole la mano—. ¿Podría hablar con usted a solas?

—¡Por supuesto, querida! Betty, ve a ver si la señorita Fanny está lista. Te llamaré cuando te necesite. Antes de irte prepara una silla para *milady*. ¡*Lady* Cardross, siéntese, por favor! —La señora Thorne volvió a sentarse frente al tocador y dijo, al tiempo que su doncella salía de la habitación—: ¡Cuénteme! Cuando Thomas vino a decirme que estaba aquí, tuve un terrible presentimiento. Y a juzgar por su cara veo que tenía razón.

—¡Oh, espero que no! Señora Thorne, ¿ha estado Letty aquí hoy?

—¡Me lo temía! —se lamentó la señora Thorne—. No, querida. No he visto a Letty desde que vino a vernos la semana pasada. ¡No me diga que se ha fugado con el joven Allandale! ¡Espere! ¿Dónde están mis sales? ¡Ah, aquí están! ¡Cuéntemelo todo!

Aferrándose a su frasquito de sales, e inhalando de vez en cuando su aromático contenido para evitar las palpitaciones, la señora Thorne logró escuchar el relato de Helen sin sucumbir a un ataque de nervios. Estaba profundamente escandalizada, e interrumpió con frecuencia el relato con gemidos y aterrorizadas exclamaciones. Pero no podía ayudar a Helen porque no sabía nada. Nunca había dado esperanzas al señor Allandale: a las jóvenes les gustaba coquetear, y no había nada malo en ello. Pero cuando supo que Letty quería casarse con un joven sin un penique y sin ninguna perspectiva de riqueza, se llevó un gran disgusto.

Helen se vio obligada a frenar su locuacidad y a pedirle que llamara a Selina. La señora Thorne no tenía nada en contra, aunque no lograba imaginar que Selina fuera capaz de aclararle dónde estaba su prima. Cuando Helen le contó que las dos primas se habían encontrado esa tarde en Bond Street, no pudo creer que aquello hubiera ocurrido.

—¡Selina en Bond Street! ¡Eso es imposible, *lady* Cardross! Es verdad que ya no somos tan estrictos con las chicas como antes. Cuando yo era joven no podía poner un pie en la calle si no era en compañía de mi madre o mi institutriz. ¡Era un incordio, se lo aseguro! Por eso decidí dar más libertad a mis hijas. Ahora bien, jamás les dejaría ir al centro si no es acompañadas de sus hermanas o de Betty. ¿Qué diría la gente? No quiero ni pensarlo, y si descubro que Martha le ha dicho la verdad (que lo dudo), enviaré a Selina al internado de la señorita Puttenham. Es lo que el señor Thorne quería hacer cuando nos dejó la señorita Woodbridge, su institutriz. Pero Selina se opuso de una manera tan rotunda... En cualquier caso, es muy posible que esa tal Martha se lo haya inventado todo. Estoy segura de que Selina no tiene ni idea de dónde está su prima.

Pero cuando Selina entró en la habitación, hasta su orgullosa madre comprendió que sabía muy bien por qué la habían llamado. La joven estaba en plena forma, y más que dispuesta a sufrir el martirio por su prima. Su papel no era el principal en aquel magnífico drama, pero había logrado convencerse de que, sin su generosa ayuda, los enamorados habrían tenido que resignarse a su trágico destino. Letty (si no había enfermado y muerto antes de que acabara el año) se habría visto obligada a casarse con un rico y malvado aristócrata, que la habría sometido a los más crueles abusos. En cuanto al

señor Allandale, inexplicablemente olvidado por sus superiores, habría malgastado su vida en el extranjero, portando siempre el retrato de Letty junto a su corazón y muriendo (en circunstancias de terrible angustia y abandono) con el nombre de su amada en los labios.

Hasta que no tuvo que enfrentarse a Helen, que le inspiraba un considerable temor, aquella conmovedora historia le había parecido tan plausible como inevitable. Más de una vez había ensayado las nobles palabras que diría si se veía obligada a justificar sus actos. Y, en aquellas escenas, todos los intentos de sus perseguidores de hacerle confesar dónde se encontraba Letty eran inútiles. En ocasiones permanecía muda mientras sus enemigos la acosaban. Pero, en general, se expresaba con extremada elocuencia, hablando con una sinceridad tan conmovedora que incluso gente despiadada como su padre y lord Cardross comprendían lo falsas e interesadas que eran sus ideas, y salían del encuentro con el corazón cambiado y la más alta opinión sobre su valor, su nobleza y su inteligencia.

Pero en aquellas escenas, los demás miembros del reparto pronunciaban los diálogos que había preparado para ellos. En la vida real decían cosas tan distintas que acababan desbaratándolo todo. De hecho, Selina solo logró pronunciar uno de los discursos que había preparado. Cuando su madre le preguntó dónde estaba Letty, se llevó las manos al pecho y se negó a responder. Invitó a las dos mujeres a amenazarla lo que quisieran, pero les advirtió que sería imposible obligarla a traicionar a su prima.

La señora Thorne debió obligar a su hija a revelar la verdad en nombre de la obediencia. Pero en vez de eso, y con una lamentable falta de dramatismo, le suplicó con irritación que se dejara de comedias. Y antes de que Selina pudiera recuperarse de aquel revés, Helen culminó su derrota diciendo en tono de profunda desaprobación:

—¡Esto no es un juego, Selina! Me temo que las cosas son más graves de lo que piensas.

A partir de entonces fue imposible recuperar el tono dramático. Selina repitió que no diría nada, pero aquellas palabras le sonaron más obstinadas que nobles. Y cuando la señora Thorne, levantándose de la silla, declaró que la llevaría inmediatamente con su padre, que sabría cómo tratar tanta impertinencia, la joven, lejos de comportarse como una heroína, rompió a llorar.

Tardaron un tiempo en sonsacarle toda la historia, y el efecto de aquella revelación en la señora Thorne fue tan severo, que Helen sintió lástima de ella. La pobre señora se quedó tan sorprendida al saber que, cuando creía a su

hija en clase de música, aquella atrevida damisela se había ido sola al barrio más elegante de la ciudad, con el propósito de ayudar a su prima a hacer algo que (si llegaba a saberse) las deshonraría a las dos de por vida, no pudo hacer otra cosa que reprenderla y preguntarse cómo podía tener una hija tan desvergonzada. De modo que fue Helen la encargada de interrogar a Selina, y lo hizo con una frialdad que la intimidó mucho más que los reproches de su madre.

Letty había vendido el collar a Catworth el día que fue con su prima a elegir un regalo de bodas para Fanny. Habían despedido al cochero fuera del Pantheon, pidiéndole que fuera a buscarlas más tarde a Gunther's, en Berkeley Square. Después de comprar unos velos, se habían dirigido en un coche de alquiler a Cranbourn Alley. Habían descubierto la existencia de Catworth e Hijo pidiéndole al conductor que les recomendará un joyero. Mientras Letty negociaba la venta con el joven Catworth, Selina se quedó en el carruaje porque el cochero parecía sospechar que pretendían engañarle, y expresó el vivo deseo de que le pagasen de inmediato.

Después de vender el collar, solo faltaba una cosa para la fuga: el novio, que seguía fuera de la ciudad.

En ese momento, la señora Thorne exclamó:

—¡No me digas que Allandale estaba dispuesto a fugarse con tan solo dos mil libras!

—Señora Thorne, ¿no pensará que el señor Allandale estaba implicado en todo esto? —dijo Helen.

—No lo estaba —confirmó Selina—. Letty pensaba decirle que el collar era un regalo de su padrino.

Las dos jóvenes se habían encontrado esa tarde y, después de librarse de Martha (pues Letty, con extraña consideración, no quería implicarla), habían adquirido las cosas necesarias que Letty no había podido meter en el paquete, y las habían llevado a Bryanston Square, para meterlas en un viejo maletín de su padre. Finalmente, Letty se había dirigido en un coche de alquiler al apartamento del señor Allandale, en Ryder Street.

—Pero no conseguiréis encontrarlos —dijo Selina con aire desafiante— porque eso fue hace horas, y ahora estarán a millas y millas de distancia.

Aquello pareció muy probable a la señora Thorne, que se hundió en su silla con un gemido de consternación, pero Helen no perdió la esperanza. Cuando Selina fue enviada a la cama, con la promesa de una cena a base de pan y agua, una conversación con su padre al día siguiente y una estancia

indeterminada en un internado para señoritas de Bath, Helen se levantó y dijo que se iba a Ryder Street.

—¿Qué sentido tiene eso, querida? —gimió la señora Thorne—. Ya ha oído a la desvergonzada de mi hija. ¡Estarán los dos en Gretna Green!

—Lo dudo. No digo que no sea el plan de Letty, pero me sorprendería mucho que fuese el de Allandale. ¡Estoy segura de que jamás haría una cosa así!

—¿A qué otro sitio iban a ir? No pueden casarse en Inglaterra, porque Letty es menor de edad y no tiene el permiso de su tutor. No creo que Allandale le haya permitido fugarse si no pretendía casarse con ella.

—Estoy segura de que Allandale no sabe nada —declaró Helen—. Es un hombre inteligente y respetable, y que posee un gran sentido del decoro. Estoy segura de que nunca se le ha pasado por la cabeza fugarse con una joven de la edad de Letty. No soportaría que lo tomasen por un cazafortunas.

—Es posible —dijo la señora Thorne sin convicción—. Además, perdería su empleo. Pero ya sabe, querida, que cuando un hombre se enamora, es capaz de todo. Y no pretenderá decirme que Letty pensaba fugarse sin que él lo supiera.

—Sí —dijo Helen con una sonrisa—. Letty es capaz de eso y de mucho más.

—¡Qué muchacha más desvergonzada! —exclamó la señora Thorne—. Menuda sorpresa se llevará Allandale cuando vuelva del ministerio y se encuentre a esa niña malcriada en su apartamento, esperando que se fugue con ella a Escocia. ¡En fin, espero que le sirva de lección! Pero si así ha sido, ¿por qué no la ha llevado de vuelta a casa?

—Lo he pensado —admitió Helen—. A mí también me extraña, pero es posible que haya tenido que quedarse trabajando hasta tarde. Además, supongo que le habrá llevado un tiempo convencer a Letty de que renuncie a la idea. De hecho, lo más probable es que Letty haya sucumbido a una de sus crisis de llanto, y que el pobre hombre no sepa cómo calmarla. ¡Oh, tengo que ir a Ryder Street ahora mismo!

La convicción de que encontraría al señor Allandale consolando a su futura esposa se hizo más firme mientras Helen se dirigía a su apartamento en un coche de alquiler. La joven empezó a animarse, pensando que si conseguía devolver a Letty a Cardross con la reputación intacta, lograría recompensar las locuras y el despilfarro de las últimas semanas. Pero cuando llegó a Ryder Street, se llevó una desagradable decepción. El cochero bajó del pescante para preguntarle cuál era el número de la casa que pensaba visitar. Pero, de pronto,

Helen se dio cuenta de que no lo sabía. Tampoco lo sabía el cochero. Cuando Helen le preguntó si conocía a un tal señor Allandale, el cochero respondió que no podía saber el nombre de todos los caballeros que contrataban sus servicios, y se puso a mirar a su bella cliente con un desagradable interés. Helen se sintió incómoda, igual de incómoda que cuando llegaron a Ryder Street y vio las ventanas de los clubes encendidas, y a varios caballeros que conocía paseando por la acera. Aquel barrio elegante de Londres, que se extendía desde Pall Mall hasta Piccadilly, pertenecía casi exclusivamente a los caballeros, y no era habitual encontrar a una mujer dentro de sus límites. Era evidente que el cochero se estaba preguntando si se había equivocado al juzgar el estatus social de su cliente. Helen estaba empezando a sentirse angustiada y muy incómoda cuando recordó que el señor Hethersett vivía también en Ryder Street, y que, sin duda, podría indicarle dónde estaba la casa del señor Allandale. Así que le dijo al cochero que la llevara al número cinco. No parecía probable que el señor Hethersett estuviera en casa, porque eran más de las ocho, pero la fortuna le sonrió. Justo cuando estaba buscando el monedero, la puerta del número cinco se abrió, y el señor Hethersett en persona salió de la casa, muy elegante con un chaleco de seda, un frac y un pañuelo inmaculado. Encima de los rizos llevaba un elegante sombrero de dos picos, y una capa forrada de seda colgaba de sus hombros. Con una mano sujetaba los guantes y, con la otra, un bastón de ébano. Pero al vislumbrar la insólita imagen de una dama pagando un coche de alquiler, se pasó los guantes a la derecha para levantar el monóculo. En ese mismo instante, Helen se volvió para subir los escalones de la puerta y profirió una exclamación de alegría.

—¡Felix, qué alegría encontrarte!

El cochero, al ver que la mirada del señor Hethersett era de profundo desconcierto, chasqueó la lengua en señal de desaprobación. Bajo su punto de vista, Helen (una de las mujeres más bellas que había visto nunca) merecía una mejor acogida que la exclamación de sorpresa que profirió el señor Hethersett.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó el señor Hethersett, alarmado—. No me digas que Cardross ha tenido un accidente.

—¡Oh, no! —le aseguró ella—. ¿Vas a una fiesta? Tranquilo, no te entretendré ni un minuto. Resulta que he olvidado el número de la casa del señor Allandale.

Decepcionado por aquella conversación, el cochero azuzó a su caballo y se alejó.

—¡Gracias a Dios que se ha ido! —exclamó el señor Hethersett—. ¿Sabes una cosa, prima? No deberías venir en un coche de alquiler a preguntarme dónde vive el señor Allandale. Ya sé que no es asunto mío, pero no es propio de una señora. A Cardross no le gustaría. Además, ¿para qué quieres ver a Allandale?

—Eso tampoco es asunto tuyo —señaló Helen—. Y si Cardross supiera que estoy aquí, no tendría ninguna objeción, porque he venido por un motivo más que justificado. Así que te lo ruego, dime el número de la casa del señor Allandale. Después puedes ir a tu fiesta y no pensar más en mí.

—No —dijo el señor Hethersett con inesperada firmeza—. No lo haré, Helen. Sabes que me pasaré toda la noche preocupado por ti. Sospecho que pretendes hacer algo inconveniente, y no pienso permitirlo. Y si piensas que a Cardross no le importa que vayas haciendo visitas a estas horas, y encima en un coche de alquiler, es que no lo conoces. Lo que voy a hacer es llevarte a casa.

—¡De eso nada! —exclamó Helen con indignación—. Que me encontraras ese día en Clarges Street no te da derecho a darme órdenes.

—¡Oh, no te preocupes por eso! Por cierto, ¿conseguiste solucionar el problema?

—Sí, Dysart me ayudó.

—¿De veras?

—Sí. Ganó bastante dinero apostando en las carreras. Aun así, me pareció muy feo que me delataras.

—Me imagino. Y sin embargo no me arrepiento. Lo que necesitamos ahora es otro coche de alquiler.

—No, aunque espero necesitarlo dentro de un rato. Supongo que tendré que contarte lo que ha pasado —suspiró Helen.

—¿Me tomas por tonto, prima? —preguntó el señor Hethersett—. Si buscas a Allandale, significa que Letty ha hecho una de las suyas. ¿De qué se trata esta vez? ¿Se ha fugado con él?

—Me temo que sí.

—¿De veras? —preguntó él con incredulidad—. No, no lo creo capaz de hacer una cosa así. Solo estaba bromeando.

Pero cuando oyó todo lo que Helen consideró oportuno contarle sobre los acontecimientos de aquel día, se quedó muy sorprendido, y reconoció que el asunto era muy sospechoso.

—Sin embargo, aunque Allandale no me agrada, no le veo capaz de fugarse con Letty —dijo.

—¡Yo tampoco! Por eso tengo la esperanza de encontrarla aquí. Así que te lo ruego, ¿podrías decirme dónde está su casa?

—Sí, ¿pero dónde está Cardross? No puede haber salido de la ciudad, porque lo he visto esta tarde en White's. Encontrar a Letty es obligación suya, no tuya.

—Esta noche cena fuera, y ahora está reunido con *sir* John Somerby.

—¿Me estás diciendo que no se lo has contado? —preguntó el señor Hethersett con severidad.

—No —admitió Helen—, no se lo he contado.

—Pues mal hecho. No quisiera ofenderte, prima, pero no tienes derecho a engañar a Cardross en lo que se refiere a su hermana. Al fin y al cabo es su tutor. Imagino que tienes cariño a Letty, pero no está bien ocultar a Giles lo que ha pasado.

—No. En realidad no pretendo hacerlo. El problema es que está muy enfadado. Ha ocurrido algo que le ha puesto de mal humor, y no quiero darle esta mala noticia sabiendo que... va a ponerse furioso con Letty.

—¡Le estaría bien empleado! —dijo el señor Hethersett—. Si quieres saber mi opinión, pienso que cuanto antes te libres de esa muchacha, mejor. Es una joven caprichosa y malcriada.

Dirigió una mirada a Helen, pero estaba demasiado oscuro para ver su rostro con claridad. Sin embargo, había sacado sus propias conclusiones, y añadió:

—No me extrañaría que fuera Letty la que le ha puesto de mal humor.

Helen no respondió. El farolero se acercaba por la calle sujetando la escalera, acompañado de un chico que lo seguía. Helen, cansada de estar de pie delante de la casa de Hethersett, se lo hizo notar, añadiendo:

—¿No le extrañará vernos aquí de pie?

—Sí, pero no vamos a quedarnos aquí. Me parece que Allandale no está en casa, pero será mejor preguntarlo.

—¿Me estás diciendo que es tu vecino? —preguntó Helen.

—Sí. No veo por qué no iba a serlo —replicó el señor Hethersett, sorprendido por su indignación—. Lo que quiero decir es que nunca me ha causado ninguna molestia. ¡No lo veo casi nunca!

—¿Y me has tenido aquí todo este tiempo? Me parece muy feo por tu parte, Felix —dijo Helen, subiendo los escalones y llamando a la puerta.

—Estaba pensando qué hacer contigo mientras preguntaba por Allandale. El problema es que no puedes ir a ninguna parte. Pero no deberías preguntar tú por él, ¿sabes? Déjame a mí.

Pero cuando el señor Hethersett preguntó al propietario de la casa si el señor Allandale estaba en su apartamento, y este le dijo que no, pareció demasiado dispuesto a irse sin hacer más preguntas. De modo que Helen se vio obligada a intervenir. Ignorando un horrorizado murmullo de protesta de Hethersett, preguntó si el señor Allandale había salido solo o en compañía de una señorita.

—Supongo que se refiere a la hermana del señor Allandale —preguntó el hombre con cautela.

—Sí —se apresuró a decir Helen.

—¡Ah! —dijo el propietario, rascándose la barbilla con aire pensativo—. Eso es lo que ha dicho él, desde luego, pero no lo que ha dicho ella. Y eso, señora, me pone en un terrible aprieto. Porque si quiere ver a su hermana, no puedo decirle que haya venido. O al menos no puedo decirlo con certeza. La joven que ha venido hoy preguntando por el señor Allandale le ha dicho a mi querida esposa, la señora Shotwick, que era su prometida. Lo cual es muy distinto.

—No importa. Es a ella a la que estoy buscando.

—¡Ah! —dijo el señor Shotwick, que seguía rascándose la barbilla—. No tengo nada en contra. El problema es que no podrá encontrarla aquí, señora, porque no está. Hace más de tres horas que se ha ido. De lo cual me alegro, porque no se imagina el escándalo que ha organizado.

—¡Dios mío! —exclamó Helen, asustada—. ¿A qué escándalo se refiere?

En ese momento, el señor Shotwick tuvo la feliz idea de invitarles a entrar para discutir aquel delicado asunto con la señora de la casa. Helen aceptó enseguida (el señor Hethersett, no tanto) y ambos fueron conducidos al salón del señor Allandale, donde se quedaron esperando a que el señor Shotwick llamara a su esposa.

—Oh, Felix, ¿qué habrá pasado? —preguntó Helen—. ¡Hace más de tres horas que se fueron! Cuando ese hombre dijo que no estaban, pensé que el señor Allandale se la habría llevado a casa, y que la encontraría allí cuando llegara. ¡Pero tres horas! ¿Dónde estará, si no se han fugado juntos?

—No sé dónde estará —dijo el señor Hethersett—, pero sé dónde estoy ahora, y no me gusta. Estoy seguro de que ese hombre sabe quién soy, y no tardará en descubrir quién eres tú. Dentro de poco estaré en boca de toda la ciudad.

—¡Muy bien! ¡Si no te gusta que te vean en mi compañía, puedes irte! —saltó Helen.

—No —dijo el señor Hethersett con franqueza—. Y menos con este atuendo. Tú ni siquiera llevas un vestido de tarde. Todo el mundo se preguntará qué diantre estábamos haciendo. ¡Y no podré decir que estábamos buscando a Letty!

Helen estaba angustiada, pero no puedo evitar reírse.

—No pasará nada, porque tienes tan buena fama que nadie creará ni por un instante que has hecho algo inconveniente.

—No es momento para bromear, *lady* Cardross. Además, nunca se sabe lo que puede decir la gente. Lo que más me preocupa es cómo va a reaccionar Cardross. Se va a poner hecho una furia cuando sepa que hemos estado poniéndonos en evidencia en vez de contarle lo sucedido.

Helen pensó que tenía razón. Pero antes de que pudiera responder, el señor Shotwick regresó con una mujer robusta ataviada con una cofia, a la que presentó como su esposa.

De la enrevesada historia que salió de los labios de la señora Shotwick quedó clara una cosa: la aparición de Letty en su (hasta entonces) tranquila existencia la había conmocionado, y había minado su fe en su inquilino favorito.

—Porque para ser sincera, señora, no sé qué pensar.

Su primer impulso al enterarse de que una bella señorita con un maletín había ocupado el salón del señor Allandale, dispuesta a quedarse allí hasta su regreso, fue echar de inmediato a aquella obstinada joven. Pero cuando entró en el salón a cumplir su propósito, se llevó una sorpresa. Ante ella se encontraba una representante de la aristocracia, y no se podía echar a una representante de la aristocracia de la propia casa, por muy respetable que esta fuera. De modo que esperó al señor Allandale, le abordó mientras entraba en la casa y le dio a entender que no estaba dispuesta a tolerar ciertos comportamientos bajo su techo. Le sorprendió mucho que, al ver a su prometida en el salón, el señor Allandale pusiera una cara extraña, por no decir otra cosa.

—¡Se quedó horrorizado! —aclaró el señor Shotwick.

—Me lo creo —dijo el señor Hethersett, cansado de aquel relato tan minucioso.

—Sobre todo si pretendía darle largas, que es lo que sospechábamos —añadió el señor Shotwick.

—¡Te agradecería que no usaras expresiones tan vulgares, Shotwick! —exclamó su amada esposa con brusquedad—. En ese momento no sospeché nada parecido.

—No hasta que se armó el escándalo —reconoció el señor Shotwick—. ¡Dios mío, cómo gritaba aquella señorita! Pensé que vendrían los vecinos —sacudió la cabeza tristemente—. Era imposible no sentir compasión por ella. Lo que no logro entender es cómo consiguió engañarnos a nosotros. Porque es imposible encontrar un caballero más tranquilo y educado. Pero es evidente que a esa señorita la ha engañado.

—¡Ya basta! —dijo su mujer. Dirigió una mirada significativa a Helen, y dijo con solemnidad—: No diré una palabra delante de un caballero como el que está presente. ¿Pero qué pensaría usted, señora, cuando una señorita dulce y encantadora se comporta como si estuviese desesperada, y suplica a un caballero (si es que se le puede llamar así) que se case con ella?

—¡Llorando como una fuente! —añadió el señor Shotwick.

—Le agradezco la información, señor —intervino el señor Hethersett—. Pero lo único que quiero saber es si dejaron la casa juntos, y si sabe adónde fueron.

—Eso no podría decirlo —respondió la señora Shotwick—. Irse se fueron, y en una silla de posta.

—¡En una silla de posta! —repitió Helen, asustada.

—En una silla de posta, señora. Lo vi con mis propios ojos. Fue el señor Allandale el que salió a pedirla —le informó la señora Shotwick—. Y debo decir una cosa: independientemente de lo que le hiciera a esa pobre chica, al menos quiso rendirle justicia, porque cuando le pregunté qué se podía hacer, me dijo que solo una cosa. No digo que pareciera feliz de hacerla, pero al menos estaba decidido. ¡Muy decidido! A mí no me dijo nada más, pero acto seguido regresó a esta misma habitación, donde la señorita yacía en el sofá con muy mala cara. No sé lo que le dijo porque cerró la puerta. Solo sé que, al terminar, la señorita se levantó del sofá más feliz que una niña. Después salió a pedir una silla de posta, y la señorita me llamó para que la ayudara a hacer la maleta del señor Allandale. Y no volvió a derramar ni una sola lágrima.

—Entonces no hace falta que se preocupe por ella —concluyó el señor Hethersett—. Se lo agradezco mucho, señora.

Dicho esto le pidió al señor Shotwick que saliera a pedir un carruaje, y dirigió una mirada incómoda a Helen. Helen parecía consternada, pero, para su alivio, no habló hasta que la señora Shotwick no se hubo retirado de la habitación.

—Te llevaré a casa. No se puede hacer nada. Me parece muy mal por parte de Allandale, pero reconozco que lo siento por él.

—¿No la habrá llevado de vuelta a casa? —preguntó Helen, retorciéndose las manos.

—No creo —dijo el señor Hethersett—. Letty habría sucumbido a una de sus crisis de histeria. La verdad es que no puedo culparle.

—La culpa es mía. Si le hubiera contado a Cardross mis sospechas, habría conseguido alcanzarlos, pero ahora... Estaba tan segura de que el señor Allandale no sería capaz de... Pensé que conseguiría solucionar las cosas por mi cuenta, pero solo he contribuido a deshonar a Letty.

—No estoy de acuerdo —repuso él—. Si quiere, Cardross tiene tiempo de sobra para alcanzarlos. Viajan en una silla de posta. Y no sería muy distinto si viajaran en un carruaje. Con su carrocín y sus cuatro caballos, y conmigo siguiéndole a cierta distancia, Cardross los alcanzará en un santiamén. ¿Alguna vez has visto a Giles manejando su carrocín? Es uno de los mejores jinetes que conozco, te lo aseguro.

—¿Tú crees que podría alcanzarlos? —preguntó Helen, esperanzada.

—Desde luego. Lo único que tenemos que hacer es... ¿qué hora es?

Helen profirió una exclamación de angustia.

—¡Lo olvidaba! Cardross no está en casa. Esta noche cenaba fuera, y no sé dónde.

—No te preocupes por eso. Farley lo sabrá.

Helen se sintió más aliviada, y cuando el señor Shotwick regresó para decirles que el coche estaba esperando, se levantó, rogando a Felix que se diera prisa.

Efectivamente había un coche esperándolos: se trataba de un enorme vehículo en pésimas condiciones cuyo pescante (pasado de moda) y sus deslustrados adornos mostraban que había descendido un largo camino en la escala social desde los días en que, con un cochero empolvado en el pescante, y dos lacayos detrás, pertenecía a un noble. No era en absoluto el tipo de coche que habría elegido una persona elegante. Pero Helen y el señor Hethersett descubrieron que la posesión temporal de aquel vehículo estaba siendo objeto de una disputa. Dos jóvenes estaban discutiendo con el cochero su derecho a reclamarlo, y aquel valiente individuo había juzgado necesario bajarse del pescante para defenderlo de la invasión.

Después de un breve vistazo, el señor Hethersett trató de ocultarle la escena a Helen, diciendo con brusquedad:

—Será mejor que vuelvas a entrar hasta que me libre de ellos.

—¡Pero si es Dysart!

—Lo sé, pero no tenemos tiempo para hablar con él —dijo el señor Hethersett.

—Por supuesto que no, pero está intentando alquilar nuestro coche, y no debería hacerlo —dijo Helen, tratando de abrirse paso.

—¡Por el amor de Dios, prima, vuelve a la casa! —le suplicó el señor Hethersett—. ¡Dysart no está solo!

—No, pero el otro no es más que el señor Fancot, y creo que los dos están un poco achispados. ¡Dysart!

El vizconde, al oír que le llamaban, se dio la vuelta. La luz de la farola le permitió reconocer a su hermana, pero era demasiado listo para fiarse de sus propios ojos cuando (a su juicio) «estaba un poco alegre». Así que le pidió ayuda a su compañero.

—Corny, esa no es mi hermana, ¿verdad?

—No —dijo el señor Fancot.

—¡Eres terrible, Dy! —observó Helen, bajando los escalones—. No puedes alquilar ese coche, porque lo han pedido para mí. Tengo mucha prisa, así que te lo ruego, deja de discutir con ese pobre hombre y márchate.

—¡Dios mío, es mi hermana! —exclamó el vizconde, perplejo.

—Sí —reconoció el señor Fancot, sonriendo vagamente pero con profunda cordialidad a Helen.

—¡No hace falta gritarlo a los cuatro vientos! —dijo el señor Hethersett, molesto.

El vizconde lo miró con atención mientras se debatía interiormente con un problema.

—Ah, es usted —dijo en tono amenazante—. ¡Usted y mi hermana!

El señor Hethersett, que había previsto desde el principio que ocurriría algo así, dijo, intentando calmarle:

—Estoy acompañando a *milady* a casa.

—¿De veras? —preguntó el vizconde, cuya cólera parecía ir en aumento—. ¡Eso ya lo veremos! Porque a mí me parece que... Corny, ¿dónde estamos?

—En Watier's —dijo el señor Fancot, después de un momento de vacilación.

—¡No, no estamos en Watier's! —dijo el vizconde, irritado.

—De camino a Watier's —se corrigió el señor Fancot.

—¡Yo te diré dónde estamos! —exclamó el vizconde con ira—. ¡En Ryder Street!

—Así es, señor. Estamos en Ryder Street —intervino el cochero—. No necesita un coche para ir a Watier's.

—En Ryder Street... —dijo el vizconde—. ¡Ya sé de qué casa habéis salido! Ahora sé por qué se toma tanto interés en los asuntos de mi hermana. ¡Le voy a destrozkar el hígado! En cuanto a ti, hermanita...

—¡Ya está bien! —le interrumpió el señor Hethersett—. Puedes destrozarme el hígado mañana, pero por el amor de Dios, deja de armar tanto escándalo.

—¡Hígado, no! —dijo el señor Fancot con resolución al escuchar aquella palabra—. ¡Era pato! Eso es lo que encargamos, Dy. En Watier's lo preparan de maravilla.

—¡Pues lléveselo a Watier's! —le recomendó el señor Hethersett.

—Puede llevárselo, pero no creo que les dejen entrar con esa borrachera —observó el cochero con perspicacia.

—Sí que me dejarán —dijo el señor Fancot—. Es mi cumpleaños.

—Entra en el coche —dijo el señor Hethersett, dirigiéndose a Helen—. ¡No, usted no!

El señor Fancot, expulsado del estribo del carruaje por parte del cochero, le pidió al vizconde que diera un puñetazo a aquel individuo. Pero el vizconde tenía cosas más importantes en que pensar. Dirigiéndose al señor Hethersett, le pidió a aquel desventurado caballero que nombrara a sus padrinos.

Alarmada por su clara intención de retar a duelo al señor Hethersett, Helen agarró a su hermano del brazo.

—No seas estúpido, por favor. Estás cometiendo un error, ¿sabes? Es abominable que pienses algo tan terrible. ¡Además, me estás poniendo en evidencia!

—¡No intentes engañarme! —respondió su hermano, soltándose—. ¿Piensa nombrar a sus padrinos o no, señor?

—No los recordaría ni aunque te los dijera. Lo que necesitas es un café. Estás más borracho que una cuba.

—¡No estoy borracho! Y le diré lo que es usted: ¡un mujeriego, un libertino y un cobarde!

—Si mañana por la mañana no estás borracho, ven a mi casa y te enseñaré lo cobarde que soy —le prometió el señor Hethersett, ofendido por aquellos insultos—. Es más, lo vas a pasar muy mal. Te he visto peleándote en la academia de Jackson, y como boxeador no vales nada.

—¡Usted no me conoce! —exclamó el vizconde, abalanzándose hacia él.

El cochero gritó con entusiasmo: «¡Pelea! ¡Pelea!». Helen se interpuso entre los dos indignados caballeros, y el señor Fancot, que parecía inmerso en sus pensamientos, anunció su intención de dirigirse a Watier's y desapareció detrás del carruaje.

—Dysart, ¿cómo te atreves a ser tan maleducado? —preguntó Helen, furiosa—. Felix, te lo ruego, no le hagas caso. ¡En mi vida he pasado tanta vergüenza! Dysart, como digas una palabra más a Felix...

—No tiene importancia —la interrumpió el señor Hethersett, recordando la inconveniencia de pelearse delante de una dama—. Discúlpame, Helen. —A continuación miró al vizconde—. Si quieres pelearte conmigo, ven a verme mañana por la mañana. Ahora voy a acompañar a *milady* a casa.

—¡De eso nada! —respondió el vizconde—. La voy a acompañar yo. Y voy a contarle a Cardross a que está jugando, petimetre.

—Dios mío, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Helen—. Felix, hay dos hombres que vienen hacia aquí.

—No nos queda más remedio que llevármolo con nosotros. ¡Entra en el coche, prima!

—¿Llevarlo con nosotros? ¿Pero qué va a decir Cardross cuando lo vea en estas condiciones?

—¡Giles conoce muy bien a tu hermano! —dijo el señor Hethersett con impaciencia.

—Cielo santo —dijo Helen con un hilo de voz—. Entonces era a eso a lo que se refería. ¡Qué horror!

—¡Un momento! —exclamó el vizconde de pronto—. ¿Dónde está Corny? No puedo dejarlo aquí. ¡Es su cumpleaños!

—Menos mal que se ha ido —comentó Helen mientras el señor Hethersett la ayudaba a subir al carruaje—. Si pudiéramos convencer a Dysart... ¡Oh!

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el señor Hethersett mientras Helen salía del vehículo.

—¡No se ha ido! —dijo Helen con desesperación—. ¡Está dentro, y creo que se ha dormido!

—¡Lo que faltaba! —exclamó el cochero, echando un vistazo al interior del carruaje—. Debe de haber entrado por la otra puerta. ¡Ahora habrá que sacarlo!

—¡No, por favor! —le suplicó Helen, entrando en el coche a toda prisa—. ¡Limítese a sacarnos de aquí!

—¡Pero no podemos pasearnos por la ciudad con dos borrachos! —exclamó el señor Hethersett—. ¡Dios mío, se acerca Bottisham! Eso lo decide

todo. ¡No podemos esperar ni un momento! ¡Oye, Dysart, deja de buscar a Fancot! ¡No está debajo del coche, sino dentro!

Dicho esto empujó al vizconde al interior del carruaje, dio una apresurada dirección al cochero y cerró la puerta.

En un principio, pareció que el trayecto a Grosvenor Square se vería amenizado por una pelea, porque, aunque la atención del vizconde se vio desviada por la pérdida de su amigo, esa distracción duró poco. Apenas tuvo la certeza de que el señor Fancot estaba con ellos, descubrió que el señor Hethersett también estaba en el carruaje, y enseguida se sintió ofendido por su presencia. Sin embargo, antes de que pudiera cumplir su promesa de echarlo, el señor Fancot, sobresaltado por las sacudidas de las ruedas, se despertó y preguntó dónde estaba.

—¡Eso no importa! —exclamó el vizconde—. ¡Hethersett está aquí con nosotros! ¡Ayúdame a tirarlo del coche!

—¡No podemos hacer eso! —dijo el señor Fancot, que poseía un carácter mucho más tolerante—. ¡Es un hombre muy agradable! No recuerdo haberle invitado, pero me alegro de que haya venido.

—¡No lo has invitado! ¡Nadie le ha invitado!

—¡Te equivocas! Si no le hubiera invitado, no habría venido. Es un hombre de lo más educado. Me alegro de beber una copa de vino con él.

—¡Nunca había visto a Corny en estas condiciones! —exclamó Dysart—. ¡Está borracho perdido!

—Sí, pero al menos se pone simpático cuando bebe —intervino Helen—. ¡No dice nada ofensivo, ni quiere tirar a nadie a la calle!

Este desafortunado comentario recordó al vizconde que aún no había cumplido su propósito. Pero en ese preciso momento, el señor Fancot empezó a entonar una canción absolutamente ininteligible. Como estaba privado de oído, aquel interludio musical se convirtió en un suplicio para sus acompañantes, y el vizconde volvió a olvidar al señor Hethersett.

—¡Cállate, Corny! —dijo con indignación—. La estás cantando mal.

Alzando su voz de barítono, el vizconde ofreció a sus acompañantes la versión exacta de aquella canción, la cual, según pudo descubrir Helen, apenas se diferenciaba de la anterior. El señor Hethersett, que se había mantenido impassible ante el arrebató musical del señor Fancot, se vio profundamente afectado por el del vizconde. Apenas escuchó el estribillo, Helen sintió que se estremecía, y le oyó murmurar una exclamación de disgusto.

El vizconde siguió cantando durante todo el trayecto, y seguía cantando cuando el estupefacto mayordomo de Cardross acompañó a la comitiva al interior de la casa.

Sin embargo, no era el estado de lord Dysart lo que sorprendió a Farley, sino la visión de su señora. Tanto, que exclamó sin querer:

—¡*Milady*!

—Sí, soy yo. ¿No sabía que he tenido que salir? —dijo Helen, aparentando naturalidad—. Por favor, acompañe a lord Dysart y al señor Fancot a la biblioteca. Han venido a... cenar conmigo.

—Es mi cumpleaños —le explicó el señor Fancot con amabilidad—. ¡Hemos venido a celebrarlo! Escarabajo también.

—Ya veo, señor —comentó Farley, cogiéndole el sombrero de la mano.

—¡No era Escarabajo, sino Cucaracha! —le corrigió el vizconde—. ¿Dónde está milord?

—Milord no está en casa, pero volverá pronto, señor —dijo Farley, dejando a los dos visitantes al cuidado del lacayo.

El señor Fancot se dejó conducir a la biblioteca, pero el vizconde se resistió.

—¡Es inútil que intentes librarte de mí! —le dijo a su hermana—. No pienso perderte de vista, Helen, así que ni lo pienses. ¡Y menos con ese individuo en casa!

—Por el amor de Dios, Dysart...

—Será mejor que te vayas con él, prima —le aconsejó el señor Hethersett—. No tiene sentido enfadarlo.

Puesto que Dysart la tenía agarrada del brazo, parecía evidente que no se podía hacer otra cosa. Así que, rogando en voz baja al señor Hethersett que fuera a buscar a Cardross, Helen se dirigió a la biblioteca.

Allí fue acogida por el señor Fancot, que estaba felizmente convencido de estar recibiendo amigos en su propia casa. Fancot le estrechó la mano con simpatía y le ofreció una copa de vino. Ella declinó su oferta, lo cual le dejó

un poco desconcertado. Pero Dysart, que había encontrado copas y una licorera en una mesa supletoria, dijo:

—No hace falta que insistas, Corny. ¡Solo hay dos copas!

El señor Fancot se quedó muy sorprendido.

—¿Solo dos? —repitió—. ¡Eso es absurdo, Dy! No hay otra palabra para describirlo: ¡absurdo! Ese estúpido criado mío no se entera de nada. ¡Llama para pedir más copas!

—No necesitamos más copas —respondió Dysart, llenando de vino las dos que había en la mesa.

—Sí que las necesitamos —insistió el señor Fancot—. No puedo dar una fiesta con solo dos copas.

—Esto no es una fiesta, Corny. Ni tampoco es tu casa.

—Ah, ¿no? —preguntó el señor Fancot con incredulidad. Dirigió una mirada atenta, aunque vaga, a su alrededor—. ¡Tienes razón, Dy! ¡No es mi casa! ¡Y no sé de quién es! ¿Sabes una cosa, chico? Hemos venido a la casa equivocada. ¡Será mejor que nos vayamos!

—De eso, nada. Hemos venido aquí a ver a Cardross —dijo Dysart con una mirada sombría.

El señor Fancot se quedó pensando un momento.

—No —dijo al fin—. No sé muy bien por qué hemos venido, pero no queremos ver a Cardross. ¡No tengo nada contra él, que conste! No le conozco bien, pero es un tipo con mucha clase. Estoy muy orgulloso de conocerlo, pero no hemos salido para eso. Dime una cosa, Dysart. ¿Hemos cenado?

—¡Al diablo la cena! ¡Quiero ver a Cardross! —exclamó Dysart con obstinación.

—¡Oh, Dysart, ojalá te fueras de una vez! —dijo Helen—. No tienes ningún deseo de ver a Cardross. Sabes muy bien que es así.

—¡Eso es lo que yo le he dicho! —exclamó el señor Fancot—. No hemos salido a eso. Además, Cardross no está aquí. ¡Vamos a Watier's!

—No hasta que haya visto a Cardross —insistió Dysart—. Tengo que decirle una cosa. ¡No pienso permitir que ese individuo corteje a mi hermana! Eso es lo que voy a decirle.

—¿Qué individuo? —preguntó el señor Fancot.

—Hethersett —respondió el vizconde, vaciando su copa de un trago—. ¿Sabes quién es, Corny? ¡Un maldito figurín! Y Cardross le permite cortejar a mi hermana mientras él se va por ahí tan tranquilo. No debería descuidarla: eso es lo que voy a decirle.

—¡No me descuida! —exclamó Helen con indignación—. Y si no estuvieras tan borracho, Dy, no dirías cosas tan terribles.

—¡Sí que las diría! De hecho, cuanto más pienso en Cardross, más orgulloso me parece. ¿De modo que se ofendió porque asalté tu carruaje? ¡Pues muy bien! Si no quería que lo asaltase, ¿por qué no lo hizo él? ¡Dímelo! ¿Quién te consiguió el dinero? ¡Yo! ¿Quién impidió que cayeras en las garras de King?

—¡Felix Hethersett! —le interrumpió su hermana, quitándose el sombrero y pasándose los dedos por el cabello.

—Ah, ¿sí? ¡Será descarado! —dijo Dysart, con un brillo amenazante en los ojos.

Por suerte, puesto que su humor se estaba volviendo cada vez más beligerante, se vio interrumpido por el señor Fancot, que le propuso una partida. El vizconde se dio la vuelta y vio que su amable amigo, habiendo perdido el interés en la conversación, se había sentado en la mesa principal, había sacado una caja de dados, y estaba jugando con la mano derecha contra la izquierda. Borracho o sobrio, el vizconde no era un hombre que rechazara un desafío de ese tipo. Rápidamente se sentó al otro lado de la mesa y, para alivio de Helen, se consagró a su pasión principal. La partida se vio momentáneamente perturbada por la entrada del lacayo que, sin decir una palabra, dejó dos jarras de metal en la mesa. Al verlas, Dysart le preguntó qué diantre estaba haciendo, y le pidió que le trajera una botella de *brandy*. El lacayo hizo una reverencia y se retiró, diciendo: «¡Ahora mismo, señor!», pero no se llevó las jarras. Tampoco regresó a la biblioteca. Pero como Dysart estaba teniendo una desacostumbrada racha de buena suerte, no se percató. Ambos jugadores se refrescaron tomando sorbos de cerveza negra, y Dysart, que había despojado al señor Fancot de todo su dinero en efectivo, empezó a amasar numerosos pagarés, que su acaudalado amigo iba firmando (con una letra ininteligible) en las hojas de su billetera.

Mientras tanto, el señor Hethersett (a cuyos amables servicios debían un brebaje conocido por inducir a la sobriedad) había sufrido una amarga decepción: Farley no sabía dónde había ido su señor.

El señor Hethersett le miró con suspicacia.

—Es usted muy discreto, ¿verdad, Farley? ¿Se fue con *sir* John Somerby?

—No, señor, aunque me pareció oír que esa era su intención. Iban al Daffy Club, pero milord canceló el compromiso.

—¡No hace falta andarse con tantos misterios! —exclamó el señor Hethersett, irritado—. ¿Dónde fue?

—Eso, señor, no podría decirlo, porque milord no me informó al respecto. Pidió que le prepararan el carruaje, pero no se llevó ni al mozo ni al palafrenero. Y cuando me aventuré a preguntarle si quería tener la cena preparada a su regreso, me dijo que no sabía cuándo volvería. Milord, si se me permite decirlo, estaba muy angustiado. No parecía él, señor.

El misterio, en ese momento, quedó claro a ojos del señor Hethersett. En su experiencia, era una pérdida de tiempo tratar de engañar al servicio. No había pensado ni por un momento que el supuesto secreto de la fuga de Letty no fuera conocido por todos. Así que tampoco dudó cuando dijo:

—Se fue a buscar a *lady* Letitia, ¿verdad? En ese caso, no tiene sentido que le busque.

—No, señor —dijo Farley—. Milord no sabía que *lady* Letitia no había vuelto. No lo sabía ni yo hasta que la señora Sutton (la doncella de *milady*) no me dijo que *lady* Letitia había ido a pasar la noche a casa de la señora Thorne. Milord no preguntó por ella. Era a *lady* Cardross a la que estaba buscando —tosió con delicadeza—. Sin duda se trataba de un asunto urgente que deseaba discutir con *milady* —añadió—. Fueron interrumpidos por *sir* John Somerby y, como consecuencia, *milady* salió precipitadamente de la biblioteca.

—Comprendo —dijo el señor Hethersett.

—Sí, señor. Por eso, en cuanto milord se libró del... quería decir que, en cuanto *sir* John Somerby abandonó la casa, milord salió a buscar a su esposa, y al no encontrarla, se enfureció. Estaba muy preocupado, y con razón. Al parecer, a *milady* se le había olvidado decirle que tenía que salir. Y, como es lógico, milord no pudo evitar ponerse nervioso cuando descubrió que *milady* no había pedido su carruaje. Es muy comprensible que se preocupara, porque se acercaba la hora de la cena, y naturalmente no le agradaba saber que *milady* había salido de esa manera. Sobre todo —añadió, en tono desinteresado—, sabiendo que se iba de viaje.

—¿Pensaba que se iba de viaje? —preguntó el señor Hethersett.

—Eso no me corresponde a mí decirlo —respondió Farley con cautela—. Pero cuando milord interrogó a George, se supo que *milady* había pedido que le subieran el neceser a su habitación. Justo después de separarse de milord, al parecer. —Miró al señor Hethersett a los ojos, y añadió—: Lo que yo pensé, señor, fue que, probablemente, *milady* se enteró de que lord Pevensy, su padre, yacía en su lecho de muerte. Eso explicaría por qué salió de ese modo.

—¡Déjese de cuentos, Farley! —le interrumpió el señor Hethersett, indignado—. No soy tan tonto para creerme sus mentiras. ¡Sé muy bien lo que pensó usted!

—Sí, señor —admitió Farley, haciendo una reverencia—. Lo que pensé fue que *milady* había salido a buscar a *lady* Letitia, pero sobre ese tema prefiero no pronunciarme.

—¡Más le vale! —le recomendó el señor Hethersett.

Acto seguido se dirigió a la biblioteca, donde el vizconde, ocupado en un tiro difícil, no se percató de su llegada. Helen, que estaba sentada en un sofá al fondo de la sala, se asustó al verle entrar, pues pensaba que había salido en búsqueda de su esposo. Era evidente, puesto que no llevaba el abrigo, que el señor Hethersett no pensaba abandonar la casa, y no pudo evitar mirarle con cierta desaprobación.

—Ha sido inútil —dijo él en voz baja—. Farley no sabe dónde ha ido. Me temo que estará haciendo el ridículo por ahí. De hecho, no me sorprendería que se haya ido a Devonshire.

—¿A Devonshire? —repitió ella, perpleja—. ¿Para qué iba a ir a Devonshire?

—¡A buscarte! No es tan tonto para ir en su carruaje, pero puede que haya alquilado un coche. Es posible que dejara su carruaje en la casa de postas.

—¿Pero por qué iba a pensar que he ido a Devonshire? —preguntó Helen, estupefacta—. Oh, Felix, no me digas que tú también estás borracho.

—¡Pues claro que no! He hablado con Farley. No quiero meterme en donde no me llaman, pero he deducido que tuviste una pelea con Cardross. ¡No es asunto mío! —añadió, al verla enrojecer—. La cuestión es que Giles descubrió que no estabas en casa. No logró averiguar adónde habías ido y, al parecer, se puso hecho una furia. El imbécil del portero le dijo algo sobre un neceser que subió a tu habitación. Imagino que sería una estupidez, pero no me extrañaría que Cardross se haya hecho una idea equivocada.

—¡Dios mío! —se lamentó Helen—. ¡Solo quería alejar a George del vestíbulo! ¿Pero cómo pudo imaginar que...? —se detuvo, y miró con aprensión al señor Hethersett—. ¿El servicio creyó que me había fugado?

—¡Pues claro! ¿Qué otra cosa iban a pensar? Pero da igual. Lo importante es que no te has fugado.

—¡Por supuesto que no! Pero causar semejante conmoción... Suscitar tantos rumores... Oh, ¿crees que Cardross se enfadará conmigo?

—¡No! No creo que le agrade, pero ya se le pasara —dijo el señor Hethersett para tranquilizarla—. Pensara que intentabas ayudarle. Tú no tienes la culpa de que haya salido mal.

Al oír aquellas palabras de consuelo, Helen se levantó.

—¡Letty! —exclamó, retorciéndose las manos—. ¡Felix, ha sido toda culpa mía! Si le hubiera dicho la verdad a Cardross... ¡Nunca me perdonará!

El vizconde, cuya atención se desvió de la partida al oír a su hermana, se dio la vuelta.

—¡Corny, ese maldito Hethersett ha vuelto! —exclamó.

—¿Aún sigues borracho? —preguntó el señor Hethersett con disgusto—. ¿Por qué no te vas de una vez?

—Ya le gustaría a usted —repuso el vizconde—. ¡Pues que sepa que no me pienso ir de esta casa mientras usted siga en ella!

El señor Fancot, que recordaba con confusión los recientes acontecimientos, frunció el ceño y preguntó, muy sorprendido:

—¡Pero si no te gusta, Dy! ¡Dijiste que ibas a tirarle del carruaje!

—¡Felix! —exclamó Helen, demasiado angustiada para hacer caso de aquella conversación—. No me queda más remedio que ir a buscarle. Puede que aún no sea demasiado tarde.

—¡No, prima! —dijo el señor Hethersett, escandalizado—. ¡No puedes hacer eso!

—¿Y si fuera en una silla de posta y tú tuvieras la amabilidad de acompañarme? Pueden pasar horas hasta que Giles regrese, y entonces...

—¡Ni hablar! —exclamó el vizconde, levantándose de la silla con tanta violencia que la volcó—. ¿Es que te has vuelto loca, Helen? —preguntó, agarrando a su hermana por los hombros y zarandeándola—. ¿Irte en una silla de posta con ese individuo? ¡No mientras yo viva! —De pronto se dirigió al señor Hethersett—: ¿Se puede saber a qué está jugando con mi hermana? —preguntó con furia.

—¡Por el amor de Dios, Dysart! ¿Por qué no metes la cabeza en un cubo de agua fría? —le rogó el señor Hethersett.

—¡Escuchad! —dijo Helen, volviendo la cabeza hacia la puerta.

Se oyeron unos pasos apresurados. La puerta se abrió y Cardross apareció en el umbral. En su rostro había una expresión seria y angustiada, y ni siquiera se había quitado el abrigo. Sus ojos recorrieron la habitación y vieron a su mujer. Avanzó hacia ella, ignorando a los demás y diciendo con una voz desesperada que a Helen le costó reconocer:

—¡Helen! ¡Gracias a Dios! ¡Oh, amor mío, perdóname!

—¡No, Giles! ¡Ha sido toda culpa mía! —exclamó ella, lanzándose a sus brazos—. Y las cosas son mucho peor de lo que pensabas. ¡Letty se ha fugado con el señor Allandale!

—¡Al diablo Letty! —dijo él, estrechándola entre sus brazos—. Lo importante es que has vuelto. ¡Todo lo demás no importa!

El señor Hethersett apartó los ojos de aquel apasionado abrazo y empezó a sacar brillo a su monóculo. El vizconde los miró en un atónito silencio, y el señor Fancot, después de contemplar con incredulidad aquel extraordinario espectáculo, se levantó y tiró a su amigo de la manga.

—Creo que ya es hora de irse, Dy —dijo en tono confidencial—. No es el tipo de fiesta que me gusta. ¡Vamos al Mutton-walk!

—¡No! —replicó Dysart—. ¡Quiero hablar con Cardross, y lo haré!

Percatándose al fin de las personas que le rodeaban, Cardross levantó la cabeza.

—Por supuesto, Dysart. ¿Qué quieres? —preguntó, soltando a su esposa.

—Te lo diré en privado —repuso el vizconde, al que se le estaban empezando a pasar los efectos del alcohol.

—¡Pues no entiendo por qué tiene que ser en privado! —dijo Helen, con desacostumbrada aspereza—. ¡Has estado diciendo cosas abominables sin preocuparte por nadie, ni siquiera por el cochero! Incluso pretendías retar a duelo a Felix de la forma más ofensiva. ¡Oh, Giles, te lo ruego, dile que no lo haga!

—¿Y por qué quería retarle a duelo? —preguntó Cardross, asustado y divertido.

—Ese tontaina ha visto a Helen salir conmigo del apartamento del señor Allandale, y se ha empeñado en que era mi apartamento —dijo el señor Hethersett con tranquilidad, advirtiendo la expresión divertida de su primo.

—Ah, esa es vuestra versión, ¿eh? —preguntó el vizconde—. ¡Pues no me lo creo! ¿Por qué no me lo dijisteis a mí, eh? ¿Por qué no? ¡Eso es lo que quiero saber! ¿Por qué no?

—¡Porque estabas demasiado borracho para entender cualquier cosa que se te dijera! —respondió el señor Hethersett con franqueza.

—En cualquier caso no tenías derecho a comportarte de forma tan ofensiva, Dy —dijo Helen con severidad—. Ni aunque hubiera estado en casa de Felix. Lo cual es perfectamente posible, porque pensaba hacerle una visita para preguntarle el número de la casa del señor Allandale. Por suerte, Felix salía de su casa cuando yo estaba pagando al cochero.

—A ti te parece bien, ¿verdad, hermanita? —preguntó Dysart—. ¡Pues a mí, no! No es digno de una señora hacer visitas a todos los libertinos de la ciudad. ¡Y menos en un coche de alquiler! Puede que eso responda a tu idea de la decencia, Cardross, pero a la mía no.

—¿Cómo puedes ser tan absurdo, Dy? —protestó Helen—. ¡Nadie podría acusar al señor Allandale de ser un libertino!

—Mi querido Dysart, te aseguro que alabo tus sentimientos y comparto tus ideas sobre la decencia —dijo Cardross—. Me parece que puedes estar tranquilo al respecto y dejar el asunto en mis manos.

—Pues a mí no me lo parece —respondió Dysart—. Y eso me recuerda otra cosa que quería decirte: ¿por qué no te ocupas más de Helen? ¿Quién la ha sacado de este lío? ¿Tú? ¡No, he sido yo! Lo único que has hecho tú es creer que se había casado contigo por tu fortuna, cuando todo el mundo sabe que Helen es demasiado ingenua para aprovecharse de nadie. Por eso, cuando estaba endeudada no se atrevió a contártelo. ¡Y me tocó a mí sacarla del lío! Te aseguro que no ha sido nada agradable. Incluso he tenido que aguantar que Hethersett insinuara que, si Helen estaba endeudada, era culpa mía.

—¡Fue un error! —dijo el señor Hethersett, enrojeciendo—. Te lo dije en su momento.

—¡Pues tenía razón, ha sido culpa mía! —exclamó Dysart con furia—. Si no le hubiera pedido trescientas libras, usted no habría tenido que alejarla de la casa de King. ¿Pero cómo iba a saber que Helen estaba endeudada por un simple vestido? ¡Además, ya le he devuelto el dinero!

—Helen, amor mío, ¿cómo has podido pensar...? ¿Tanto miedo me tienes? —preguntó Cardross, presa del remordimiento.

—¡No! ¡Ha sido todo una estupidez por mi parte! Pensaba que la factura de madame Lavallo estaba junto a las otras. Pero no lo estaba, y cuando me la mandó, me sentí incapaz de decírtelo. ¡Oh, Dysart, te lo ruego! ¡No digas nada más!

—Solo una última cosa: sé muy bien qué opinión tienes de mí, Cardross, pero quiero que sepas que yo no robé tu collar.

—¿Cómo? —preguntó el señor Hethersett, perplejo.

—No hace falta que me lo digas, Dysart —repuso Cardross, mirando a su mujer.

—¡Pues eso es lo que pensaba mi hermana! —exclamó Dysart con amargura.

—¡Cielo santo, Giles! No me digas que has perdido el collar —preguntó el señor Hethersett.

—No —repuso Cardross, estrechando la mano de Helen—. No lo he perdido. Y si así fuera, no pensaría ni por un instante que lo has robado tú, Dysart.

—¡Te lo agradezco!

—Esto es el colmo, prima —observó el señor Hethersett—. ¿Por qué creíste que Dysart había robado el collar?

—¡Fue una estupidez por mi parte!

—¡A mí me pareció muy insultante! —declaró el vizconde.

—Sí, Dysart, a mí también —dijo Cardross, besando la mano de su esposa—. Espero que le pidas perdón, Helen. Igual que te lo pido a ti.

—¡Oh, Giles, te lo ruego! ¡No digas nada más!

El vizconde, después de reflexionar un momento, exclamó:

—¿Pensabas que Helen había vendido el collar? ¡Lo tienes bien merecido, hermanita!

—Pero has dicho que no lo habías perdido, Cardross —objetó el señor Hethersett.

—Lo perdí, pero me lo devolvieron. Ahora sé quién lo robó. Y tenía que haberlo sabido desde el principio. ¡No fue tu hermana, Dysart, sino la mía! ¿Verdad, Helen?

—Así es... —confesó su esposa—. Pero no debes enfadarte con ella, porque no lo habría hecho si Dysart no le hubiera sugerido la idea.

—¿Cómo? —exclamó su hermano—. ¡Esto es el colmo! ¡Yo no le sugerí nada!

—Sí, Dy. No digo que fuera tu intención, pero he estado pensando en ello, y creo que el hecho de que asaltaras mi carruaje con el señor Fancot... ¡Cielo santo! ¿Dónde está el señor Fancot?

—¡Sí, por Júpiter! ¿Dónde está? —preguntó Dysart.

—No hace falta que te preocupes por él —dijo el señor Hethersett señalando al señor Fancot, que dormía plácidamente en una butaca—. No te habría permitido hablar así si hubiera estado escuchándote.

—No he visto a nadie como Corny. Se queda dormido en cuanto bebe un poco —comentó al vizconde, mirando a su amigo con cariño.

—¡No le despiertes, te lo ruego! —dijo Cardross—. Y ahora explícame, querida, ¿qué tiene que ver el asalto al carruaje con este asunto?

—¡Eso! ¿Qué tiene que ver? —preguntó Dysart.

—Verás, Giles. Como no quería vender ninguna de las joyas que me regalaste (y sigo pensando que habría sido imperdonable, Dy, por mucho que tú digas), a Dysart se le ocurrió disfrazarse de bandido para robármelas. Pero le reconocí, y la cosa terminó en nada. Sin embargo, Letty pensó que era una idea estupenda, y estoy segura de que eso fue lo que la animó a vender el collar. —De pronto se interrumpió, y exclamó—: ¡Cielo santo! ¡Letty! ¿Qué hacemos perdiendo el tiempo de esta manera? Cardross, Felix y yo hemos

descubierto que se han ido en una silla de posta. Es verdad que partieron hace horas, pero Felix cree que podrías alcanzarlos antes de que lleguen a la frontera.

—Supongo que sí, pero no pienso hacerlo.

—¿No? —preguntó Helen, angustiada.

—No. Ya he corrido bastante por esta noche. Allandale puede quedársela si quiere.

—¡Sí, pero casarse de esa manera! Giles, piensa en las consecuencias. No me extrañaría que eso arruinara la reputación de ambos. Confieso que nada me ha sorprendido más que descubrir que el señor Allandale ha cedido a los deseos de Letty. Nunca lo habría pensado de él. Y no quiero pensar en lo desagradable que debe ser para ti. ¡Por favor, Giles, ve a buscarlos y tráelos de vuelta!

—¡Yo no lo haría por nada del mundo! —observó el vizconde.

—¡Giles!

Cardross agarró la mano de su esposa, que le tiraba con insistencia de la solapa.

—¡Silencio, amor mío! En esto debemos dejarnos guiar por el árbitro de la elegancia y el buen gusto. ¿Y bien, Felix?

El señor Hethersett, sin prestar atención a la mirada burlona de su primo, cogió una pizca de rapé.

—No creo que hubiese mucha diferencia —dijo al fin, metiéndose la cajita de rapé en el bolsillo—. En cualquier caso habrá rumores. Es inútil pensar que no se sabrán las cosas si sales corriendo detrás de Letty. Sería una escena lamentable si te vieras obligado a traerla a casa a la fuerza. Al parecer sufrió una crisis de histeria cuando Allandale intentó hacerlo. No es el tipo de cosa que me gustaría hacer, la verdad.

—¡A mí tampoco! —exclamó Cardross.

—Habrá que resignarse —concluyó el señor Hethersett—. Creo que ya es hora de que me vaya. Imagino que preferiréis estar solos.

Helen le tendió la mano.

—Te he echado a perder la tarde —dijo con aire arrepentido—. Lo siento, y te estoy muy agradecida.

—No, me alegro de haberte resultado útil —respondió él, inclinándose con una gracia exquisita a besarle la mano—. Además, no has echado a perder nada. Pensaba pasarme por White's antes de ir al baile de los Sefton. ¡La noche aún es joven!

—¡Sí, por Júpiter! —exclamó el vizconde—. ¡Despierta, Corny!

Al notar que le zarandeaban, el señor Fancot abrió los ojos, sonrió a los presentes y empezó a tararear una canción.

—¡No, Corny, no empieces a cantar otra vez! —le rogó el vizconde—. ¡Sabes que no tienes oído para la música!

—¡Es mi cumpleaños! —protestó el señor Fancot.

—¡Eso no importa! Venga, tenemos que irnos.

—¡Tengo derecho a cantar el día de mi cumpleaños! ¡Puedo cantar *Sing old rose*, y también tu canción, Dy! ¡*Chip-chow, cherry-chow*!

—¿*Chip-chow, cherry-chow*? —repitió el señor Hethersett.

—¡Sí! —exclamó el señor Fancot con satisfacción—. ¿Usted también la conoce?

—He oído hablar de ella —respondió el señor Hethersett con el ceño fruncido. Se encontró con la mirada desafiante del vizconde, y añadió—: ¡Esta noche me has llamado de todo, Dysart! Ahora permíteme decirte una cosa: ¡eres el imbécil más grande que he conocido!

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó el vizconde, poniéndose colorado.

—¡Sabes muy bien lo que quiero decir! ¡Esa canción te la ha enseñado el conde de Barrymore!

—¿Y qué? —preguntó Dysart.

—Yo te lo diré, Dysart —intervino Cardross. Le hizo una señal a su primo para que se alejara y miró a su cuñado—. Te has unido al Beggars' Club, ¿eh? ¡Me lo temía! ¡Lo que te vendría bien es un regimiento de húsares! Sería una pena echar a perder a un jinete como tú. Y bien, ¿qué me dices?

—¡Oh, vete al diablo! ¡Sabes muy bien que no puedo! —se lamentó Dysart.

—Descubrirás que sí puedes, te lo aseguro.

—¡Cuánto me gustaría poder hacerlo! —dijo Dysart con aire melancólico.

—¿Vas a alistarte, Dy? —preguntó el señor Fancot, que estaba escuchando la conversación con profundo interés—. Me parece una idea espléndida. ¡Vamos a alistarnos juntos!

—No podemos —dijo Dysart con brusquedad—. Además, ¡tú no quieres alistarte!

—¡Sí que quiero! —le aseguró el señor Fancot—. No sé por qué no se me ha ocurrido antes. Aquí ya no hay nada que hacer. Solo caminar de espaldas hasta Brighton, y la verdad es que no me apetece.

—No me extraña —dijo Cardross, conduciéndole con amabilidad, pero con firmeza, al vestíbulo.

—Pues me temo que tendré que hacerlo —le explicó el señor Fancot—. No he rechazado una apuesta en mi vida, y creo que Willy hablaba en serio cuando me lo propuso. ¿Conoce usted a Willy?

—No, pero yo que usted no tardaría en dejar el país.

—Es usted un hombre muy inteligente —dijo el señor Fancot con simpatía—. Ha sido un placer hablar con usted.

—El placer es mío —dijo Cardross, poniéndole el sombrero en la mano y abriéndole la puerta.

—¡No, mío! —insistió el señor Fancot, descendiendo los escalones con dificultad.

—¡En mi vida le había visto tan borracho! —exclamó Dysart—. ¡Ahora irá por toda la ciudad buscando al regimiento de caballería!

El vizconde cogió su sombrero y se quedó dudando un momento, mirando a su cuñado. Cardross sonrió.

—Eres un tontaina, Dysart, y un incordio, pero vales demasiado para desperdiciar tu talento en estúpidas apuestas. No te preocupes por tu madre. Yo la convenceré —dijo, tendiéndole la mano.

El vizconde se la estrechó con una triste sonrisa.

—¡Ojalá!

—¡Lo haré!

—Te lo agradezco. Tengo que decirte otra cosa, Cardross, y no es fácil. Por lo que me dijo Helen cuando estaba metida en aquel lío... En fin, para resumir: no sabía que estabas enamorado de ella hasta que yo se lo dije. Creía que lo vuestro era un matrimonio de conveniencia, y ha sido demasiado educada para decírtelo. ¡De conveniencia! —dijo, soltando una carcajada—. ¡Será tonta!

—¿Lo dices en serio? —preguntó Cardross—. ¡No es posible!

—Ah, ¿no? ¡Tú no conoces a mi madre, Cardross! —dijo Dysart—. En fin, buenas noches. ¡Debo seguir a Corny!

El vizconde bajó los escalones, se despidió agitando la mano y se fue. Cardross se quedó mirándolo un momento. Estaba a punto de regresar a la casa cuando una silla de posta giró en la esquina de la plaza y se detuvo delante de él. El señor Allandale bajó del vehículo y se volvió para tender la mano a su prometida.

—¡Vaya, qué agradable sorpresa! —dijo Cardross.

El señor Allandale, después de pagar al postillón, cogió a su enamorada con una mano, el maletín del señor Thorne con la otra, y subió los escalones de la entrada. Allí se detuvo y miró a Cardross.

—La he devuelto a casa, señor —dijo.

—No me extraña —respondió Cardross.

Letty le dirigió una mirada asustada y llena de remordimiento, pero no dijo nada.

—Le debo una explicación —dijo el señor Allandale—. Pero antes le ruego encarecidamente que, por muy enfadado que esté (y no niego que con razón), me culpe solo a mí.

—No veo por qué debería culparle a usted. Pero si cree que pretendo vengarme de Letty, le aseguro que no es así.

—¿Lo ves, amor mío? —preguntó el señor Allandale con ternura.

—¡Yo no tengo miedo a Cardross! —dijo Letty con un hilo de voz.

—Habría sido mejor para ti, y para todos nosotros, que me hubieras tenido miedo —dijo Cardross—. ¡Entra en casa, pero deja fuera tu heroísmo!

Cardross los precedió hasta el vestíbulo, y allí se encontró con Farley, que estaba mirándolos con la boca abierta.

—¿Qué hace aquí, Farley?

—Oí que llegaba un carruaje, señor —explicó el mayordomo, mirando a Letty.

—Sí. Al final, *lady* Letitia ha preferido no pasar la noche en casa de su tía —dijo Cardross con sorna—. Vosotros dos podéis pasar a la biblioteca.

El conde se acercó a la puerta y la abrió. Helen le miró desde el fondo de la habitación, muy sorprendida.

—Giles, me ha parecido oír...

—Así es, amor mío. ¿No te parece maravilloso? ¡Nuestra querida Letty ha vuelto con nosotros!

—¡Te odio! —exclamó Letty con rabia, antes de echarse a llorar.

—¡Oh, Letty! —dijo Helen, corriendo a su encuentro—. ¡Gracias a Dios que has vuelto!

—¡Ojalá no hubiera vuelto! ¡Ojalá estuviera muerta! —lloró Letty.

—¡No debes decir eso! —le recomendó Helen, rodeándola con el brazo y tendiéndole la mano al señor Allandale—. ¡Señor Allandale, cuánto me alegra no haberme equivocado con usted! ¡No le creía capaz de hacer algo tan terrible como fugarse!

El señor Allandale le besó la mano con mucha ceremonia.

—Ojalá pudiera encontrar las palabras para expresar a *milady* la gratitud que siento —dijo—. Pero cuando considero las circunstancias y los motivos que puede tener para considerarme un infame (pues aún no sabe toda la verdad), me quedo sin palabras.

—Pues no lo parece —comentó Cardross.

Helen se mordió el labio y acompañó a Letty al sofá.

—Ven, querida, siéntate conmigo y trata de calmarte.

Viendo con qué angustia la miraba su prometido, añadió, sonriendo:

—No se preocupe, señor Allandale. Enseguida se le pasará.

Él pareció agradecido, pero miró con resolución a Cardross.

—Señor, tengo un deber que cumplir. Hablo en nombre de *lady* Letitia, y seré breve. Tan solo le ruego que recuerde que su hermana es joven, que está desesperada, y que ha vuelto a usted apelando a su compasión. Lo que tengo que decirle no puede sino disgustarle. Aún no sabe lo peor, y mi doloroso deber es contárselo.

—¡Sí, lo sé! —repuso Cardross—. Va a decirme que Letty robó el collar de los Cardross.

Letty levantó la cabeza del hombro de Helen.

—¡No lo robé! —declaró—. El collar no era de Helen, y a ella ni siquiera le gustaba. ¡Pertenecía a la familia, así que era tan tuyo como mío, Giles!

—¡Amor mío! ¿Has olvidado lo que te dije? ¡Te he explicado varias veces que no es así! —dijo el señor Allandale con gravedad.

—No lo he olvidado, pero es así. Además, Giles no quiere darme mi fortuna. ¿Qué otra cosa podía hacer?

El señor Allandale parecía avergonzado, pero decidió que aquel no era el momento para discutir. Sacando un paquete del bolsillo, lo puso encima de la mesa y dijo:

—Esta es la suma obtenida de la venta del collar, señor. De haber podido, habría intentado recuperarlo por todos los medios. Pero ha sido imposible. No he podido visitar al joyero que lo compró. No obstante, me gustaría decirle que...

—No se preocupe por el collar —le interrumpió Cardross—. El joyero me lo trajo esta mañana.

—¡Señor, me ha quitado un gran peso de encima! —exclamó el señor Allandale.

—Me imagino. Ahora me gustaría preguntarle una cosa: ¿fue el descubrimiento de que su prometida había robado el collar lo que le hizo abandonar la idea de fugarse? ¿En qué momento se dio la vuelta?

—No nos fuimos en ningún momento, señor.

—¡No, claro que no! —exclamó Helen—. ¿Pero entonces adónde fue, señor Allandale?

—Reconozco que soy culpable de un pequeño engaño —admitió el señor Allandale—. Supongo que no necesito decirle hasta qué punto me repugnaba semejante decisión. Engañar a una persona tan querida para mí y que, además, confiaba tanto en mi integridad, fue más doloroso de lo que podía imaginar. Pero cuando descubrí que ninguna de mis palabras convencería a mi prometida de volver a casa, cuando la vi sumida en semejante angustia y desesperación...

—Sí, conozco las rabietas de Letty —dijo Cardross—. No hace falta que me describa la escena. Le compadezco sinceramente. ¿Y qué hizo?

—Temiendo que, si la obligaba a volver a esta casa, pusiera fin a su existencia, accedí a viajar con ella a la frontera —explicó el señor Allandale—. Letty creía que viajábamos al norte, pero no era así. No la llevé a Gretna Green, sino a Wimbledon.

Se produjo un atónito silencio.

—¡A Wimbledon! —exclamó Cardross, muy sorprendido—. Imagino que tendría una buena razón para llevarla allí.

—¡Por supuesto! —dijo Helen, dirigiendo una cálida sonrisa al señor Allandale—. ¡La llevó a casa de su madre! Muy inteligente por su parte.

El señor Allandale hizo una pequeña reverencia.

—Me pareció que era la única salida, señora. Confío plenamente en el juicio de mi madre, porque es una mujer muy inteligente y con un gran sentido del decoro. Y la autoridad (cariñosa pero firme) que ejerce sobre mis hermanas me hacía pensar que su influencia también podía resultar beneficiosa para *lady* Letitia.

—¡Da la impresión de que así ha sido! —exclamó Cardross—. Mi querido señor Allandale, ¿por qué nunca he tenido el privilegio de conocer a su madre?

—¡Cómo me gustaría matarte! —murmuró Letty.

—Mi madre, señor, no frecuenta a la buena sociedad —dijo el señor Allandale, muy digno.

—Aun así, espero que acepte recibirme.

—Me temo que no le comprendo, milord —dijo el señor Allandale, cada vez más digno—. Supongo que estará bromeando.

—No estoy bromeando —respondió Cardross—. Haga el favor de decirme, con absoluta franqueza, si la mala conducta de mi hermana, su excesiva sensibilidad y su falta de escrúpulos para obtener sus propios fines le han convencido o no de que no sería una buena esposa para usted.

—¡Giles, no! —le suplicó Helen, mientras Letty rompía a llorar.

—Señor —dijo el señor Allandale muy pálido, pero mirando a Cardross a los ojos—, no pretendo excusar sus faltas, aunque puedo encontrar excusas que las justifiquen. Pero la amo, y la amaré siempre, sea lo que sea y haga lo que haga.

Letty dejó de llorar, levantó la vista y le miró con profunda sorpresa.

—¡Jeremy! —exclamó—. ¡Oh, Jeremy!

Cardross se volvió hacia ella.

—No te lo mereces, Letty.

—No —reconoció ella con tristeza—. ¡Sé que no me lo merezco, pero ojalá lo mereciera!

Cardross esbozó una débil sonrisa.

—Bueno, puede que aún haya esperanza para vosotros. Será mejor que se case con ella, Allandale.

Por un momento, pareció que ninguno de los dos pudiera dar crédito a sus oídos. Letty fue la primera que alcanzó a decir:

—¿Quieres decir ahora, Giles? ¿Antes de que se vaya a Brasil?

—Sí, ahora.

—¡Oh, mi querido hermano, qué bueno eres! —exclamó Letty, levantándose del sofá y lanzándose a sus brazos—. ¡Por favor, perdóname por decirte esas cosas tan horribles! ¡No las decía en serio! ¡Oh, qué feliz soy! ¡Oh, Jeremy! ¡Te prometo que nunca haré nada que te disguste!

—Señor —dijo el señor Allandale—. No sé cómo explicarle cuánto agradezco su generosidad, cuánto...

—Entonces no lo haga —le interrumpió Cardross—. Es usted un joven muy valioso, pero le agradecería que dejara de dirigirse a mí en términos tan grandilocuentes. Ahora será mejor que se marche, pero puede volver mañana a las doce para establecer el acuerdo matrimonial. Puedes acompañarlo a la puerta, Letty, y cuando te hayas despedido, será mejor que te vayas a la cama.

—¿A las diez? —exclamó ella, disgustada.

—Sí, a las diez. Si no estás exhausta después de un día de pasión desenfundada, deberías estarlo. ¡Y no discutas conmigo! No creo que mi paciencia pueda soportarlo.

—¡Será mejor que te vayas a tu habitación, querida! —la apremió Helen—. Estás agotada. Subiré contigo, y...

—¡Tú no irás a ninguna parte! —la interrumpió Cardross.

Sobrecogidos por aquel estremecedor alarde de autoridad, los dos enamorados se retiraron con cautela. Helen sonrió a su esposo.

—¡Qué mal genio tienes, Giles! —exclamó.

Él la ayudó a levantarse del sofá y la miró con ojos sonrientes.

—Conque tengo mal genio, ¿eh? ¿Cuánto tiempo pensabas hacerme esperar para tenerte toda para mí?

Helen no respondió, pero enrojeció un poco, y le miró con expresión tímida y sincera.

—Tengo tantas cosas que decirte, Helen, y (que Dios me perdone) tantas que no debería haber dicho. Amor mío, tendría que haberme cortado la lengua antes de...

—No, porque no fue a mí a quien dijiste esas cosas —le tranquilizó Helen—. Reconozco que me dolieron un poco. ¡Quizá menos de lo que merecía! Porque me temo que he sido tan derrochadora, y tan mentirosa, y tan tonta...

—Sobre todo, tonta —concedió Cardross—. Me temo que he sido demasiado benévolo contigo, querida esposa. ¡Pero no volverá a pasar! ¿Así que pensabas que me casé contigo porque buscaba una esposa, y no vi nada en ti que me disgustase? Helen, ¿cómo has podido pensar eso?

Ella se puso colorada y bajó la cabeza.

—Mamá me dijo que estabas dispuesto a ser amable conmigo, y considerado. Pero me advirtió que no debía molestarte, ni darme por enterada si, tal vez, tenías... tu interés en otra parte.

—¡Le estoy muy agradecido a tu madre! ¿Y a ti te pareció que tenía el interés en otra parte?

—No, pero lo sabía —dijo Helen con sencillez—. La primera vez que vi a Letty me dijo que era mucho más guapa que tu amante.

—Letty tenía razón. Me gustaría pensar que el señor Allandale va a meterla en vereda, pero me temo que no lo hará. La dama con la que tuve una agradable relación durante varios años no debe preocuparte. Nos separamos sin rencor ni remordimientos, y cuando nos encontramos en público, lo hacemos con la agradable indiferencia de los viejos conocidos. Desde el momento que te vi, Helen, mi corazón fue tuyo. Esa es la verdad.

—Eso me dijo Dysart. Según él, todo el mundo lo sabía.

—Prefiero infinitamente a tu hermano antes que a mi hermana. ¿Pero por qué, amor mío, te mostrabas tan distante conmigo?

Ella levantó la cabeza.

—Verás, debía más de trescientas libras a madame Laval. ¿Qué otra cosa podía hacer hasta que no pagara aquella terrible deuda? Con eso sobre mi conciencia no podía decirte que estaba perdidamente enamorada de ti desde el principio. Y si hubieras descubierto la deuda, nunca me habrías creído. Pero te amo, Giles.

Farley, que entró en la biblioteca en ese momento, vio a sus señores fundidos en un apasionado abrazo, y con gran discreción, volvió silenciosamente al vestíbulo. Allí se quedó unos minutos hasta que, accionando ruidosamente el pomo de la puerta, entró por segunda vez en la biblioteca. Milord estaba arreglándose los pliegues de la corbata delante del espejo, y *milady*, ligeramente despeinada pero, por lo demás, muy elegante, estaba sentada en una butaca.

—No sé lo que ha pasado —dijo *milady* con languidez—, pero esta noche no tenemos invitados a cenar.

—¿Y por qué, querida, no me has informado antes de esta circunstancia? —preguntó milord en tono de reproche—. Habría hecho todo lo posible para convencer a tu hermano y a su agradable amigo de deleitarnos con su compañía.

—¡Desde luego! Ha sido una estupidez por mi parte —dijo *milady*, aguantándose la risa.

—Y a Allandale —prosiguió milord—, en caso de que la conversación flaqueara.

Dolido por semejante falta de caballerosidad por parte de milord, Farley acudió en rescate de su maltratada señora. Y con pocas, pero bien escogidas palabras, puso fin a la escena, exclamando:

—¡*Milady*, la cena está servida!



GEORGETTE HEYER (16 de agosto de 1902 – 4 de julio de 1974) fue una escritora inglesa de novelas históricas románticas y policiales. Su carrera literaria comenzó en 1921, cuando convirtió un cuento escrito para su hermano menor en la novela *The Black Moth* (La polilla negra). Novela que se encuentra disponible como obra de dominio público en los Estados Unidos y puede ser leída aquí: <http://digital.library.upenn.edu/women/heyer/moth/moth.html>.

Como escritora, realizó su carrera en dos géneros bien diferenciados: la novela romántica y la de suspense, aunque con muy desiguales resultados: mientras que se la considera la creadora del género de la novela romántica histórica, sus obras de suspense tuvieron mucha menor repercusión y ventas (por no mencionar críticas feroces). Aunque nunca fue valorada por la crítica (baste decir que su nombre no figura como entrada en la enciclopedia británica), su obra fue muy popular en el Reino Unido, Estados Unidos y curiosamente Checoslovaquia. Era una profesional muy minuciosa que investigaba con mucho detalle todos los aspectos de la vida y el ambiente social en el que transcurrían sus obras.

En lo personal, fue una mujer tremendamente celosa de su vida personal que tras el éxito de ventas de su novela *Esas viejas sombras* fuera un éxito de ventas durante la huelga general de 1926 en Gran Bretaña, decidió que no

necesitaba de la publicidad para vender libros (que era lo que de verdad le interesaba) se negó a conceder ni una sola entrevista más. Su contacto con sus seguidores (por carta naturalmente) se limitaba a la resolución de las cuestiones históricas. Tan férreo era el control que ejercía sobre su intimidad que sus lectores descubrieron su nombre de casada en su esquelera funeraria.

Notas

[1] Famoso club de Londres, uno de los primeros que aceptó la entrada de ambos sexos. El club estaba dirigido por un selecto comité de damas londinenses, las llamadas patrocinadoras de Almack's, que eran las encargadas de facilitar las invitaciones para el exclusivo baile de los miércoles. <<

[2] Sarah Villiers, condesa de Jersey (1785-1867) (cuyo nombre de soltera era *lady* Sarah Fane), fue una de las mujeres más influyentes en el mundo de la moda femenina durante el periodo de la Regencia. <<

[3] «La banca del faraón», «faraón» o «faro» era un juego de cartas de origen francés. <<

[4] Clementina Drummond-Burrell (1786-1865) fue una de las patrocinadoras de Almack's. Aparece en varias novelas de Georgette Heyer. <<

[5] Asociación fundada en 1735 por el actor británico John Rich y varios miembros de las artes escénicas. Con el tiempo, la sociedad se amplió con nobles, artistas, miembros de la realeza y soldados. En sus reuniones semanales, celebradas los sábados, sus miembros comían filetes y patatas asadas acompañadas de oporto. <<

[6] Pueblo situado al sur de Escocia. Durante el siglo XIX, muchas parejas se fugaban allí para casarse sin el consentimiento de sus padres. <<

[7] Se trata de uno de los *colleges* más famosos de Oxford, en cuyo patio interior se encuentra una fuente coronada por la estatua de Mercurio. <<

[8] George Bryan Brummell (1778-1840), conocido como el «bello Brummell», fue durante muchos años el árbitro de la moda masculina en Londres. Durante un tiempo fue amigo del príncipe regente, el futuro Jorge IV, que adoptó muchos de sus consejos en el vestir. <<

[9] Edward Hughes Bail (1798-1863), conocido como «Golden Ball», fue un conocido dandi de la época. Heredó una vasta fortuna de su padrastro, el almirante Edward Hughes, que se enriqueció durante sus campañas en la India. <<

[10] Más conocida en España como la Batalla de los Arapiles. <<

[11] Francisco Tomás Anchía y Urquiza (1783-1831), conocido como Francisco de Longa, fue un guerrillero español de la Guerra de la Independencia que alcanzó el grado de general. <<

[12] Ann Radcliffe (1764-1823), escritora británica, considerada una de las fundadoras de la novela gótica. <<

[13] Mary Berry (1763-1852), escritora inglesa de no ficción, conocida por su correspondencia con Horace Walpole. <<

[14] Maria Molyneux, condesa de Sefton (1769-1851) fue una de las patrocinadoras de Almack's. Su esposo era amigo del príncipe regente. <<

[15] Emily Lamb (1787-1869), condesa de Cowper, pertenecía a una notable familia de políticos. Fue una de las patrocinadoras de Almack's y una de las figuras más importantes de la vida social de su época. <<

El despertar de Helen



GEORGETTE HEYER



Lectulandia